**LA QUINTA NOVELA DE**

**EL HOGAR DE MISS PEREGRINE**

**PARA NIÑOS PECULIARES.**

Las últimas palabras de H, el vínculo final de Jacob con la vida secreta de su abuelo Abe, le confían una misión: llevar a la nueva peculiar Noor Pradesh a un operativo conocido solamente como V.

Noor está siendo perseguida. Es la protagonista de una antigua profecía, una que predice el Apocalipsis. Salvando a Noor, se salva el futuro de todo el mundo peculiar. Pero hay pocas pistas y el tiempo se acaba.

Ransom Riggs

La conferencia de los pájaros

El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares - 5

ePub r1.0

Titivillus 26.05.2022

Título original: The Conference ofthe Birds Ransom Riggs, 2020 Traducción: Victoria Simó Perales

Editor digital: Titivillus ePub base r2.1

Índice de contenido

Capítulo 1 Capítulo 2 [Capítulo 3](#bookmark5) Capítulo 4 [Capítulo 5](#bookmark7) Capítulo 6 Capítulo 7 [Capítulo 8](#bookmark9) Capítulo 9 Capítulo 10 [Capítulo 11](#bookmark11) [Capítulo 12](#bookmark13) [Capítulo 13](#bookmark15) Capítulo 14 Epílogo

[Acerca de las fotografías](#bookmark18) [Sobre el autor](#bookmark19)

«Vosotros, que vivís en ciudades y lleváis vidas apacibles, no tenéis modo de saber si vuestros amigos atravesarían un infierno para ayudaros. Pero aquí, en las llanuras, los amigos tienen la oportunidad de demostrar su valía».

William F. «Buffalo Bill» Cody

Agazapados en las entrañas verde neón de un mercado de marisco en

Chinatown, al final de un pasillo flanqueado de acuarios rebosantes de cangrejos, nos escondíamos en la bolsa de oscuridad que la devoradora de luz había creado, vigilados por miles de ojos alienígenas. Los pistoleros de Leo estaban cerca, y enfadados. Oímos gritos y ruido de cristales rotos cuando destrozaron el mercado a su paso, decididos a dar con nosotros.

—Por favor —oí llorar a una anciana—. No he visto a nadie...

Comprendimos demasiado tarde que nos habíamos escondido en un pasillo sin salida y ahora estábamos atrapados en nuestro pequeño resquicio, pegados a una cañería entre montones de crustáceos condenados a muerte, cuyos depósitos se apilaban en inestables torres de diez pisos, casi hasta el techo. Como contrapunto a los golpes y los gritos, por debajo de nuestras respiraciones entrecortadas de puro miedo, sonaban los incansables golpeteos de las pinzas de cangrejo contra el cristal como una desacompasada orquesta de máquinas de escribir escacharradas que me estaba taladrando el cráneo.

El ruido, por lo menos, enmascararía nuestras respiraciones. Tal vez bastara con eso, si Noor lograba sostener su oscuridad sobrenatural y si los hombres de andares pesados cuyos pasos resonaban cada vez más cerca no se detenían a observar el tembloroso vacío de contornos cambiantes que nos envolvía. Era como una ausencia en el espacio, una perturbación distinguible si la mirabas con atención. Noor la había creado desplazando la mano a nuestro alrededor con el fin de dibujar sombras según la luz se compactaba en la yema de sus dedos como glaseado fosforescente de un pastel. Se llevó la luz a la boca, donde resplandeció a través de sus carrillos y le iluminó el cuello al descender por su garganta. hasta que se la tragó.

Los matones de Leo la buscaban a ella, pero estarían encantados de capturarme a mí también, aunque solo fuera para descerrajarme un tiro. A estas alturas ya habrían encontrado el cadáver de H, que yacía muerto en su casa con los ojos arrancados por su propio espíritu hueco. Hacía un rato, H y el hueco habían rescatado a Noor del bucle temporal de Leo y, en el rifirrafe, habían herido a unos cuantos de sus hombres. El hecho no era tan grave en sí

mismo. Lo imperdonable para Leo Burnham, cabecilla peculiar del clan de los Cinco Distritos, era la humillación. Le habían robado una fiera que consideraba suya en su propia casa, el centro neurálgico de un imperio peculiar que abarcaba gran parte de la Costa Este de los Estados Unidos. Si descubrían que yo estaba ayudando a Noor sería eso, más que nada, lo que determinaría mi condena a muerte.

Los hombres de Leo se estaban acercando y el volumen de sus gritos aumentaba por momentos. Noor no dejaba de reajustar su zona de oscuridad, reforzando los contornos con el índice y el pulgar cuando empezaba a difuminarse y rellenando la parte interior si se filtraba algo de luz.

Me habría gustado ver la cara de Noor, tener la oportunidad de interpretar su expresión. Quería saber qué estaba pensando, cómo llevaba la situación. Me costaba entender cómo alguien tan nuevo en este mundo era capaz de afrontar pruebas tan terribles sin desmoronarse. A lo largo de los días pasados la habían perseguido normales con helicópteros y dardos tranquilizantes, la había secuestrado una hipnotizadora peculiar que pretendía venderla en una subasta y, si bien escapó, acabó siendo capturada por la banda de Leo Burnham. Tras eso, Noor pasó varios días encerrada en una celda del cuartel general de Leo, fue rociada con polvo de sueño mientras escapaba con H y, al despertar, encontró a su rescatador muerto en el suelo. El impacto de ese descubrimiento fue tan tremendo que brotó de su interior un misil de luz concentrada potente como una explosión nuclear (y que, por cierto, por poco me arranca la cabeza).

Cuando se recuperó de la impresión, le conté una parte de lo que H me había revelado antes de exhalar su último aliento: existía un último cazador de huecos, una mujer llamada V, capaz de proteger a Noor y debía llevarla con ella. Las únicas pistas de su paradero eran un fragmento de mapa hallado en la caja fuerte de H y las instrucciones cifradas que el siniestro espíritu hueco de H, Horatio, nos había proporcionado.

Sin embargo, todavía no le había explicado a Noor los motivos por los que H se había esforzado tanto en ayudarla, nos había reclutado a mis amigos y a mí para su causa y, al final, había dado la vida para rescatarla de Leo. No le había hablado de la profecía. Apenas habíamos tenido tiempo para charlas, por cuanto llevábamos huyendo para no morir desde que oyéramos a los hombres de Leo en el rellano del piso de H. Pero había otra razón para mi silencio: teniendo en cuenta todo lo que Noor estaba descubriendo últimamente, temía que fuera demasiada información de una vez.

Una de los siete cuya llegada fue anunciada... Están destinados a liberar el reino peculiar... Su nacimiento presagia el comienzo de una nueva era. Una muy peligrosa... Parecían los delirios de un iluminado chiflado. El mundo peculiar había desafiado una y otra vez las tragaderas de Noor (por no hablar de su cordura) y me preocupaba que saliera por piernas si le hablaba de la profecía. Cualquier persona normal habría huido espantada hace tiempo.

No obstante, Noor Pradesh era cualquier cosa menos normal. Era peculiar. Y, por encima de todo, tenía un temple de acero.

En ese momento me acercó la cabeza y susurró:

—Entonces, cuando salgamos de aquí..., ¿qué plan tenemos? ¿A dónde vamos?

—Tenemos que marcharnos de Nueva York —le dije.

Guardó silencio. A continuación:

—¿Marcharnos? ¿Cómo?

—No lo sé. ¿En tren? ¿En autobús?

Yo todavía no lo tenía pensado.

—Ah —respondió ella con un amago de decepción en la voz—. ¿No podrías, no sé, tele transportarnos con magia? ¿Usando un portal temporal de esos que tú conoces?

—La cosa no funciona así. Bueno, supongo que a veces sí —rectifiqué, pensando en los portales del panbucleticón—, pero tenemos que encontrar uno.

—¿Y qué pasa con tus amigos? ¿No tienes a. alguien a quien recurrir?

La pregunta me encogió el corazón.

—Ni siquiera saben que estoy aquí.

Y aunque lo supieran., pensé al momento.

Noté que mi respuesta la desanimaba.

—No te preocupes —la tranquilicé—. Ya se me ocurrirá algo.

En cualquier otro momento el plan habría sido sencillo: acudir en busca de mis amigos. Habría dado cualquier cosa por poder hacerlo ahora mismo. Ellos sabrían qué hacer. Me habían apoyado sin reservas desde mi llegada al mundo peculiar y sin ellos me sentía como un barco a la deriva. No obstante, H había mostrado una gran insistencia en que mantuviera a Noor alejada de las ymbrynes y, en cualquier caso, tampoco estaba seguro de seguir teniendo amigos, o por lo menos no tan incondicionales como antes. Lo que H había hecho, y lo que yo estaba haciendo ahora mismo, destruiría seguramente cualquier posibilidad de que las ymbrynes restauraran la paz entre los clanes.

Y era muy probable que hubiera dañado de manera irreparable la confianza que mis amigos habían depositado en mí.

Así que estábamos solos. Y en esa situación el plan era sencillo, pero tosco a más no poder: correr mucho, pensar deprisa, cruzar los dedos.

¿Y si no éramos lo bastante rápidos? ¿O la suerte no estaba de nuestro lado? En ese caso nunca tendría ocasión de hablarle a Noor de la profecía. Y ella pasaría el resto de su vida, por larga o corta que fuese, sin saber por qué la perseguían.

Oí un estrépito a poca distancia y más gritos de los sicarios de Leo. No tardarían nada en llegar a la altura de nuestro escondrijo.

—Tengo que contarte una cosa —susurré.

—¿No puede esperar?

Yo había escogido el peor momento posible. Pero quizá fuese el único.

—Tienes que saberlo. Por si tenemos que separarnos o.… pasa algo.

—Vale —suspiró—. Cuenta.

—Te va a parecer de locos, así que antes de que lo oigas ten en cuenta que ya sé lo que parece. Antes de morir, H me habló de una profecía.

En las inmediaciones, un hombre intercambiaba exabruptos con los esbirros, él en cantonés, ellos en inglés. Oímos un bofetón, un grito, una amenaza ahogada. Noor y yo nos miramos angustiados.

—¡Allí detrás! —gritó uno de los sicarios.

—Se refiere a ti —proseguí. Mis labios casi rozaban su oreja.

Ahora Noor estaba temblando. Los contornos de la oscuridad fluctuaban también a nuestro alrededor.

—Adelante —musitó ella.

Los hombres de Leo doblaron la esquina del callejón. No había tiempo para seguir hablando.

\* \* \*

Los sicarios avanzaban por el pasaje hacia nosotros, arrastrando consigo a un pobre vendedor. Los haces de las linternas bailaban por las paredes, refractados por los acuarios de los cangrejos. Yo no me atrevía a levantar la cabeza por miedo a traspasar los confines de la oscuridad creada por Noor. Tensé los músculos y me mentalicé para enzarzarme en una lucha sumamente desigual.

Y entonces, a mitad de camino, se detuvieron.

—Aquí no hay nada más que acuarios de cangrejos —gruñó un hombre.

—¿Quién la acompañaba? —preguntó otro.

—Un chico, me parece, no lo tengo muy claro...

Se dejó oír un segundo bofetón y el vendedor gimió de dolor.

—Suéltalo, Bowers. No sabe nada.

Empujaron al hombre de mala manera. Cayó a trompicones, se levantó y salió corriendo.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí —gruñó el primer pistolero —. Seguro que la chica se ha marchado hace rato. Junto con los pirados que se la llevaron.

—¿Creéis que habrán encontrado el portal al bucle de Fung Wah? — preguntó un tercero.

—Es posible —asintió el primer hombre—. Enviaré a Melnitz y a Jacobs a comprobarlo. Bowers, revisa a fondo esta zona.

Conté las voces. Eran cuatro, puede que cinco. El tal Bowers pasó por delante de nosotros y vi su pistolera, que le colgaba a la altura de nuestros ojos. Alcé la vista sin mover la cabeza. Era un tipo fornido enfundado en un traje oscuro.

—Leo nos matará si no la encontramos —masculló Bowers.

—Al menos le llevaremos un wight muerto —alegó el segundo hombre—. De algo servirá.

Mi cuerpo se tensó de la sorpresa y noté un cosquilleo en los oídos. ¿Un wight muerto?

—Pero si ya estaba muerto cuando lo encontramos —señaló Bowers.

—Leo no tiene por qué enterarse —replicó el primero entre risas.

—Habría dado cualquier cosa por liquidarlo yo mismo —suspiró Bowers.

Llegó al fondo del callejón, situado a nuestra derecha, antes de dar media vuelta para avanzar de nuevo hacia nosotros. El haz de su linterna resbaló sobre la mancha oscura de Noor e iluminó un acuario situado junto a mi cabeza.

—Le puedes propinar una buena patada al cadáver, si te hace ilusión — sugirió el tercer matón.

—No. Aunque no me importaría atizarle un puntapié a esa chica — gruñó Bowers—. O hacerle algo peor. —Echó a andar hacia los demás—. ¿Visteis cómo ayudaba al wight?

—No es más que una fiera. No sabe lo que le conviene, todavía — respondió el primer hombre.

—Una fiera, tú lo has dicho —dijo el segundo sicario—. No entiendo por qué tenemos que tomarnos tantas molestias por ella. ¿Únicamente por sumar un peculiar más a nuestro clan?

—Porque Leo no perdona ni olvida —replicó el primero.

Noté que Noor se revolvía a mi lado e inspiraba profundamente para tranquilizarse.

—Dejadme un ratito a solas con ella —rezongó Bowers—. Ya os enseñaré yo lo que tiene de especial.

Se detuvo a nuestra altura y giró despacio en redondo al mismo tiempo que iluminaba las paredes y el suelo con la linterna. Mis ojos se posaron en su pistolera. El haz de luz atravesó el acuario de nuestra izquierda hasta detenerse directamente sobre nosotros. Incapaz de penetrar la oscuridad de Noor, el rayo se interrumpía a pocos centímetros de nuestras narices.

Contuve el aliento mientras cruzaba los dedos para que ni un pelo asomara de nuestro refugio de oscuridad. Bowers torció el gesto, como si hubiera notado algo extraño.

—¡Bowers! —gritó alguien al fondo del callejón.

El hombre se volvió a mirar, pero no desplazó la linterna.

—Reúnete aquí fuera con nosotros cuando hayas terminado. Cuando terminemos de echar un vistazo al bucle de Fung, inspeccionaremos un perímetro de tres manzanas.

—¡Y pilla un par de cangrejos bien gordos! —gritó el primer hombre—. Llevaremos algo de cena. Puede que eso mejore el humor de Leo.

El haz de la linterna enfocó el tanque de nuevo.

—No entiendo cómo la gente se puede comer estas cosas —gruñó Bowers para sí—. Son como arañas marinas.

Los demás se marcharon y nos quedamos a solas con el esbirro. Plantado a cosa de metro y medio, miraba el tanque de cangrejos con una mueca de asco en la cara. Bowers se despojó de la chaqueta y empezó a arremangarse. No teníamos que hacer nada más que esperar y en pocos minutos...

Noor se agarró a mi brazo. Estaba temblando.

Al principio pensé que se estaba desmoronando a causa de la tensión, pero escuché una rápida sucesión de inhalaciones y comprendí lo que estaba pasando: intentaba no estornudar.

Por favor, articulé con los labios, aun sabiendo que no me veía. No.

El hombre hundió la mano con cautela en el acuario que tenía más cerca. Sus dedos regordetes tanteaban en busca de un cangrejo mientras él hacía esfuerzos por no vomitar.

Noor se quedó rígida. Oía el rechinar de sus dientes según intentaba contener el estornudo.

El hombre gritó y retiró la mano del tanque a toda prisa. Lanzó una maldición al mismo tiempo que agitaba la mano en el aire como un poseso, pero no conseguía librarse del grueso cangrejo azul que se le agarraba con fuerza a un dedo.

Y entonces Noor se incorporó de sopetón.

—Eh —gritó—. Gilipuertas.

El hombre se volvió a mirarnos. Antes de que pudiera articular palabra, ella estornudó.

Fue un estornudo explosivo. Toda la luz que se había tragado salió proyectada en forma de un rocío verde fosforescente que salpicó el suelo y la pared de enfrente y envolvió la cara del hombre en una bola de luz. El resplandor no era tan intenso como para lastimarlo y mucho menos para provocarle quemaduras, solo lo suficiente para dejarlo un momento aturdido mientras su boca dibujaba una O de perplejidad con forma de huevo.

La pequeña bolsa de oscuridad en la que estábamos escondidos desapareció al instante. El hombre gritó y, por un momento, nos quedamos los tres pasmados, como paralizados por un hechizo. Yo acuclillado en el suelo; Noor de pie a mi lado, tapándose la nariz y la boca con la mano; Bowers con el brazo levantado y el revoltoso cangrejo todavía colgando del dedo. Cuando me incorporé a toda prisa, el hechizo se rompió. El esbirro corrió a cortarnos el paso al mismo tiempo que se llevaba la mano libre al revólver.

Arremetí contra él antes de que pudiera usarlo. Cayó de espaldas y yo me abalancé encima de él. Forcejeamos para agarrar la pistola. Un codo me golpeó la frente y un dolor agudo me recorrió de la cabeza a los pies. Noor se acercó por detrás y le atizó en el brazo con una barra metálica que había encontrado. El matón apenas si parpadeó. Apoyando las dos manos contra mi pecho, me empujó a un lado.

Corrí hacia Noor para alejarla del matón. Mientras yo la empujaba, el sicario consiguió hacer dos disparos. El estrépito fue brutal, no tanto restallidos como explosiones sónicas. El primer disparo rebotó en la pared. El segundo hizo trizas el acuario que él tenía justo al lado. Estaba de una pieza y, en un abrir y cerrar de ojos, había estallado en pedazos. Los cangrejos, el agua y el cristal roto se derramaban por doquier mientras los numerosos acuarios que se amontonaban sobre el recipiente roto empezaban a volcarse y a resbalar por el pasaje. El que ocupaba el puesto más alto se estrelló contra la columna de enfrente y los demás se hicieron añicos por encima de Bowers.

Debían de contener cientos de litros cada uno y pesar un quintal entre todos, porque en menos de tres segundos el hombre estaba aplastado y medio ahogado. Mientras tanto, una serie de choques en cadena precipitó al suelo casi todos los acuarios del pasillo entre tremendas explosiones de ruido y cristal. Las rupturas no solo liberaron a los crustáceos prisioneros, sino que crearon una gran ola de agua fétida que arrasó el callejón y nos derribó a los dos.

Tosimos y escupimos aquel líquido repugnante. Miré a Bowers y me encogí horrorizado. Tenía la cara hecha trizas, iluminada por un fulgor verde, y su cuerpo cubierto de cangrejos que en movimiento parecía animado, aunque estaba muerto en realidad. Di media vuelta a toda prisa y me abrí paso por el estropicio hacia Noor, que se había deslizado pasillo abajo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté. La ayudé a levantarse y comprobé que no tuviera heridas.

Ella se examinó la piel a la luz tenue del callejón.

—Tengo los brazos y las piernas en su sitio. ¿Tú?

—Igual —respondí—. Será mejor que nos marchemos. Los otros sicarios no tardarán en llegar.

—Sí, el ruido se habrá escuchado hasta Nueva Jersey.

Entrelazamos los brazos para no perder el equilibrio y nos apresuramos hacia la otra punta del callejón, donde un neón con forma de cangrejo zumbaba y parpadeaba.

Apenas habíamos recorrido tres metros cuando oímos unos fuertes pisotones que corrían hacia la entrada del pasillo.

Nos quedamos petrificados. Dos personas, puede que más, se acercaban a la carrera. Estaba claro que nos habían oído.

—¡Corramos! —propuso Noor a la vez que tiraba de mí hacia delante.

—No. —Me detuve y planté los pies en el suelo con firmeza—. Están demasiado cerca. —El pasaje era largo y estaba sembrado de acuarios rotos; no tendríamos tiempo de llegar al final—. Hay que volver a esconderse.

—Hay que luchar —replicó ella al tiempo que reunía la poca luz que pudo encontrar.

Ese había sido también mi primer impulso, pero sabía que no saldríamos bien parados.

—Si luchamos nos dispararán y no puedo dejar que te hieran. Me entregaré y les diré que has salido huyendo hacia otra parte.

Ella sacudía la cabeza con vehemencia.

—Y un cuerno. —Aun en la oscuridad, advertí el destello de sus ojos. Dejó que se disipara la pequeña bola de luz que había acumulado y recogió del suelo dos fragmentos de cristal alargados—. O luchamos juntos o nada.

Solté un suspiro de frustración.

—Pues luchamos.

Nos acuclillamos sujetando los cristales como si fueran cuchillos. Los pasos se oían ahora con absoluta claridad. Estaban tan cerca que alcanzábamos a escuchar las pesadas respiraciones de las personas que se acercaban corriendo.

Y entonces doblaron la esquina.

Al fondo del pasillo una silueta se recortó contra el neón. Era una figura rechoncha, de hombros anchos, que me resultaba familiar, aunque no supe ubicarla de inmediato.

—¿Míster Jacob? —preguntó una voz que conocía bien—. ¿Es usted?

Un trémulo rayo de luz le iluminó la cara. Su mandíbula fuerte y cuadrada, los ojos cálidos. Por un instante pensé que debía de estar soñando.

—¿Bronwyn? —pregunté, casi a voz en cuello.

—¡Eres tú! —exclamó ella, al mismo tiempo que una gran sonrisa se extendía por su cara. Corrió hacia mí esquivando los cristales rotos y yo solté mi cuchillo improvisado junto antes de que Bronwyn me envolviera en un abrazo tan efusivo que me dejó sin aliento.

—¿Esta es la señorita Noor? —preguntó por encima de mi hombro.

—Hola —saludó Noor, que no entendía nada.

—¡Eso significa que lo has conseguido! —exclamó Bronwyn—. ¡Cuánto me alegro!

—¿Qué haces aquí? —atiné a preguntar en tono chillón.

—¡Podríamos preguntarte lo mismo! —respondió otra voz conocida y, cuando Bronwyn me soltó, vi a Hugh acercarse hacia nosotros—. Porras, ¿qué ha pasado aquí?

Primero Bronwyn, ahora Hugh. La cabeza me daba vueltas.

Mi amiga me trajo de vuelta a la realidad.

—Eso da igual. ¡Está sano y salvo, Hugh! Y aquí está la señorita Noor.

—Hola —repitió ella. Y luego, a toda prisa—. Veréis, hay como cuatro tipos armados que nos están persiguiendo.

—He aporreado a dos en la cabeza —respondió Bronwyn al tiempo que enseñaba dos dedos.

—Y yo he ahuyentado a otros dos con mis abejas —añadió Hugh.

—Vendrán más —advertí yo.

Bronwyn recogió del suelo una barra de metal que parecía muy pesada. —Pues no perdamos tiempo, ¿no os parece?

\* \* \*

Si bien el mercado de marisco subterráneo era un intrincado laberinto, nos abrimos paso por sus recovecos y revueltas lo mejor que pudimos, cada pareja tratando de recordar por dónde había entrado y cuál de los muchos ideogramas chinos que nos rodeaban significaba salida. El lugar era enorme y angosto al mismo tiempo, atestado de mesas, cajones separados por lonas colgantes y precarias instalaciones eléctricas que se columpiaban en lo alto como peligrosos nidos de cables y lámparas. El mercado estaba muy concurrido hacía un momento, pero los muchachos de Leo lo habían despejado en un periquete.

—¡No os quedéis atrás! —gritó Bronwyn por encima del hombro.

Siguiendo sus pasos, nos deslizamos por debajo de una mesa cubierta de inquietos pulpos vivos y corrimos tras ella por un pasillo de pescado expuesto en cajas que emanaban vapor de hielo seco. Al girar a la izquierda en la intersección con otro pasaje, vimos a dos de los sicarios de Leo, uno despatarrado en el suelo y el otro acuclillado a su lado, intentando despabilarlo con suaves cachetes en la cara. Bronwyn no redujo el paso y el hombre alzó la vista sorprendido justo cuando ella le atizaba una patada en toda la cabeza al pasar que lo tumbó al lado de su compañero.

—¡Cuánto lo siento! —gritó Bronwyn mirando hacia atrás.

Unos gritos se dejaron oír a cierta distancia. Otros dos esbirros de Leo nos habían avistado y ahora corrían hacia nosotros. Doblamos una esquina a la carrera y subimos una estrecha escalera como alma que lleva el diablo antes de cruzar una puerta y salir al exterior. La luz del sol nos cegó durante un instante tras la penumbra del mercado subterráneo. Estábamos de sopetón en plena hora punta de una transitada calle del presente. Coches, peatones y vendedores ambulantes se desplazaban raudos por todas partes como en un atolondrado baile.

Escapar con discreción en mitad de una muchedumbre es todo un arte. No es tarea nada fácil huir de alguien dispuesto a matarte sin atraer las miradas y fingiendo que no andas metido en nada más peligroso que un poco de ejercicio vespertino, sobre todo cuando dos de las personas que huyen están empapadas de la cabeza a los pies, otras dos están vestidas con ropa del siglo

xix y las cuatro van por ahí mirando por encima del hombro y a cada sombra con aprensión. Por lo visto no lo estábamos haciendo demasiado bien, porque despertábamos más curiosidad de la que habrían debido suscitar dos adolescentes disfrazados y otros dos calados hasta los huesos, especialmente en Nueva York, donde hay gente rara a patadas.

Caminábamos sin detenernos siquiera para cruzar las calles, haciendo caso omiso de los semáforos en rojo y de las señales de «prohibido el paso a los peatones». Unas veces avanzábamos junto a la acera hasta encontrar un hueco entre el tráfico, otras cruzábamos a la desesperada, dejando que los coches pitaran y nos esquivaran porque casi preferíamos que nos atropellaran a ser arrastrados de vuelta al bucle de Leo. Sus esbirros nos perseguían como un resfriado mal curado, sin dar tregua por las destartaladas calles de Chinatown ni por las calles del turístico barrio italiano, y, cuando quedamos atrapados en la mediana de la concurrida Houston Street, estuvieron a punto de darnos caza. Los distinguíamos a la legua gracias a sus trajes anticuados. Por fin, justo cuando empezaba a dudar que pudiera seguir corriendo mucho más rato, Noor apuró el paso para alcanzar a Bronwyn y la obligó a doblar una esquina. Hugh y yo hicimos lo propio y poco después Noor arrastró a nuestra amiga de nuevo hacia un lado, esta vez a través de la puerta de una tienda cualquiera. Era un pequeño colmado que vendía cerveza, legumbres y productos secos.

Mientras el dueño nos increpaba a voz en grito, dos de los hombres de Leo pasaron por delante de la tienda sin detenerse. Noor ya nos estaba empujando por un estrecho pasillo hasta la puerta del almacén, donde dejamos atrás a un sorprendido empleado que hacía un descanso para fumar y cruzamos una segunda puerta, batiente y de metal, que daba al callejón de las basuras.

De momento habíamos despistado a nuestros perseguidores, o eso parecía, y nos concedimos un momento para recuperar el aliento. Bronwyn apenas sudaba, pero Noor, Hugh y yo estábamos destrozados.

—Buenos reflejos —le dijo Bronwyn a Noor, impresionada.

—Sí —coincidió Hugh—. Bien hecho.

—Gracias —dijo Noor—. No soy nueva en esta plaza.

—Deberíamos quedarnos aquí un rato —sugirió Hugh entre resuello y resuello—. Esperemos unos minutos para que piensen que nos han perdido y luego salimos.

—No me habéis dicho adónde vamos, ¿verdad? —insinué.

—A mí también me encantaría saberlo —asintió Noor, enarcando una ceja.

—De vuelta al Acre —fue la respuesta de Hugh—. El portal más cercano no es el más agradable del mundo, que digamos, pero no está lejos de aquí.

Yo no podía despegar los ojos de mis amigos. Y pensar que hacía solamente un rato una parte de mí temía no volver a verlos nunca o que se comportasen como si no me conocieran de nada si acaso nos reencontrábamos.

Sin previo aviso, Hugh me propinó un puñetazo en el brazo.

—¡Ay! ¿A qué ha venido eso?

—¿Por qué no nos dijiste que te marchabas a emprender una estúpida misión de rescate?

Noor nos miraba boquiabierta.

—Lo intenté —repliqué.

—Pues no te esforzaste mucho —me reprochó Bronwyn.

—¿Ah, ¿no? Os lancé unas cuantas indirectas —insistí a la defensiva—. Y me dejasteis muy claro que no queríais ayudarme.

Hugh parecía a punto de volver a atizarme.

—¡Puede que no, pero lo habríamos hecho igualmente!

—De haber sabido lo que te proponías hacer, nunca te habríamos dejado intentarlo por tu cuenta y riesgo —declaró Bronwyn, que parecía enfadada conmigo por primera vez—. ¡Nos preocupamos muchísimo cuando descubrimos que no estabas! —Se volvió a mirar a Noor y negó con la cabeza —. Ayer mismo este chiflado estaba convaleciente en la cama. ¡Pensamos que te habían secuestrado en plena noche!

—Si os digo la verdad, no tenía nada claro que os molestase perderme de vista —confesé.

—¡Jacob! —Bronwyn me miró con unos ojos como platos—. ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos? Eso duele.

—Ya te dije que era un picajoso. —Hugh sacudió la cabeza—. Colega, confía un poco en tus amigos, por el amor de los pájaros.

—Lo siento —respondí arrepentido.

—No me lo puedo creer, en serio.

Noor se inclinó hacia mí para susurrarme:

—Conque no tenías amigos, ¿eh?

—No sé qué decir. —Las emociones me inundaban hasta tal punto que de repente no quedaba sitio para las palabras en mi cerebro—. Me alegro mucho de veros, chicos.

—Y nosotros de verte a ti —dijo Bronwyn. Me abrazó de nuevo y esta vez Hugh se nos unió.

En ese momento sonó un disparo procedente de un extremo del callejón. Todos dimos un respingo y, al romper el abrazo, descubrimos a dos hombres vestidos de traje que se acercaban corriendo.

Vaya, y nosotros que creíamos habernos librado de ellos.

—Seguidme —ordenó Noor—. Los despistaremos en el metro.

\* \* \*

Bajé las escaleras de tres en tres. Hugh se deslizó por la barandilla metálica. En el atestado vestíbulo, nos abrimos paso a empellones entre la maraña de viajeros típica de la hora punta. Noor se preparó para saltar el torniquete, no sin antes volverse para gritar:

—¡Haced lo mismo que yo!

Saltó y los demás la imitamos.

Llegamos al andén y lo atravesamos como el rayo. Mirando hacia atrás, comprobé que los esbirros de Leo todavía nos perseguían, si bien a cierta distancia. Noor se detuvo, plantó una mano en el suelo para saltar a las vías y nos ordenó que la siguiéramos. Gritó asimismo algo de llevar cuidado con la tercera vía, pero el anuncio que empezó a sonar en los altavoces del andén ahogó su voz.

No tuvimos más remedio que seguirla.

—¿Queréis que os atropellen o qué? —nos gritó alguien. Personalmente pensé que tenía razón, aunque ahora mismo eso me parecía preferible a la alternativa.

Nos apresurábamos entre los cuatro grupos de vías, trastabillando sobre huecos invisibles y oscuros raíles, cuando comprendí que Noor debía de haber hecho esto mismo otras veces. Saltaba a la vista que conocía la ciudad como la palma de su mano y pensé que alguien tan difícil de atrapar debía de tener mucha experiencia en huidas. Me pregunté por qué motivo y de quién habría escapado. Oyendo el tren que se acercaba, ansié con toda el alma tener la oportunidad de preguntárselo en el futuro.

El tren estaba demasiado cerca para mi gusto cuando Hugh y yo cruzamos el último par de vías zarandeados por la corriente del aire y el estrépito. Por suerte, Bronwyn y Noor nos ayudaron a trepar al andén de enfrente instantes

antes de que el primer vagón pasara tronando por nuestro lado con los frenos chirriando como una criatura infernal.

Un instante después, los vagones descargaron a los pasajeros. De sopetón tuve la sensación de que había miles de personas en el andén, pero logramos subir a bordo a pesar de todo. Nos acuclillamos para no ser vistos en un vagón casi vacío y por fin las puertas se cerraron.

—Porras —dijo Bronwyn con aire súbitamente preocupado—. Espero que este tren vaya en la dirección correcta...

Noor preguntó adónde nos dirigíamos y Bronwyn se lo dijo. La otra enarcó las cejas.

—Pues qué suerte —observó—. Es la próxima estación.

La miré asombrado. De los cuatro, ella era la que menos información tenía acerca de lo que estaba pasando y pese a todo su seguridad y la tranquilidad que emanaba ya la habían colocado al mando.

Los altavoces anunciaron la salida y al momento abandonamos la estación.

—¿Cómo me habéis encontrado? —les pregunté a Bronwyn y a Hugh.

—Emma adivinó lo que te proponías. Como nos habías hablado tanto de ella. —Hugh señaló a Noor con un gesto de la cabeza—. Encantado de conocerte, por cierto. Soy Hugh.

Alargó la mano para estrechar la de Noor.

—Una vez que dedujimos dónde estabas, solo era cuestión de encontrarte —prosiguió Bronwyn—. Ah, y un perro nos ayudó. ¿Te acuerdas de Addison?

Asentí.

—Los secuaces de Sharon, allá en el panbucleticón, rastrearon tu trayecto hasta Nueva York y el hocico de Addison nos condujo al mercado —dijo Hugh—, pero fue incapaz de llegar más lejos.

Bendito animal, pensé. Había perdido la cuenta de todas las veces que había arriesgado la vida por nosotros.

—A partir de ahí fue muy fácil dar contigo —explicó Bronwyn—. Solo tuvimos que seguir los gritos.

—¿Os pidió miss Peregrine que fuerais a buscarme? —quise saber.

—No —respondió Hugh—. No sabe que estamos aquí.

—A estas alturas, seguro que ya lo sabe —apostilló Bronwyn—. Tiene un don especial para saberlo todo.

—Pensamos que si nos marchábamos más de dos llamaríamos demasiado la atención.

—Lo echamos a suertes —explicó Bronwyn— y ganamos Hugh y yo. — Miró a nuestro amigo—. ¿Crees que miss P se enfadará con nosotros por haber venido?

Hugh asintió con vehemencia.

—Se pondrá furiosa. Aunque también se sentirá orgullosa. Suponiendo que lleguemos a casa de una pieza.

—¿A casa? —preguntó Noor—. ¿Y eso dónde está?

—Es un bucle situado en Londres a finales del siglo xix. Se llama el «Acre del Diablo» —respondió Hugh—. Bueno, ahora mismo es lo más parecido a un hogar que tenemos.

Noor frunció el entrecejo.

—Qué nombre más. acogedor.

—No es ninguna maravilla, pero tiene su encanto. Mejor que vivir a salto de mata, desde luego.

Noor no parecía convencida.

—¿Y allí solo viven personas como vosotros?

—Y como tú —le recordé.

No reaccionó o intentó no hacerlo, pero advertí un amago de emoción en el fondo de sus ojos. Tal vez una idea estaba empezando a calar en su mente. Nosotros.

—Allí estarás a salvo —prometió Bronwyn—. Sin hombres armados que te persigan. ni helicópteros.

Estaba a punto de asentir cuando recordé la advertencia de H sobre las ymbrynes, así como mi última conversación con miss Peregrine, cuando me dijo que se debían hacer sacrificios en aras de un bien mayor. Uno de esos sacrificios era la propia Noor.

—¿Y qué pasa con las instrucciones que nos dio H? —me preguntó Noor.

Había bajado la voz una pizca, pues no sabía si Bronwyn y Hugh estaban al tanto del asunto o si debían estarlo.

—¿Qué instrucciones? —preguntó Hugh.

Le relaté lo sucedido.

—Antes de morir, H me contó algunas cosas acerca de Noor y las personas que intentan capturarla. Me pidió que buscáramos a una mujer llamada V y me aseguró que ella nos proporcionaría información importante.

—¿V? ¿No es la cazahuecos que entrenó tu abuelo? —preguntó Bronwyn.

Ella estaba en el bucle de los intuitivos cuando el nombre de V salió a colación por primera vez. Por supuesto que lo recordaba.

—La misma —respondí—. Y H, mejor dicho, su espíritu hueco nos enseñó un mapa y nos dio indicaciones para encontrarla.

—¿H tenía un espíritu hueco? —musitó Bronwyn impresionada.

Yo extraje el fragmento de mapa de mi bolsillo y se lo enseñé.

—Resulta que ya no era un hueco. Se estaba transformando en otra cosa.

—¿En un wight? —dijo Hugh—. En eso se transforman los huecos, ¿no?

Noor me miró desconcertada.

—¿No dijiste que los wights son nuestros enemigos?

—Lo son —asentí—. Pero H era amigo de ese hueco en concreto.

—Esta historia se está volviendo cada vez más surrealista —se desesperó Noor.

—Ya lo sé. Y por eso creo que deberíamos acompañarlos al Acre del Diablo —respondí—. Necesitamos ayuda y todos los peculiares que conozco y en los que confío están allí.

La cuestión de si volverían a confiar en mí o estarían dispuestos a ayudarnos después de todos los problemas que había causado era otro cantar. En cualquier caso, tenía que intentarlo. Necesitaba a mis amigos. A la porra las advertencias de H.

Si miss Peregrine de verdad era capaz de enviar a la chica que acabábamos de rescatar de vuelta a manos de sus captores por razones políticas, o por la razón que fuera, entonces no era la persona que yo creía conocer. Y, si no podía mantener a Noor a salvo de los peligros en un bucle lleno de amigos, ¿cómo podría ayudarla a sobrevivir en la jungla de los Estados Unidos peculiares?

—Millard es un experto en cartografía —explicó Bronwyn.

—Y Horace es profeta —añadí yo—. A media jornada, al menos.

—Ya —respondió Noor, mirándome de soslayo—. Todavía me tienes que contar esa historia.

La profecía. Quería hablarle de ello en privado, no delante de otras personas. Además, ya no parecía que estuviéramos en peligro inmediato.

—Eso puede esperar —respondí.

Hugh y Bronwyn me miraron con curiosidad.

—Si tú lo dices. —replicó Noor, pero su tono de voz empezaba a delatar impaciencia.

El tren ya estaba reduciendo la marcha. Habíamos llegado a nuestra estación.

Salimos del metro deprisa y corriendo, de vuelta a las calles iluminadas por la luz del sol. Noor dedicó un momento a explicarle a Bronwyn dónde estábamos.

—Ya estamos cerca —prometió la segunda cuando se orientó, instantes antes de guiarnos en diagonal por una avenida de cuatro carriles entre las bocinas de los coches.

Atajamos por una pista de baloncesto en mitad de un partido para proseguir después por una desolada zona verde custodiada por una pareja de decrépitos bloques de apartamentos. El barrio se tornaba más decadente y destartalado con cada manzana que recorríamos, hasta que por fin acabamos a la sombra de un enorme edificio de ladrillo rojo cubierto de andamios y rodeado de vallas metálicas forradas de lona verde. Bronwyn se detuvo y retiró una de las lonas para revelar una abertura en la verja. Noor y yo nos miramos un momento con aprensión.

Bronwyn y Hugh nos indicaron por señas que los siguiéramos antes de desaparecer por el hueco.

Al momento, Hugh asomó la cabeza de nuevo.

—¿Venís o qué?

Noor cerró los ojos con fuerza durante un momento —sin duda debatiéndose mentalmente con una u otra versión de «¿qué narices estoy haciendo?»— y por fin cruzó al otro lado. Tal vez ella no lo creería, pero yo libraba con frecuencia la misma batalla. Una vocecilla interna gritaba dentro de mí «¿qué narices estás haciendo?» casi todo el tiempo desde que una corazonada me llevó a Gales en busca de los fantasmas de unas viejas fotos. Cada día me resultaba más fácil desconectarla y se había tornado mucho más silenciosa con el tiempo. Pero seguía ahí.

Al otro lado de la valla nos esperaba un mundo totalmente distinto o, por lo menos, más triste y lúgubre. Cruzar la abertura se parecía a retirar el sudario de un cadáver. El edificio debió de construirse y terminarse mucho tiempo atrás, después de lo cual lo habían abandonado. Me quedé parado en mitad de la maleza y me concedí un momento para observar el panorama: diez pisos de altura y tan extenso como una manzana, ventanas emplomadas ahora destrozadas, ladrillos descascarillados y muros cubiertos de enredaderas muertas. Una gran escalinata conducía a una entrada enmarcada por fastuosos

adornos de hierro forjado. Sobre la puerta, talladas en una placa de mármol macizo, se leían las palabras: «hospital psiquiátrico».

—Qué apropiado —musitó Noor—. Seguro que estoy perdiendo la chaveta.

—No es verdad. —Llevaba un tiempo esperando este momento, el instante en que empezase a calar en ella la magnitud de lo que estaba viviendo —. Ya sé que tienes esa sensación, pero no es así, te lo prometo.

Bronwyn y Hugh, que nos llevaban cinco metros de ventaja, nos pedían que los siguiéramos con gestos cada vez más apremiantes.

Noor no me miraba.

—Me han drogado. He comido setas alucinógenas. Estoy en coma. Todo esto es un sueño. —Se frotó la cara con las manos—. Cualquier cosa tiene más sentido que.

La interrumpí:

—No te puedo demostrar que no estás soñando. Pero sé muy bien cómo te sientes.

Bronwyn corría ahora hacia nosotros al mismo tiempo que articulaba con los labios:

—Venga, venga, venga.

La verja traqueteó a nuestra espalda y alguien maldijo entre dientes. Otra voz dijo:

—Sé que hay una entrada en alguna parte.

Alguien más gruñó en respuesta.

Eran dos de los matones de Leo. Nos habían seguido hasta allí.

Si Noor se estaba planteando hacer algo distinto, el repique de la valla le quitó la idea de la cabeza.

Corrimos entre los hierbajos detrás de Bronwyn y Hugh, y remontamos el tramo de escaleras tan deprisa que apenas tuvimos tiempo de leer las advertencias, todas del estilo de «edificio en ruinas» y «prohibido el paso». Por fin llegamos a una entrada cegada en la que alguien había abierto un resquicio por la fuerza. Los tablones astillados y los clavos doblados nos arañaron como dientes cuando nos retorcimos para pasar por la abertura para sepultarnos una vez más en un lugar del que tal vez nunca saliéramos.

\* \* \*

La oscuridad era tan grande allí dentro y había tanta basura que no podíamos avanzar a la carrera si no queríamos acabar ensartados en algún obstáculo afilado o meter el pie en un hoyo del suelo. En lugar de correr, nos apresurábamos de lado como cangrejos, deslizando los pies con cuidado y agitando los brazos ante nosotros sin despegarnos de Hugh y Bronwyn, que estaban familiarizados con el terreno. Oíamos a los sicarios de Leo, primero cruzando la verja, luego remontando los peldaños. Bronwyn había tapado el boquete de la puerta con una vieja nevera, seguramente abandonada allí dentro con ese objeto, pero sabíamos que el obstáculo no detendría a los sicarios demasiado rato.

Trastabillando, fuimos a parar al interior de una gran estancia. La escasa luz que se colaba por las mugrientas ventanas medio cegadas nos devolvió el sentido de la vista por fin. Esquivamos sillas de ruedas mohosas y horripilantes vitrinas en cuyo interior se oxidaba antiguo instrumental médico, todo el tiempo chapoteando sobre una capa de aguas pútridas que se extendía de pared a pared.

Noor canturreaba en voz baja. Cuando la miré de reojo, paró.

—Es un tic nervioso —se disculpó.

Salté un boquete del suelo y le tendí la mano para ayudarla a hacer lo propio.

—No sé por qué estás nerviosa. —comenté con una sonrisilla irónica.

Ella tomó mi mano y saltó. No me rio la broma.

—Por favor, dime que hay una salida trasera.

—Todavía mejor —respondió Hugh por encima del hombro—. Hay un portal al panbucleticón.

Antes de que Noor pudiera contestar, llegó a nuestros oídos un sonido tan tétrico e intempestivo que se me puso la piel de gallina: un acorde musical desafinado. Rodeando una pila de amarillentos colchones mojados, descubrimos de dónde procedía esa música espectral: de un machacado piano. Era un modelo vertical que ahora yacía volcado, de tal modo que bloqueaba el paso a un pasillo flanqueado de puertas. Le habían arrancado las tripas para clavarlas en la entrada y las fuertes cuerdas se alzaban como un bosque de pelos metálicos erizados. Para salir de la sala tendríamos que escalar el piano y abrirnos paso entre las cuerdas. Alguien acababa de hacerlo —de ahí el horrible acorde musical, probablemente— y eso significaba que una persona había abandonado la estancia hacía un momento o estaba con nosotros aquí dentro.

En ese instante una figura se irguió por detrás de una incubadora para bebés volcada por allí cerca.

—Ah, sois vosotros.

Una mata de vello facial tan espeso que más bien parecía el pelaje de un animal le cubría la cara. Nos dedicó una sonrisa torva.

Era Dogface.

—¿Ya estáis de vuelta? —les preguntó a Bronwyn y a Hugh.

—Sí, pero no nos podemos quedar —respondió Bronwyn.

—Tenemos que marcharnos ahora mismo —añadió Hugh.

Dogface se recostó contra el piano.

—La tarifa de salida son doscientos pavos.

—¡Has dicho que la tarifa era de ida y vuelta! —protestó Hugh.

—Seguro que lo has entendido mal. Tenías muchísima prisa cuando te estaba detallando los precios.

Oímos un grito a lo lejos seguido de un roce de metal contra piedra. Los esbirros estaban desplazando la nevera.

Dogface inclinó la cabeza en dirección al ruido.

—¿Qué ha sido eso? Os habéis metido en un lío, ¿no?

—Sí —repliqué irritado—, nos persiguen.

—Ay, vaya —dijo antes de hacer un ruidito con la lengua como si le supiera mal—. Entonces os costará más caro. Habrá que despistarlos, inventar algo. ¿Son los esbirros de Leo? Parecen enfadados.

—Muy bien. Pagaremos lo que sea.

Con gusto lo habríamos quitado de en medio a tortazos, pero sabíamos que podía causarnos infinidad de problemas si quería.

—Quinientos —declaró Dogface.

Se dejó oír un nuevo roce de metal contra el suelo, este más largo que el anterior. Hacían progresos con la nevera.

—Solamente tengo cuatrocientos —dijo Hugh, rebuscando en su bolsillo.

—Mala suerte. —Dogface dio media vuelta para marcharse.

—¡Te pagaremos mañana! —propuso Bronwyn.

Dogface nos miró.

—Mañana serán setecientos.

Oímos un golpe fuerte, como de algo que se rompía. Habían conseguido entrar.

—¡Vale! ¡Tú ganas! —aceptó Hugh. Una abeja agitada escapó de sus labios.

—Y no os retraséis. No me gustaría tener que enseñarles vuestra puertecita secreta.

Bronwyn y Hugh le pagaron todo lo que tenían. Dogface contó los billetes con angustiosa meticulosidad antes de guardárselos en el bolsillo. Trepó al piano, movió una palanca en el interior y se deslizó sin hacer ruido entre las cuerdas silenciadas. Lo seguimos y, cuando llegamos al otro lado, Dogface devolvió la palanca a su lugar.

El piano, comprendí, era una alarma en realidad.

Dogface nos mostró el camino. Nos apresuramos tras él por un largo corredor. Ahora que nos había extorsionado, sí parecía tener prisa en recorrer ese pasillo que parecía prolongarse hasta el infinito.

A mitad de camino, un grupo de peculiares salió en fila india de una de las puertas y empezó a seguirnos. Ofrecían un aspecto singular aun para los patrones peculiares y cuando Noor los vio estuvo a punto de soltar un grito. Una mujer sin piernas o quizá con piernas invisibles nos seguía flotando en el aire con el largo faldón de su abrigo ondeando en el vacío.

—Tranquila, cariño, que no os vamos a hacer daño —le dijo a Noor con una voz dulce y melodiosa—. Vamos a ser buenos amigos.

—Yo no lo tengo tan claro —bufó una chica que debía de ser medio humana y medio jabalí, a juzgar por los colmillos y el hocico que asomaban de su cara—, pero si pagáis bien no seremos enemigos.

Las acompañaba otra dama sin piernas, si bien esta parecía incapaz de flotar, porque se daba impulso con las manos para avanzar mediante grandes saltos. De súbito se encaramó con la agilidad de un gato a los robustos brazos de la chica jabalí, tendidos para recibirla. Solo entonces pude verla con claridad: no solo carecía de piernas, sino también de cadera, cintura y la mitad del tronco. Su cuerpo y la blusa de seda negra que llevaba se cortaban en línea recta por encima del ombligo.

—Soy Hattie la Mitadi —se presentó con una pequeña reverencia—. ¿Cuál de vosotros es la famosa fiera?

—No la llames así —la regañó un chico adolescente que exhibía un forúnculo enorme y palpitante en el cuello—. Es denigrante.

—Vale, pues la peculiar no contactada.

—Ya no lo es —respondió Dogface—. Ha tenido que aprender deprisa.

La chica jabalí soltó una risotada.

—¡No lo bastante! ¡Mira la cara que pone!

Noor apretaba los dientes con fuerza, como si el mero hecho de seguir avanzando le exigiese un gran esfuerzo de voluntad.

—Estos seres tan extraños son los Intocables —nos informó Dogface, que se dio la vuelta para caminar hacia atrás un momento igual que haría un guía turístico—. Aquellos que ningún otro clan quiso acoger.

—Demasiado peculiares para pasar por normales —explicó Hattie.

—Los peculiares más desastrosos, impresentables y desagradables de todo el reino —añadió con orgullo el chico del forúnculo.

—A mí no me parecéis desagradables —dijo Bronwyn.

—¡Retira eso! —replicó la chica jabalí enfadada.

Con un requiebro digno de un bailarín, Dogface se deslizó por una puerta abierta.

—Y este es nuestro santuario. Bueno, la puerta principal, en cualquier caso.

Seguimos al peculiar peludo a través de la entrada y, al ver dónde estábamos, Noor y yo nos detuvimos en seco. Una camilla de operaciones ocupaba el centro de la sala y, empotradas en la pared trasera, había una docena de cámaras refrigeradas dotadas de puertas metálicas. La sala no solo era una ratonera, sino también el depósito de cadáveres del hospital.

—No pasa nada —tranquilizó Bronwyn a Noor en tono amable, aunque urgente—. Nadie va a morir.

—Ah, no, ni hablar —dijo Noor retrocediendo—. Ni en sueños me pienso esconder en una de esas neveras.

—No te vas a esconder —aclaró Hugh—. Vas a viajar.

—¡Pobrecita, no es de su gusto! —se burló la chica jabalí—. ¡Miradla! ¡Tiene miedo!

A nuestras espaldas los Intocables se partían de risa, asomados en el umbral.

Noor ya había salido del depósito y cruzaba el pasillo hacia la puerta de enfrente, la única alternativa si no quería volver por donde había venido.

Cuando Bronwyn y Hugh hicieron ademán de seguirla, se lo impedí.

—Dejad que hable con ella.

Convencer a alguien, peculiar o no, de que entre en una nevera de la morgue sería complicado, en cualquier caso, pero muy especialmente si esa persona era nueva en nuestro mundo. A mí tampoco me apetecía nada, a decir verdad.

Crucé el pasillo a toda prisa para reunirme con Noor en la habitación de enfrente. Vi el armazón metálico de una cama sin colchón, iluminada por el rayo de sol que se colaba por la ventana enrejada. En las esquinas había

montones de artículos personales abandonados, que debieron de pertenecer a las personas que vivieron y murieron en la institución. Maletas. Zapatos.

Noor caminaba de un lado a otro agitada.

—Juraría que he visto una puerta aquí dentro. Cuando hemos pasado corriendo.

—No hay otra salida —le aseguré.

En ese momento descubrí a qué se refería y se me cayó el alma a los pies.

—¿Te refieres a esto?

Se volvió a mirar y, cuando comprendió lo que estaba mirando, estuvo a punto de echarse a llorar. Formaba parte de un mural en la pared. Era un trampantojo, nada más que una puerta pintada.

En ese momento repicó el piano, una, dos, tres veces. Los hombres de Leo acababan de cruzarlo.

—Tenemos dos opciones —le dije—. Podemos.

Noor no me estaba escuchando. Observaba con atención la ventana enrejada y el sol que se colaba a través de los barrotes.

Volví a empezar.

—Podemos quedarnos aquí y esperar a que nos encuentren, cosa que sin duda sucederá.

Desplazó las manos por el aire, pero apenas logró dibujar unos hilos de oscuridad con los dedos, que al momento volvieron a inundarse de luz. Había presenciado ese fenómeno otras veces. En algunos casos, las habilidades peculiares funcionan igual que los músculos y se pueden fatigar o extenuar. En otros, se resisten a manifestarse en situaciones de mucha presión.

Se volvió a mirarme.

—O puedo confiar en ti.

—Sí —respondí. Mentalmente le suplicaba con cada fibra de mi ser que se decidiera por mí—. Y en un puñado de bichos raros.

Los pistoleros de Leo recorrían ruidosamente el pasillo según inspeccionaban habitaciones y empujaban puertas cerradas.

—Esto es absurdo. —Negó con la cabeza. A continuación, me miró a los ojos y algo en su interior se apaciguó—. No debería confiar en ti. Pero confío.

Noor había participado ya en tantas situaciones absurdas. ¿Qué significaba una más, en comparación, cuando podía salvarnos?

Bronwyn y Hugh nos esperaban junto a la puerta, a punto de entrar en pánico.

—¿Listos? —preguntó Hugh.

—Será mejor que sí —dijo Dogface mientras se acercaba a nosotros—. Por cierto, si hay que atizar algún mamporro, serán mil pavos.

—O miss Poubelle les puede borrar la memoria por dos mil —apuntó el chico del forúnculo palpitante.

Los hombres nos vieron cruzar el pasillo como el rayo. Yo no miré atrás, pero oía sus gritos y pisotones. Los Intocables habían desaparecido; era obvio que no querían enfrentarse a los hombres de Leo ni enemistarse con ellos si podían evitarlo.

Una de las cámaras inferiores del depósito aguardaba desatrancada y abierta. Hugh se había plantado ya junto a la entrada. En cuanto nos vio llegar, gritó nuestros nombres, nos apremió por gestos y se internó en la cavidad.

Nos apresuramos hacia la nevera y escudriñamos el interior. No era una simple cabina, sino un angosto túnel que parecía prolongarse indefinidamente. La voz de Hugh resonó en las profundidades conforme se perdía en la lejanía.

—¡Uoooaaaaa!

Dejé que Noor pasara delante.

—Esto es una idiotez y yo soy una idiota y esto es lo más idiota del mundo —repetía sin cesar, hasta que inspiró hondo, se mentalizó y se internó con la cabeza por delante. Reptó hacia dentro, pero al poco se atascó, así que la agarré por los pies y la empujé. El pequeño compartimento de la pared se la tragó pasado un momento.

Bronwyn fue la siguiente, a insistencia mía, y luego me tocó a mí. Obligar a mi cuerpo a entrar en el túnel me costó más de lo que esperaba, teniendo en cuenta que yo había convencido a Noor para que lo hiciera. Reptar por una bandeja de la morgue es un acto tan antinatural que mi mente racional, aun siendo consciente de que aquellos túneles oscuros y horribles ofrecían excelentes portales de bucle, precisó varios segundos de concentración para acallar a mi lado instintivo, que gritaba: No, no, no, te van a devorar los zombis, noooo. Oír que tres hombres furiosos estaban cruzando la puerta a mi espalda me proporcionó la motivación que me faltaba y, temiendo que me echaran el guante, me deslicé al interior y empecé a arrastrarme cada vez más adentro, tan deprisa como podía.

Una mano me agarró el pie, pero me zafé de una patada. Oí un forcejeo a mi espalda, seguido de un topetazo y el grito de uno de los matones. Cuando me volví a mirar, vi a uno de los gorilas de Leo caer el suelo y a la chica jabalí detrás, empuñando una estaca de madera.

Noor avanzaba delante de mí, gruñendo según se arrastraba al estilo comando para adentrarse cada vez más en la oscuridad. Me di impulso hacia delante y al poco empecé a deslizarme sin esfuerzo. Además de estar untado con algún tipo de grasa, el túnel hacía una pizca de pendiente y pasados unos pocos metros el propio pasaje parecía arrastrarme. Recordaba un poco a la sensación de nacer, supongo, solo que más rápida e infinitamente más larga. En ese momento oí gritar a Noor. Noté un impulso que me empujaba hacia delante, no el tirón de una mano sino una fuerza incorpórea parecida a la gravedad que se apoderaba de cada átomo de mi cuerpo. Se me aceleró el pulso y noté el vuelco en el estómago que tan bien conocía.

Estábamos cruzando.

Salimos dando tumbos de un armarito que conducía al largo pasillo

enmoquetado en rojo del panbucleticón de Bentham. Bronwyn todavía se estaba recuperando cuando llegamos Noor y yo. Hugh nos esperaba con cierto aire de impaciencia.

—¡Ya me estaba preguntando si al final os habríais rajado! —comentó mientras Bronwyn nos plantaba a Noor ya mí en el suelo sin el menor esfuerzo.

—¿Creéis que nos seguirán? —pregunté nervioso mirando la puerta.

—Ni hablar —me aseguró Bronwyn—. A los Intocables les gusta cobrar las deudas.

Me volví a mirar a Noor.

—¿Cómo estás? —le pregunté en voz baja.

—Muy bien —se apresuró a responder, como si le diera apuro—. Siento mucho el número que he montado antes de entrar. —La disculpa iba dirigida a los tres. Al mismo tiempo que hablaba, admiraba el lujoso vestíbulo—. Este lugar es mucho mejor que el que acabamos de dejar atrás.

Hugh se disponía a decir que deberíamos ir tirando cuando Noor lo interrumpió.

—Tengo que deciros una cosa más antes de que vayamos a ninguna parte o me presentéis a más gente. —Nos miró de uno en uno—. Gracias por ayudarme. De corazón.

—A tu servicio —respondió Hugh, sin hacerle mucho caso.

Ella frunció el ceño.

—Lo digo en serio.

—Nosotros también —le aseguró Bronwyn.

—Ya nos darás las gracias cuando lleguemos a casa —insistió Hugh—. Venga, o los secuaces de Sharon se fijarán en nosotros y empezarán a hacer preguntas que no tenemos ganas de responder.

—Tienes razón —asintió Bronwyn.

Nos apresuramos por el pasillo pegados los unos a los otros. La sección del panbucleticón en la que nos encontrábamos estaba relativamente desierta,

pero, tras doblar unos cuantos recodos, empezamos a ver más gente. Peculiares vestidos con atuendos que abarcaban todas las épocas y estilos entraban y salían de los bucles. Un montoncito de arena se amontonaba junto a uno de los portales y un viento ululante acompañado de gotas de lluvia se colaba por el resquicio de otro, cuya puerta habían dejado entornada con ayuda de un ladrillo. Varias personas hacían cola pegadas a la pared para que los funcionarios instalados en pequeños escritorios examinasen y sellasen sus documentos de viaje. El murmullo de las voces, los pasos y el revuelo de papeles creaban el mismo tipo de barullo que reinaría en una estación en plena hora punta.

Noor miraba a todas partes con unos ojos como platos y llegó a mis oídos la voz de Bronwyn, que, con una mano en su espalda, le contaba en tono quedo lo que estaba viendo.

—Cada uno de los portales conduce a un bucle distinto. De ahí su nombre, «panbucleticón». Lo inventó el hermano de miss Peregrine, Bentham, que era listísimo. Más tarde se lo arrebató su otro hermano, Caul, que era malísimo además de nuestro peor enemigo.

—Ha resultado ser de extrema utilidad —intervino Hugh—. Este bucle, el Acre del Diablo, fue en otro tiempo una cárcel para criminales peculiares. Más tarde se convirtió en una zona sin ley y nuestros enemigos, los wights, establecieron aquí su cuartel general.

—Hasta que Jacob nos ayudó a derrotarlos y liquidó a su jefe —concluyó Bronwyn con orgullo.

La mera mención de Caul me puso la piel de gallina.

—No está muerto, exactamente —señalé.

—Vale —dijo Hugh—, está atrapado en un bucle colapsado del que nunca podrá salir, que viene a ser lo mismo.

—Y ahora los wights están todos muertos o presos —continuó Bronwyn —. Y, como destruyeron muchos de nuestros bucles o los dejaron inservibles, un montón de peculiares se quedó sin casa, por lo que tuvieron que trasladarse aquí.

—Una mudanza temporal, esperamos —añadió Hugh—. Las ymbrynes están intentando reconstruir los bucles que perdimos.

Noor parecía abrumada por tanta información, así que intervine para decir:

—¿Qué os parece si dejamos la clase de historia para más tarde?

Pasábamos junto a una larga hilera de ventanas y Noor echó un vistazo al exterior sin detenerse. Al otro lado del cristal se apreciaba el Acre del Diablo

en una tarde amarilla de tan intensa que era la contaminación en el aire. Allí estaban los ruinosos edificios del Acre, las serpenteantes aguas verdinegras del canal Acequia Infecta, la niebla eterna de Smoking Street y, más allá, la parte antigua, una maraña de torres y edificios grises que se desdibujaban entre una gran nube de hollín típica de la era industrial.

—Dios mío —dijo Noor con un hilo de voz.

Yo caminaba a su lado.

—Esto es Londres. A finales del siglo xix. Y estás sintiendo esa cosa tan rara otra vez, ¿verdad?

—La sensación de irrealidad —asintió. Redujo el paso lo suficiente para sacar la mano por una ventana abierta y pasar el índice por la cornisa. Mientras apurábamos el paso para alcanzar a los demás, me lo enseñó. Tenía el dedo negro de hollín.

—Y sin embargo es real —añadió asombrada.

—Sí, lo es.

Se inclinó hacia mí.

—¿Uno llega a acostumbrarse?

—Un poco más cada día. —Lo medité. Intenté recordar cuánto esfuerzo me había costado al principio e incluso en tiempos más recientes aceptar la realidad de este mundo—. Todavía de vez en cuando la cabeza me da vueltas cuando miro alrededor. Como si estuviera en mitad de.

—¿Una pesadilla?

—Iba a decir de un sueño.

Asintió con un gesto mínimo y una chispa de complicidad parpadeó entre los dos. Las tinieblas estaban ahí, ambos lo sabíamos, pero también ese hilo dorado de asombro y esperanza que recorría el tejido de este nuevo mundo. Hay mucho más, decía. Hay más cosas en el universo de las que imaginasteis jamás.

Y entonces atisbé por el rabillo del ojo otro tipo de oscuridad y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

—Así pues, estás vivo. —La voz fue como un susurro ondulante en mi oído—. Me complace, debo reconocer.

Di media vuelta y me topé con un muro de trapos negros. Era Sharon, que se erguía en toda su altura detrás de nosotros. Noor pegó la espalda a la pared, si bien su cara no reveló miedo alguno. Hugh y Bronwyn se percataron del encuentro y se deslizaron hacia un puesto que ofrecía información sobre vestimenta en los bucles, con la intención de pasar desapercibidos.

—¿Me vas a presentar a la señorita? —preguntó Sharon.

—Sharon, esta es.

—Soy Noor —dijo ella a la vez que alargaba la mano—. ¿Y usted es??

—Tan solo un humilde barquero. Encantado de conocerla. —Una sonrisa blanca destelló al fondo de la capucha, reluciente entre la negrura, y los dedos largos y pálidos rodearon la mano oscura de Noor. Advertí que ella reprimía un estremecimiento. Sharon le soltó la mano y se volvió a mirarme—. No acudiste a nuestra reunión. Qué decepción.

—Me surgió algo urgente —respondí—. ¿Podemos hablar de eso en otro momento?

—Por supuesto —dijo él con un exagerado tono servil—. Ve, por favor, no quiero entretenerte.

Nos escabullimos sin perder un instante. Bronwyn y Hugh nos esperaban junto a la escalera.

—¿Qué quería? —preguntó Hugh.

—No tengo ni idea —mentí, y nos largamos a toda prisa.

\* \* \*

Las calles del Acre del Diablo estaban atestadas de peculiares y, esa tarde en particular, los contrastes extraños y por momentos inquietantes que caracterizaban el barrio se manifestaban en todo su esplendor. Pasamos junto a una ymbryne que enseñaba a un grupo de jóvenes peculiares cómo reparar un edificio derruido empleando sus talentos. Un muchacho pelirrojo levantaba vigas con sus poderes de levitación y dos chicas reducían a grava un montón de escombros triturándolos muy despacio con los dientes. Nos cruzamos igualmente con los primos de Sharon, los constructores de patíbulos, que conducían cantando y agitando sus martillos una cuerda de desgraciados prisioneros wights encadenados por los tobillos. Los seguían una ymbryne y un contingente formado por diez peculiares, nada menos, con la tarea de custodiarlos.

Noor se volvió a mirarlos cuando pasaron ante nosotros entonando a voz en cuello su canción.

La noche antes de que colgaran al ladrón, el verdugo fue a decirle a su celda:

«Vengo antes de llevarte al paredón

a exponerte una advertencia...».

—¿Son??

—Lo son —respondí.

—Y aquí todo el mundo es.

La miré a los ojos.

—Sí. Igual que nosotros.

Movió la cabeza con un gesto de asombro y al momento agrandó los ojos volviendo la vista hacia arriba. Cuando seguí la trayectoria de su mirada, vi a un hombre increíblemente alto que se tambaleaba sobre los adoquines según caminaba hacia nosotros. Medía cuatro metros y medio, como poco, y el sombrero de copa que le cubría la cabeza sumaba otro medio metro. Ni, aunque hubiera saltado con los brazos extendidos habría alcanzado a tocar siquiera el bolsillo de sus enormes pantalones de flores.

Hugh lo saludó cuando pasó por nuestro lado.

—Hola, Javier, ¿cómo va la nueva función?

El gigante perdió el equilibrio al detenerse con demasiada precipitación, aleteó con los brazos y buscó apoyo en el tejado de un edificio para no caer. Solucionado el percance, se inclinó para mirar a Hugh.

—Perdona, no te había visto —atronó desde las alturas—. Hemos tenido que retrasarla, por desgracia. Han convocado a unos cuantos miembros del elenco a trabajos de rehabilitación, así que vamos a repetir La fauna de la pradera. Ahora mismo están ensayando en el parque.

Con un brazo de tamaño normal en comparación con las piernas, señaló una pequeña zona de hierba encharcada que se extendía al otro lado de la calle (lo más parecido a un parque que había en el Acre), donde una compañía de actores, los alumnos de miss Grackle, se bamboleaban de acá para allá ataviados con grotescos disfraces de animales.

Noor los miró boquiabierta cuando pasamos por su lado, hipnotizada por el extraño espectáculo hasta que Hugh propinó un puntapié a unas piedras musitando para sí:

—¡Qué mala pata! Estaba deseando darle unos consejos al actor que me interpreta.

Noor se volvió a mirarme con una sonrisa incipiente en los labios:

—¿Están preparando una obra de teatro sobre vosotros?

Un calorcillo me subía por el cuello cuando respondí apurado:

—Ejemplo sí, una de las ymbrynes dirige una compañía. Nada importante.

Desdeñé el asunto con un gesto de la mano y miré adelante con la esperanza de encontrar cuanto antes la manera de distraerla para cambiar de tema.

—Venga, no seas modesto —dijo Hugh—. La obra trata de cómo Jacob contribuyó a derrotar a los wights y desterró a Caul a un infierno interdimensional.

—¡Es un gran honor! —añadió Bronwyn con una inmensa sonrisa—. Jacob es toda una celebridad por estos lares.

—¡Hala, mirad eso! —grité con la esperanza de que Noor no hubiera oído esa última parte. Giré el cuerpo para señalar a un grupo de gente reunida en las inmediaciones de Pye Square, donde había dos peculiares al parecer enzarzados en alguna clase de competición.

—¡Es un concurso de levantamiento de puertas! —exclamó Bronwyn, mordiendo el anzuelo—. Tenía intención de participar, pero necesito entrenar antes de apuntarme.

—No nos entretengamos —protestó Hugh, pero Bronwyn aminoró el paso para echar un vistazo, al igual que los demás.

Alrededor de diez personas se habían encaramado a una puerta tendida sobre un par de caballetes, y un joven corpulento competía contra la anciana menos musculosa que se pueda imaginar, aunque mostraba una expresión tan amenazadora como para congelar el agua solo con mirarla.

—¡Esa es Sandina! —exclamó Bronwyn—. ¡No hay otra igual!

La pequeña multitud congregada empezó a corear su nombre:

—¡Sandina, Sandina!

La mujer se arrodilló debajo de la puerta, apoyó sus anchos hombros contra la madera y se incorporó despacio entre gruñidos mientras el grupo que tenía encima hacía equilibrios sin dejar de animarla.

Bronwyn también la vitoreaba e incluso Noor lanzó un grito por lo bajo, sorprendida y maravillada.

Maravillada. No horrorizada. Ni asqueada. Y yo empecé a pensar que tal vez encajase en nuestro mundo.

De súbito caí en la cuenta de que no sabía adónde nos dirigíamos. Bronwyn y Hugh habían dicho algo de una «casa», si bien, por lo que yo sabía, nuestros amigos vivían en dormitorios dispersos ubicados en la planta baja del panbucleticón. Cuando empezamos a cruzar un destartalado puente sobre el canal Acequia Infecta, pregunté por nuestro destino.

—Miss P juzgó oportuno que dejásemos la mansión de Bentham mientras estabas con el remiendahuesos —explicó Hugh—. Para mantenernos alejados

de cotillas y fisgones. ¡Cuidado con ese tablón, está suelto!

Salvó de un salto la plancha, que cayó con un chapoteo a las aguas negras del río. Noor sorteó el obstáculo con facilidad, pero yo tuve que vencer el vértigo antes de alargar la pierna para pasar por encima de la oquedad.

Llegamos al otro lado y caminamos junto a la orilla hasta una casa vieja y destartalada. Su forma parecía desafiar las leyes no solo de la arquitectura, sino también de la gravedad: la parte inferior era mucho más estrecha que la superior, como si la hubieran construido del revés, y los dos pisos de arriba se extendían hacia el vacío, apoyados en un bosque de finos pilares y soportes que se prolongaban hasta el suelo. La planta baja era asimismo más modesta, parecida a una choza, mientras que el primer piso contaba con grandes ventanales y columnas talladas, y el segundo estaba coronado por una especie de cúpula inacabada, todo ello dispuesto en ángulos extraños y cubierto de las manchas que el tiempo y la falta de atención dejan a su paso.

—No es la vivienda más lujosa del mundo —reconoció Bronwyn—, pero al menos es nuestra.

En ese momento una vocecilla que conocía bien gritó mi nombre y, cuando alargué el cuello, vi a Olive asomar flotando por detrás de la cúpula del tejado. Iba cargada con un cubo y un paño y llevaba una cuerda tensa atada a la cintura para no salir volando.

—¡Jacob! —exclamó—. ¡Es Jacob!

Me saludó con la mano presa de la emoción y yo le devolví el saludo, encantado de verla y aliviado ante el cariñoso recibimiento.

Olive estaba tan contenta de verme que el cubo le resbaló de la mano y aterrizó en una parte del tejado que yo no alcanzaba a ver. El accidente arrancó un grito de sorpresa a otra persona, no sé a quién. En ese momento la puerta principal se abrió con tanto ímpetu que uno de los goznes saltó con un restallido metálico.

Emma salió corriendo.

—¡Mira a quién hemos encontrado! —anunció Bronwyn.

Emma se detuvo a pocos pasos de mí y me miró de arriba abajo. Iba enfundada en unas botazas negras y un mono de trabajo azul. Tenía las mejillas rojas como manzanas bajo una capa de mugre y resollaba como si acabara de bajar corriendo varios tramos de escaleras. Y exhibía una expresión feroz cuando me miró con una complicada mezcla de emociones en el semblante: rabia, alegría, dolor y alivio.

—No sé si te mereces un abrazo o un sopapo.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Qué tal si empezamos por el abrazo?

—¡Idiota, nos has dado un susto de muerte!

Corrió hacia mí para echarme los brazos al cuello.

—¿Sí? —le pregunté, haciéndome el despistado.

—¿Te dejamos malherido en la cama y al cabo de nada desapareces sin decir ni pío? ¡Pues claro que sí!

Suspirando, le pedí perdón.

—Lo mismo digo —me susurró a la vez que hundía la frente en mi cuello, pero se apartó al momento, como si acabara de recordar que ya no podía hacer eso.

Antes de que pudiera preguntarle por qué se disculpaba, noté un empujón. Alguien más acababa de estamparse contra nosotros. Cuando bajé la vista, vi las mangas de un esmoquin de terciopelo color burdeos alrededor de mi cuerpo.

—Es maravilloso que hayas regresado con nosotros sano y salvo —decía Millard—, pero ¿qué os parece si celebramos el reencuentro en alguna parte que no sea en mitad de la calle?

Y nos fue empujando hacia la casa. Mientras cruzaba trastabillando la puerta medio torcida, eché un vistazo por encima del hombro buscando a Noor, pero solo vi las deslumbrantes sonrisas de Bronwyn y Hugh. Al momento estaba accediendo a una acogedora estancia de techo bajo que hacía las veces de sala, cocina y corral (a juzgar por las gallinas que cloqueaban en un rincón y el heno escampado por el suelo) y mis amigos entraban conmigo en la habitación, uno tras otro. De sopetón me llovían abrazos por todos los frentes y una alegre algarabía inundó la sala cuando todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—¡Jacob, Jacob, has vuelto! —gritó Olive, que bajaba la destartalada escalera todo lo deprisa que le permitían sus zapatones de plomo.

—¡Y estás vivo! —exclamó Horace, saltando y agitando una chistera de seda.

—¡Pues claro que sí! —dije—. No era una misión suicida.

—¡Eso no lo sabías! —me acusó Horace—. Y yo tampoco, mal que me pese. Últimamente no he soñado nada en absoluto.

—Estados Unidos es un país terrible y peligroso —observó Millard, que seguía pegado a mí—. ¿Cómo se te ocurrió marcharte por tu cuenta y riesgo?

—Pensaba que nos traía sin cuidado lo que le pasase —aclaró Bronwyn con aire de incredulidad.

Emma levantó las manos escandalizada.

—Por el amor de los pájaros, Jacob, ¿acaso no nos conoces?

—Os había metido en tantos líos con las ymbrynes —intenté explicarles —, y además nos dijimos unas cosas que.

—Si te digo la verdad, ni siquiera me acuerdo.

Y yo tampoco, bien pensado. Solamente recordaba cómo me había sentido después: herido y enfadado de que se hubieran puesto del lado de miss Peregrine y no del mío.

—Todos decimos cosas desagradables cuando estamos irritados —me regañó Hugh—. Eso no significa que no nos importe si vives o mueres.

—Somos una familia —dijo Olive. Poniendo los brazos en jarras, me miró con severidad—. ¿Aún no te has enterado?

Algo en su carita enfurruñada me derritió el corazón.

—¡Buaaaa, mis amigos son malos! —lloriqueó Enoch, que bajaba las escaleras cargado con un cubo de agua chorreante—. ¡Me las daré de héroe y

me meteré en tantos líos que tendrán que venir a rescatarme! ¡Así aprenderán!

—Yo también me alegro de verte.

—Habla por ti. Por tu culpa nos hemos pasado dos días recogiendo boñigas y desatascando cloacas. —Me empujó cuando pasó para vaciar la porquería del cubo en la calle. A continuación, se enjugó la mugrienta frente con el dorso de una mano todavía más sucia—. Puede que ellos estén dispuestos a perdonarte, pero a mí me debes una, Portman.

—Me parece justo —respondí.

Extendió una mano. Goteaba.

—Bienvenido a casa.

Fingiendo no reparar en la mugre, se la estreché.

—Gracias.

—¿Y qué tal ha ido el rescate de la chica? Un fracaso absoluto, deduzco, teniendo en cuenta que no la veo por ninguna parte.

Miré a un lado y a otro asustado.

—¿Noor?

—Estaba aquí mismo —dijo Bronwyn.

Empezaba a entrar en pánico cuando oí su voz.

—¡Estoy aquí!

Me di media vuelta y la vi salir de una zona de oscuridad que no estaba ahí al entrar. Un leve fulgor descendió despacio por su garganta.

Solté un largo suspiro de alivio.

—Impresionante —se maravilló Millard.

—No hace falta que te escondas —dijo Olive—. No mordemos.

—No me escondía —explicó Noor—. Me ha parecido que necesitabais un momento de intimidad, nada más.

Me acerqué a ella, sintiéndome culpable por no habérsela presentado a mis amigos todavía.

—Algunos ya la conocéis. Para aquellos que no., esta es Noor Pradesh. Noor, estos son mis amigos.

Ella ofreció un saludo general.

—Hola a todos.

Cuando se agolparon a su alrededor para darle la bienvenida, ella dio muestras de una tranquilidad sorprendente. Parecía una persona totalmente distinta de la chica que por poco se había negado a entrar en la nevera del depósito de los Intocables.

—Bienvenida al Acre del Diablo —dijo Horace, que le estrechó la mano en plan formal—. Espero que no lo encuentres demasiado desagradable.

—De momento, me parece alucinante —le aseguró Noor.

—Te quedarás con nosotros, ¿no? —la invitó Hugh—. Después de todo lo que has pasado, mereces un descanso.

—Es agradable conocerte en persona por fin —dijo Olive—. Los demás han hablado muchísimo de ti. Bueno, sobre todo han intercambiado gritos.

Le propiné unas palmaditas en el hombro y la aparté a un lado.

—Vale, Olive, muchas gracias.

Emma se acercó a Noor para darle un abrazo, un gesto que me pareció un tanto forzado.

—No vayas a pensar que no nos alegramos de tenerte aquí. Nos alegramos mucho.

—¡Eso, eso! —asintió Millard.

Enoch se enjugó la mano en los pantalones antes de ofrecérsela a Noor.

—Es un placer volver a verte. Me alegro de que Jacob no la haya pifiado esta vez. O no del todo, al menos.

—Estuvo fantástico —le aseguró Noor—. Jacob y el anciano fueron.

Arrugó la cara con tristeza al acordarse.

—¿Qué pasó? —quiso saber Emma.

Noor me lanzó una mirada rápida antes de devolverle la vista a Emma. Respondió en tono sombrío:

—Murió.

—H rescató a Noor del bucle de Leo —expliqué—. Le dispararon y él consiguió aguantar hasta llevar a Noor sana y salva a su casa. Fue allí donde yo los encontré, en casa de H.

Me sentí un desconsiderado por contar lo sucedido deprisa y corriendo, pero ya estaba hecho.

—Cuánto lo lamento —dijo Millard—. Aunque no llegué a conocerlo, cualquier compatriota de Abe tuvo que ser por fuerza una buena persona.

—Qué triste —se lamentó Emma—. Pobre H.

Era la única de todos ellos que lo había conocido y me lanzó una mirada apenada con la que intentaba decirme: «Luego hablamos».

—Le debo la libertad —manifestó Noor con voz queda. Y tuvimos la

sensación de que no había nada más que decir.

Se hizo un silencio breve e incómodo, que Millard rompió para

comentarle a Noor:

—Sea como sea, me alegro de que ya no estés en manos de ese horrible Leo Burnham.

—Yo también —asintió Noor—. Ese tipo era... —Negó con la cabeza despacio, como si no tuviera palabras para expresar los sentimientos que le inspiraba.

—No te hicieron daño, ¿verdad? —quiso saber Bronwyn.

—No. Me frieron a preguntas y me dijeron que formaría parte de su ejército. Estuve dos días encerrada en una habitación, pero no me pegaron ni nada.

—Eso fue una suerte, al menos —dije.

En ese momento, una vocecilla preguntó:

—¿Valió la pena, Jacob? ¿Correr tantos riesgos por ella?

Me di la vuelta para mirar a Claire, que me fulminaba con los ojos desde el umbral. Su expresión resentida ofrecía un curioso contraste con las botas de agua amarillas y el gorro que llevaba.

—Claire, eso ha sido una grosería —la regañó Olive.

—No, Jacob fue un grosero al desobedecer a miss Peregrine, sabiendo que eso podría provocar la misma guerra que las ymbrynes estaban tratando de evitar.

—Bueno, y ¿ha sucedido? —pregunté yo.

—¿Si ha sucedido qué?

—¿Ha estallado una guerra?

Claire apretó los puños y me miró tan enfurruñada como fue capaz.

—Esa no es la cuestión.

—De hecho, sus actos y los de H no han desatado una guerra. —Miss Peregrine, imponente con un vestido negro de corte geométrico y el cabello recogido en un moño alto, acababa de aparecer en el rellano de la escalera—. Todavía no, cuando menos. Aunque es posible que estemos al borde de una.

La directora se deslizó escaleras abajo y avanzó directamente hacia Noor.

—Así que usted es la famosa señorita Pradesh —dijo en tono inexpresivo. Alargó la mano y estrechó la de Noor una vez, deprisa—. Me llamo Alma Peregrine y soy la directora de este grupo de niños un tanto díscolos en ocasiones.

Noor esbozó una sonrisa de medio lado, como si miss Peregrine le hiciera gracia.

—Encantada de conocerla —fue su respuesta—. Jacob no mencionó nada de una guerra.

—No. —Miss Peregrine se volvió a mirarme—. Ya me imagino que no.

Noté un calorcillo en la cara.

—Supongo que estará enfadada, miss P, pero tenía el deber de ayudar a Noor.

Si bien notaba los ojos de Noor y los demás clavados en mí, no aparté la vista de la ymbryne. Miss Peregrine me sostuvo la mirada un momento antes de dar media vuelta de sopetón para acercarse a una puerta y abrirla. Daba a una pequeña sala de estar.

—Míster Portman, usted y yo tenemos unas cuantas cosas que hablar. Miss Pradesh, acaba de vivir unos días muy intensos. Estoy segura de que tendrá ganas de descansar y asearse un poco. Bronwyn, Emma, por favor, ayuden a nuestra invitada a instalarse.

Noor me lanzó una mirada inquisitiva con la que venía a decir «¿qué narices pasa aquí?», y yo respondí con un rápido asentimiento que esperaba que interpretase como «todo va bien». A continuación, miss Peregrine me llevó a la sala contigua y cerró la puerta.

Cubierto de gruesas alfombras de pieles, el espacio no tenía más muebles que un montón de almohadones por el suelo. Miss Peregrine se acercó a una ventana empañada y miró al exterior durante lo que me pareció un buen rato.

—Debería haber adivinado que haría algo así —empezó—. Yo tengo la culpa, por haberle dejado a solas y sin vigilancia. —Negó con la cabeza—. Su abuelo habría hecho exactamente lo mismo.

—Lamento los problemas que pueda haber causado —dije—. Pero no voy a disculparme por.

—Los problemas se pueden arreglar —me interrumpió—. Su pérdida, en cambio, no habría tenido arreglo.

Yo estaba preparado para discutir, para exponer con argumentos apasionados los motivos que me habían impulsado a cooperar con H en rescatar a Noor de Leo Burnham, y el comentario de miss Peregrine me pilló desprevenido.

—¿No está? enfadada?

—¿Enfadada? Estoy furiosa. Pero aprendí hace tiempo a controlar mis emociones. —Se volvió para mirarme de frente y advertí que se le saltaban las lágrimas—. Me alegro de volver a tenerlo entre nosotros, míster Portman. Nunca más vuelva a hacer nada parecido.

Asentí, haciendo esfuerzos por no echarme a llorar con ella. Miss Peregrine carraspeó e irguió los hombros antes de recomponer su expresión.

—Estupendo. Ahora quiero que se siente y me lo cuente todo. Estaba diciendo algo de que era su deber ayudar a Noor.

Alguien llamó a la puerta con unos toques rápidos y la abrió sin esperar respuesta.

Noor entró en la sala.

Al verla, miss Peregrine frunció el ceño.

—Lo lamento, miss Pradesh. Estamos manteniendo una conversación privada. Jacob tiene algo que contarme.

—Yo también tengo un asunto que hablar con él. —Me miró fijamente—. Eso de la profecía. Me ha parecido que era urgente.

—¿Qué profecía? —preguntó miss Peregrine en tono brusco.

—Por lo visto, guarda relación conmigo —dijo Noor—. Así que lo siento, pero no voy a permitir que otra persona conozca los detalles antes que yo.

Miss Peregrine la miró con una expresión entre sorprendida e impresionada.

—Lo entiendo perfectamente. Será mejor que pase.

Señaló con un gesto uno de los cojines de la alfombra.

\* \* \*

Nos acomodamos entre los almohadones. Miss Peregrine ofrecía un aspecto señorial incluso sentada en el suelo, con la espalda recta y las manos perdidas en los pliegues negros de su vestido. Les hablé a ella y a Noor de la profecía, o de lo poco que sabía al respecto, y de lo sucedido antes de que conociera su existencia. Puse al día a miss Peregrine de algunos detalles que ella todavía no conocía, como mi excursión a Nueva York a través del panbucleticón para acudir en busca de H y lo que había encontrado al llegar a su casa: a Noor durmiendo en el sofá bajo los efectos del polvo de sueño y a H herido de muerte en el suelo.

A continuación, les relaté la historia que el antiguo socio de mi abuelo me había revelado justo antes de morir.

Ahora lamentaba no haber escrito las palabras exactas mientras todavía las conservaba frescas en la memoria. Habían pasado tantas cosas desde mi conversación con H que las palabras empezaban a enmarañarse en mi mente.

—H afirmó que cierta profecía anunciaba tu nacimiento —dije, mirando a Noor—. Por lo visto, eres «uno de los siete» que están destinados a «liberar el reino peculiar».

Ella me miró como si le estuviera hablando en griego.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —reconocí antes de volver la vista hacia a miss Peregriné, con la esperanza de que ella nos sacase de dudas.

La directora permaneció impertérrita.

—¿Hay más?

Asentí.

—Dijo que se avecina una «era nueva y peligrosa», de la que en teoría los siete deberían «liberarnos», supongo. Y afirmó que esos hombres querían capturar a Noor a causa de la profecía.

—Te refieres a los frikis que me acechaban en el colegio —apuntó Noor.

—Sí. Y que luego nos persiguieron en helicóptero por el edificio en obras. Los mismos que le dispararon a Bronwyn un somnífero.

—Hummm. —Miss Peregrine nos escuchaba con escepticismo.

—¿Y bien? —le pregunté a Noor—. ¿Qué opinas?

—¿Ya está? —Enarcó las cejas—. ¿Eso es todo?

—Lo dudo mucho —dijo miss Peregrine—. Tengo la impresión de que H parafraseó el contenido. Intentaba transmitirte la información esencial antes de morir desangrado.

—Pero ¿qué significa todo eso? —le preguntó Noor a miss Peregrine—. Bronwyn dijo que usted lo sabe todo.

—Y así es, por lo general. Por desgracia las profecías oscuras no son mi especialidad.

No obstante, sí eran la especialidad de Horace. Así pues, con el permiso de Noor, le pedimos que entrara en la sala y le repetimos la historia.

Él escuchaba el relato fascinado.

—Los siete liberadores del reino peculiar —repitió al tiempo que se frotaba la suave barbilla con una mano—. Me suena de algo, pero necesito más información. ¿Dijo quién era el profeta? ¿O de dónde procedía la profecía?

Me esforcé en recordar.

—Dijo algo sobre un. —no lograba dar con la palabra exacta— un ¿apocrifato? ¿Apocritón?

—Interesante —dijo Horace, asintiendo—. Debe de ser algún tipo de texto. Ninguno que yo conozca, pero es un punto de partida.

—¿Nada más? —insistió miss Peregrine—. ¿H parafraseó parte de una profecía y exhaló el último aliento?

Negué con la cabeza.

—No. Antes de morir me pidió que llevara a Noor con una mujer llamada

—¿Qué?

Nos dimos la vuelta y vimos a Emma, que asomaba la cabeza por la puerta. Se llevó una mano a la boca, avergonzada de haberse delatado, pero como ya estaba hecho decidió entrar sin más.

—Lo siento. Todos estábamos escuchando.

La puerta se abrió de par en par. Al otro lado estaban mis amigos al completo.

Miss Peregrine lanzó un suspiro exasperado.

—De acuerdo, entren —dijo—. Perdone, Noor. La verdad es que no hay secretos entre nosotros y tengo la sensación de que este asunto podría concernirnos a todos.

Ella se encogió de hombros.

—Si alguien puede decirme qué narices significa todo esto, estoy dispuesta a contarlo en la tele.

—Así que la liberadora de los peculiares, ¿eh? —se burló Enoch—. Qué importante.

Le propiné un codazo en las costillas cuando se sentó a mi lado.

—Déjala en paz —mascullé.

—No me lo he inventado yo —se defendió Noor—. A mí me parece una cosa de locos.

—H, sin embargo, debía de creer en la profecía a pie juntillas —intervino Millard, cuya chaqueta color burdeos flotaba de acá para allá—. O no habría arriesgado la vida para salvar a Noor. Ni habría reclutado a Jacob y a los demás para que la encontráramos.

—Estabas hablando —intervino Emma— de esa. mujer.

—V, sí —proseguí—. Es el último cazador de huecos vivo, según H. La instruyó mi abuelo en persona allá por la década de 1960. La menciona constantemente en sus cuadernos.

—Los sensitivos recordaban haberla visto más de una vez —apuntó Bronwyn—. Por lo que dijeron, les inspiraba una gran admiración.

Emma se revolvió en el sitio, incómoda a más no poder.

Miss Peregrine extrajo una pequeña pipa del bolsillo de su vestido y le pidió a Emma que se la encendiera. Después de dar una gran calada, sopló una vaharada de humo verde.

—Me parece muy curioso —me dijo— que le aconsejara buscar la ayuda de otro cazador de huecos en lugar de sugerir que acudiera a una ymbryne.

En lugar de sugerir que acudiera a mí.

—Muy curioso —asintió Claire.

—Al parecer, pensaba que V era la única persona que nos podía ayudar — respondí—. Aunque no me aclaró las razones.

Miss Peregrine asintió y exhaló otra bocanada verde.

—Abe y yo nos profesábamos un respeto inmenso. No obstante, su organización y la mía disentían en diversos aspectos. Es posible que se sintiera más cómodo enviándole a buscar la protección de uno de sus camaradas en vez de la mía.

—O bien pensaba que usted desconocía algunos matices de la situación — sugirió Millard.

—O de la profecía —apuntó Horace, y la expresión de miss Peregrine delató un fastidio momentáneo ante la indirecta.

Yo sabía que H no acababa de fiarse de las ymbrynes, obviamente, pero no había llegado a explicarme los motivos y no era algo que estuviese dispuesto a mencionar delante de los demás.

—Nos dejó un mapa —informó Noor—. Para buscar a V.

—¿Un mapa? —repitió Millard, que se volvió a mirarla—. Contad.

—Poco antes de morir, H le ordenó a su espíritu hueco, Horatio, que nos entregara un trozo de mapa que guardaba en la caja fuerte —expliqué—. Luego permitió que Horatio le absorbiera los ojos. —Este detalle arrancó un gemido de asco a varios de mis amigos—. Creo que fue su manera de cederle al hueco su alma peculiar. Al cabo de un rato Horatio empezó a transformarse en, no sé, supongo que en un wight. O en algo que acabaría siéndolo.

—Fue entonces cuando yo me desperté —prosiguió Noor—. Y el hueco nos dijo algo que parecía una pista.

—Y luego saltó por la ventana —concluí yo.

—¿Puedo ver el mapa? —preguntó miss Peregrine.

Se lo tendí. La chaqueta de Millard se inclinó por encima del hombro de miss P cuando ella alisó el fragmento contra su pierna. Durante un rato reinó el silencio en la habitación.

—No es gran cosa para empezar —observó Millard tras estudiar el fragmento—. Seguramente pertenece a un documento mucho más grande, que debe de ser principalmente topográfico.

—Me parece que la pista que nos dio Horatio eran las coordenadas de un mapa —comenté.

—Nos ayudarían si tuviéramos el mapa entero —dijo Millard—. O si el mapa incluyera topónimos. Ciudades, carreteras y lagos.

—Yo diría —observó miss Peregrine, que observó el mapa de cerca llevándose un monóculo a un ojo— que han borrado los nombres.

—Muy pero que muy curioso —respondió Millard—. Y dices que el antiguo hueco dijo algo. ¿Qué fue?

—Nos dijo que la encontraríamos en un bucle —aclaré—. H se refirió a él como «el gran viento» y Horatio dijo que estaba «en el corazón de la tormenta».

—¿A alguien le sugiere algo? —preguntó Noor al conjunto de los presentes.

—Yo diría que se refiere a un huracán o a un ciclón atrapado en un bucle —apuntó Hugh.

—Obvio —dijo Millard.

—¿Qué ymbryne estaría tan loca como para crear un bucle en semejante situación? —se extrañó Olive.

—Una que no quisiera recibir visitas bajo ningún concepto —adivinó Emma, y miss Peregrine asintió—. ¿Conoce usted algún lugar parecido? —le preguntó Emma a la directora.

La ymbryne frunció el ceño.

—Pues lamento decir que no. Debe de estar escondido en algún lugar de los Estados Unidos. Los bucles estadounidenses tampoco son mi especialidad.

—Alguien será experto en eso —supuso Millard—. No se desespere, señorita Pradesh. Desentrañaremos el acertijo. ¿Me lo puedo quedar un rato?

El mapa se elevó como si levitara cuando lo cogió.

Miré a Noor y ella asintió.

—Vale —dije.

—Si no consigo descifrarlo, seguro que alguien de por aquí podrá hacerlo.

—Eso espero —fue la respuesta de Noor—. Me gustaría acompañarte cuando vayas a preguntar.

—Pues claro —accedió Millard en tono complacido.

—Y yo te ayudaré a averiguar algo más sobre la profecía —propuso Horace.

—Tendría usted que hablar con miss Avocet —sugirió miss Peregrine—. Fui alumna suya hace toda una vida y recuerdo que sentía un gran interés por los estados alterados, la adivinación y la escritura automática. Es posible que esté versada en textos proféticos.

—Una idea fantástica —exclamó Horace, cuyos ojos brillaban de la emoción. Ladeó la cabeza para mirar a miss Peregrine—. Me vendría bien que me dispensase de las tareas de limpieza durante los próximos días.

—Muy bien. —La directora suspiró—. En ese caso, queda exento de su trabajo, Millard.

—¡Eso no es justo! —protestó Claire.

—Tal vez yo pueda ayudar también —se ofreció Enoch con una sonrisa —. No sería mala idea mantener una charla con el recién fallecido H.

Recordé al muerto conservado en hielo que Enoch nos ayudó a interrogar cuando estábamos en Cairnholm y me estremecí.

—No, gracias, Enoch —dije—. No podría hacerle eso.

Se encogió de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo.

Ahora todo el mundo charlaba en voz baja, hasta que Noor se puso de pie y carraspeó.

—Quería daros las gracias a todos —dijo—. Acabo de llegar, así que no sé si este tipo de cosas son habituales aquí. Las profecías, los secuestros y los mapas misteriosos.

—No demasiado habituales, no —fue la respuesta de Bronwyn—. Vivimos casi sesenta años en paz y tranquilidad.

—En ese caso., gracias —contestó Noor, un tanto apurada.

Estaba colorada como un tomate cuando se sentó.

—Los amigos de Jacob son nuestros amigos —le aseguró Hugh—. Y es así como tratamos a los amigos.

Brotó un coro de asentimientos. Y de súbito me sentí muy afortunado e inmensamente agradecido de tener unos camaradas como esos.

TRIS

P asado un rato, miss Peregrine anunció que era la hora de cenar. Como

nuestro papel de anfitriones hasta ese momento no había sido ideal, observó, ahora teníamos la oportunidad de compensar a Noor. Cruzamos la casa en tromba y subimos las destartaladas escaleras hasta el comedor, donde una mesa alargada fabricada con planchas de madera sin pulir estaba ya preparada con platos y vasos, cada uno de una forma y color. Había una hilera de ventanas en el comedor con vistas al contaminado canal y a los ruinosos edificios de la otra orilla. Al fulgor ambarino del ocaso, el paisaje casi parecía hermoso.

Noor y yo pudimos lavarnos por fin. En la habitación contigua había una palangana y una gran jarra de agua bajo un espejo envejecido que nos permitieron mojarnos la cara y asearnos un poco.

Solamente una pizca.

Cuando volvimos a la mesa, Noor se sentó a mi lado. Emma encendía las velas con la yema del dedo mientras Horace se encargaba de distribuir la comida, que trasladaba a los cuencos desde un gran caldero negro colgado en el hogar.

—Espero que te guste el estofado —dijo a la vez que depositaba un tazón humeante ante Noor—. La comida es deliciosa en el Acre del Diablo, siempre y cuando no te importe tomar estofado en cada comida.

—Ahora mismo comería hasta piedras —respondió ella—. Me muero de hambre.

—¡Así me gusta!

La conversación fluyó con facilidad y pronto el murmullo de las voces y el repiqueteo de los cubiertos inundó la habitación. El ambiente era de lo más casero, teniendo en cuenta dónde estábamos. Convertir un entorno inhóspito en un hogar acogedor era uno de los muchos talentos de miss Peregrine.

—¿Y qué hacías en tu vida normal? —preguntó Olive con la boca llena.

—Ir al colegio, principalmente —respondió Noor—. Por cierto, es curioso que hayas formulado la pregunta en pasado.

—Todo va a cambiar a partir de ahora —prometió la ymbryne.

—Ya ha cambiado —le aseguró Noor—. Mi vida hoy no tiene nada que ver con la que llevaba la semana pasada. Y no es que la eche en falta, precisamente.

—Tú lo has dicho —intervino Millard, señalando a Noor con el trozo de carne que llevaba pinchado en el tenedor—. La vida normal es difícil de soportar cuando llevas un tiempo entre peculiares.

—Es verdad, lo sé por experiencia —intervine.

Noor me miró.

—¿Alguna vez añoras tu vida anterior?

—Ni lo más mínimo —respondí. Y casi era verdad.

—¿Tienes madre y padre que te vayan a echar de menos? —preguntó Olive. Siempre preguntaba por los padres. Me parecía que añoraba a los suyos más que nadie, aunque hacía mucho tiempo que habían muerto.

—Tengo padres adoptivos —explicó Noor—. No conozco a mis padres biológicos. Pero estoy segura de que Gilipedo y Teena no se van a entristecer por mi ausencia.

Si bien la palabra «gilipedo» suscitó unas cuantas expresiones de curiosidad, mis amigos debieron de suponer que no era sino un nombre raro propio del mundo actual, porque nadie preguntó nada.

—¿Qué te parece esto de ser peculiar? —preguntó Bronwyn.

Noor apenas había podido probar bocado, pero no parecía que le supiera mal.

—Tuve miedo antes de saber lo que me estaba pasando. Ahora ya empiezo a acostumbrarme.

—¿Ya? —se extrañó Hugh—. En el bucle de los Intocables.

—Me dan claustrofobia cierto tipo de espacios cerrados —explicó—. Al ver esa, ejemplo puerta. —Sacudió la cabeza con pesar—. Me rayé. Entré en bucle.

—¡Entraste en bucle! —aplaudió Bronwyn, riendo a carcajadas—. ¡Muy bueno!

Enoch gimió.

—Juegos de palabras de bucles no, por favor, ni voluntarios ni involuntarios.

—Perdón —musitó Noor, que aprovechó la interrupción para llevarse comida a la boca—. Ha sido involuntario.

Horace se levantó y anunció que había llegado el momento del postre. Se marchó a toda prisa para regresar con un gran pastel.

—¿De dónde ha salido? —exclamó Bronwyn—. ¡Lo tenías escondido!

—Lo guardaba para una ocasión especial —dijo él—. Y creo que esta lo merece con creces.

Le sirvió a Noor la primera porción. Antes de que ella llegara a probarlo, le preguntó:

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras distinta?

—He sido distinta toda mi vida —respondió Noor con una leve sonrisa—, pero solo hace unos pocos meses que descubrí que puedo hacer esto.

Agitó la mano por encima de una vela, tomó la luz entre dos dedos y se la metió en la boca. Cuando volvió a soplarla, surgió un hilo de humo reluciente que se posó despacio en la llama de la vela, como partículas de purpurina.

—¡Qué maravilla! —aplaudió Olive, y todo el mundo se unió a la ovación.

—¿Tienes amigos normales? —preguntó Horace.

—Una. Aunque me parece que me cae bien precisamente porque no es muy normal.

—¿Cómo está Lilly? —preguntó Millard con un leve suspiro de nostalgia.

—No he vuelto a verla desde aquel día.

—Ah, claro —respondió compungido—. Espero que esté a salvo.

Emma, que había guardado un silencio poco habitual en ella, preguntó a bocajarro:

—¿Tienes novio?

—¡Emma! —la regañó Millard—. No seas cotilla.

Emma se puso colorada y bajó la vista a su pastel.

—No pasa nada —dijo Noor entre risas—. No, no tengo.

—Chicos, deberíamos dejarla tranquila un rato para que pueda comer — intervine, avergonzado de la pregunta de Emma, no sé por qué.

Miss Peregrine, que llevaba un rato sumida en un silencio taciturno, arrancó un tintineo al vaso con el tenedor para pedir atención.

—Mañana se reanudan las conversaciones de paz —explicó—. Las ymbrynes estamos en mitad de unas negociaciones muy delicadas con los jefes de los tres clanes estadounidenses —se dirigió a Noor con gravedad— y la amenaza de un conflicto armado entre los tres aumenta con cada día que pasa. No me cabe duda de que el osado rescate emprendido por H y que usted desapareciera solo han servido para complicar las cosas.

—Glups —murmuró Noor.

—Usted no tiene la culpa, eso está claro. No obstante, habrá daños que reparar y egos que masajear. Siempre y cuando podamos convencerlos de que vuelvan a la mesa de negociación, por supuesto.

—Todo el mundo se refiere a las conversaciones de paz como «la conferencia de los pájaros» —le sopló Bronwyn a Noor.

Noor se quedó a cuadros.

—¿Ah, ¿sí?

Bronwyn enarcó las cejas.

—Porque las ymbrynes se pueden convertir en pájaros.

—¿De verdad? —preguntó Noor, y miró a miss Peregrine sorprendida.

—Aun no entiendo a qué vienen tantos aspavientos —intervino Enoch—. Los estadounidenses están al borde de una guerra, ¿y qué? ¿Qué nos importa a nosotros?

Miss Peregrine se crispó. Al momento dejó la cuchara sobre la mesa.

—Detesto repetirme, pero, como ya les he explicado, una guerra es un.

—Virus —apuntó Hugh.

—No respeta fronteras —continuó Emma, como si se lo supiera de memoria.

Mis Peregrine se levantó de la silla despacio y se encaminó hacia la ventana. Todos adivinamos que se avecinaba un sermón.

—Los Estados Unidos no son nuestra prioridad, es cierto —empezó—. A las ymbrynes nos preocupa ante todo reconstruir nuestra sociedad, nuestros bucles, nuestro estilo de vida. Sin embargo, el caos que implica un conflicto imposibilitaría la reconstrucción. Porque la guerra es un virus, en efecto. Y está claro que ustedes no entienden lo que implica. No es culpa suya, ninguno ha presenciado una contienda entre facciones peculiares. En cambio, muchas ymbrynes sí.

Miró por la ventana y su vista se perdió en el Acre. La eterna capa de polución que lo cubría se había teñido de un morado intenso.

—Las más ancianas de entre nosotras recuerdan la desastrosa guerra italiana de 1325. Dos facciones peculiares se alzaron una contra otra y la batalla no solo desbordó las fronteras físicas, sino también las temporales. Los peculiares luchaban en los bucles, pero la contienda se filtró (como era inevitable, siendo tan cruenta) al presente. No solo murieron infinidad de peculiares, sino miles de normales. ¡Una ciudad entera ardió hasta los cimientos! ¡Quedó arrasada! —Se volvió a mirarnos y desplazó una mano plana por el aire, como para dibujar una imagen de destrucción—. La lucha fue presenciada por tal cantidad de normales que no hubo manera de controlarlo. Desencadenó una matanza contra los nuestros, una purga de sangre que acabó con más miembros de nuestra especie y expulsó a los peculiares del norte de Italia durante todo un siglo. La reconstrucción exigió

un esfuerzo enorme. Hubo que borrar la memoria de ciudades enteras. Volver a edificarlas. Incluso reclutamos a eruditos peculiares (Perplexus Anomalus fue uno de ellos) para que revisaran los libros de historia normales, con el fin de que la matanza fuera recordada como algo distinto a la Guerra de los Monstruos, que fue como se conoció durante generaciones. Por fin, Perplexus y los demás estudiosos consiguieron reescribirla como la «Guerra del Cubo de Roble». En la actualidad, los normales creen que murieron miles de personas por un balde de madera.

—Qué tontos son los normales —resopló Enoch.

—Ya no son tan tontos como antes —replicó miss Peregrine—. Eso sucedió hace setecientos años. Pero si hoy estallara una guerra peculiar en toda regla, sería casi imposible ocultarla. El conflicto acabaría por filtrarse al presente, donde se grabaría y se compartiría por todo el mundo y seríamos señalados, arrasados y vilipendiados. Imaginen el terror que cundiría entre los normales si presenciaran una batalla entre peculiares poderosos. Pensarían que había llegado el fin del mundo.

—Una era nueva y peligrosa —musitó Horace en tono sombrío.

—Y ¿los clanes estadounidenses no lo saben? —preguntó Emma—. ¿No entienden lo que podría pasar?

—Dicen que sí —fue la respuesta de la ymbryne—. Y juran por activa y por pasiva que, si se diera el caso, se atendrían a los acuerdos bélicos según los cuales el campo de batalla debe ubicarse obligatoriamente en el pasado o en un bucle. Por desgracia, las guerras son difíciles de controlar y no parecen tan preocupados por las consecuencias como deberían.

—Igual que los rusos y los estadounidenses durante lo que se conoció como la «Guerra Fría» —intervino Millard—. La desconfianza mutua los cegó. Se acostumbraron tanto a los peligros que los perdieron de vista.

—Te prometo que no siempre hablamos de temas tan deprimentes durante la cena —le susurró Olive a Noor desde el otro lado de la mesa.

—¿Y si fuera esa la «era peligrosa» que menciona la profecía? —sugerí —. ¿Podría estar anunciando una guerra entre peculiares?

—Es posible, desde luego —asintió Horace.

—De ser así, la guerra es inevitable —sentenció Hugh.

—No —respondió miss Peregrine—. Me niego a aceptarlo.

—Las profecías no siempre predicen un futuro inamovible —aclaró Horace—. En ocasiones solamente nos advierten de acontecimientos que podrían ocurrir (o es probable que ocurran) si nadie toma medidas para cambiar su curso.

—Pues yo espero que la profecía no signifique nada en absoluto —se lamentó Olive—. Toda esta historia me parece aterradora.

—Sí, preferiría que nadie tuviera que liberarme, muchas gracias — refunfuñó Claire.

—Y yo preferiría no tener que liberar a nadie —convino Noor—. Aunque por lo visto soy una de siete, así que no me tocará hacerlo sola, supongo. Pero ¿quiénes son los otros seis?

Horace abrió las manos.

—Otro misterio. Qué novedad.

Olive se tapó la cara.

—¿Podríamos hablar de algo agradable para variar, por favor?

Emma le revolvió el pelo.

—Perdona, cariño. Hay otro detalle que me inquieta. Esa supuesta sociedad secreta que intenta echarle el guante a Noor. ¿Quiénes son?

—Me encantaría saberlo —dijo la aludida.

—¿No es evidente? —intervino Millard.

Me volví a mirarlo, sorprendido.

—No. ¿Deberíamos saberlo?

Hizo chasquear sus dedos invisibles.

—Son wights.

—Pero H especificó que son normales —objeté yo.

—Y miss Annie, en el bucle de los sensitivos, dijo algo de una sociedad secreta de estadounidenses normales —asintió Bronwyn—, sucesores de los traficantes de esclavos.

A veces subestimaba la capacidad de atención de Bronwyn.

—Sí, yo también estaba allí —dijo Millard—. No dudo de que existiera una sociedad de esas características en el pasado. Ahora bien, no creo que ningún normal represente un verdadero peligro para nosotros en la actualidad. Llevamos demasiado tiempo escondidos en los bucles.

—Totalmente de acuerdo —asintió miss Peregrine.

—La última vez que hablamos de esto —empecé—, usted me dijo que parecía obra de otro clan. No de wights.

—Las cosas han cambiado —respondió ella—. Se ha producido un repunte espectacular de actividad wight últimamente. En estos días pasados, sin ir más lejos, se han reportado múltiples avistamientos.

—¿Ataques? —preguntó Horace palideciendo.

—Todavía no, pero sí informes de movimiento. Por distintos estados americanos.

—Yo pensaba que solo un pequeño grupo de wights había logrado escapar tras el desplome de la Biblioteca de Almas —dijo Emma.

Miss Peregrine rodeaba la mesa despacio. En su rostro bailaban las sombras que proyectaban más de diez velas encendidas.

—Es cierto. Pero un pequeño grupo de wights puede causar grandes estragos. Y tal vez dejaran unos cuantos, en Estados Unidos, a modo de reserva, listos para actuar a la primera señal. No lo sabemos con seguridad.

—¿De cuántos estamos hablando? —preguntó Noor—. Porque, si sumamos las personas que acudieron a mi colegio y los que nos atacaron con el helicóptero, son muchos.

—Puede que no fueran todos wights —señaló Bronwyn—. Es posible que contratasen a mercenarios normales para que los ayudasen. O que los controlasen mentalmente de algún modo.

—Sería muy propio de los wights embarcarse en un secuestro tan osado —dijo Millard— y luego fingir que había sido obra de alguien más; de los normales o de otro clan estadounidense.

—Son maestros del engaño y del disfraz, a fin de cuentas —añadió miss Peregrine—. Fue el propio Percival Murnau quien fundó el Departamento de Ofuscación.

Soltó el nombre como si tuviera que sonarme de algo.

—¿Quién es? —pregunté.

La directora se detuvo junto a mi silla y me miró.

—Murnau es., bueno, era la mano derecha de Caul. Fue el principal artífice de los ataques que destruyeron buena parte de los bucles y aniquilaron a tantos de los nuestros. Lo atrapamos el día que se desplomó la Biblioteca de Almas, afortunadamente, y ahora se pudre en la cárcel aguardando el juicio.

—Es un hombre muy desagradable —dijo Bronwyn, que hablaba con voz trémula por la repulsión que le inspiraba—. Una de mis tareas consiste en vigilar su celda. Se come cualquier cosa que se cuele en esas cuatro paredes: ratas, bichos. Ni siquiera los otros wights se le acercan.

Horace plantó el tenedor sobre la mesa.

—Vaya, acabo de perder el apetito.

—Bueno, y si fueron los wights —quiso saber Noor—, ¿qué quieren de

mí?

—Deben de haber oído hablar de la profecía —dedujo Horace—. Y sin duda le dan crédito o no se habrían tomado tantas molestias para encontrarte.

—La encontraron hace meses —señaló Millard—. Podrían haberla capturado en cualquier momento. Estaban esperando.

—¿A qué? —quise saber.

—A que alguien más tratara de capturarla, obviamente —respondió.

—¿Crees que me usaron como cebo? —preguntó Noor, agrandando los ojos.

—No solo como cebo —dijo Millard—. También te querían a ti. Pero pretendían capturar a alguien más y estaban dispuestos a ser pacientes hasta que apareciese.

—¿A quién? —pregunté—. ¿Tal vez a H?

—Puede. O quizá a V.

—O a usted, míster Portman —apuntó la directora. Esperó a que la idea hiciera mella en mí mientras yo me tragaba el último bocado de pastel—. Opino que usted y la señorita Pradesh deberían ser muy cuidadosos. Pienso que alguien podría tener la intención de echarles el guante.

\* \* \*

Cuando terminamos de cenar, subimos a las habitaciones. El segundo piso era un laberinto de pequeños cuartos conectados por zigzagueantes pasillos que se extendían por toda la planta, la mitad reservados a los chicos y la otra mitad a las chicas.

Noor tenía los ojos irritados de puro cansancio y estoy seguro de que yo ofrecía el mismo aspecto. Apenas nos quedaba energía para seguir de pie.

—Tú dormirás con Horace y conmigo —dijo Hugh.

—Y tú te puedes quedar con mi cama —ofreció Olive a Noor.

—Ni soñarlo. Dormiré en el suelo.

—No es molestia —le aseguró Olive—. De todas formas, casi siempre duermo en el techo.

—Los servicios son muy sencillos o más bien inexistentes —informó Hugh. Señaló el cubo que alguien había dejado a un extremo del pasillo—. Ese es el baño. —Se dio la vuelta y señaló un segundo cubo en el otro extremo—. Y allí hay agua hervida para beber. No los confundas.

Los demás nos dejaron a Noor y a mí a solas en el instante en que miss Peregrine aparecía pertrechada con un farolillo encendido. Se había puesto un camisón de manga larga y ahora llevaba la melena suelta hasta taparle la nuca.

—No nos veremos por la mañana —informó con pesar—. No obstante, estaré a una puerta de panbucleticón de distancia. Si necesitan hablar

conmigo, siempre pueden enviar un mensajero al bucle de la conferencia.

—Ojalá no tuviera que irse —me lamenté—. Nos vendría bien contar con su ayuda.

—Si no fuera tan importante, no me marcharía. Por desgracia, en estos momentos tengo responsabilidades más urgentes que atender. Saldré con las primeras luces. —Se volvió a mirar a Noor y sonrió—. Me alegro mucho de que haya venido, señorita Pradesh. Espero que se sienta a gusto entre nosotros. Es posible que las circunstancias de su llegada no hayan sido las ideales, pero ello no obsta para que esté encantada con su presencia.

—Gracias —respondió Noor—. Yo también me alegro de estar aquí.

Miss Peregrine se inclinó y le plantó a Noor un beso en cada mejilla, un gesto que solía reservar a otras ymbrynes e invitados distinguidos.

—Que los pájaros la acompañen —le dijo, y se marchó por el pasillo.

—Mañana mismo empezaremos a investigar —le prometí a Noor—. Si esa profecía es importante, lo averiguaremos. Y Millard nos ayudará a descifrar el mapa. —Sostuve la mirada de Noor un instante de más—. Esto es muy importante para todos.

Noor asintió.

—Gracias.

Lanzó un suspiro de agotamiento. Me invadió una oleada de empatía hacia ella y lo que estaba sintiendo.

—¿Cómo estás? —le pregunté—. ¿Todavía tienes la sensación de estar perdiendo la cabeza?

—Seguramente me ha venido bien no tener mucho tiempo libre para pensar. De momento, vivo al día. ¿Sabes qué me viene a la mente cada vez que tengo un momento de tranquilidad?

—¿Qué?

—Que tengo un examen de mates dentro de dos días y tendría que estar estudiando.

Reímos con ganas.

—Me parece que estando aquí no vas a sacar muy buenas notas. Lo siento.

—No pasa nada. Todo es raro y confuso y muchas de las cosas que están ocurriendo dan muchísimo miedo y no las entiendo. Pero, a pesar de todo lo que va mal ahora mismo, me siento bien.

—¿Sí?

Prosiguió casi en susurros.

—Es como si por primera vez en mucho tiempo no estuviera. sola.

Nuestros ojos se encontraron. Tendí la mano para tomar la suya.

—No estás sola —le dije—. Estás entre iguales.

Sonrió agradecida y luego me abrazó. Algo pequeño, aunque poderoso se agitó en mi pecho.

Incliné la cabeza, apoyé los labios en su pelo. Casi fue un beso.

Tras eso nos dimos las buenas noches.

\* \* \*

Tuve el sueño recurrente de siempre. La misma pesadilla que se repetía una y otra vez desde que asesinaron a mi abuelo. Es la noche de su muerte y yo estoy corriendo por los densos bosques que se extienden detrás de su casa, gritando su nombre. Como siempre, llego demasiado tarde. Está tendido en el suelo, sangrando, con un boquete en el pecho. Le han arrancado un ojo. Me acerco a él. Intenta decirme algo. En estos sueños suele hablarme y me ordena lo mismo que aquella noche: Busca al pájaro. En el bucle. En esta ocasión, sin embargo, se limita a farfullar en polaco y no le entiendo.

Entonces oigo el crujido de una rama, levanto la vista y allí está el monstruo, empapado con la sangre de Abe y agitando en el aire sus horripilantes lenguas.

Tiene la cara de Horatio. Y me dice, con ese gruñido gutural de los huecos que entiendo con absoluta claridad:

Ya viene.

\* \* \*

Una fuerte explosión me despertó sobresaltado.

Cuando me incorporé a toda prisa en la cama, descubrí que Hugh y Horace ya se habían levantado y estaban apiñados junto a la ventana tratando de mirar al exterior.

—¿Qué pasa? —pregunté a la vez que apartaba las sábanas.

—Nada bueno —dijo Hugh.

Me reuní con ellos en la ventana. Brillaban las primeras luces del alba. Las sirenas aullaban a los lejos y resonaban gritos asustados por todo el Acre.

En las casas, la gente abría las ventanas para asomarse a mirar de dónde procedía la conmoción.

Bronwyn entró corriendo en la habitación con el pelo revuelto, como si acabara de levantarse también.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Dónde está miss P?

Emma se abrió paso por su lado.

—¡Todos al salón! —gritó—. ¡Hay que pasar lista, ahora!

Al cabo de un ratito estábamos todos juntos, presentes y contabilizados, salvo miss Peregrine, que había partido a la conferencia antes del amanecer. Algo había sucedido en el Acre —un ataque, una explosión, algo malo—, pero no sabíamos qué podía ser.

A través de la ventana nos llegó una voz autoritaria que recorría la calle gritando:

—¡Permanezcan en sus casas! ¡No salgan hasta que reciban instrucciones!

—¿Y qué pasa con miss P? —se preocupó Olive—. ¿Y si tiene problemas?

—Yo podría averiguarlo —se ofreció Millard—. Soy invisible.

—Y yo puedo serlo —dijo Noor, barriendo la luz que tenía delante hasta quedar envuelta en oscuridad—. Deja que te ayude.

—Agradezco la oferta, pero trabajo mejor solo.

—No merece la pena correr el riesgo —decidió Emma—. Miss P sabe cuidar de sí misma.

—Igual que yo —replicó Millard—. No sé qué está pasando, pero me apuesto algo a que nadie nos va a contar la verdad. En este sitio, si quieres enterarte de las cosas importantes, tienes que averiguarlas por ti mismo.

Se despojó del pijama, que cayó en un montón a sus pies.

Emma intentó detenerlo.

—¡Millard, vuelve aquí!

Pero él ya se había largado.

Paseamos de un lado a otro por el salón, charlando nerviosos, mientras esperábamos. Noor canturreaba en voz baja al mismo tiempo que se abrazaba el cuerpo con fuerza. Para poder ver mejor el panorama, Olive se ató una cuerda a la cintura y salió flotando por una ventana del segundo piso con la intención de alcanzar la máxima altura posible.

—He visto humo saliendo de Smoking Street —dijo cuándo la arrastramos de vuelta, pasados unos minutos.

—Siempre sale humo de Smoking Street —replicó Enoch—. Por algo se llama «la calle del humo».

—Vale, pues he visto más humo de lo normal saliendo de Smoking Street —aclaró mientras deslizaba los pies al interior de sus botas de plomo—. Una humareda densa y negruzca.

—Allí están las ruinas del cuartel general de los wights —dijo Bronwyn, nerviosa—. Y la cárcel en la que están encerrados los que capturamos.

Noor se acurrucó contra mí.

—Eso es malo, ¿no?

—Me temo que sí —respondí.

—Vaya. Justo cuando yo aparezco, todo se tuerce. —Hizo un mohín apartando los ojos de la ventana—. A veces me parece que soy gafe.

Estaba a punto de espetarle que no dijera tonterías cuando Millard regresó. Lo supimos por los golpes de sus pies descalzos contra las escaleras y contra el suelo del salón, cuando entró corriendo.

Nos apiñamos a su alrededor.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Emma, pero Millard tuvo que recuperar el aliento antes de pronunciar una sola palabra. Creo que se tumbó en el suelo.

Por fin consiguió decir, entre respiración y respiración.

—Son. los wights.

—Oh, no —oí musitar a Bronwyn para sí, como si la información confirmara sus peores temores.

—¿Qué pasa con los wights? —lo apremió Enoch, con una voz temerosa que no era nada habitual en él.

—Se. han. escapado. de la cárcel.

—¿Todos? —pregunté.

—Cuatro.

Millard se sentó y se enjugó la frente con lo primero que encontró, que casualmente era un calcetín desparejado.

Horace le trajo un vaso de agua y Millard se la bebió de un trago antes de contar la historia con frases atropelladas. Habían matado al peculiar que los vigilaba.

—Gracias a los pájaros que no estabas de guardia —le dijo a Bronwyn. Habían practicado un boquete en el muro de la cárcel lo bastante grande como para escabullirse sin llamar la atención, correr a hurtadillas hasta el panbucleticón y escapar.

La explosión que habíamos oído era la bomba que habían puesto en el pasillo del panbucleticón.

—¿Y miss Peregrine? —pregunté.

—Se había marchado a la conferencia poco antes de que estallara la bomba. Un secuaz de Sharon me lo ha confirmado.

—Gracias a los pájaros —respiró Olive.

—Alguien tendría que ir a buscarla —sugirió Emma—. Hay que informarla de esto.

—No será tan fácil —dijo Millard.

—¿Y eso por qué?

—Porque los wights se han llevado al hueco que alimentaba el panbucleticón. Y ahora el aparato no funciona.

De repente me costaba respirar. Todos nos quedamos helados.

—¿Qué? —pregunté por fin—. ¿Cómo es posible?

—Bueno, los wights y los huecos son aliados naturales.

—No, quiero decir que cómo han podido usar el panbucleticón para escapar si se han llevado al hueco que lo alimenta.

—Debía de quedar un resto de energía. Lo suficiente para que pudieran huir.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué significa todo eso? —quiso saber Noor.

—Significa que, adondequiera que hayan ido, no podemos seguirlos — respondió Emma, negando con la cabeza.

—Y también —añadió Millard— que vamos a estar aquí atrapados una temporada.

—Y que miss Peregrine está atrapada en la conferencia —concluyó Claire con desesperación—, junto con buena parte de las ymbrynes.

En ese momento llamaron a la ventana con fuertes golpes. Me pareció muy raro, por cuanto estábamos en el segundo piso de la casa.

Emma corrió a comprobar quién estaba llamando. La oí decir: «¿Sí?», y al cabo de un momento volvió con una expresión extraña en la cara.

—Jacob, preguntan por ti —informó.

Cuando me acerqué, encontré a un chaval muy serio plantado en el tejadillo del segundo piso.

—¿Jacob Portman? —preguntó.

—¿Quién eres?

—Ulysses Critchley —se presentó—. Trabajo para miss Blackbird en el Ministerio de Asuntos Temporales. Quiere verte. De inmediato.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Ulysses señaló con un gesto vago el humo que se elevaba al otro lado del Acre, ahora visible en toda la zona.

—Los disturbios.

Dio media vuelta, caminó tranquilamente hasta el borde del tejado y se perdió de vista, todo como a cámara lenta.

—Será mejor que vayas —decidió Emma—. Te acompaño.

—Y yo —dijeron Enoch y Millard al unísono. A continuación, Millard le pidió a Bronwyn—: Si no te importa llevarme. Estoy hecho polvo.

Ella insistió en que se pusiera camisa y pantalones antes de cogerlo en brazos.

En ese momento me acordé de Noor, la profecía y todo eso que, en teoría, teníamos previsto hacer ese día. Me volví a mirarla.

—Lo siento —le dije—. Se suponía que hoy nos íbamos a dedicar a.

Ella le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—No pasa nada. Está claro que este asunto es grave. Y, por cierto, yo también me apunto.

Sonreí.

—Si insistes. —Di media vuelta y grité en dirección a la ventana, para que Ulysses me oyera—: ¡Bajaremos por las escaleras!

Nos pusimos en camino, no sin que antes los demás nos desearan suerte.

La peculiaridad de Ulysses Critchley desafiaba la gravedad de manera

parecida a la de Olive, si bien su capacidad de flotar no era tan extrema como para ponerlo en peligro de salir volando hacia el cielo sin control. Parecía una versión acelerada de un astronauta caminando por la luna; cada uno de sus pasitos equivalía a tres o cuatro de los nuestros.

Lo seguimos por el Acre. Grupos de peculiares consternados formaban corrillos en las calles mientras miraban con preocupación el humo que ascendía hacia el cielo. Entre sus murmullos asomaba la palabra «wight» una y otra vez. Si bien no sabían qué había pasado exactamente, intuían que era algo grave. Nuestras defensas hacían aguas. Los enemigos no estaban tan derrotados como creíamos.

Cuando cruzamos Smoking Street, vimos a Rafael, el remiendahuesos, y a uno de sus ayudantes caminando junto a dos hombres que transportaban una camilla, todos ellos con expresiones funestas. Nos detuvimos a una distancia respetuosa para cederles el paso.

—¿A quién llevarán en esa camilla? —susurró Enoch—. Espero que fuera mala persona.

—He oído la conversación de unos guardias —respondió Millard en voz baja—. Creo que era Melina Manon, la telequinética.

—Vaya, qué pena —dijo Enoch—. Estaba un poco loca, pero me caía bien.

—¡Un poco de respeto! —cuchicheó Emma enfadada.

—Es una heroína —dijo Bronwyn, y la vi enjugarse las lágrimas.

Un penacho de humo surgió súbitamente de una grieta en la calle hasta ocultar el triste cortejo. Reanudamos la marcha. No supe adónde nos llevaba Ulysses hasta que avisté la mansión de Bentham.

Como cabía esperar, nos dirigíamos al panbucleticón.

Unas cuantas ventanas habían reventado en el piso superior. Había una pequeña multitud reunida en torno a la zona acordonada. Al parecer habían evacuado el edificio. Farish Obwelo, el periodista, andaba por allí

entrevistando a la gente al mismo tiempo que escribía a toda pastilla en su cuaderno.

Ulysses se detuvo delante de la entrada, alzó la vista hacia la fachada como si lamentase no poder entrar por una ventana, nos miró de reojo y suspiró.

—Vamos, terrestres —gruñó, y encabezó la marcha al interior.

Nos encaminamos hacia las escaleras, pero antes de llegar advertí que Sharon corría hacia nosotros con los largos brazos extendidos.

—¡El joven Portman y sus amigos! —bramó con su vozarrón—. ¡Ya era hora!

Su gigantesca figura nos impedía el acceso a las escaleras.

—Miss Blackbird me ha enviado a buscarlos —le insinuó Ulysses en tono irritado.

—Puede esperar —replicó Sharon y, desdeñando el asunto con un gesto de la mano, empujó al chico a un lado y nos llevó a un distribuidor.

—Oye —le dijo Millard—, Jacob tiene que tratar un asunto importante con miss.

—¡Nuestro asunto es igual de importante! —rugió Sharon con tanta potencia que Millard cerró el pico al instante.

Bajamos al sótano acompañados de Ulysses, que nos seguía enfurruñado, y pasamos junto a una serie de salas atestadas de máquinas que ayer mismo rugían y traqueteaban, ahora sumidas en silencio.

A continuación, cruzamos deprisa y corriendo una estancia nueva para mí, ocupada por lo que parecía un telégrafo y un equipo de radio. Vi a varias personas sentadas con actitud concentrada, todas pertrechadas con auriculares, y a un tipo patizambo, vestido de esmoquin, en un rincón. Tenía el cuerpo envuelto en cables de radio y una antena despuntaba de lo alto de su sombrero. Colgada del cuello llevaba una caja que emitía chirridos cambiantes (¿o quizá el ruido procedía del propio hombre?).

—Está sintonizando canales secretos para interceptar comunicaciones de los wights —me explicó Sharon.

Ulysses carraspeó nervioso.

—¡En absoluto! —dijo—. ¡Olvídalo, no has visto nada!

Farfullando para sí, nos obligó a seguir avanzando.

Por fin llegamos al corazón de la máquina de Bentham, una habitación en la que abundaban palancas, válvulas y tuberías intrincadas que reptaban por las paredes y el techo hasta converger en lo alto de la cámara que se erguía en un rincón. Si bien por su tamaño y forma habría podido pasar por una cabina

telefónica, era de hierro macizo, carecía de ventanas y ofrecía un aspecto amenazador.

—Quería que vieras con tus propios ojos lo sucedido —dijo Sharon a la vez que señalaba la cabina con un gesto. Se trataba, obviamente, de la cámara para la batería. El enorme cerrojo que antes aseguraba la puerta yacía destrozado en el suelo.

Sharon abrió la cámara. El interior estaba vacío. Las correas de cuero que servían para sujetar al espíritu hueco aparecieron cedidas y desgastadas de tanto que había forcejeado para escapar y en las paredes había salpicaduras de un residuo negro que solamente yo veía: las lágrimas del hueco.

—Tu amiguito se ha marchado —constató Sharon.

—No era mi amigo —protesté yo, sorprendido ante la súbita oleada de remordimientos que estaba sintiendo. Los huecos eran monstruos, es verdad, pero experimentaban dolor y miedo, y yo recordaba a la perfección los aullidos que había lanzado este en concreto cuando lo ataron en el interior de la cámara y cerraron la puerta.

—Sea como sea —prosiguió Sharon—, se ha ido y no tenemos más. Ahora es imposible viajar. Toda la actividad se ha suspendido aquí dentro.

—¿Y? ¿Qué quieres que haga yo?

—Supongo que. —empezó una voz aguda, detrás de nosotros— usted no podría conseguirnos otro, ¿verdad?

Nos dimos la vuelta y vimos a una mujer de semblante adusto encorvada en el umbral. Vestía de negro de la cabeza a los pies y tenía un extraño apéndice entre los ojos.

—Miss Blackbird —anunció Ulysses con una respetuosa reverencia.

Yo no me podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieren qué? capture a otro?

Una sonrisa forzada asomó a sus graves facciones.

—Si no es demasiada molestia.

—Disculpe, pero. —dije. Apenas si podía articular palabra—. No sé de dónde sacarlo.

—Ah. —La sonrisa se desvaneció—. Qué pena.

Emma dio un paso al frente.

—Miss Blackbird, con todo el respeto, Jacob estuvo a punto de perder la vida para cazar al espíritu hueco que han perdido. No es justo que le pidan.

Ella la interrumpió con un gesto de la mano.

—No, no. Tiene usted toda la razón. No es justo. Por cierto —le lanzó a Emma una mirada intimidante—, ¿podría decirme quién es usted?

Emma irguió la espalda.

—Emma Bloom.

La otra asintió a toda prisa.

—Sí, claro. Son ustedes la nidada de Alma Peregrine. —Sus ojos se desplazaron a toda prisa por el resto de mis amigos—. Me han dicho que no se arredran ustedes fácilmente. Y usted debe de ser la lumiere —prosiguió, ahora mirando a Noor. Parpadeó como si no pudiera verla bien.

—¿Le duelen los ojos, miss? —preguntó Ulysses.

—Sí, me temo que sí. Hay días en que no me sirven para nada. Menos mal que todavía puedo recurrir al tercero. ¡Despierta, perezoso!

Se tocó el apéndice de la frente con el dedo y un párpado se desplegó, tras el cual apareció un ojo grande e irritado.

—¿Qué es eso? —exclamó Bronwyn, que al momento se encogió ante su propia falta de educación.

—Mi tercer ojo y, por fortuna para mí, tiene una vista de lince. —Sus dos ojos lechosos estaban clavados en Noor, mientras que el de la frente, más grande, me miraba a mí—. En cualquier caso, no se preocupen por el hueco. Tratar con ellos es un problema, y la limpieza, un horror. Ya estamos trabajando en otra opción. Sospechábamos que no podríamos utilizar a este como batería eternamente y llevamos varios meses desarrollando una alternativa.

Los tres ojos miraban ahora a Sharon con expectación.

—Es posible que tarde un tiempo en estar operativa, señora —respondió él—. La nueva batería aún no está terminada.

—Que sean un par de días, como máximo —replicó miss Blackbird. Su voz y su sonrisa se resquebrajaban de puro estrés—. Vamos, Portman, hay otro asunto que me gustaría comentar con usted. —Miró a mis amigos—. A solas.

\* \* \*

Mientras subíamos las escaleras hacia la planta baja del panbucleticón, miss Blackbird hablaba tan deprisa y en un tono de voz tan quedo con su cerrado acento escocés que por momentos me costaba entenderla. Agarrándome el brazo con una mano, como si temiera que fuera a salir huyendo, me informó de lo sucedido, buena parte de lo cual ya conocía por Millard.

Cuando llegamos al segundo rellano, el tufo acre de la moqueta quemada inundó mis fosas nasales. Hacia la mitad del pasillo vi el lugar en el que había estallado la bomba; las paredes y el suelo estaban ennegrecidos y varios portales de bucles yacían reventados y astillados. Otra ymbryne deliberaba allí cerca con una chica que vestía traje negro y delantal a juego —el mismo atuendo que Ulysses, seguramente el uniforme de Asuntos Temporales— y varios adultos pululaban por la zona de la explosión, todavía humeante, guardando los escombros en bolsas y tomando medidas. A fin de cuentas, era el escenario de un crimen.

—En realidad no esperaba que capturase a un hueco para nosotros, Portman, ha sido una bromita de nada, ¿entiende?

Esbozó una sonrisa arrepentida, como si me suplicase que no le revelase a miss Peregrine su descabellada petición.

—Claro —respondí, y le devolví la sonrisa. No diré nada.

—Espere un momento —me pidió, y se alejó para intercambiar unas palabras con la segunda ymbryne, una mujer alta de piel oscura que vestía una americana de solapas anchas y corbata. Fingiendo no darme cuenta de que me lanzaban miraditas mientras hablaban, me volví a observar la puerta del bucle que tenía más cerca, reventada y retorcida. La placa de metal estaba rayada, aunque todavía era legible:

VOLCÁN YASUR, ISLA DE TANNA, NUEVAS HÉBRIDAS, ENERO DE 1799.

Curioso, empujé la puerta con el pie. Cuando se abrió despacio, atisbé al otro lado el típico dormitorio que compartían casi todos los portales del

panbucleticón —tres paredes, un suelo, un techo—, pero la cuarta pared no ofrecía, como prometía la placa, vistas al volcán de una isla tropical. Tan solo había un vacío.

—Perdone que le haya hecho esperar. —Miss Blackbird regresó seguida de su compañera ymbryne—. Esta es miss Babax, codirectora de Asuntos Temporales.

Una sonrisa delicada se extendió por el rostro de miss Babax, que alargó la mano para estrechar la mía.

—Es un placer conocerle, Jacob —dijo con suave acento británico—. Hemos enviado a buscarle esta mañana porque es usted nuestra gran esperanza.

Tenía una mirada franca e intensa. Noté una especie de ahogo en el pecho, la misma sensación que me asaltaba cada vez que alguien esperaba grandes cosas de mí.

—No sabemos qué se proponen esos wights —prosiguió miss Blackbird —. Pero tenemos que volver a capturarlos antes de que lastimen a alguien más.

Su tercer ojo parpadeó rápidamente.

—Ya hemos perdido a un niño peculiar —intervino miss Babax—. Y queremos que sea el primero y el último.

—Totalmente de acuerdo —respondí—. ¿Cómo las puedo ayudar?

—Sabemos que viajan acompañados de un hueco —continuó miss Blackbird—. Eso los hace más peligrosos. Pero también.

Ladeó la cabeza y enarcó sus gruesas cejas.

—Pero también rastreables —concluí—. Por mí.

Sonrió.

—Exacto.

—Su talento podría resultarnos sumamente valioso en esta situación — dijo miss Babax.

—Estaré encantado de ayudar en lo que pueda.

—No acceda a la ligera —me reconvino miss Babax a la vez que agitaba el dedo índice ante mí—. Quiero que sepa dónde se mete. —Miss Blackbird frunció el ceño, pero la otra ymbryne prosiguió sin hacerle caso—. Los fugitivos no son unos wights cualesquiera, sino los peores de cuantos llegamos a apresar. Peligrosos, taimados y depravados. ¿Ha oído hablar de Percival Murnau?

—¿La mano derecha de Caul? —pregunté.

—El mismo —respondió miss Babax—. Pues hablo de él y sus tres matarifes. Esos cuatro son responsables, como poco, de la mitad de la destrucción y el caos que han causado los wights en estos últimos años.

—Si le leyéramos la lista de sus crímenes, se le pondrían los pelos de punta —añadió miss Blackbird.

—Seguro que son espantosos —dije—, aunque me he enfrentado a otros peores.

La sensación de ahogo empezaba a disiparse en mi pecho. En ocasiones me olvidaba de quién era y de las hazañas que había protagonizado.

—Como el mismísimo Caul —asintió miss Blackbird con una nota de respeto en la voz— y su ejército de wights. —Me hizo un guiño—. Por eso mismo le he pedido que hiciera ya sabe qué.

—No obstante, en aquel entonces míster Portman contó con la ayuda de todo un ejército de espíritus huecos, que luchaban a sus órdenes —señaló miss Babax—. Y esos monstruos están ahora en peligro de extinción.

—Me parece que me las arreglaré —afirmé—. Además, conozco muy bien al hueco que se han llevado y eso me ayudará.

Miss Babax asintió con gravedad.

—Esperaba que dijera eso.

—Tan pronto como este maldito panbucleticón vuelva a funcionar — prometió miss Blackbird—, le avisaremos para que empiece a trabajar.

\* \* \*

Miss Blackbird me acompañó a la puerta, de nuevo aferrada a mi brazo, un gesto que ahora atribuía más a su necesidad de consuelo que a la mía. Era su única esperanza y se agarraba a mí como a un clavo ardiendo.

Me había separado de mis amigos en las entrañas del panbucleticón y me pregunté adónde habrían ido a continuación. Cuando interrogué a miss Blackbird, hizo un gesto vago en dirección a la entrada del gran vestíbulo que ahora cruzábamos a paso vivo flanqueados por dos guardias grandullones.

—Que los antiguos me ayuden —musitó—. Están todos aquí.

En el exterior del edificio se había congregado una enorme masa de gente. Peculiares de todo el Acre habían acudido al panbucleticón en busca de respuestas. En cuanto nos vieron las caras a miss Blackbird y a mí, empezaron a gritar.

En primera línea de la aglomeración estaba Farish Obwelo acompañado de un segundo periodista. El enorme ojo que Farish tenía en mitad de la frente observaba sin pestañear al tercer ojo de miss Blackbird mientras el otro reportero nos dibujaba a la ymbryne y a mí a tal velocidad que apenas veíamos su mano.

—Señora, ¿nos puede decir cómo se las arreglaron esos wights para escapar? —vociferó Farish.

—Lo estamos investigando —respondió miss Blackbird.

El segundo periodista se precipitó hacia delante.

—¿Es segura la cárcel que construyeron? ¿Podría suceder nuevamente?

—Muy segura, y ahora mismo estamos redoblando la vigilancia y reforzando las patrullas en las almenas. Los wights que siguen presos no irán a ninguna parte, pueden estar seguros.

—¿Piensa que han tenido ayuda? —preguntó Farish.

—¿Ayuda? —La ymbryne lo fulminó con los ojos.

El periodista cambió el enfoque de la pregunta.

—¿Qué relación tiene Jacob Portman con todo esto?

Noté un intenso calor en la cara.

—¡Sin comentarios! —gritó miss Blackbird.

—¿Es posible que las ymbrynes hayan estado tan pendientes de la situación en Estados Unidos que hayan descuidado las cuestiones internas?

Miss Blackbird abrió la boca de par en par, incapaz de responder a una pregunta tan impertinente.

Sharon se irguió detrás de nosotros —noté la frialdad de su presencia en la nuca— para atronar con su vozarrón:

—¡SILENCIO!

El griterío mudó en un murmullo al instante.

—¡Las ymbrynes resolverán esta crisis cuanto antes! ¡Les informaremos de todo lo que averigüemos! ¡Ahora deben DESPEJAR LA ZONA!

La potencia de su voz por sí sola habría bastado para ahuyentar al gentío, pero la aparición de sus primos, los constructores de cadalsos, por detrás del edificio fue el acicate que faltaba y la multitud empezó a dispersarse.

—Manténgase alejado de esos buitres —me aconsejó miss Blackbird y desapareció de nuevo en el interior, no sin antes apretarme el brazo con cariño.

Avisté a Noor, que se había encaramado a hombros de Bronwyn para hacerme gestos entre la menguante multitud. Me abrí paso hacia ellas y encontré asimismo a Emma y Enoch, además de Horace, que se había aventurado a cruzar el Acre a solas para reunirse con nosotros.

—¿Y bien? ¿Qué quería la buena de Blackbird? —preguntó Enoch.

—A quién se le ocurre pedirte que le trajeras a otro hueco, qué desvergüenza —resopló Emma enfadada—, como si fueras un chico de los recados cualquiera.

Me percaté de que Farish me observaba con interés.

—¡Jacob! ¡Contéstame unas preguntas!

—Será mejor que hablemos en otro sitio —les sugerí a mis amigos por lo bajo a la vez que echaba a andar para que me siguieran. Lo último que necesitaba era acabar saliendo en el Chismoso Vespertino.

—No me habías dicho que fueras famoso —comentó Noor con un amago de risa bailando en los ojos.

—Una celebridad local —respondió Emma con orgullo.

—Un éxito momentáneo —gruñó Enoch.

Bronwyn esbozó una sonrisilla sarcástica.

—Pues, para ser momentáneo, dura ya bastante tiempo.

Bajamos por Oozing Street, pasando junto al matadero convertido en apartamentos turísticos y a un pub llamado Cabeza Reducida. Cuando

pensamos que nos separaba suficiente distancia de los oídos curiosos, les conté lo que me habían pedido las ymbrynes.

—¿Lo vas a hacer? —preguntó Horace.

—Claro que sí —dije—. Si los wights están tramando algo, tenemos que averiguar qué es.

—Conociéndolos, llevarán tramando lo que sea desde hace tiempo — adivinó Emma—. Ahora simplemente están poniendo la maquinaria en movimiento.

—Pues yo pienso que solo querían escapar de la cárcel, como todos los prisioneros —dijo Enoch—. Eso no significa que estén tramando un plan diabólico.

—Los wights siempre están tramando planes diabólicos —arguyó Millard.

En algún momento se había desnudado y yo casi había olvidado que estaba ahí.

Enoch desdeñó el comentario de Millard con un ruidito despectivo y miró a Noor para decir:

—¿Y qué pasa con ella?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Noor lo miró con cara de pocos amigos.

—Eso, ¿a qué te refieres?

—Pensaba que ibas a ayudarla, Portman.

—Y la voy a ayudar.

—¿Y cómo lo vas a hacer, si tienes que perseguir a wights fugitivos?

—Haré las dos cosas.

—Yo me las puedo apañar sola —dijo Noor—. No necesito ayuda.

—¿Ah, ¿no? —insistió Enoch—. ¿Y qué harías si te atacara un oso torvo?

—¿Un qué?

Me hizo un guiño y respondió:

—A eso me refería.

Noor adoptó una expresión ofuscada.

—Un oso torvo nunca atacaría a un niño peculiar como nosotros — intervino Bronwyn—. Solo persiguen a.

—Ya lo sabemos, Bronwyn, muchas gracias —la interrumpí—. Y tú cierra el pico, Enoch.

Enoch había puesto a Noor en evidencia y yo temía haber empeorado las cosas.

—Entonces, ¿podría ser verdad que hubieran ayudado a los wights desde dentro? —preguntó Millard, tan ajeno como siempre a las dinámicas

emocionales de la conversación.

—Seguro —opinó Bronwyn—. Esa cárcel es tan inexpugnable como una montaña. Lo sé mejor que nadie, porque ayudé a construirla con mis propias manos. Para que hayan abierto un boquete en la pared como ese y conseguido explosivos, tienen que haber recibido ayuda de algún peculiar del Acre del Diablo. Pero ¿quién?

—¿Hablas en serio? —preguntó Emma—. La lista de sospechosos es más larga que mi brazo. Podrían haber sido antiguos piratas del canal, mercenarios, adictos a la ambrosía.

—Yo pensaba que la mayoría habían sido expulsados de la ciudad — señaló Enoch.

—La mayoría —respondió ella—. Sin embargo, yo creo que algunos ocultan su pasado y simplemente fingen estar del lado de las ymbrynes.

—Algunos peculiares ni siquiera fingen ya —comentó Millard—. Mirad esto.

Se había detenido delante de un puesto de periódicos. La mayoría de los diarios hacían referencia al presente, traídos cada semana del exterior para mantenernos (más o menos) informados de lo que acontecía en el mundo, pero había también un par de periódicos peculiares. Uno era el Chismoso Vespertino y el titular de portada rezaba:

LAS YMBRYNES FACILITAN LA HUIDA DE VARIOS WIGHTS AL DESCUIDAR LA SEGURIDAD DEL BUCLE

Arranqué un ejemplar del exhibidor.

—¿Cómo es posible que ya lo hayan publicado? —me asombré—. ¡Acaba de pasar!

—Edición especial —informó el chico que atendía el puesto.

—Un viejo conocido mío trabaja en el Chismoso Vespertino —comentó Horace con aire misterioso—. De vez en cuando se entera de las cosas por adelantado.

Seguí leyendo. El periódico incluía asimismo un artículo de opinión en el interior, que preguntaba:

¿ESTÁN LAS YMBRYNES DEMASIADO PENDIENTES DE LOS PROBLEMAS ESTADOUNIDENSES PARA RESOLVER LOS NUESTROS?

Me enfadé tanto que no quise seguir leyendo.

—Mira esto —exclamó Emma a la vez que señalaba un cartel pegado a la pared. Mostraba los retratos de los wights fugitivos, encabezados por el titular «buscados por asesinato» y precedidos de una larga lista de sus crímenes y alias.

—Menudo aspecto de matones —comentó Horace—. No me gustaría encontrármelos en un callejón oscuro.

—Pues a mí no me dan miedo —dijo Enoch—. Esos dos parecen más inofensivos que un par de ratoncitos. Tienen pinta de oficinistas.

Supe a qué wights se refería. Uno llevaba gafas redondas de montura fina y tenía la nariz ganchuda; el segundo recordaba a un profesor. Los otros dos parecían boxeadores, en particular el de la parte superior, con la nariz gruesa y el pelo crespo. Por si fuera poco, era el único con pupilas, por falsas que fueran. Miraba hacia arriba y a la izquierda, lo que le daba un inquietante aspecto de absoluta tranquilidad, como si estuviera fantaseando con sus próximas vacaciones. O con el método que usaría para estrangular al fotógrafo esa misma noche.

Debajo de la fotografía aparecía su nombre impreso:

P. MURNAU

\* \* \*

Un anuncio advirtió por megafonía que la vida debía continuar con normalidad. Todos los peculiares debían acudir a sus puestos de trabajo o a sus clases.

Como es natural, nosotros no pensábamos hacer nada parecido. Teníamos otras prioridades.

—Hoy podríamos visitar a miss Avocet —le propuso Horace a Noor—. Aunque tendré que pedir cita. Está siempre ocupadísima. Tal vez nos haga un hueco esta tarde, si se lo pido de rodillas.

—Por favor, pídeselo de rodillas, Horace —dijo Bronwyn.

—Y, si eso no funciona, recurre a la amenaza —añadió Millard—. Y, si los demás me pudierais echar una mano y un par de ojos, me vendría muy bien. Voy a tener que revisar cientos de mapas en los archivos peculiares, y cuantos más seamos, antes acabaremos.

—Claro —asintió Emma.

—Soy toda tuya —declaró Bronwyn—. Iré a buscar a Olive y a Claire. Seguro que querrán ayudar.

—Nosotros también nos apuntamos, obviamente —dije yo tras intercambiar un asentimiento con Noor.

Emma me miró entornando los ojos. Estuvo a punto de agitarme un dedo en las narices cuando dijo:

—A menos que las ymbrynes te necesiten, claro está. ¿Verdad, Jacob?

—Verdad —dije, procurando adoptar un tono indiferente. Emma estaba muy rara desde que Noor había llegado, pero decidí dejar el asunto de lado de momento.

Por suerte, Noor no había reparado en ello. O eso o le traía sin cuidado. Se volvió a mirar al fantasma semidesnudo de Millard y preguntó:

—¿Tienes una idea concreta en mente? ¿O buscamos a ciegas?

—No exactamente a ciegas —fue la respuesta de Millard—. Ayer a última hora me escabullí y mantuve una charla de medianoche con un amigo. ¿Os acordáis de Perplexus Anomalus?

—¿Lo molestaste a medianoche? —resopló Enoch.

—Las personas tan ancianas como Perplexus apenas duermen —alegó Millard—. Y desde que lo salvamos de envejecer en el presente me tiene en muy alta estima. —Millard hablaba como si estuviera orgulloso de sí mismo, y entendí los motivos: estaba trabando amistad con uno de sus ídolos—. Sea como sea, le hablé de nuestro rompecabezas, del fragmento de mapa y de las pistas farfulladas por el otrora hueco y Perplexus señaló que, si el bucle de V se encuentra en Estados Unidos (y todo parece indicar que así es) y si lo azotan vientos tormentosos (como sugieren las frases «en el gran viento» o «en el corazón de la tormenta»), sería lógico buscar en el Medio Oeste. Hay

un amplio territorio en el centro del país que se conoce coloquialmente como «el corredor de los tornados».

—Es verdad —asintió Noor—. Nebraska, Oklahoma, Kansas. Los estados de El mago de Oz.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Bronwyn, volviendo la vista hacia Enoch.

El chico frunció el ceño.

—A decir verdad, he estado fantaseando con lo bien que me sentaría una mañana de ocio y descanso. Pero supongo que ya he perdido ese tren.

—¿Y cómo pensabas relajarte en un sitio como este? —quise saber.

—Ah, bueno, el Acre tiene sus encantos. Puedes presenciar una ejecución. Disfrutar de un baño de lodo en la Acequia Infecta.

Señaló la corriente lodosa que discurría a nuestro lado. Y, con ese comentario tan deprimente, nuestro grupo procedió a dispersarse.

—Oye, Enoch hablaba en broma, ¿no? —me susurró Noor.

—Eso creo.

En ese momento, algo húmedo que sonó como un chof me golpeó la espalda.

—¡Allí está! —gritó alguien mientras yo me daba la vuelta para mirar. Una plasta de barro me acertó en mitad del pecho—. ¡Vete por dónde has venido, impostor!

Era Itch, un ser medio humano y medio pez que me tenía una tirria tremenda. Plantado en la acequia con el agua por la cintura, nos estaba lanzando pegotes de fango.

—¡Para ya! —le gritó Bronwyn. Miró a un lado y a otro en busca de un proyectil, pero no fue lo bastante rápida. Una habitante de la acequia escogió ese momento exacto para emerger de la ciénaga y arrojar sus propios pegotes hacia nosotros.

—¡Libertad para todos! ¡No queremos depender de los bucles!

Las plastas de fango me ensuciaron a mí y de paso a Noor, que se había parado muy cerca.

Todos mis amigos empezaron a gritar y Emma creó una bola de fuego que ahora blandía con gesto amenazador, aunque poco podíamos hacer aparte de salir por piernas de aquella lluvia encarnizada, que fue lo que hicimos. Yo estaba empapado de porquería de la cabeza a los pies. Noor no había salido tan mal parada, pero tampoco se había librado.

—¿Qué narices les pasa? —preguntó Noor mientras retiraba lodo de su camiseta.

—Nos guardan rencor porque nosotros ya no tenemos que preocuparnos por si envejecemos en el presente —explicó Bronwyn.

—Será mejor que os lavéis esa mugre, y a conciencia —nos aconsejó Enoch, arrugando la nariz—. Es tóxica.

—No me vendría mal una ducha —asentí a la vez que me examinaba la ropa.

—Será imprescindible, me temo —dijo Millard—. Esta parte del río Acequia Infecta está infestada de bacterias «come carne».

—¿Bacterias qué? —pregunté horrorizado.

—No te preocupes, se toman su tiempo —aclaró Enoch—. Tardarían cosa de una semana en devorarte entero.

—Vale, sí, una ducha nos vendría de maravilla —convino Noor, que empezaba a entrar en pánico.

Pesqué a Bronwyn alejándose disimuladamente de nosotros.

—Vais a necesitar agua corriente bien caliente y jabón —prosiguió Enoch —. Pero el único sitio donde los vais a encontrar es.

Emma y Enoch se miraron.

—Hay una posibilidad —dijo Emma. Se mordió el labio inferior—. Es un poquitín complicado y tiene una pizca de riesgo.

—Tampoco es que tengamos elección, ¿verdad? —respondí al tiempo que le dirigía a Noor una mirada culpable—. Hagamos lo que hagamos, está claro que vamos a necesitar la piel.

Enoch se encogió de hombros.

Noor parecía desolada.

Y Emma ya se alejaba de nosotros al mismo tiempo que nos gritaba instrucciones para llegar a una casa segura ubicada junto a los límites del Acre del Diablo, en el Londres actual. Tenía baños modernos, agua caliente, de todo.

—Estaremos en el Departamento de Cartografía de los ministerios — vociferó Millard—. Reuníos allí con nosotros cuanto estéis limpios. Aseguraos de no llevar encima ni una gota de esa porquería.

—Sí —añadió Enoch—. Porque, por mi parte, me gustaría conservar mi piel intacta.

\* \* \*

Noor y yo bajamos al muelle de botes del canal Acequia Infecta. Procurábamos no pensar demasiado en los bichitos microscópicos que nos estaban devorando la piel. A cambio de la moneda de plata que Horace me había dado, el canoso barquero nos transportó por las lentas aguas del río en una canoa con pretensiones de barca. En lugar de hablar delante del extraño, guardamos silencio. Noor pasó buena parte del viaje tapándose la nariz y mirando los ruinosos bloques de viviendas de la orilla, poblados de mujeres que tendían la colada en las ventanas y de niños andrajosos que gritaban por los callejones.

—Son normales —le comenté—. Forman parte del bucle.

Noor se quedó fascinada.

—¿Me estás diciendo que hacen lo mismo cada día?

—Cada segundo del día —intervino el barquero con voz cascada—. Llevo aquí setenta y dos años y me lo conozco todo de memoria.

Movió la caña del timón para virar el bote bruscamente a la izquierda. Al cabo de un momento, un niño que pasaba corriendo por el puente tropezó y cayó al agua un par de metros a nuestra derecha, en el lugar exacto en el que habríamos estado de no ser por la maniobra.

—Ahora llamará «cobarde gallina» a ese otro arrapiezo.

El chico emergió.

—¡Cobarde gallina! —le gritó a alguien que seguía en el puente.

Noor negó con la cabeza.

—Es de locos.

Cuando nos acercamos al túnel largo y oscuro que marcaba la salida del bucle, Noor empezó a tararear. Era una melodía dulce y sencilla, como una retahíla infantil, y advertí que la tensión de sus hombros se disipaba mientras la entonaba.

Quise preguntarle qué era, pero en ese momento la oscuridad nos engulló.

Experimentamos el brusco subidón característico de la transición y, pasados unos segundos, salimos a una ciudad completamente distinta, atestada de edificios acristalados y calles impolutas.

El barquero nos dejó en la orilla sin despedirse, encantado de librarse de nosotros.

Seguimos las indicaciones de Emma. Doblamos unas cuantas esquinas, cruzamos una avenida comercial repleta de tiendas y autobuses, giramos de nuevo hacia una zona residencial y pronto llegamos a nuestro destino: una casa sencilla de dos plantas en una calle formada por una serie de residencias idénticas, dispuestas en fila. Y si bien yo mantenía los sentidos atentos a la

presencia de huecos, por si las moscas, no experimenté ninguna sensación fuera de lo normal.

Llamamos al timbre. Un hombre que no conocía acudió a abrir la puerta. Vestía traje negro y delantal, igual que Ulysses; debía de ser otro funcionario de Asuntos Temporales. Nos evaluó un instante con la mirada, nos preguntó los nombres y, por fin, nos dejó pasar.

Milagrosamente, había dos baños.

Jamás en mi vida había disfrutado tanto. Me quedé bajo el chorro caliente un buen rato, mientras el barro, la porquería y las bacterias come carne se me desprendían de la piel y se escurrían por el desagüe, o eso esperaba, y, para terminar, me froté la piel hasta irritarla. Busqué una cuchilla de afeitar nueva y una barra de desodorante en la encimera, no sin antes secarme con una gruesa toalla blanca. Se me cayó el alma a los pies cuando comprendí que tendríamos que volver a vestirnos con la ropa sucia y manchada con el lodo de la acequia.

En ese preciso instante llamaron a la puerta con los nudillos. Era nuestro anfitrión, que me informaba de que había un armario con ropa limpia en la habitación contigua y me invitaba a coger lo que necesitase.

Me até una toalla a la cintura y salí a explorar mis opciones. Encontré una camisa caqui de mi talla, unos pantalones oscuros y unas botas de montaña. Un atuendo, esperaba, que pasaría desapercibido en distintos periodos temporales.

Me encaminé al salón. Noor todavía no había salido, así que me planté junto a la ventana para entretenerme un rato mirando la calle —el cartero empujando su carrito de casa en casa, un anciano paseando un perro— y me maravillé de que un mundo tan normal pudiera existir a dos pasos del nuestro.

—Eh —oí decir a Noor. Me volví tranquilamente y la vi entrar en la habitación. Durante un momento me resultó difícil creer que tuviera delante a la misma persona con la que había llegado. Se había puesto una sencilla camiseta blanca con el cuello tipo panadero y vaqueros azules, llevaba el pelo cepillado y brillante, y estaba preciosa. Llevábamos tanto tiempo cubiertos de porquería, luchando por nuestras vidas, que casi había olvidado lo guapa que era. Mi reacción fue tan automática que no me acordé de disimular y ahora, ay porras, la estaba mirando fijamente.

Carraspeé.

—Estás. Tienes muy buen aspecto —dije.

Lanzó una carcajada y creo que se ruborizó.

—Tú también.

Hubo un momento de silencio, que solo debió de durar dos o tres segundos pero que se me antojó interminable. Por fin dijo:

—Bueno, esto., deberíamos ponernos en marcha, ¿no?

Un fuerte tañido resonó súbitamente en la casa. El funcionario de Asuntos Temporales cruzó la sala deprisa y corriendo.

—¿Qué es? —pregunté.

—El timbre —respondió.

Alguien llamaba a la puerta como si fuera el fin del mundo. Instantes después de que el secretario abriera en el piso inferior, tras una serie de escandalosos pisotones escaleras arriba, aparecieron Hugh y Emma sin aliento.

—Tenéis que volver —dijo Emma.

—Hemos intentado llamar, pero comunicaba —explicó Hugh.

—¿Qué pasa? —pregunté a la vez que intercambiaba una mirada preocupada con Noor—. ¿Habéis encontrado el bucle de V?

Noor los miró ilusionada, pero Emma ya estaba negando con la cabeza.

—Todavía no —dijo—. Es Horace. Está con miss Avocet. Cuando le ha contado lo que estaba buscando, ha querido reunirse con él de inmediato. Y ahora nos están esperando.

—Por lo visto, tienen información —prosiguió Hugh—. Información importante. No han dicho de qué se trata.

Bajamos las escaleras a la carrera, tropezándonos unos con otros.

\* \* \*

Emma y Hugh habían dejado una barca esperando en el muelle, esta vez a motor. Emma le gritó al barquero que guiara la embarcación como si su vida dependiera de ello y, pasado un instante, cruzábamos la entrada del bucle a tanta velocidad que salí mareado. Dejamos una gran estela marrón a nuestro paso por el canal Acequia Infecta y tuvimos que aferrarnos a los lados de la lancha para no caer. Cuando por fin atracamos en el muelle del centro de la ciudad, me sentí más feliz que nunca en mi vida por volver a pisar tierra firme.

El despacho de miss Avocet estaba en la sede de los ministerios peculiares, ubicada en el antiguo Refugio San Barrabás para Lunáticos, Charlatanes y Delincuentes Pillastres. Nos apresuramos por el concurrido vestíbulo, repleto de ventanillas de información y funcionarios de rostro

taciturno, antes de subir unos cuantos tramos de escaleras hacia un amplio pasillo.

Alguien salió corriendo de un despacho y se estampó directamente contra mí. Los papeles que llevaba en la mano se desparramaron por doquier.

—¡No fastidies! ¡Lo tenía todo ordenado! —exclamó. Ya se había agachado a recogerlos cuando lo reconocí.

—¡Horace! —dijo Noor—. Somos nosotros.

Alzó la vista a toda prisa con expresión ofuscada. Asomaban papeles de debajo de sus brazos y del ala de su sombrero como si fueran plumas. Entre eso y el esmoquin superformal que llevaba puesto, parecía un pavo real despistado.

—¡Ah! —dijo—. ¡Bien! Tengo mucho que contaros. Por dónde empezar.

Nos arrodillamos y lo ayudamos a reunir sus papeles.

—Esos textos de los que hablaba H —comenzó a toda pastilla—, miss Avocet los conoce. Se llaman Apocryfón y resulta que están reunidos en un libro. —Embutió unos cuantos papeles en una cartera de piel que ya estaba a reventar y otros pocos más en el interior de su chaleco—. Son tremendamente oscuros, incluso tratándose de profecías peculiares, ya herméticas de por sí. No obstante, cuando le he preguntado a miss Avocet por ellos por poco se cae de la silla. Ha cancelado todas las reuniones que tenía hoy y ha convocado a sus mejores becarias para que se pongan a trabajar en esto. Dice que llevaba muchos años sin escuchar ninguna mención a la «profecía de los siete» o al Apocryfón y que temía el día en que volviera a oírlos nombrar.

Ahora que había reunido todos sus papeles, se levantó para señalar la puerta de enfrente, que era el doble de grande que las otras cercanas y cuya placa advertía:

E. AVOCET, SOLO CON CITA PREVIA

Cuando alargué la mano para abrirla, la puerta se desplazó hacia dentro con un sonoro chirrido antes de que pudiera tocar siquiera la manilla. El interior era amplio y oscuro, y mis ojos tardaron un ratito en acostumbrarse a la penumbra. La pared del fondo era una gran cristalera, pero los ventanales estaban tapados con hojas de papel de diario, por las que solamente se filtraba un fulgor anaranjado. Al carecer de luz natural, el despacho estaba iluminado con velas y candelabros, un centenar o más, cuyas llamas bailoteaban y parpadeaban por todas partes. En las tenues zonas iluminadas no se veía nada salvo libros y chicas. Libros formando torres en espiral, volúmenes que

atestaban estantes altos hasta el techo, manuales amontonados en ángulos imposibles que, de algún modo misterioso, conservaban el equilibrio. Por cada montón había una mujer —doce en total— ataviada con un vestido largo y sumida en el estudio, leyendo con atención, escribiendo en cuadernos, el cuello torcido en ángulos dolorosos. Eran alumnas de la academia de ymbrynes, dirigida por miss Avocet, donde la propia miss Peregrine había cursado los estudios mucho tiempo atrás. Estaban tan absortas en su trabajo que ni siquiera levantaron la vista para mirarnos cuando pasamos por su lado.

Sorteamos los montones hasta llegar a la altura de una cara que conocíamos bien: miss Avocet, que estaba sentada a un escritorio inundado de papeles.

—Ah, por fin han llegado ustedes —nos saludó—. Vengan, jovencitos. ¡Fanny, déjelos pasar!

Lo que había tomado por una alfombra lanzó un potente gruñido y un gran oso torvo se levantó con torpeza antes de volver a desplomarse en el rincón.

—No se asuste, cariño —le dijo miss Avovet a Noor—. Es manso como un emú-rafa, pero se comporta como si fuera el rey de la casa.

—No pasa nada, gracias —respondió Noor, aunque el susto no se le había borrado todavía de la cara.

Miss Avocet forzó la vista para mirarnos.

—Espero que no les moleste la falta de luz. El aceite de ballena humea demasiado y las lámparas de gas me hacen daño a los ojos.

A continuación, nos invitó a sentarnos en el gran sofá de terciopelo dispuesto frente a su escritorio. Se empujó unas diminutas lentes de montura metálica al puente de la nariz y, apoyando los codos en la mesa, se echó hacia delante. La sonrisa de bienvenida con la que nos había obsequiado se esfumó cuando sus ojos lanzaron chispas de inteligencia a pesar de las cataratas que le empañaban los iris.

—Iré directa al grano, porque tengo poco tiempo que perder —anunció con un leve temblor en la voz—. Como podrán deducir por su nombre, los estudiosos de las profecías peculiares tienden a mirar el Apocryfón con desconfianza, si acaso lo conocen. La obra goza de poca difusión. Ni siquiera es un libro en el sentido canónico de la palabra: nunca fue escrito, tan solo se tomaron anotaciones. Su título completo es El apocryfón de Robert LeBourge, el augur.

—¿Qué es un augur? —quiso saber Noor.

—Es una manera sofisticada de decir «profeta» —respondió Horace.

—LeBourge era cualquier cosa menos sofisticado —aclaró miss Avocet —. El pobre Bob era un granjero sin estudios que solía balbucear incoherencias. Casi todos los que lo conocían o bien pensaban que estaba poseído o bien lo consideraban un idiota, o alguna combinación de ambas cosas. Sin embargo, en ocasiones, ese hombre que apenas sabía hablar temblaba como si lo recorriesen cien descargas eléctricas y empezaba a hablar por los codos mediante perfectos pareados de sonoros versos aparentemente improvisados. El fenómeno ya resultaba asombroso de por sí, pero cuando la gente cayó en la cuenta de que los versos parecían predicciones (y que algunas de esas predicciones se cumplían) se hizo famoso y muchos empezaron a anotar sus palabras.

—Debían de pensar que era un ángel o algo así —dijo Noor.

—Un diablo, más bien —respondió miss Avocet—. Lo sumergieron en aceite hirviendo como castigo por el delito de la adivinación y no sufrió el menor daño. En otra ocasión lo ahorcaron, pero él solo fingió estar muerto antes de escapar de la sala del embalsamador. Era peculiar, por supuesto, y uno de los personajes más fascinantes de nuestra historia. —Asomó la cabeza hacia el despacho para sugerirles a sus alumnas—: ¡Alguien podría redactar un excelente trabajo de investigación sobre él, si tuviera ganas! —Volvió a posar los ojos en nosotros—. El Apocryfón de Bob es una recopilación de sus predicciones, anotadas por quienquiera que estuviera a su lado en cada momento.

—¿Y qué pasa con la profecía de los siete? —pregunté.

—La profecía de los siete solamente aparece en unas cuantas traducciones. Parece ser que, cuando la pronunció, los presentes hablaban lenguas diversas, de modo que cada cual las anotó en su propio idioma. Hay ciertas discrepancias entre las distintas versiones y la más conocida es, como mucho, una interpretación ponderada de lo que Bob dijo en realidad, una adaptación traducida al inglés que tiene en cuenta las aportaciones de todas ellas. Afortunadamente, mi alumna estrella habla varias de esas lenguas y ha dedicado largas horas de trabajo a desenredar la madeja.

Una joven de aspecto elegante avanzó un paso con un cuaderno entre las manos. Llevaba el pelo peinado en forma de alas, tenía la piel oscura y unos ojos que irradiaban inteligencia.

—Esta es Francesca —la presentó miss Avocet— y si aprueba los exámenes de final de curso, lo que sin duda sucederá, se convertirá en miss Bittern, nuestra ymbryne más joven.

Miss Avocet resplandecía de orgullo. Francesca sonrió con dulzura. —Adelante, jovencita.

Francesca abrió su cuaderno.

—La profecía de los siete se escribió hará cosa de cuatrocientos años — empezó—. No obstante, hace varias referencias a nuestro periodo temporal. Dice así.

Prestad atención a mi verso inseguro si saber queréis lo que depara el futuro.

El día que las personas surquen el firmamento y los verdes campos se transformen en cemento, y los pensamientos viajen al otro extremo del mundo raudos como el rayo, sin demorar ni un segundo.

Cuando seres tenebrosos repten al acecho de nuestros hijos e hijas durmiendo en su lecho y lasymbrynesya no atiendan a sus nidadas...

Se interrumpió para mirarnos por encima de las gafas.

—Ya captáis la idea. —Pasó unas cuantas páginas—. Sigue con más de lo mismo y dice.

Cuando las prisiones vuelen en pedazos

y el caos reine soberano,

los traidores invocarán a su tirano.

Del sueño los antiguos serán arrancados y una era de conflicto habrá comenzado.

Una corriente fría circuló por el despacho y, durante un instante, incluso las llamas de las velas acusaron un temblor. Francesca levantó la vista de sus notas.

—Y entonces prosigue con la descripción de una guerra.

Hasta el último rincón de la Tierra se hundirá, una triste podredumbre a sus anchas campará,

hombres y bestias impregnados de su hedor, la vegetación calcinada se empapará de dolor.

—Gracias, Francesca —dijo miss Avocet—, creo que la imagen ha quedado clara. —Se volvió a mirarnos a todos—. Como habrán notado, el viejo Bob sentía predilección por el melodrama.

—¿Eso significa que las ymbrynes fracasarán? —preguntó Emma—. ¿No serán capaces de mantener la paz?

Se hizo un súbito silencio en la gran sala cuando las becarias dejaron de girar páginas y alzaron la vista hacia su mentora.

—Pues claro que no —replicó miss Avocet molesta—. Dame, déjame ver eso. —Francesca le tendió el libro y miss Avocet hojeó el volumen aturrullada—. Esta parte de la traducción es un tanto vaga. No describe necesariamente una guerra entre clanes peculiares, por ejemplo. Tendré que revisar tu trabajo, Frannie.

—Por supuesto, señora —asintió Francesca con humildad—. Es posible que haya cometido un error en la transliteración entre latín, húngaro y peculiar antiguo.

—Sí, habrá sido eso.

—Yo tengo fe en las ymbrynes —se sintió obligada a decir Francesca.

Miss Avocet le propinó unos golpecitos en la mano.

—Ya lo sé, cariño.

—Sea como sea, significa que va a suceder algo horrible —insistió Hugh —. Morirá mucha gente.

—¿Y qué pasa con los siete? —quiso saber Noor.

Asentí.

—Eso, ¿no se supone que deben evitar que suceda todo eso? ¿Que deben «liberar el reino peculiar»?

—Pero la palabra «liberar» implica que en efecto han ocurrido hechos terribles —arguyó Emma—. Y que los siete acudirán al rescate.

—Esa parte está cerca del final —dijo miss Avocet—. Ay, léelo tú que todavía tienes buena vista.

Le devolvió el libro a Francesca.

—«Liberar» es otro de los términos que no están claros —explicó Francesca—, aunque no cabe duda de que «los siete» citados poseen una importancia crucial. La única frase en la que coinciden todas las traducciones es la siguiente: «Para poner fin a los desastres de la guerra, siete deberán sellar el portal».

—¿Qué portal? —preguntó Noor.

Francesca frunció la nariz.

—No lo sé.

—No quiero ser egocéntrica —insistió Noor—, pero ¿esa profecía me menciona a mí?

—Sí. Hacia el final —confirmó miss Avocet, que le dirigió a Noor una sonrisa rara y cariñosa, como si le hiciera ilusión llegar a esa parte—. Predice los nacimientos de los siete. Bueno, insinúa algo al respecto, pero parece ser que los textos están incompletos.

—Y entonces ¿cómo saben que yo soy una de ellos? —protestó ella—. ¿Acaso citó Bob mi número de la seguridad social o.?

—Están incompletos salvo por unas frases —aclaró Francesca—. Dice que uno de ellos será «un bebé que absorbe la luz».

Un escalofrío me recorrió la espalda.

El semblante de Noor reflejaba escepticismo.

—¿Un bebé? —dijo—. ¿Va en serio? ¿Un bebé?

Ahora Emma también fruncía el ceño.

—Los recién nacidos carecen de talentos peculiares.

Miss Avocet asintió con suavidad.

—Y así es, en casi todos los casos. La excepción únicamente se da en contadísimas ocasiones. No obstante, puede ocurrir.

—Apenas hace unos meses que empecé a hacer esto —dijo Noor a la vez que arañaba una pizca de luz—. Así que no puedo ser yo.

—Ya. —Miss Avocet asintió fatigada—. Será mejor que le cuente una historia. Y le sugiero que se siente mientras la escucha —le dijo a Noor.

—Estoy sentada.

Miss Avocet se empujó las lentes al puente de la nariz antes de forzar la vista para mirarla.

—Estupendo. —Unió los dedos debajo de la barbilla, guardó silencio un

momento para crear suspense y por fin inició su relato—. Hace quince años

nos trajeron a una recién nacida. Una niña que arañaba rayos de luz de su habitación. y se los tragaba.

Noor miraba a miss Avocet inmóvil como una estatua.

—Estoy casi segura de que esa niña era usted. —La ymbryne se inclinó hacia delante—. Dígame, querida, ¿por casualidad tiene una pequeña marca de nacimiento en forma de luna detrás de la oreja derecha?

Noor aguardó un instante, respiró profundamente y se apartó el pelo que le tapaba la oreja. Allí estaba la mancha que miss Avocet acababa de describir.

Le temblaba la mano cuando se soltó el cabello para dejar que volviera a su lugar.

Se me encogió el corazón.

—Era yo —dijo Noor con un hilo de voz. Un profundo ceño se le había dibujado en la frente.

—Sí. Era usted. —Miss Avocet sonrió—. Me preguntaba cuándo volveríamos a verla.

—Cielos —susurró Horace, que se aferraba las manos contra el pecho.

Noor, por su parte, negaba con la cabeza.

—¿Quién me trajo? ¿Dónde estaban mis padres?

—Una ymbryne de Bombay acudió a nosotras. Nos dijo que usted no estaba a salvo allí. Que habían asesinado a sus padres y que la perseguían.

—¿Quién?

—Espíritus huecos, querida mía. De una cepa particularmente peligrosa que no conocíamos aquí. Bueno, hasta pocos meses después de su llegada. Tras varios ataques, decidimos que la estrategia más segura para todos, incluida usted, sería enviarla a los Estados Unidos, con la esperanza de que los huecos perdieran su pista una vez que estuviera al otro lado del océano.

—Sigo sin entenderlo —dijo Noor, cada vez más exasperada—. Hasta hace pocos meses, yo no tenía ninguna habilidad especial. Cuando era niña nunca hice nada que se saliera de lo normal.

Miss Avocet bajó la voz y se inclinó sobre la mesa del escritorio.

—Antes de que se marchara, le administramos un suero experimental que debía reducir drásticamente sus habilidades y retrasar su manifestación hasta su juventud. Verá, los huecos pueden olernos cuando usamos nuestros poderes. Por eso pensamos que, además de esconderla en Estados Unidos, este ardid la mantendría a salvo durante los años venideros. —Sonrió con cariño—. Me alegro de comprobar que el truco funcionó. Se ha convertido usted en una jovencita admirable, miss Pradesh. A menudo me he preguntado qué habría sido de usted. Sentía tentaciones de hacer averiguaciones, pero temía poner a los huecos sobre su rastro, si lo hacía.

Noor miró al suelo al mismo tiempo que se masajeaba las sienes con los pulgares.

—Pero yo no me crie con una ymbryne ni con otros niños peculiares. He vivido en casas de acogida desde que tengo uso de razón.

—¿Quién se hizo cargo de ella en Estados Unidos? —pregunté.

—Uno de los colaboradores de su abuelo —respondió miss Avocet—. Una mujer llamada Velyana.

La miré boquiabierto.

Noor levantó la cabeza a toda prisa.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Alguien tiene una foto suya?

—Sí, tengo una por alguna parte, estoy segura —fue la respuesta de miss Avocet, al tiempo que le pedía por gestos a Francesca que la buscara.

La ymbryne en prácticas obedeció y, pasado un minuto, encontró la foto de la mujer.

—En esta foto está más joven que cuando la acompañó a los Estados Unidos —informó miss Avocet. Cuando se la tendió a Noor, le eché un vistazo.

Era V, sin la menor duda. Se trataba del mismo retrato que los intuitivos nos habían mostrado en el bucle de Georgia.

Noor levantó la fotografía para verla bien. Al cabo de un momento le empezó a temblar la mano.

—Mamá —susurró.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Lo mismo les sucedió a los demás.

—Cuidó de mí hasta que cumplí seis años —dijo Noor—. Y entonces la asesinaron.

\* \* \*

Noor paseaba de un lado a otro por delante del escritorio de miss Avocet, con los ojos clavados en la fotografía de V.

—Murió en un atraco —relató—. Una noche, mi madre y yo caminábamos por la calle cuando unos hombres nos atacaron. Yo caí y me di un golpe en la cabeza. Todavía tengo la cicatriz. —Se tocó el pelo por encima de la oreja derecha con aire distraído—. Desperté en el hospital. Me dijeron que la habían asesinado.

—Puede estar segura de que no fue ningún atraco —dijo miss Avocet—. Y no la asesinaron. Sufrieron ustedes un ataque de los wights, seguramente acompañados de algún hueco. Ella se las arregló para ahuyentarlos. Y, al ver que usted estaba herida, comprendió que no podría garantizar su seguridad.

—Así que me dejó —comprendió Noor, a punto de echarse a llorar—. Y me hizo creer que estaba muerta.

Miss Avocet se levantó para acercarse a Noor. Estrechó las manos de la chica entre las suyas.

—No tuvo más remedio. Sabía que solamente estaría a salvo entre normales y que mantener cualquier contacto con usted pondría en peligro su vida.

—Dios mío, se le debió de partir el corazón —se horrorizó Emma.

—De todas formas, alguien debía de echarle un ojo de vez en cuando para saber que todo iba bien —señaló Hugh—. Puede que no fuera V, pero.

Se me ocurrió una idea.

Me aproximé a miss Avocet y le pregunté si tenía alguna foto de mi abuelo en sus archivos. No tardó nada en encontrarla. Era una instantánea de Abe sentado en el porche de una casa, apuntando con un rifle a través de una mira. Había sido tomada muchos años atrás, explicó miss Avocet, durante unos entrenamientos en previsión de un ataque a un bucle. Se la enseñé a Noor.

—Me parece que es míster Gandy, aunque aquí está mucho más joven. — Me miró desconcertada—. ¿Por qué? ¿Lo conoce?

Me dio un vuelco el corazón.

Emma se acercó a mirar y contuvo un grito.

—¡Abe!

Gandy era el alias de Abe.

—Es mi abuelo —asentí. Ahora Hugh y Horace se empujaban para poder echar un vistazo a la fotografía.

—Venía a verme de vez en cuando —explicó—. ¡Pensaba que era un trabajador social!

—Abe se aseguraba de que estuvieras bien atendida —dedujo Emma—. Pero no por cuenta de los servicios sociales.

—Siempre ha formado parte de nuestra familia, querida —le dijo miss Avocet a Noor—. Solo que usted no lo sabía.

Dicho eso, rodeó a la chica con sus frágiles brazos.

Cuando la ymbryne la soltó, Noor tardó un momento en recuperar la compostura. Se enjugó una lágrima de la mejilla.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. Es mucha información que asimilar.

Asintió a toda prisa antes de mirarme con unos ojos que reflejaban una determinación tranquila.

—Está viva —dijo—. Y la voy a encontrar.

\* \* \*

—Ejem.

Al oír el carraspeo me di la vuelta a toda prisa. Como no vi nada, interrogué a mis amigos con la mirada. Todos parecían tan desconcertados como yo. Habíamos oído que alguien se aclaraba la garganta —haciendo mucho ruido—, pero no parecía que hubiera nadie allí.

—¿Millard? —preguntó Emma, atando cabos por fin—. ¿Cuándo has entrado?

—Mejor dicho —añadió miss Avocet con tono irritado—, ¿cómo ha entrado?

—Llevo aquí casi todo el rato —confesó él—. He llegado tarde y no he querido interrumpir.

—Los invisibles tienen prohibido acechar por ahí desnudos, míster Nullings. Las reglas al respecto son muy estrictas.

—Sí, señora, le presento mis humildes disculpas. —La voz de Millard se fue acercando al corrillo que formábamos todos junto al escritorio de miss Avocet—. No sé si Horace se lo ha mencionado, pero no solo intentábamos descifrar la profecía, sino también un mapa. Pensamos que esta muestra la ubicación del bucle en el que reside V en la actualidad.

Miss Avocet enarcó una ceja en dirección a Horace.

—No —dijo despacio—. Horace no lo ha mencionado.

—Apenas hemos tenido tiempo, señora —se justificó Horace—. Además, los mapas son la especialidad de Millard.

Miss Avocet exhaló un suspiro paciente.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad? —le preguntó Noor a Millard, con expresión ilusionada—. ¿Has averiguado algo?

—Todavía no. Olive y Claire siguen abajo buscando alguna zona del Medio Oeste que recuerde al fragmento del mapa, pero es como buscar una aguja en un pajar. En cualquier caso, me parece que este descubrimiento tan fascinante nos ayudará. —Avanzó pesadamente en dirección a Noor—. Dices que viviste con V hasta los seis años, ¿no?

—Cinco y medio —especificó Noor, y al momento ya estaba asintiendo, como si hubiera adivinado lo que Millard le iba a preguntar a continuación—. Quieres saber si recuerdo algo de la zona donde vivíamos.

—Exacto. Como mínimo, nos proporcionará alguna pista del tipo de territorios por los que se movía.

—¿Y qué te hace pensar que V sigue viviendo en esa zona? Fue allí donde la atacaron. —objeté.

—Si se oculta en un bucle secreto, es muy posible que siga por allí; la proximidad es irrelevante en estos casos, siempre y cuando el portal del bucle esté bien escondido. Solamente necesito algún recuerdo, un detalle concreto que me ayude a buscar. El nombre de alguna ciudad de las proximidades sería perfecto.

Noor frunció el entrecejo. Negó con la cabeza.

—No recuerdo ningún nombre. Nos mudábamos a menudo, vivimos en muchos lugares distintos. Nunca nos quedábamos demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Seguro que recuerdas algo —insistió Millard, casi con desesperación—. El más mínimo recuerdo, por insignificante que parezca, podría ser esencial.

Noor se mordió el labio, perdida en su memoria.

—Bueno, pasamos un tiempo en una ciudad, en un piso pequeño. Recuerdo el radiador, que repicaba por las noches, y los grandes respiradores de la calle, que lanzaban vapor al exterior. Y cogíamos el autobús, uno muy viejo con los asientos verdes, de plástico, que olía a esencia de limón.

—¡Vaya, eso parece una buena pista! —exclamó Bronwyn, irguiéndose en el asiento.

Millard lanzó un suspiro largo y apesadumbrado.

—El fragmento del mapa no pertenece a una zona urbana —respondió—. No, esos recuerdos no nos ayudan demasiado. ¿Estuviste en alguna otra parte?

—Uf, en muchos sitios —dijo Noor—. Aunque siempre eran estancias breves. —Guardó silencio un momento para pensar—. Bueno, no siempre. Había un sitio, un pueblo pequeño. Volvimos varias veces. Pero tengo recuerdos muy vagos. —Resopló exasperada—. Demasiado vagos. Casi como sí.

—¿Te hubieran borrado los recuerdos?

Lo dijo Francesca. No me había dado cuenta de que estaba escuchando.

Noor la miró con curiosidad.

—Ni siquiera sabía que fuera posible.

Francesca y miss Avocet intercambiaron una mirada.

—Señora —dijo Francesca—, ¿sería posible que a la señorita Pradesh le hubieran borrado la memoria?

Miss Avocet empezó a asentir a la vez que se retorcía las manos.

—Si guarda algún otro recuerdo de aquella época, es posible que alguien llevara a cabo un borrado parcial. De una sección muy concreta de su memoria.

—¿Perdón? —se escandalizó Noor, agrandando los ojos—. ¿Lo dice en serio?

—Los borrados de memoria son muy habituales —apuntó Bronwyn.

—Entre los normales —apostilló Hugh por lo bajo.

La información no tranquilizó a Noor.

Miss Avocet posó una mano en el brazo de Noor para apaciguarla.

—Por lo que parece, la intervención fue mínima, para evitar que pudieran hacerle daño, querida mía. Si a V le preocupaba que usted estuviera segura, tal vez quiso asegurarse de que no regresara al lugar en el que vivió una vez, inducida por la nostalgia o por el deseo de volver a sentirse en casa.

Noor se miró los zapatos. Si bien no dijo nada, todos nos dimos cuenta de lo mal que se sentía.

—Es horrible. Hacerle eso a tu propia hija —observó Emma en tono solemne.

—Yo se lo tuve que hacer a mis padres —recordé con un suspiro de pesar —. La decisión no fue nada fácil.

Noor negaba ahora con la cabeza.

—Puede que V no lo hiciera por mi seguridad —barruntó con voz queda —. Es posible que no me quisiera.

—Pamplinas —exclamó miss Avocet. Se levantó con tanta brusquedad que se pinzó un músculo de la espalda. Se agarró al borde del escritorio y, arrugando la cara con una mueca de dolor, volvió a tomar asiento despacio—. Vaya. Francesca, es posible que me haya desgarrado el músculo otra vez. ¿Me harías el favor de traerme mis ungüentos?

—Enseguida, señora —respondió la becaria, que se marchó a toda prisa.

Otro sonoro carraspeo. Millard.

—Lo siento mucho, Noor, pero me temo que no tenemos tiempo para expresiones de autocompasión —le espetó. Estaba a punto de saltarle a la yugular por ser tan desconsiderado cuando me interrumpió.

—Es más que evidente —empezó— que esa tal V sentía un gran cariño por ti. De no ser así te habría entregado a los wights y en paz. Así pues, ¿podemos reencauzar la conversación, por favor?

Noor se enfurruñó, pero de todos modos el comentario de Millard la dejó más tranquila. Pronto su ceño se transformó en una determinación de acero.

—Muy bien —dijo miss Avocet, que seguía sentada a su escritorio en una postura rara—. Señorita Pradesh, ¿estaría dispuesta a someterse a una pequeña intervención?

—¿Una intervención? —preguntó ella, enarcando las cejas al máximo.

—Verá —prosiguió la ymbryne, todavía con gesto compungido—, muy de vez en cuando las ymbrynes cometemos errores —era evidente que le sabía mal reconocerlo— y eliminamos recuerdos en personas que no lo necesitan o efectuamos borrados excesivos. En esos casos es necesario desandar el camino. Contamos en nuestro equipo con un hombre, míster Reggie Breedlove, cuyo talento consiste en recuperar algunos de esos

recuerdos perdidos. Cuidado, no hablamos de una ciencia exacta y, como ha transcurrido tanto tiempo desde su borrado, no puedo garantizar que consigamos unos excelentes resultados.

—Bueno —dijo Noor, con un principio de esperanza en la voz—. Vale la pena probar, creo yo.

Miss Avocet sonrió.

—Así me gusta.

Pasados quince minutos, Breedlove llegó al despacho de miss Avocet. Francesca ya le había proporcionado a la ymbryne los ungüentos necesarios para su dolor de espalda y miss Avocet se había incorporado, más animada, cuando Breedlove entró dando tumbos como un borracho o por lo menos como un hombre recién levantado que se ha enfundado el traje y la corbata a toda prisa. Era alto, de piel oscura, y tenía la cara redonda y unos ojos grandes que, por lo que parecía, nunca parpadeaban.

Francesca lo guio por el despacho. Él tropezó con un montón de libros y recuperó el equilibrio justo antes de caer.

—Parece un tanto torpe —observó Emma con desconfianza.

—Tenga fe en sus mayores, señorita —le espetó miss Avocet.

Breedlove se puso manos a la obra de inmediato. Noor se acomodó en una silla de respaldo recto delante de la chimenea, no sin antes recibir la promesa por parte de miss Avocet de que la intervención no le dolería lo más mínimo ni le borraría más recuerdos.

El hombre se plantó detrás de ella como haría un peluquero.

—Mira las llamas —le pidió—. Procura dejar la mente en blanco.

—Haré lo que pueda.

Breedlove abrió sus manazas a ambos lados de la cabeza de Noor. A continuación, cerró los ojos, mientras un hilillo de humo empezaba a brotar de sus fosas nasales.

Los ojos de Noor observaban el fuego como si viera algo en las llamas. Su pelo —los mechones que se le habían desprendido de la coleta— se elevó y bailó en el aire.

Me incliné hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —le susurré.

—Por favor, no hablen —pidió Breedlove.

Estuve a punto de protestar, pero cambié de idea.

Millard caminaba por la alfombra con aire nervioso. Emma y Bronwyn seguían sentadas en el sofá, abrazadas a sí mismas, sin darse cuenta de que habían adoptado posturas idénticas.

Miss Avocet estaba totalmente inmóvil, con los ojos encendidos.

Me acerqué a Noor y observé su cara para ver si denotaba alguna reacción, listo para detener la intervención si daba muestras de sufrimiento.

Pasaron treinta segundos.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Breedlove.

Francesca levantó una mano para hacerme callar, pero al hombre no le molestó la interrupción esta vez.

—Buscando zonas en blanco —explicó.

Estaba a punto de seguir preguntando cuando, de súbito, Breedlove se crispó.

—Sí, aquí —dijo—. Esta parte está llena de pequeñas lagunas. —Arqueó sus gruesas cejas—. Y hay una más grande.

—¿Algo que se pueda recuperar? —quiso saber miss Avocet.

Breedlove, cedida por John Van Noate

—Es posible. —Breedlove acercó las manos a las sienes de Noor. La corriente de humo de su nariz se tornó más densa, su pelo se elevó también—. Unas cuantas cosas, quizá.

En ese momento Noor empezó a hablar. Despacio, como si estuviera en trance.

—Me acuerdo de que jugaba en un río. Un río ancho y profundo. Tenía un nombre muy largo.

Miss Avocet volvió los ojos hacia Francesca.

—¿Lo estás escribiendo?

La alumna le mostró su cuaderno. El resto de las aprendices, que escribían detrás de Francesca, hicieron lo propio.

Noor dijo:

—En el jardín había un árbol muy grande. Un olmo, me dijo mi madre. Tenía un columpio. Una vez me caí y me torcí el tobillo. Después de eso, no me dejó columpiarme hasta pasado un mes y yo estaba muy enfadada.

—¿Qué más? —le preguntó Breedlove en un tono melodioso. El humo, que surgía cada vez más denso de su nariz, ascendía a borbotones hacia las vigas del techo.

Noor no era consciente de nada que no fueran sus propios recuerdos.

—Manzanas —continuó—. Recogíamos manzanas silvestres de los bosques, en otoño. Eran dulces y deliciosas, y el jugo me caía por los brazos. Pero entonces... —guardó silencio un momento al igual que todos los presentes, salvo por el roce de los bolígrafos contra el papel. Por fin siguió hablando—. Me pica, me pica todo. —Empezó a rascarse los brazos y el pecho, como si lo estuviera experimentando en el presente—. Me salieron bultitos rojos en la piel por jugar en un zarzal. Parecían triángulos —dijo—. Por culpa de eso, ya no jugábamos tanto en el bosque. Mi madre dijo que era peligroso. Había hombres armados allí. Hombres con chaquetas de color naranja. Los vimos una vez en el aparcamiento de los grandes almacenes y llevaban un animal muerto muy grande atado a la capota de su camioneta. Era muy triste. Cuando lo vi, lloré.

—¿Cómo se llamaba la tienda? —le pregunté casi en susurros.

Breedlove me fulminó con la mirada.

El rostro de Noor se crispó. Su mirada se perdió entre las llamas. Luego negó con la cabeza.

—Recuerdo que olía muy mal. Había una fábrica o algo así y a veces el aire apestaba a huevos podridos.

Las aspirantes a ymbryne anotaban a toda prisa.

—Bien —murmuró Millard—. ¿Qué más?

—El sonido de un pájaro carpintero por las mañanas. Vivía en los límites del jardín. Era muy pequeñito. A veces se posaba en el alféizar de mi ventana. Parecía que llevara una minúscula caperuza roja en la cabeza.

—Debía de ser un carpintero velloso —apuntó miss Avocet.

Noor hablaba cada vez más deprisa. Un gran chorro de humo brotaba de la nariz de Breedlove.

—Una carretera larga, muy larga. Una montaña sin cumbre. Cereales Lucky Charms empapados de leche que se teñía de rosa.

Empezó a gemir. De golpe y porrazo, Breedlove apartó las manos.

—Ya está —anunció—. Si profundizo más, me arriesgo a causarle daños.

Agachando la cabeza, Noor se desplomó agotada en la silla.

Millard, Bronwyn y yo corrimos hacia ella. Me arrodillé.

—¿Cómo estás?

Noor levantó la cabeza, sorprendida, como si la hubiera despertado en mitad de un sueño.

—Bien. Bien, solo. —se pasó una mano por la cara— un poco cansada.

Breedlove se tapó la nariz con dos dedos, resopló una vez y apagó las misteriosas brasas que ardían en su cabeza. Cuando se volvió para mirar a Noor, tropezó con el borde de la alfombra.

—Es posible que recuerde más cosas a lo largo de los próximos días —le advirtió—. Pero solamente serán retazos sueltos.

—Gracias —le dijo Noor con una sonrisa fatigada—. Ha sido —tragó saliva con dificultad— intenso.

—Estoy seguro de que sí —añadió Millard.

Noor lo miró. o más bien volvió los ojos hacia la zona de la que procedía su voz.

—¿Servirá de algo lo que he recordado?

—Estoy seguro de que algo podremos deducir a partir de eso.

—Ya lo hemos hecho —dijo Francesca. Se volvió a mirar a la becaria que tenía detrás, una chica de aspecto tímido que asintió sin levantar la vista de su cuaderno.

—Teniendo en cuenta las especies de flora y fauna que ha descrito —nos informó—, estoy casi segura de que la zona se encuentra al este de los Estados Unidos, no en el Medio Oeste.

Noor se quedó de piedra.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—¿Hay tornados en esa zona? —pregunté.

—De vez en cuando —respondió Millard, que asentía con vehemencia—. No muchos. Pero los hay.

Hugh suspiró.

—Tres o cuatro estados siguen siendo un pajar inmenso.

—Es verdad —reconoció Millard—. Aunque no tan enorme como antes.

CI\CO

^) durante algunos minutos Noor tuvo problemas para mantener el equilibrio.

A pesar de todo, no quiso ni oír hablar de descansar, así que bajamos al Departamento de Cartografía. Era un laberinto imponente de estanterías altas y escalas con ruedas, inundado de una brillante luz natural que parecía proceder del mismo aire. Supuse que se trataba de algún efecto visual peculiar, por cuanto no vi ventanas ni lámparas por ninguna parte. Entre las estanterías había grandes zonas despejadas ocupadas por mesas alargadas en las que desplegar los mapas, y encontramos a Olive, Enoch y Claire sentados a una de esas mesas, medio enterrados entre un montón de gigantescos atlas.

—¡Casi hemos terminado con Oklahoma! —anunció Olive cuando nos

vio.

—Gracias a Hades —gruñó Enoch.

—¿Habéis traído almuerzo? —preguntó Claire.

—¡No hay tiempo para descansar! —dijo Millard—. Quitad todo eso, parece ser que estábamos buscando en el lugar equivocado.

Los tres gimieron al unísono.

Los demás amontonamos en el suelo los mapas del Medio Oeste, ahora inservibles, y volvimos a empezar. Millard se puso a dar órdenes como un sargento, algo que en otras circunstancias nos habría molestado. Pero esta era su especialidad y teníamos una tarea demasiado importante entre manos. Así que obedecimos sin quejarnos demasiado.

—Hugh —ladró Millard—, súbete ahí y baja todos los atlas del estante superior. Lleva mucho cuidado con el grande, es un ejemplar auténtico del Mapa de los Días y no está en buenas condiciones. Jacob, redacta una lista de todos aquellos bucles de Ohio, Pensilvania, Nueva Jersey, Nueva York y Maryland que estén cerca de un río importante, preferiblemente ubicado al norte o al oeste. Y Noor, tengo una tarea especial para ti.

Dividimos entre todos los atlas de los estados en cuestión. Los repasamos página por página, buscando ríos caudalosos con nombres muy largos, así como topografía y poblaciones rurales que coincidieran con el fragmento de H.

Pronto estábamos inmersos en nuestras tareas.

\* \* \*

Pasaron varias horas.

Los atlas se amontonaban a nuestro alrededor en pilas tan altas que dividían las mesas como mamparas de escritorios individuales. De vez en cuando, Millard emitía un gruñido de interés o de sorpresa cuando él u otra persona se topaba con algún detalle interesante. Transcurrida una hora, le pregunté a Noor si necesitaba hacer un descanso, pero negó con la cabeza. Cuando pasó otra hora más le puse delante un vaso de agua y se lo bebió de dos tragos. Me miró con sorpresa y agradecimiento, como si hubiera olvidado que necesitaba cosas como el agua para sobrevivir, y al momento volvió a sumergirse en el atlas que estaba revisando. Una hora más tarde, Claire gimió:

—¿Podríamos almorzar ahora? —Levantó un dedo envuelto en un enorme vendaje, con el que se había curado el corte minúsculo de un papel—. Hay un restaurante de estofado al final de Oozing Street. El crítico gastronómico del Chismoso Vespertino le ha dado dos estrellas.

—¿Dos estrellas de cuántas? —quiso saber Hugh.

—De cinco. Pero es el único establecimiento de todo el Acre que ha recibido más de una, así que.

—Sí, supongo que necesitamos un descanso —reconoció Millard con un suspiro—. Ya lo dice el refrán: el buen alimento hace el buen entendimiento.

—Claro, deberíais comer algo —dijo Noor, sin despegar la vista del mapa que estaba revisando.

—¿No vienes? —le pregunté.

—Id vosotros —fue su respuesta—. No tengo hambre.

—Así me gusta —exclamó Millard.

Hugh plantó un libro sobre la mesa con demasiada fuerza.

—Si hubieseis puesto tanto empeño en encontrar a Fiona —gruñó enfadado—, a estas alturas ya habríamos dado con ella, maldita sea.

A Emma le dolió el comentario.

—Hugh, no. —empezó, pero él ya se apresuraba hacia la salida, haciendo esfuerzos para contener las lágrimas. Una abeja solitaria zumbó por la zona en la que había estado trabajando—. Hablaré con él —anunció Emma antes de salir corriendo.

Noor me miró.

—¿Qué acaba de pasar?

Millard se lo explicó.

—Nuestra amiga Fiona, que era el gran amor de Hugh, desapareció hace un tiempo. Todas las señales indican que ha muerto.

Bronwyn recogió el atlas que Hugh había estado hojeando.

—Oh, no —exclamó con tristeza. Sostuvo el libro en alto para que lo viéramos—. Estaba leyendo sobre Irlanda.

—Enoch, tú tenías que vigilarlo —lo regañó Claire.

El otro se limitó a poner los ojos en blanco.

—Fiona era irlandesa —le aclaré a Noor.

—Cuánto lo siento —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Todo esto debe de ser horrible para él.

—¿Sabéis qué? La otra noche soñé con Fiona —comentó Horace.

Todas las cabezas se volvieron a mirarlo.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Por qué no dijiste nada?

—No quería darle falsas esperanzas. Mis sueños no siempre son

proféticos y con frecuencia tardo un tiempo en distinguir unos de otros.

—¿Y qué soñaste? —quise saber.

Millard devolvió la vista al atlas que estaba hojeando.

—Te escucho —dijo—. Aunque ya sabes que no creo demasiado en los

sueños.

—Sí, Millard, ya lo sé. Solamente me lo has dicho un millón de veces. — Horace negó con la cabeza antes de proseguir—. En fin, en el sueño, Fiona viajaba en autocar. La acompañaba un niño vestido con una túnica verde y un sombrerito que llevaba prendida una pluma. Y ella tenía miedo. Yo notaba, con suma claridad, que corría peligro. Es posible que no signifique nada. Pero quería contárselo a alguien.

—Yo pienso que todos los sueños significan algo —opinó Noor—. Solo que el significado no siempre es literal.

Horace la miró con gratitud.

—Por favor, no se lo digas a Hugh —pidió Millard—. Nos obligaría a buscar a Fiona por todos los autocares del Reino Unido y, cuando no la encontrásemos, se quedaría todavía más triste.

\* \* \*

Emma y Hugh volvieron al cabo de un rato con cuencos de estofado para todos. Hugh se disculpó por su arrebato, Emma recalentó cada una de las raciones sumergiendo un momento el meñique en el jugo marrón y comimos sin dejar de trabajar.

—Ni se os ocurra manchar los atlas de estofado —nos advirtió Millard—. La penalización oficial por estropear un libro es de treinta años de cárcel más una multa considerable.

—Ups —exclamó Hugh por lo bajo, a la vez que limpiaba disimuladamente una página con su camisa.

Pasadas unas cuantas horas, esa luz que parecía surgir de la nada empezó a atenuarse. Forzamos la vista y acercamos los ojos a los libros, decididos a seguir trabajando, pero un chaval de aspecto repelentillo se plantó al fondo de las estanterías y gritó:

—¡Es hora de cerrar! Les rogamos que vayan circulando hacia la salida.

—Será mejor que nos marchemos —sugirió Horace—. Todavía quedan unos pocos pacientes del antiguo manicomio sueltos por el edificio y corre el rumor de que salen a deambular por las noches.

—Por fin —rezongó Enoch.

Todos estábamos agotados.

Mientras salíamos, Noor le preguntó a Millard si habíamos hecho progresos.

—Avanzamos despacio, pero llegaremos antes o después —respondió él —. Estamos mucho más cerca que esta mañana. De todos modos, nos queda

un campo enorme que desbrozar, por así decirlo —no pudo reprimir un

bostezo—, a menos que recuerdes el nombre de alguna población.

—Lo intentaré. —Noor suspiró—. Me sienta mal daros tanto trabajo.

—No te preocupes por eso —le dije—. De verdad.

—Esto nos concierne a todos —añadió Emma.

Noor sonrió con resignación.

—Gracias. Es muy amable por vuestra parte.

Salíamos al concurrido vestíbulo, atestado de una multitud de

funcionarios ministeriales que abandonaban sus despachos, dando el día por terminado, cuando oí algo que me provocó una alegría extraña.

—No te preocupes —le dijo Hugh a Noor—. La encontraremos.

Y le propinó unas palmaditas en la espalda.

\* \* \*

La tarde llegaba a su fin. Rozando el horizonte, un sol de un amarillo deslavazado destelló a través de los jirones del humo procedente de las fábricas. Peculiares que llevaban todo el día trabajando pululaban ahora por las calles y las pocas plazas públicas del Acre para charlar y desahogarse. Tenían motivos de sobra para ello, tras la tragedia reciente y el clima de tensión que envolvía el bucle. Cada una de las conversaciones que llegaba a mis oídos rebosaba miedo y pesar.

Noor había reducido el paso y ahora caminaba algo rezagada. Cuando me volví a mirarla, la vi observar el horizonte que asomaba entre bloque y bloque con aire de nostalgia, como si buscase algo a lo lejos. Hoy le habían pasado tantas cosas. A todos, pero especialmente a ella. Apenas había tenido un momento de tranquilidad para asimilarlo.

Reduje la marcha para esperarla. Tardó un momento en reparar en mi presencia y, cuando lo hizo, levantó la cabeza a toda prisa para mirarme.

—Perdona que me haya entretenido —me dijo—. Estaba perdida en mis pensamientos.

—¿Te apetece hablar de ello?

Negó con la cabeza. Bajó la vista. Durante un momento, nuestros pasos se sincronizaron sobre los gastados adoquines. Por fin dijo:

—¿Alguna vez piensas en escapar? Escoger una puerta cualquiera del panbucleticón y simplemente. marcharte durante algún tiempo. Para alejarte de todo.

—Nunca se me ha ocurrido, la verdad —respondí, frunciendo el ceño—. Aunque la idea no suena mal.

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza? —No se lo podía creer—. ¿Cómo es posible? Tienes mil puertas a tu disposición que conducen a mil sitios distintos, esperando a ser descubiertos. Sin necesidad de aeropuertos, ni pasaporte, ni controles de aduana.

—En realidad, eso último no es verdad. Nos han dado permiso para ir y venir porque vivimos una situación complicada, pero casi todos los peculiares necesitan billete para usar el panbucleticón. Y pasan por controles de aduana igual que los normales.

Noor puso los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir. No es lo mismo, para nada.

Sonreí. Claro que lo sabía.

—No sé —respondí por fin. Miré hacia el turbio horizonte—. Desde que llegué al Acre del Diablo todo ha sido tragedia, caos y correr de un lado a otro

para apagar fuegos. Me encantaría salir a explorar algún día, pero no he tenido mucho tiempo de pensar en eso. todavía —añadí, por darle un giro optimista a un comentario que me había quedado un tanto deprimente.

—Es lógico —dijo. Volvió a mirar al infinito—. Si tuvieras que escoger otro bucle en el que vivir en este mismo instante, ¿qué puerta del panbucleticón elegirías?

—¿Ahora mismo? —pregunté.

Asintió.

—Una zona tranquila, cerca de la playa, donde nunca pasé nada — respondí al momento—. A mi vida no le vendría mal un poco de monotonía.

Comprendí que estaba describiendo mi ciudad natal, el mismo lugar del que había soñado con escapar durante toda mi infancia. Me pregunté qué narices me pasaba.

—Yo viajaría a la antigüedad —confesó Noor—. Oye, ¿hasta qué época del pasado se puede retroceder?

—Todo lo que quieras, siempre y cuando ya existieran los bucles. Unos miles de años, supongo. Millard tenía un Mapa de los Días que incluía algunos superantiguos, muchos ya cerrados, y había algunos del Imperio romano, de la antigua Grecia, de la China imperial.

—Es alucinante —dijo Noor con expresión soñadora—. Pues yo pienso visitar todos esos sitios. —Guardó silencio un momento—. O sea, si tengo la oportunidad.

—Seguro que la tendrás —le aseguré.

Rio con ganas.

—Me encanta tu optimismo.

—Algún día no quedarán fuegos que apagar —prometí—. Y entonces podremos dedicarnos a explorar todo lo que queramos.

Me miró y sonrió. Caí en la cuenta de que había hablado de «nosotros» sin pensarlo siquiera.

—Nos estamos rezagando —me advirtió con voz queda. Pero seguía sonriendo cuando lo dijo.

Justo cuando alcanzábamos al grupo, nos cruzamos con unas chicas peculiares. Dieron un respingo al pasar y nos saludaron entre risitas tontas.

—¿Me firmas un autógrafo? —gritó una.

Me puse rojo como un tomate. Noor reprimió una carcajada antes de volverse a mirarme con una ceja enarcada. Yo sacudí la cabeza, reacio a mirarla a los ojos.

—¿Me das un beso? —vociferó otra.

Ahora me ardía toda la piel del cuerpo. Clavé la mirada al frente ansiando que ese momento tan bochornoso acabase cuando antes.

—¡Eh, yo tengo un beso para vosotras! —les gritó Enoch. Ellas siguieron andando sin hacerle ni caso.

Emma las fulminó con los ojos.

Por fin, Noor me propinó un codazo.

—Vaya, vaya. ¿Y eso te pasa a menudo?

—De vez en cuando.

—Qué fastidio —se burló, aunque su sonrisa era sincera. Puede que recibir tanta atención por parte de unas desconocidas tuviera su lado bueno. A fin de cuentas, tampoco estaba tan mal esa fama inmerecida si me permitía deslumbrar un poquitín a Noor Pradesh.

—¡Daos prisa! —Ahora Emma nos lanzó a nosotros su mirada asesina.

Apuramos el paso una pizca, aunque yo no tenía ganas de dar la conversación por terminada. Al menos hasta que Noor dijo:

—¿Fue raro? Salir con la exnovia de tu abuelo.

Por poco me da un patatús de la sorpresa.

—¿Cómo sabes que estuvimos??

—Salta a la vista. He notado cómo te mira.

Suspiré. Y yo que tenía la esperanza de ser el único que reparaba en esas miradas.

—Bueno, ya no estamos juntos.

Noor me preguntó qué había pasado. En ese tema no quería entrar, de ninguna manera.

Emma seguía pensando en él.

Me habría muerto de vergüenza si esas palabras hubieran salido de mis labios.

—La diferencia de edad lo complicó todo, me parece —dije. La verdad de ese comentario no alcanzaba ni un diez por ciento—. No nos. entendíamos.

—Mmm. Ya veo.

Creo que no se lo tragó. De hecho, estoy seguro de que me caló a la legua. Sin embargo, se compadeció de mí y me permitió cambiar de tema. De momento me conformaba con eso.

\* \* \*

Los diez nos detuvimos un momento para observar a un grupo de telequinéticos que jugaba a tirar de la cuerda sin usar las manos. Noor estaba fascinada, como es natural, así que nos acomodamos como pudimos en un murete de Old Pye Square mientras admirábamos el singular espectáculo.

—Bueno, ¿y qué hace aquí la gente por las noches? —preguntó Noor.

—Está el Cabeza Reducida, el pub de Stabbing Street —dijo Emma—. Pero sirven sobre todo fluidos de embalsamar y vino de ratón. Y siempre está a reventar.

—También se pueden ver las ejecuciones que he mencionado antes — apuntó Enoch—. Ocurre cada noche a las seis de la tarde junto a los muelles.

—No me gustan nada los ahorcamientos, Enoch —protestó Olive.

—Ah, vale. De todas formas, empieza a ser aburrido cuando ya lo has visto unas cuantas veces.

—Clausuraron los deportes sangrientos con osos torvos después de que los wights fueran derrotados, benditos sean los pájaros —dijo Hugh. Advertí que Emma y Horace torcían el gesto ante la palabra «derrotados». Ahora sonaba falsa.

—Casi todo está cerrado porque han reforzado las medidas de seguridad —informó Bronwyn—. Además, hay un nuevo toque de queda que comienza con la puesta de sol.

—Y me parece muy bien. Las personas civilizadas deberían estar en la cama cuando oscurece —señaló Claire.

Al parecer, las nuevas reglas de seguridad incluían la presencia de guardias por todas partes. Los veía apostados en los tejados que rodeaban la plaza, escudriñando la zona.

Al ver que me fijaba en ellos, Emma me informó:

—Es la guardia ciudadana. Esos son nuevos reclutas. Casi toda la vieja guardia fue aniquilada durante los ataques de los espíritus huecos.

—Pobres desgraciados —musitó Enoch.

—Las ymbrynes no quieren correr riesgos —dijo Bronwyn—. Me parece que están muy asustadas.

En ese momento, un grupo de personas empezó a marchar en círculo por el centro de la plaza entonando consignas.

—¿Qué queremos? —gritó uno de los manifestantes.

—¡Independencia del bucle! —contestaron los demás.

—Y ¿cuándo la queremos? —gritó el que encabezaba la marcha.

—¡Lo antes posible! —chillaron sus compañeros con rabia.

—Vaya, impresionante —dijo Horace—. Mirad, eso se llama democracia.

Algunos de los manifestantes portaban pancartas. «¡exigimos igualdad!». Otra, inspirada en el titular que había aparecido en el Chismoso por la mañana, decía: «¡ymbrynes incompetentes!».

—Estos son los descerebrados de los que te hablábamos en Florida —me susurró Enoch— que quieren abandonar el bucle y vivir en el mundo real.

—Como si no fuéramos a acabar ardiendo en una hoguera —dijo Emma —. ¿Acaso no hemos estudiado todos los mismos libros de historia peculiar?

—El movimiento está creciendo —nos informó Millard—. Si las ymbrynes no toman cartas en el asunto y controlan a los wights, perderán apoyo entre las bases.

—¿Cómo es posible? ¡Si sobrevivimos al siglo xx fue gracias a las ymbrynes! —protestó Claire enfadada—. ¿No han demostrado ya que saben lo que se hacen? ¡De no ser por sus bucles, los espíritus huecos de Caul nos habrían devorado a todos!

—Algunos dicen que deberíamos haber estado mejor preparados para el ataque —explicó Millard—. Y que deberíamos haber asaltado sus instalaciones aquí en el Acre del Diablo hace mucho.

—Sí, claro, es muy fácil sustituir al quarterback después del partido — observó Noor.

—Exactamente, muchas gracias —respondió Millard—. ¿Qué es un quarterback?

—¡Cerdos desagradecidos! —les gritó Enoch a los manifestantes.

Noté una corriente fría cerca de mí y un tufo que recordaba a estiércol refrigerado planeó sobre nosotros.

—Nos reuniremos este sábado —informó una voz grave—. Nos encantaría que acudieras y hablaras para todos.

Cuando me volví a mirar, me topé con más de dos metros de tela negra.

—Estáis todos invitados —dijo Sharon, y su dentadura destelló en la capucha.

—¿Tienes alguna relación con esos bobos? —le recriminó Enoch.

—¡Tú trabajas para las ymbrynes! —lo acusó Claire.

—Tengo derecho a defender mis propias ideas políticas. Y casualmente pienso que ya va siendo hora de que el largo monopolio de poder ostentado por las ymbrynes ceda el paso a un sistema más igualitario.

—Pero si siempre escuchan las aportaciones de los peculiares de a pie. —arguyó Emma—. Celebran foros públicos.

—Fingen escuchar, asienten y luego hacen lo que les viene en gana — respondió Sharon.

—Claro, por algo son ymbrynes —las defendió Claire.

—Sí, y esa actitud es precisamente el problema —replicó Sharon.

—Tú eres precisamente el problema —se enfadó la niña.

De repente, un rumor profundo e intenso sacudió la tierra e hizo traquetear todas las ventanas de la plaza. Algunos de los manifestantes gritaron, mientras que otros se precipitaron al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —aulló Horace—. ¿Otra fuga?

—O bien un desastre o bien una buena noticia —calculó Sharon, que se llevó una mano en la capucha para oír mejor—. En teoría, la batería nueva no iba a estar lista hasta esta noche.

Y salió disparado hacia la casa de Bentham más deprisa de lo que ningún hombre de su envergadura sería capaz de correr.

\* \* \*

El toque de queda había entrado en efecto, así que regresamos a casa. Estábamos agotados, con ganas de descansar y meternos en la cama. Había sido un día muy largo, llevábamos varias horas juntos y todos habíamos tenido conversación y emociones de sobras por un día. Bueno, casi todos.

Noor y yo acabamos a solas en la sala de la primera planta.

Yo no podía dejar de pensar en la charla que habíamos mantenido un rato atrás. A ella le había sorprendido que no hubiera usado el panbucleticón a mi antojo y su reacción me hacía dudar de mí mismo. ¿Por qué no lo hacía? Había escuchado mis propias explicaciones, claro está, pero ahora me preguntaba si reflejaban toda la verdad. Lo que es peor, Noor se había quedado con la idea de que yo carecía de curiosidad y eso no era verdad, en absoluto.

Sin embargo, tanto rumiar en silencio solo sirvió para suscitar más preguntas de Noor —«¿Qué te pasa? ¿Te preocupa algo?»— y yo comprendí que me había guardado muchas cosas acerca de mí mismo. Cosas que me gustaría compartir con ella. Detalles de la primera época que pasé con los peculiares, cómo los conocí o cómo me sentí cuando descubrí que era uno de ellos. Le conté toda la historia: mi llegada al brumoso y misterioso pueblo de Cairnholm con mi padre; las pistas que seguí a partir de las últimas palabras de mi abuelo y sus viejas fotografías; mi búsqueda hasta dar con la casa en ruinas de miss Peregrine, donde encontré el bucle por fin. Cómo conocí a esos chavales, que en teoría tendrían que ser muy viejos o llevar largo tiempo muertos, mi perplejidad al descubrir que seguían siendo niños. Todas las dudas que me habían asaltado: ¿debía creer lo que veían mis ojos? ¿Podía confiar en mi propia mente? Noor estuvo a punto de gritar, literalmente, cuando llegué a la parte en la que me percataba de que veía a los huecos y luego otra vez cuando le hablé del desconocido de la isla que al final resultó ser mi psiquiatra. y también un wight.

Hablé hasta que me dolió la mandíbula. Pese a todo, dejé fuera pequeños detalles, sobre todo los relativos a Emma y a mí. No quería ahondar en el papel que tuvieron mis sentimientos cuando decidí abandonar la vida normal. En cualquier caso, hablar me sentó de maravilla. Fue agradable conectar con alguien que parecía estar sintiendo lo mismo que yo experimenté en su momento.

Y me ayudó a sentirme menos solo.

No obstante, al final me dio apuro haberme enrollado tanto.

—Vale, te toca a ti —le dije a toda prisa—. Me encantaría saber más de tu vida.

—Ni hablar —negó con la cabeza—. Mi vida empezó a ser interesante hace tan solo tres meses y tú ya estás al corriente de todo. Ahora cuéntame lo que pasó después de que abandonaras la isla. ¡Odio los finales que te dejan al borde del precipicio!

—Perdona, pero es imposible que tu vida fuera más aburrida que la mía antes de conocer a los peculiares.

—Dime solo una cosa más y luego, si insistes en seguir hablando de mi tediosa vida, podemos hacerlo. ¿Alguna vez te planteaste la idea de contárselo a tus padres?

Casi solté una carcajada.

—Sí. En realidad, intenté hacerlo. Mi madre no lo pudo soportar y mi padre prácticamente me repudió. Las cosas se pusieron tan feas que miss

Peregrine tuvo que borrarles la memoria, para que lo olvidaran todo.

—Sí, ya lo habías mencionado —dijo en tono quedo—. Cuánto lo siento.

—Se han marchado de vacaciones una buena temporada. Piensan que estoy solo en casa. Supongo que empezarán a preocuparse cuando regresen y descubran mi ausencia.

—Esa historia de tus padres es un asco. Lo demás, en cambio, parece. obra del destino o algo así. Nunca te sentiste verdaderamente unido a tu padre y a tu madre. Conozco la sensación, te lo aseguro. Pero al final encontraste una nueva familia. —Sonrió y unió las manos despacio hasta formar una perfecta bola de sombra entre las palmas—. Es increíble cómo llegó a suceder.

En ese momento algo cambió en sus ojos, como si un nubarrón oscuro se cerniera sobre ella.

Nos separaba un pequeño espacio en el raído sofá y me desplacé hacia Noor para cerrarlo.

—La encontrarás —le prometí, y le rodeé las manos con las mías—. Lo

sé.

Ella se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Ya veremos —dijo—. Quién sabe, es posible que no se acuerde de mí.

—Pues claro que te recordará. Seguro que todavía se entristece cuando piensa en ti. Y sé que estará feliz de volver a verte.

Inspiró hondo para luego suspirar.

—¿Podemos quedarnos aquí un ratito y hablar de lo aburridas que eran antes nuestras vidas?

—Sí —me reí—. Me parece un buen plan.

Y lo hicimos. Conversamos durante horas de su antigua vida y de la mía, de lo que pasó después de que yo abandonara la isla, de un montón de cosas más. Podría haber hablado con ella toda la noche y toda la mañana, y seguramente lo habría hecho de no haber bajado Horace medio dormido para decirnos que nuestras voces le llegaban a través del suelo. Solo entonces caímos en la cuenta de que era tardísimo y de lo cansados que estábamos en realidad. De mala gana, nos fuimos a dormir.

M e despertó, por segunda vez en dos días, un ruido ensordecedor. Pero esta

vez no fue una explosión, sino alguien aporreando la puerta.

Todavía estaba oscuro en el exterior.

—Jacob —gritó Emma desde abajo.

Me levanté a toda prisa y corrí al descansillo, descalzo y todavía en pijama. Nuestros pasos atronaron en las escaleras cuando todos bajamos a la carrera.

Emma estaba parada delante de la puerta principal, que seguía abierta.

—Miss Blackbird está aquí —dijo a la vez que se apartaba a un lado para que viéramos a la ymbryne—. Se trata de miss Peregrine.

—¿Dónde está? —le pregunté—. ¿Ha vuelto?

Miss Blackbird se saltó los saludos para ir directa al grano.

—Miss Peregrine sigue en Estados Unidos, en el bucle donde se están celebrando las conversaciones de paz —empezó. Sus tres ojos me miraban con atención—. Hace una hora hemos puesto en marcha el panbucleticón y al poco hemos recibido un mensaje urgente a través de un loro mensajero.

Miss Blackbird se abrió paso al interior. Parecía agitada.

—Hay un problema —dijo críptica—. Y solicita su presencia.

—¿La mía? —me extrañé—. ¿Quiere que vaya al bucle?

—De inmediato —respondió la ymbryne.

—¿No nos puede decir qué pasa? —pidió Emma.

—Si ha preguntado específicamente por Jacob —fue la respuesta de miss Blackbird—, supongo que habrá un hueco implicado.

Tragué saliva con dificultad. Volví a notar la opresión de siempre en el pecho.

—Me visto y bajo enseguida.

—No vamos a permitir que Jacob vaya solo —dijo Noor. Se había abierto paso hasta situarse a mi lado sin que me diera cuenta y, cuando la miré sorprendido, me estrujó la mano.

—Ni por un momento he sugerido que Jacob acudiera en solitario — replicó miss Blackbird—, pero usted carece de experiencia, señorita Pradesh.

Además, Leo Burnham y sus hombres estarán allí y su presencia sería igual que propinar un puntapié a un nido de avispas.

—Ya lo sé —respondió Noor, frunciendo el ceño—. No pensaba en mí misma.

Me alegré para mis adentros. La idea de llevar a Noor a alguna parte donde hubiera huecos —adrede— me provocaba dolor de barriga.

—Escoja a dos amigos —ordenó miss Blackbird, haciendo caso omiso de Noor—. Vístanse y reúnanse conmigo en la entrada dentro de tres minutos.

Dicho eso, dio media vuelta sin ahorrar aspavientos y cerró la puerta a su espalda.

No tuve ni que pensarlo: les pedí a Emma y a Enoch que me acompañaran. Si bien Enoch era un pesado y mi relación con Emma no pasaba por su mejor momento, los consideraba a ambos valientes, sagaces y competentes bajo presión. Sabía que no me fallarían.

—Recogeré mis cosas —dijo Emma, cuyo rostro ya exhibía una expresión implacable. Salió disparada por los crujientes peldaños hacia su habitación.

Enoch sonrió.

—Ah, vaya, me va a tocar salvarte el trasero una vez más. Espera, que voy a buscar unos cuantos corazones en conserva.

Y salió corriendo detrás de Emma.

Los demás nos dirigimos arriba también. Me vestí con ropa limpia y las botas nuevas del día anterior antes de despedirme de todos. Mis amigos se pusieron en fila en el pasillo para desearme suerte y susurrarme consejos:

—A por ellos, Jacob —dijo Hugh.

—¡Lleva cuidado! —me aconsejó Horace.

—Obedece a miss Peregrine en todo —dijo Claire.

Yo fingía estar tranquilo, pero un frío glacial se me estaba acumulando en la boca del estómago.

Durante un momento, Noor y yo nos quedamos a solas.

—¿De verdad eres el único que puede encargarse de eso? —me preguntó —. ¿Acaso las ymbrynes no tienen, no sé, adultos que se ocupen de esas cosas?

—No de este tipo de problema —fue mi respuesta—, si es lo que yo creo.

—Ya lo sé —dijo—. Es que tenía que preguntar.

Aunque intentaba mostrarse valiente, no conseguía disimular que estaba muy preocupada. Yo esperaba que no se me notara el miedo.

—Ojalá pudieras venir, pero me parece que miss Blackbird tiene razón.

—Tengo muchas cosas que hacer aquí, de todas formas. —Guardó silencio, como si dudase, antes de añadir—. Anoche recordé algo más, de cuando vivía con mi madre siendo una niña. Una señal de carretera que se veía desde la puerta de nuestra casa. No sé si tiene importancia o no. Debo averiguarlo.

—Podría ser una pista —asentí—. ¿Seguro que vas a estar bien aquí?

—Eres tú el que me preocupa. Dudo que yo haga nada más que revisar viejos libros con Millard y compañía.

Fue agradable oírla referirse a mis amigos peculiares por el nombre con tanta naturalidad. Se estaba convirtiendo en una de nosotros a toda velocidad.

—Sé que la encontrarás —le aseguré—. Y me encantaría estar aquí para presenciarlo.

—Ojalá —dijo Noor.

Me echó los brazos al cuello.

—Cuídate —me pidió, con la cara contra mi pecho—. Te necesito de una pieza.

Nos quedamos allí abrazados un ratito. No quería moverme.

—Todo irá bien. Te lo prometo.

—Eso espero.

—Y volveré pronto.

Le planté un besito en la coronilla. Olía a champú y a libros, y el hielo que se estaba formando en mi estómago empezó a deshacerse despacio.

—Ejem.

Enoch estaba de brazos cruzados en las escaleras.

En ese momento alguien golpeó la puerta con los nudillos y oí a miss Blackbird gritar:

—¡Ya han pasado tres minutos, míster Portman!

\* \* \*

Miss Blackbird guardaba silencio mientras los cuatro avanzábamos por el Acre. Todavía no había amanecido y la guardia ciudadana vigilaba el cumplimiento del nuevo toque de queda.

Llegamos a la mansión de Bentham. Unos cuantos funcionarios de Asuntos Temporales montaban guardia en el exterior. Había más vigías en el tejado, que nos observaban de lejos. Todo el mundo estaba en alerta máxima.

Entramos y empezamos a subir las escaleras, pero, en lugar de detenernos en alguna de las plantas de costumbre, seguimos ascendiendo. El portal al bucle de la conferencia no estaba en el pasillo principal del panbucleticón, sino en el polvoriento desván de Bentham, rodeado de antigüedades guardadas en vitrinas.

Al fondo de la sala había un hermoso ascensor antiguo. Allí, nos dijo miss Blackbird, estaba la entrada al bucle. Era nuevo, nos explicó, creado por las ymbrynes especialmente para la conferencia. Presionó un pequeño botón de latón para abrir la puerta de la cabina. El interior estaba forrado de elegante madera barnizada. En la pared del fondo había un panel con una gran palanca y tres palabras estampadas alrededor en tipografía art déco: arriba, abajo y

BUCLE.

—Por favor, sean muy cuidadosos. Estados Unidos —musitó, negando con la cabeza— no es país para niños.

—Cualquiera pensaría que ya está empezando a planear nuestro funeral —observó Enoch mientras accedíamos al ascensor.

—¡En absoluto! —exclamó miss Blackbird, antes de arrancarse a sí misma una sonrisa de aliento—. Mucha suerte, ¿vale?

Allá vamos, pensé, y empujé la palanca con fuerza hacia la palabra «bucle». La puerta corredera se cerró. El vagón del ascensor descendió cosa de treinta centímetros antes de detenerse con brusquedad.

Enoch nos miró enfurruñado y dijo:

—¿Qué narices??

Y entonces empezamos a bajar en caída libre.

Mis pies abandonaron el suelo mientras la cena de la noche anterior amenazaba con salir por mi boca.

—¿Qué? pasa? —preguntó Emma con esfuerzo. Casi no la oía a causa de la presión en los oídos.

Y entonces todo se oscureció, un tirón nos arrastró a la izquierda y nos estampamos contra la pared del ascensor. Unos segundos más tarde, sonó un agradable tintineo —¡ding! — y la luz se encendió de nuevo. Nos detuvimos con una sacudida.

Las piernas me temblaban según trataba de contener las náuseas cuando la puerta se abrió ante un muro de oscuridad. Nos golpeó una corriente de aire caliente y húmedo parecida al abrazo de un hombre grande y sudoroso.

—¿Dónde estamos? —preguntó Enoch. Un escalofrío de miedo me recorrió el cuerpo.

Emma encendió una llama en la palma de la mano y avanzó un paso titubeante para salir del ascensor. El fulgor nos permitió ver un túnel largo y abrupto excavado en roca viva, apenas más alto y más ancho que yo.

Se me puso la piel de gallina a pesar del calor cuando me inundó una oleada de terribles recuerdos sensoriales. La última vez que estuve en un lugar como ese me dispararon y un gigantesco monstruo arbóreo estuvo a punto de aniquilar a las personas que más me importaban.

Emma debía de estar sintiendo algo parecido.

—Ay, Dios mío —dijo—, ¿no nos habrán enviado a.?

—No seas mema —refunfuñó Enoch—. Ese sitio se fue a la porra interdimensional.

—Están en una mina de oro, a ochocientos metros de profundidad.

Era la voz de miss Peregrine, duplicada y triplicada por el eco. Al oírla, experimenté un alivio instantáneo. No era una pesadilla. No nos habían enviado a un laberinto infernal.

Un rayo de luz apareció a lo lejos instantes antes de que la ymbryne asomara por un recodo con una linterna encendida en la mano.

—¡Miss P! —exclamó Emma—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué pasa?

Corrimos a su encuentro mientras miss Peregrine se apresuraba hacia nosotros. Emma la abrazó con fuerza.

—Estoy bien —se apresuró a decir la directora—. Pero míster O’Connor y usted no deberían haber venido. Este sitio es peligroso.

—No me diga —resopló Enoch—. Precisamente por eso estamos aquí.

—Miss Blackbird me ha dicho que trajera a un par de amigos —alegué en su defensa— y se lo he pedido a ellos.

Si bien era evidente que miss Peregrine desaprobaba la idea, también sabía que sería inútil empeñarse en enviarlos de vuelta. Aluciné con ella: después de todo lo que habíamos afrontado juntos, todavía subestimaba a sus pupilos.

—De acuerdo —dijo, sacudiendo la cabeza con resignación—. Pueden quedarse siempre y cuando guarden silencio, se mantengan detrás de mí, no hablen con los americanos y no deambulen por su cuenta. ¿Estamos?

—Sí, miss —respondieron Emma y Enoch al unísono.

La directora asintió.

—Bienvenidos a Marrowbone, niños. Estamos metidos en un buen lío.

\* \* \*

—¿Qué cabeza hueca tuvo la genial idea de celebrar una conferencia de paz en una mina?

Enoch tuvo que gritar la pregunta para que miss Peregrine la oyera. La ymbryne caminaba a tal velocidad que prácticamente correteábamos tras ella por los túneles.

—Esto es solo la entrada. Las conversaciones se están celebrando arriba, en la superficie. Habría estado bien que se hubieran vestido ustedes con ropa apropiada para la época. —Señaló un desvío a otro ramal del túnel donde un cartel con una flecha indicaba: «vestuario»—. Pero no tenemos tiempo y casi todos los normales de este bucle están encerrados de todos modos.

—¿Encerrados? —pregunté.

No me contestó.

Llegamos a otro ascensor, mucho más primitivo y aterrador que el primero. Nos apretujamos en la jaula de hierro y miss Peregrine accionó una palanca que asomaba del suelo. En alguna parte, un motor gigantesco cobró vida con un rugido al tiempo que el ascensor empezaba a ascender entre chirridos. Aquello era la pesadilla de un claustrofóbico: durante un buen rato, solo veíamos roca por los cuatro costados.

—El viaje es largo —nos informó miss Peregrine, alzando la voz para que la oyéramos por encima del estrépito—, así que aprovecharé para contarles unas cuantas cosas. Además, dudo que exista un solo rincón en Marrowbone donde no haya un espía estadounidense pendiente de lo que hablemos.

El agotamiento de miss Peregrine saltaba a la vista. No solo iba despeinada, sino que llevaba la blusa remetida de cualquier manera en la cintura de la falda; la clase de detalles que ella nunca descuidaba.

—Hace unas horas se ha producido un secuestro. La víctima es una peculiar destacada del clan norteño y todo apunta a que la sustracción fue obra del clan californio. A pesar de las encendidas objeciones de las ymbrynes, una cuadrilla de norteños se ha desplazado al campamento de los californios para tomar una rehén a su vez y ha estallado una reyerta. Por fortuna, hemos podido contenerla antes de que la sangre llegara al río.

—Pero esa no es toda la historia, deduzco —intervino Emma.

—No. Las «pruebas» que señalan la culpabilidad de los californios son demasiado obvias, casi ridículas. Apestan a wight por los cuatro costados. Por no mencionar que el secuestro se ha producido pocas horas después de la fuga de los wights. Estoy convencida de que han entrado a hurtadillas y se han llevado a la chica dejando una serie de rastros que implicaban a los

californios. El conflicto entre clanes estaba servido, una disputa que aniquilaría cualquier esfuerzo por lograr la paz. Hemos tenido que recurrir a todo nuestro poder de persuasión para evitar que hoy estallase una batalla campal en mitad del pueblo. Me temo que solamente hemos conseguido aplazarla, a menos que podamos demostrar sin la menor sombra de duda la culpabilidad de los wights.

—Y usted cree que un hueco podría estar involucrado —apunté—. Por eso me ha mandado llamar.

—Eso es —confirmó la ymbryne.

—Quiere que encuentre pruebas —proseguí—. Algo que solo yo puedo aportar.

—Exacto.

—¿Pretende que Jacob evite una guerra —dijo Enoch mientras se hurgaba la oreja como si no estuviera seguro de haber oído bien— ofreciendo a los americanos unas pruebas que estos no podrán ver?

—Tendremos que discurrir la manera de que las vean —declaró miss Peregrine antes de apoyarme una mano en el hombro—. Lo siento, hijo mío. Pero es usted nuestra única esperanza ahora mismo.

\* \* \*

Abandonamos aquel foso negro para salir a un día fresco y radiante, y volví a respirar a mis anchas por primera vez en un buen rato. Miss Peregrine nos guio a toda prisa junto a tres hombres armados. El primero, cubierto con andrajosas pieles, parecía un montañés. El segundo iba vestido como un vaquero, con sombrero de ala ancha y guardapolvo largo, de cuero. El tercero, de traje y corbata, debía de ser uno de los esbirros de Leo Burnham. Se miraban entre sí con tal intensidad que apenas repararon en nuestra presencia.

—Un centinela de cada uno de los clanes estadounidenses —nos informó miss Peregrine por lo bajo—. Es mejor que no los miren a los ojos.

En ese momento avistamos el vehículo que debía transportarnos. Yo esperaba una diligencia o algo por el estilo. En vez de eso, nos esperaba un coche fúnebre de caballos con la carroza acristalada.

—No han podido conseguir nada más, con tan poco margen de tiempo — se disculpó miss Peregrine—. Suban.

Enoch lanzó una exclamación de alegría. Emma puso mala cara, pero no hizo ningún comentario.

No había tiempo para ponerse a discutir.

El ayudante del cochero nos abrió la portezuela trasera y montamos en la carroza. Apenas había espacio suficiente para sentarse erguido.

—¡Qué chulo! —exclamó Enoch, a la vez que acariciaba las cortinas de terciopelo negro.

Era la segunda vez en tres días que ocupaba un espacio por lo general reservado a un cadáver. Por lo que parecía, el universo intentaba decirme algo y no de manera sutil, que digamos.

Miss Peregrine le dijo algo al conductor, un hombre de barba larga y semblante anodino. El cochero agitó las riendas y nos pusimos en marcha. El ayudante se quedó con los tres hombres armados.

Un paisaje de bosques y montes nos acompañó a lo largo del camino. Las zonas peladas estaban sembradas de maquinaria minera: vagonetas de vía estrecha cargadas de pedruscos; máquinas que proyectaban al aire humo y vapor; pilas de escombros. Vimos algún que otro minero fumando y descansando, apoyados en sus palas. Normales de la época atrapados en el bucle, supuse.

Miss Peregrine nos fue señalando al pasar los campamentos de los clanes: el grupo de tiendas cosidas con piel de búfalo que se erguían en el lindero del bosque pertenecía a la delegación norteña. El clan de los californios ocupaba los arrabales, una zona de chabolas en las afueras del pueblo. Y los cinco distritos de Leo se alojaban en el hotel Eagle Pass, la mejor —y única— casa de huéspedes de Marrowbone.

—¿Y dónde duermen las ymbrynes? —pregunté.

—En los árboles —respondió lacónica.

Entramos en el pueblo por los arrabales, una deprimente colección de casuchas que seguramente saldrían volando si soplara un viento demasiado fuerte.

Pasadas unas pocas manzanas llegamos al centro de Marrowbone, un auténtico poblado del viejo Oeste y el primero que veía con mis propios ojos. Las calles estaban flanqueadas de armerías, tiendas de montadura y tabernas tipo salón al estilo de los establecimientos que aparecen en las películas del Oeste. Solamente un detalle chirriaba: el poblado estaba desierto.

Coche fúnebre, cedida por John Van Noate

Los caballos redujeron el paso y por fin se detuvieron. Miss Peregrine llamó al conductor para preguntarle qué sucedía.

—No pienso avanzar ni un paso más —declaró. Uno de los caballos soltó un relincho agudo y nervioso.

—Parece ser que hemos llegado a nuestro destino —dijo miss Peregrine, de modo que nos apeamos.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

Miss Peregrine señaló la calle con un gesto.

—Allí delante.

Forcé la vista y entonces los vi: decenas de personas paradas a la sombra de las marquesinas, acuclilladas detrás de barriles y vagonetas, a ambos lados de la calle. Los norteños a la izquierda, los californios a la derecha. Según nos encaminábamos hacia ellos —sí, hacia ellos— se hizo evidente que los dos clanes mantenían alguna clase de duelo silencioso, igual que los hombres armados en la entrada de la mina.

—¡Bando neutral! —gritó miss Peregrine conforme nos acercábamos—. ¡No disparen!

—¡No disparen! —repitió alguien del lado de los norteños.

—¡No disparen! —respondió el frente californio.

Otra ymbryne abandonó el refugio de una marquesina y se apresuró hacia nosotros por la acera de madera. Era miss Cuco. Su cabello color plata metalizado y su piel oscura destacaban vívidos contra las calles blancuzcas y polvorientas de Marrowbone.

—¡Alma! —llamó ansiosa a miss Peregrine, casi sin aliento. Sus ojos se posaron en mí—. Estupendo, has traído al chico. Todos lo estábamos esperando.

—¿Se ha producido alguna agresión? —preguntó miss Peregrine—. ¿Alguien ha disparado?

—Todavía no y es un milagro —respondió miss Cuco.

La seguimos a toda prisa por el mismo camino que ella acababa de recorrer, nuestros zapatos resonando con fuerza contra la acera de madera. Yo no había entendido de que hablaba miss Cuco hasta que vi, entre los norteños, a una mujer de tez cenicienta que llevaba un palo gigantesco (treinta centímetros de diámetro y seis de largo, como poco) apoyado en el hombro como si fuera una jabalina. A su lado había un par de hombres con pájaros muertos colgando del cinto y escopetas en las manos. Unos pasos más adelante, una joven hacía rodar un peñasco por el suelo usando tan solo la punta del dedo. En el frente de los californios, un chico con sombrero de

vaquero fulminaba con la mirada al grupo de enfrente sin dejar de retorcerse las manos y pude ver las chispas eléctricas que saltaban entre sus dedos. Y un niño todavía más joven estaba apostado feroz y sin miedo con una cartuchera cruzada en el pecho y un sombrero de mexicano en la cabeza tan pesada que le empujaba las orejas hacia abajo.

Ambos lados de la calle estaban atestados de hombres y mujeres pertrechados hasta los dientes con armas peculiares y convencionales. Era evidente que un solo acto de violencia podía desatar un baño de sangre.

Miss Peregrine se detuvo para volverse a mirarnos.

—Estamos a punto de conocer a los líderes de los clanes —nos informó —. No hablen a menos que ellos les dirijan antes la palabra.

Dicho eso, dio media vuelta para cruzar una puerta y la seguimos al interior de lo que parecía la típica taberna del Oeste: barra, mesas, el tufo agrio de la cerveza derramada.

Habría cosa de diez personas allí dentro, que formaban un corrillo alrededor de una mesa próxima a la barra. Tan pronto como entramos, se hizo un silencio mientras todos se volvían a mirarnos con descaro. Miss Cuco nos cortó el paso y susurró:

—Esperen.

Mientras tanto, miss Peregrine se acercaba a un tipo de aspecto elegante sentado en una silla de ruedas.

—Ese es míster Parkins —nos susurró miss Cuco—. El jefe del clan californio.

Al otro lado del salón, un hombre enfundado en un voluminoso abrigo de búfalo disparaba balas a Parkins con la mirada. Mientras tanto, hacía rodar una moneda por los nudillos de una mano.

I '/

—Antoine LaMothe, cabecilla del clan norteño —añadió la ymbryne. Cada uno de los líderes iba acompañado de su propio lugarteniente; uno iba vestido como un trampero, otro como John Wayne. Una anciana menuda y elegante hablaba con LaMothe en voz baja. La reconocí al momento. Era miss Wren.

—Y allí está Leo Burnham —dijo miss Cuco—, al que me parece que ya conocen.

Era él, ya lo creo que sí, inconfundible con su traje de rayas diplomáticas, sombrero de fieltro color crema y una corbata morada. Con un codo apoyado en la barra y una expresión risueña en el semblante, observaba la situación mientras apuraba una copa. Tuve que contenerme para no ceder al impulso de estamparle un puñetazo en ese careto tan feo.

Miss Peregrine acudió a reunirse con miss Wren, que seguía hablando en tono quedo y urgente con LaMothe. La discusión se prolongó un rato más entre los dos antes de que le tocara el turno a miss Peregrine. Intenté leerle los labios con escaso éxito. Tampoco los esfuerzos de miss Peregrine daban resultado, por lo que parecía. LaMothe sacudía la cabeza enfadada.

Parkins, líder del clan californio, debía de estar también muy pendiente de la conversación, porque estampó la mano contra el brazo de su silla de ruedas. Parecía furioso.

—Danos una maldita oportunidad, LaMothe —vociferó.

El otro se volvió a toda prisa, rojo como la grana.

—¡Pues devolvedme a la condenada labradora!

—¡No nos hemos llevado a tu maldita labradora! —estalló Parkins.

Los lugartenientes se crisparon, listos para empuñar las armas de ser necesario.

—¡No, claro que no! —Era LaMothe otra vez—. ¡Total, solo llevas cincuenta años hablando de lo mucho que necesitas una!

La silla de Parkins rodó unos pasos sin que nadie la empujara.

—¡Nosotros no nos llevamos a Ellery, te pongas como te pongas! Y será mejor que tú y los tuyos hayáis devuelto a nuestra chica al campamento antes del alba. ¡o lo pagaréis caro!

Supuse que Ellery era el nombre de la prisionera. Fruncí el ceño. Menuda historia más complicada. Mi cabeza giraba de lado a lado como si mirase un partido de ping-pong mientras los dos líderes intercambiaban amenazas e insultos.

—¿Y por qué esperar hasta el alba, ¿eh? —exclamó LaMothe—. ¡Ven aquí si te atreves!

Dos mapaches escondidos entre los pliegues del abrigo de LaMothe asomaron el hocico para gruñir a Parkins. Estaban prendidos al forro por la cola.

Miss Peregrine y miss Wren les suplicaban que se calmaran, mientras miss Cuco, discretamente, nos empujaba a los tres hacia la puerta.

No obstante, otro grupo de hombres, estos de Leo, nos cortaban el paso por el otro lado.

Leo Burnham se despegó de la barra, se plantó entre LaMothe y Parkins y gritó:

—¡CALLAOS DE UNA VEZ!

Y, por increíble que parezca, todos obedecieron.

—Antoine, ¿de verdad quieres declararle la guerra a Parkins por algo que tal vez no hizo?

—Por algo que sin duda hizo —gruñó LaMothe, lo que estuvo a punto de provocar otro griterío.

—Aceptamos que los pájaros nos trajeran a este bucle de paletos para poder limar nuestras diferencias, ¿no? Si ellas piensan que esto no fue obra de Parkins, al menos dejad que expongan su teoría.

—¡Eso mismo pienso yo! —aprobó Parkins.

—Gracias, Leo —dijo miss Wren—. Bien dicho.

—De acuerdo —asintió por fin LaMothe. Fulminó con la mirada a miss Peregrine—. Hable.

Leo nos señaló con el pulgar.

—¿Esos son sus detectives estrella, Peregrine? ¿Los que se esconden tras las faldas de Frenchie?

—Nadie se esconde —dije, y avancé un paso.

La expresión de Leo se transformó. Por fin me había reconocido.

—Un momento, maldita sea —gruñó—. ¿Este niño? —Ahora negaba con la cabeza. Prácticamente se estaba riendo—. Qué valor tienes, Peregrine.

—¿Os conocéis? —preguntó LaMothe.

—Es un liante. Y su abuelo era un criminal.

Temblé de rabia. Me entraron ganas de atizarle un bofetón. Miss Peregrine me posó una mano en la espalda como para decirme: Yo me ocupo de esto.

—Te equivocas de medio a medio. Te aseguro que Jacob es uno de los peculiares más brillantes y mejores que conozco, y uno de los cazadores de

huecos más capaces del mundo.

—¿Hay más de uno? —preguntó Leo, que ahora me miraba entornando los ojos.

—Los veo y los percibo a cuatrocientos metros de distancia —dije.

Estaba a punto de seguir hablando para explicarle cómo los controlaba cuando miss Peregrine me apretó el hombro para interrumpirme.

—Sus habilidades de detección nos han salvado la vida en numerosas ocasiones —resumió a toda prisa.

Leo no acababa de fiarse, pero, tras un momento de lucha interna, se rindió. Era evidente que miss Peregrine se las había ingeniado para granjearse su confianza desde la última vez que lo vi, cuando apenas soportaba la estampa de la ymbryne.

—¿Y qué les hace pensar que el asunto ha sido obra de un hueco? — preguntó Leo, que todavía me observaba con recelo.

—Experiencia e intuición —fue la respuesta de miss Peregrine—. No puedo demostrarlo, pero creo que Jacob sí. —Se volvió a mirar a Parkins y LaMothe—. Y, si no encuentra ninguna prueba convincente, no nos interpondremos. Podrán solucionar esto a su manera.

—Ahora bien, les advierto una cosa —intervino miss Wren, con un semblante pálido y serio—. Si estalla una guerra, las ymbrynes no tomarán partido y se les prohibirá la entrada a los bucles del resto del mundo, para siempre.

Leo soltó una carcajada.

—Por mí, el resto del mundo se puede ir al infierno.

—Que echen un vistazo, si quieren —dijo LaMothe con desprecio mientras sus mapaches se erguían para gruñir a Parkins con rabia—. Yo ya sé adónde lleva ese camino.

\* \* \*

El camino comenzaba en el campamento del clan norteño, una serie de carpas grandes (y tirando a imponentes), fabricadas con pieles y plantadas en las afueras del pueblo. Algunas eran muy elaboradas, con puertas y ventanas recortadas, y había una de dos pisos de altura; la perteneciente a LaMothe, supuse. Incluso vi una tienda colgando de los árboles a una altura considerable.

LaMothe nos mostró la carpa en la que habían secuestrado a la chica, Ellery. La parte trasera, que estaba desgarrada, daba a unos bosques desiertos. Señaló la cama donde dormía la chica cuando se la llevaron.

Había sucedido unas horas atrás.

Vimos claros signos de lucha —un catre volcado, objetos personales escampados por el suelo— pero ninguna señal que yo considerase propia de un ataque de hueco. No vi las huellas gruesas como el cuerpo de una pitón que habrían dejado sus lenguas en la hierba. Ninguna marca de mordiscos practicados con dientes largos y afilados. Como tampoco, advertí con desaliento, ningún charco de residuos de hueco, la sustancia negra y viscosa que rezumaban por las cuencas oculares. No obstante, los líderes de los clanes y las ymbrynes me estaban observando, y sabía que habría problemas si advertían que no estaba encontrando nada, así que fingí examinar la almohada de Ellery con suma atención e interesarme en la textura del largo desgarrón que recorría la pared de la tienda.

Mientras tanto oía a Emma mostrar las fotos de los wights a la gente que aguardaba en el exterior con la esperanza de que alguien los hubiera visto. Tampoco tuvo suerte.

Empecé a preocuparme. Me daba miedo fracasar y, aún peor, no sabía cómo narices podríamos salir de ese bucle si estallaba una guerra entre dos clanes peculiares armados hasta los dientes.

El propio LaMothe se estaba impacientando. Percibiendo mi desesperación, pidió a sus hombres que trajeran las pruebas reunidas por ellos.

—Encontramos esto tirado entre los árboles. —Extrajo un cuchillo de una bolsa y lo agitó con dos dedos—. Es la herramienta que usaron para rajar esta tienda. Es evidente por el filo serrado. Y les pertenece.

Señaló un símbolo tallado en el mango de cuero del cuchillo, que parecía una C dentro de un lazo trenzado.

—Es nuestro —reconoció Parkins—, pero no sabemos cómo ha llegado a esa carpa.

—¡Y un cuerno, no lo sabéis!

—¡Nos lo habrán robado! —protestó Parkins—. ¡Es posible que esos wights lo hayan dejado ahí!

El fornido guardaespaldas de LaMothe dio un paso al frente.

—¿Y qué me dices de las marcas en la tierra, como si hubieran arrastrado un cuerpo? —dijo—. ¡Conducen directamente a vuestro campamento!

—¡Podrían ser falsas! —gritó Parkins—. ¡Diablos, no me extrañaría que las hubierais dejado vosotros mismos para justificar el secuestro de uno de los nuestros!

Los ánimos estaban a punto de estallar.

—¡Calma, calma, caballeros! —intervino miss Wren a la vez que se interponía ente los dos hombres exaltados—. ¡Seguro que Jacob está a punto de demostrar que estamos en lo cierto!

—¡Me parece que he encontrado algo! —mentí, solo para ganar tiempo—. Denme un minuto.

Miss Peregrine corrió hacia mí.

—Espero que lo haya dicho en serio —me susurró.

Hice una mueca.

Su rostro reflejó desaliento.

Se quedó allí un momento, con expresión desesperada, hasta que algo la distrajo y una chispa de lo que parecía inspiración iluminó su semblante.

Se volvió a mirar a los demás.

—¡Disculpen! —dijo de viva voz—. ¡Míster Portman ha encontrado algo! ¡Por favor, sígannos!

Salió de la tienda y dobló el índice para indicarme que la acompañara.

—¡Lo que sospechaba! —exclamó, fingiendo emoción—. Un rastro muy claro de residuo ocular.

—¿De qué? —preguntó LaMothe.

—Es una secreción característica. Todos los huecos secretan constantemente una especie de lágrimas de apariencia oleosa y Jacob acaba de encontrar un rastro. ¡Sigue esta dirección!

—¡Jacob, es genial! —exclamó Emma. Sus pálidas mejillas recuperaron algo de color.

Enoch me propinó un puñetazo amistoso en el hombro.

—Ya sabía que no nos fallarías.

Yo estaba perplejo, naturalmente. ¿Qué tramaba miss Peregrine?

—Finja que encuentra gotas junto al lindero del bosque —me susurró al oído.

Como no tenía elección, le seguí la corriente y simulé estar siguiendo un rastro. Avancé junto al límite de los árboles, acompañado de la ymbryne. En el momento en que esos vaqueros y montañeros tan enfadados advirtieran que me lo estaba inventando todo, uno u otro me dispararía, seguro. No tardarían mucho; el grupo se estaba impacientando.

LaMothe empezó a protestar.

—¿Qué es más probable? —estaba diciendo—. ¿Qué algún monstruo invisible se llevará a Ellery y le tendiera una trampa a Parkins y a su gente para inculparlos a ellos o que esta basura california la haya secuestrado? Todo el mundo sabe cuánto necesitan una labradora. Son unos pésimos campesinos y no consiguen cultivar nada.

—Escuchadme un momento —pidió Leo, que llevaba un rato guardando un silencio nada propio de él—. No quería contar esto, porque no es algo de lo que me sienta orgulloso. El caso es que hace unos días sufrí un ataque de los wights. Se colaron en mi cuartel general con un hueco y me robaron una fiera muy prometedora en las narices. En mi propia casa.

—¿Viste al monstruo? —preguntó Parkins. Se volvió a mirarlo con su silla, que flotaba unos centímetros por encima del abrupto terreno, empujada por su guardaespaldas.

—No, John, los condenados espíritus huecos son invisibles. Pero vi a un hombre volar por los aires cuando el bicho lo lanzó a varios metros de distancia. Y el pestazo es espantoso.

Ay, Dios mío, pensé. Burnham creyó que H era un wight. Tenía lógica, en parte. H controlaba a ese hueco, igual que haría un wight, y cuando encontraron su cuerpo no había ojos —ni pupilas— que pudieran indicar lo contrario.

—De todos modos, no tiene pies ni cabeza —replicó LaMothe—. ¿Por qué se iban a llevar a Ellery? Hay peculiares más fáciles de secuestrar. ¿Acaso los wights tienen campos que cultivar y cosechas que cuidar?

—Para sembrar el caos —sugirió miss Wren en tono funesto—. Cuando reina la confusión en el resto del mundo peculiar, ellos prosperan. Cuando estamos distraídos, ellos pueden concentrarse en sus verdaderos objetivos.

—¿Y cuáles son? —preguntó LaMothe.

Miss Wren suspiró.

—Ojalá lo supiéramos.

Mientras tanto, yo fingía seguir encontrando gotas de pringue ocular. Miss Peregrine se pasaba la mitad del tiempo mirando hacia la copa de los árboles. En dos ocasiones vio algo que la indujo a propinarme un codazo para corregir el sentido de mis pesquisas.

Y entonces la vi. Una de verdad. Apenas podía creerlo.

Una zona de hierba aplastada del tamaño de una huella y, en el centro, una mancha negra. Me detuve de sopetón antes de inclinarme a examinarla.

—¿Qué pasa, chaval?

—¡Un residuo! —exclamé emocionado antes de morderme la lengua—. O sea, ejem, una gota supergrande.

La toqué con el dedo. Se agitó, todavía líquida, y noté un escozor en la piel de la yema.

Maldita sea. Esa porquería era cáustica. Antes de secarme el dedo me lo acerqué a la nariz para olerlo y el inconfundible tufo a carne podrida por poco me hizo vomitar.

Definitivamente procedía de un hueco.

Y no de uno cualquiera, sino del que yo había liberado del antro de las luchas sangrientas. El mismo que, hasta hacía poco tiempo, alimentaba el motor del panbucleticón.

—Lo conozco —dije—. Reconozco su olor.

—Igual que un maldito sabueso —se maravilló Leo.

Miré a miss Peregrine, sorprendido. ¿Cómo lo había adivinado?

Ella se limitó a sonreír.

Seguí el rastro —uno auténtico, ahora— a toda pastilla. Las gotas negras estaban más próximas entre sí en las zonas donde el hueco se había parado, más separadas allí donde había avanzado a mayor velocidad. No siempre tenía que ver las señales con los ojos para saber dónde estaban; de vez en cuando las olía. Descubrí que podía olfatearlas incluso a tres, a cinco metros de distancia.

La estela proseguía por los árboles en dirección a la mina. Sin embargo, al llegar a la entrada se desvió hacia un lado. Fue allí donde encontré un charco de limo negro de casi medio metro de diámetro. El hueco había pasado largo rato en ese lugar, esperando.

Me estaba inclinando para observar el rastro de cerca cuando oí que LaMothe llamaba a sus hombres, que se agacharon para examinar algo del suelo. A continuación, se levantaron y LaMothe tendió la mano abierta hacia miss Peregrine. Algo pequeño y blanco se retorcía en su palma.

—¿Qué es? —quiso saber ella.

—Uno de los gusanos de Ellery —respondió LaMothe—. A veces, cuando está nerviosa, escapan por el parche que lleva en el ojo.

—Entonces ya sabemos que ha estado aquí. Al igual que el hueco.

—¡Bueno, pues eso lo demuestra! —concluyó Parkins—. Han sido los wights y su hueco. La han sacado del bucle.

—De ser así, alguien los habría visto —objetó Leo—. Tenemos guardias apostados.

—No si salieron por aquí —dijo LaMothe, y se acercó a un gran peñasco que sobresalía de la falda de la montaña—. Que alguien me ayude a empujar.

Al final hicieron falta siete personas, pero conseguimos desplazar el peñasco hacia un lado. Detrás había un túnel que se perdía en la oscuridad.

—No fastidies —se sorprendió Parkins—. ¿Es una entrada secreta a la mina?

—Y una salida del bucle —añadió Leo.

—A un hueco no le costaría nada mover esta roca —señalé.

—Bueno, pues ya está aclarado el misterio, ¿no? —gruñó Parkins—. Venga, LaMothe. Será mejor que tu gente me devuelva a mi chica, y de prisita.

El otro soltó una carcajada.

—Ah, no, esto no ha terminado. No terminará hasta que encontremos a Ellery.

Parkins prácticamente temblaba de rabia.

—Escúchame bien, LaMothe. ¿Acaso Burnham ha suspendido las conversaciones porque los wights le arrebataron a una fiera?

—Esto es distinto. Ha sido un acto de guerra perpetrado contra mí cuando estábamos en plenas conversaciones de paz.

—Míster LaMothe, sea razonable —le suplicó miss Wren.

Ahora el hombre la tomó con ella.

—Vale, pues respóndame a esto. Ustedes afirman que los autores del secuestro fueron los mismos wights que se fugaron de su prisión. Así pues, o bien son ustedes incapaces de mantener su casa en orden, o bien debo suponer que los soltaron adrede.

—¡Eso es absurdo! —se indignó miss Wren.

—Tiene toda la razón —intervino Leo—. Ustedes los pájaros se comprometieron a quitar de en medio a los wights y a sus monstruos hace meses. Y ahora vienen a decir que están armando jaleo otra vez. ¿Cómo vamos a confiar en unas personas tan incompetentes?

LaMothe volvió sus agresivos mapaches contra mí.

—¿Y dicen que eres un rastreador de primera? —me preguntó—. Bueno, pues será mejor que lo demuestres.

LaMothe avanzó unos pasos para plantarme un papel en la mano. Era la fotografía de una chica que llevaba un parche en el ojo, ataviada con un enorme vestido negro de falda abullonada.

—No. —Miss Peregrine me arrebató la foto—. Jacob no se va a implicar en esto.

—Ha sido usted la que lo ha empujado al centro del problema —replicó LaMothe. Los ojos le ardían como ascuas—. Arregle el estropicio, Peregrine. Traiga de vuelta a la chica. O ya se puede ir olvidando de cualquier acuerdo de paz.

 Lo siento muchísimo, Jacob. No sabe cuánto lamento haberle colocado

en esta situación.

Avanzaba por los túneles, rastreando los residuos del hueco, acompañado de miss Peregrine, Emma y Enoch. No me costaba nada seguir la pista aquí abajo, pero ¿qué pasaría cuando abandonáramos el bucle?

—¿Y si no lo consigo? —me preocupé—. Es la primera vez que intento seguir el rastro de un hueco. No soy como Addison, que huele a peculiares a kilómetros de distancia...

—Lo que usted hace es aún más complicado: percibe su presencia.

Los residuos conducían al portal del bucle que usaban los americanos — otro ascensor— y que nos llevó al presente a través de una transición infinitamente más suave. Accedimos a un vestíbulo atestado de turistas.

—¡Espero que se hayan divertido!

Un guía muy sonriente me pegó un adhesivo a la camiseta que decía: «Yo estuve en una antigua mina de oro y solo me traje esta triste pegatina».

En la alfombra, junto a la salida, avisté una mancha negra y húmeda. El hueco había tomado este camino para acceder al presente.

El rastro del espíritu hueco continuaba por el exterior, a lo largo de la acera, doblando una esquina. Y cada vez me costaba menos seguirlo. Tanto es así que al cabo de un rato ni siquiera tenía que mirar: mi nariz o, mejor dicho, una sensación interna me marcaba el rumbo. Me sentía como el clásico personaje de dibujos animados que sigue la aromática estela de un pastel puesto a enfriar en un alféizar.

Mientras cruzábamos el concurrido centro del pueblo, empecé a preocuparme por si las anticuadas prendas de mis compañeros estaban llamando la atención. Entonces me fijé en la escena que discurría a mi alrededor. Personas ataviadas con disfraces del viejo Oeste pululaban por doquier, algunas vestidas de vaquero de la cabeza a los pies, otras como damas de la época. Muchos de los antiguos edificios seguían en pie. Lo que en su día fuera un pueblo fronterizo sin ley se había convertido en una especie de parque temático del salvaje Oeste, donde podías hacerte una foto

disfrazado, comprar polainas, sombreros vaqueros y cráneos de búfalo falsos en las tiendas de recuerdos, o presenciar tiroteos famosos representados con atuendos típicos. En la plaza del pueblo se estaba celebrando uno ahora mismo y una multitud de turistas quemados por el sol, acompañados de niños aburridos, animaban a los duelistas. El barullo recordaba muchísimo al desafío real que estaba teniendo lugar allí cerca, en un mundo paralelo, y comprendí que el poblado ofrecía la tapadera ideal para el portal de un bucle. Personas yendo y viniendo ataviadas con atuendos extraños no destacaban allí.

—¿A los normales les parece divertido? —se extrañó Enoch—. ¿Presenciar tiroteos falsos?

—Abre bien los ojos —le susurró Emma, que no dejaba de observar las caras de la multitud—. Murnau y los otros wights podrían andar todavía por aquí. Será mejor que los encontremos antes de que ellos nos encuentren a nosotros.

El comentario me devolvió a la realidad de golpe y porrazo. Estábamos persiguiendo a los wights, pero, si se percataban de nuestra presencia, ellos intentarían darnos caza también. La idea me recordó una pregunta que me rondaba la cabeza un rato antes y no había podido formular delante de los americanos.

—Miss P, ¿cómo supo dónde comenzaba el rastro del hueco?

Emma se volvió a mirarme a toda prisa.

—¿De qué hablas?

—No había restos en la tienda —confesé—. Me lo inventé. El verdadero rastro empezaba a trescientos metros de allí y, de algún modo, miss P me condujo directamente hacia él.

La miré, esperando su respuesta. Ella esbozó una sonrisa misteriosa.

—Cuando examinamos la escena, me di cuenta de que los wights no llegaron a entrar en el bucle de Marrowbone. En vez de eso, enviaron a su hueco junto con otra persona. Alguien que pudiera pasar más desapercibido. Fue esa persona la que se coló en la tienda de la chica y la secuestró, antes de arrastrarla al lugar donde el espíritu hueco la estaba esperando. Allí descubriste los primeros residuos.

—Y ¿cómo dedujo la existencia de esa persona?

—Intuición de ymbryne —fue su respuesta.

Enoch gimió.

—Venga ya.

—Muy bien, pues. Me fijé en las huellas de unas botas, leves pero llamativas, que entraban y salían por la zona del desgarrón en la tienda. Las pisadas pertenecían a un calzado de alta tracción, no eran las suelas lisas de las botas camperas que llevan los californios ni las de montaña que prefieren los norteños. Y continuaban por el lindero del bosque.

—Es usted una caja de sorpresas, miss —dijo Emma.

—Entonces, ¿quién es esa otra persona? —quiso saber Enoch.

—A juzgar por el tamaño del zapato y, bueno, mi intuición de ymbryne, sospecho que se trata de una chica más o menos de la edad física de Ellery y de su misma constitución. Así que continúe rastreando al hueco. Los wights no van a ninguna parte sin sus engendros y dudo que sospechen que estamos recurriendo a ellos para encontrarlos. Les lleva usted ventaja..., por ahora, cuando menos.

—Es una ventaja siempre y cuando viajen a pie —alegué—. Como se suban a un coche.

Yo temía que el rastro se esfumara en cualquier momento, que se perdiera en la plaza vacía de un aparcamiento.

—Apretujados en un coche con un hueco —comentó Enoch—. Qué imagen tan desagradable.

—Desagradable o no, no podría rastrearlos. No habría gotitas de pringue por ninguna parte y el tufo sería demasiado tenue —suspiré—. Mi capacidad de rastreo no está tan desarrollada.

Miss Peregrine me miró enarcando una ceja.

—Pues yo pienso que tal vez se sorprenda, míster Portman. Mire adónde nos ha traído.

Levanté la vista. El rastro conducía directamente a una estación de autocares.

—¿Va en serio? —se sorprendió Emma—. ¿Han subido a un hueco a un autocar?

—No es posible —dije.

Entramos. La zona de espera era gris y deprimente, y dudo que la hubieran limpiado desde los años setenta. Había vagabundos por doquier e incluso los viajeros que aguardaban por allí tenían un aspecto demacrado y malhumorado. Seguí un leve rastro de residuos hasta la zona de embarque, donde desaparecía por completo.

Increíble. Habían tomado un autocar.

Eché a correr para reunirme con mis amigos mientras Emma acudía a mi encuentro con unos ojos como platos.

—¡Han reconocido a uno! —gritó, agitando las fotografías de los wights. Me agarró del brazo para arrastrarme a la taquilla.

—Sí, los he visto —dijo el vendedor de billetes en tono aburrido—. Hará un par de horas. Han subido al autobús de las cinco con destino a Cleveland.

Devolvió la atención al partido de baloncesto que estaba viendo en su teléfono.

Miss Peregrine golpeó la ventanilla con los nudillos.

—¿Cuántas paradas hacen los autocares de aquí a Cleveland?

El hombre suspiró. Extrajo un folleto de un cajón y lo plantó en el mostrador.

—Aquí tiene el itinerario.

La ymbryne lo consultó.

—Cinco paradas —calculó—. En un viaje de unos mil seiscientos kilómetros. —Llamó a la ventanilla otra vez—. ¿A qué hora sale el próximo autobús a Cleveland?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos —respondió él sin levantar la vista.

La ymbryne se volvió a mirarme con una sonrisa de suficiencia.

—¿Lo ve, míster Portman? Justo cuando estaba a punto de perder la esperanza.

—Pararemos en las mismas zonas de descanso que ellos —dijo Emma— y puedes buscar pringue de hueco.

Se frotó las manos emocionada, igual que hacía cada vez que urdíamos un buen plan o empezábamos a atisbar la solución a un problema irresoluble. Era una de las cosas que adoraba de ella y siempre sería así.

Enoch lanzó otro gemido.

—Y yo que tenía la esperanza de pasar la noche en mi cama.

—Puedes hacerlo —objeté—. Nadie te obliga a venir.

—Pues claro que viene —aclaró Emma—. Lo que pasa es que no puede resistirse a soltar una queja cada vez que tiene ocasión.

\* \* \*

Encontramos unos asientos vacíos en la zona de espera y nos sentamos en un banco con un pequeño televisor a monedas, averiado, atornillado al reposabrazos. Tenía la sensación de que la cabeza me pesaba un quintal, de tantas cosas que llevaba dentro. Vibraba de puro estrés y pese a todo habría podido quedarme dormido en el banco de metal si me hubiera tumbado.

Nuestro mundo se desmoronaba por momentos, pero Emma y Enoch todavía se reían de algo relacionado con la vestimenta de los normales del pueblo y miss Peregrine mostraba una expresión totalmente plácida cuando miró alrededor, pensando en vete a saber qué. Puede que estuvieran tan acostumbrados a vivir bajo la inminente amenaza de múltiples catástrofes que ya no les afectase. Yo, en cambio, me subía por las paredes.

—¿Por qué estáis tan seguros de que podré hacerlo? —les pregunté, haciendo un esfuerzo por esconder mi sensación de impotencia.

—Porque puedes, Jacob. —Emma se encogió de hombros.

—Yo nunca lo he tenido claro —dijo Enoch—, pero me pareció más interesante acompañarte que pasar el día marcando páginas de altas con Millard.

Me volví a mirar a miss Peregrine, nuestro pilar de cordura y sabiduría.

—¿Y si pierdo el rastro y no puedo encontrarlos? ¿Qué pasará si no consigo devolverle a la chica?

Dígame que todo irá bien. Dígame que el mundo no se terminará si fracaso.

—¿Qué pasará? —suspiró la ymbryne—. Los americanos perderán la fe en nosotros, cancelarán las conversaciones y reanudarán sus enfrentamientos. O puede que se declaren la guerra de todos modos, hagamos lo que hagamos.

Lo soltó con tanta naturalidad que me quedé pasmado.

—Miss P, perdóneme por decirle esto, pero no parece que le preocupe demasiado —observó Emma.

—Pues claro que me preocupa —respondió ella— y las ymbrynes haremos cuanto esté en nuestra mano por mantener las negociaciones en marcha, pase lo que pase. Sin embargo, no todo depende de nosotras. Los americanos tienen que estar por la labor de mantener la concordia. No podemos obligarlos. Y, aun si lográramos un acuerdo de paz perfectamente armado, siempre existe la posibilidad de que se rompa algún día.

—Y entonces ¿por qué nos han encargado esta misión? —se extrañó Enoch—. Si es posible que no cambie nada, ¿por qué molestarse en rescatar a la chica?

Su expresión plácida se esfumó cuando entornó los ojos.

—Porque no es la chica lo que me preocupa —respondió—. Son los wights.

Ahora Emma la miró boquiabierta. Miss Peregrine no solía expresarse con tanta crudeza. Por lo visto, había decidido tratarnos como adultos.

—Este secuestro no ha sido un acto aleatorio. No comparto la teoría de miss Wren. Pienso que la sustracción pretende algo más que suscitar caos y sabotear la paz.

—Y entonces ¿qué pretende? —quise saber.

—Sigan a los wights —respondió—. Obsérvenlos. Y puede que lo averigüemos.

—¿Y la chica? —dijo Enoch.

—Rescátenla si pueden —sugirió miss Peregrine—. Ahora bien, no quiero que corran riesgos innecesarios. Podría sobrellevar unos cuantos fracasos personales, pero no podría soportar la pérdida de alguno de ustedes.

—¿Y usted qué hará mientras nosotros emprendemos esta peligrosa misión? —siguió preguntando Enoch.

—Estaré vigilando.

Emma la miró con sorpresa.

—¿No nos acompaña?

—No exactamente —reconoció miss Peregrine—. Aunque no andaré muy lejos. Ah, y quiero que lleven a Hugh con ustedes.

Enoch la miró enarcando una ceja.

—Qué sorpresa.

—¿Podrá llegar en menos de media hora? —pregunté, echando un vistazo al reloj de pared.

—Llegará en cualquier momento —contestó miss Peregrine—. He enviado a buscarlo hace un rato.

En ese preciso instante entró Hugh en el edificio, acompañado de Ulysses Critchley, y nos saludó sonriente desde el vestíbulo de las taquillas.

—¿Por qué Hugh? —preguntó Enoch por lo bajo—. Si pensaba que necesitábamos refuerzos, ¿por qué no traer, no sé, a Bronwyn?

—Porque Hugh es competente y altruista —replicó miss Peregrine—. Y, con franqueza, necesita un poco de emoción que lo ayude a pensar en algo además de Fiona.

En eso le daba la razón. El pobrecillo dedicaba hasta el último segundo libre del día a torturarse por su amiga.

\* \* \*

Tanto el nombre como el logo de la empresa de autocares estaban copiados de un famoso personaje de la literatura infantil (puede volar, es amigo de las

hadas y vive en una isla donde nadie envejece) y su figura sonriente con el alegre sombrerito emplumado que decoraba el autocar ofrecía un cómico contrapunto a la estación desolada.

Me disponía a subir al autocar detrás de mis amigos cuando miss Peregrine me retuvo para hablar conmigo a solas.

—Ha soñado con él, ¿verdad? Con mi hermano.

Durante un momento me olvidé de respirar.

—Sí.

—Pero no parecen meros sueños —prosiguió—. Es como si lo tuviera dentro de la cabeza.

Yo asentía como un robot.

—Sí. Sí.

—Yo también los he tenido.

—¿De verdad?

—Es posible que esté intentando contactar con nosotros a través de los sueños. Para atormentarnos. A las dos personas que más detesta del mundo, a las que culpa de su caída. Pero créame, Jacob, no puede hacer nada más que molestarnos con visiones.

—¿Seguro? —pregunté—. ¿Y si pretenden traerlo de vuelta?

Negó rotundamente con la cabeza.

—Es imposible. Está atrapado en un abismo muy profundo y nunca podrá salir. Se lo prometo.

—Eso no les impide intentarlo —objeté—. ¿Piensa que es eso lo que se proponen los wights? ¿Rescatar a Caul?

—Por favor, baje la voz —me pidió, mirando alrededor—. Y no permita que se le dispare la imaginación. Recuerde: Bob, el augur, predijo muchas cosas que nunca se cumplieron. Así que concentrémonos en la tarea que tenemos entre manos y no nos pongamos en lo peor. Y no les diga nada a los demás, se lo ruego.

Asentí.

—Vale.

—Ah, y la próxima vez que se le aparezca en sueños, dígamelo.

El autocar arrancó. Mis amigos me llamaban por gestos desde las ventanillas.

Me apresuré a subir a bordo.

\* \* \*

—Os he traído unos regalitos —dijo Hugh. Hundió la mano en la mochila que tenía en el regazo. Apenas llevábamos unos minutos de viaje y Enoch ya se había dormido, pero el anuncio de nuestro amigo lo despertó. Emma y yo nos echamos hacia delante para mirar al otro lado del pasillo—. Cuando los demás supieron que me iba a reunir con vosotros, me pidieron que os diera estas cosas. Claire nos ha preparado bocadillos de estofado. —Extrajo varios de la mochila, envueltos en papel marrón, y los repartió—. Ropa interior y calcetines limpios, cortesía de Bronwyn. Ah, y esto es genial: dos jerséis de lana de oveja peculiar, de parte de Horace.

—¡Bien! —exclamó Enoch—. Me preguntaba qué habría sido de ellos.

—Estaban algo apolillados, pero Horace los ha zurcido en sus ratos libres.

—¿Pueden parar las balas y no a las polillas? —se sorprendió Emma.

—Las polillas del Acre mordisquean el metal —explicó Hugh.

—Y la carne, por lo que he oído —añadió Enoch—. Qué especie tan fantástica.

Hugh mostró un libro con un montón de esquinas dobladas.

—Olive os envía su ejemplar de Planeta Peculiar: Estados Unidos. —Lo agitó y cayó un mapa de entre las páginas—. Y Millard ha añadido un mapa reciente de los bucles estadounidenses.

—Y esto es para ti —dijo, a la vez que me tendía una cajita.

—¿De quién?

Me hizo un guiño.

—Adivina.

Había una nota en la tapa escrita con una caligrafía pulcra e inclinada. Decía:

El ocaso que te has perdido.

La abrí. Un rayo de luz ambarina salió flotando de la caja y destelló en el aire como purpurina capturada por el sol. El brillo me rodeó y durante un momento no pude ver nada más, hasta que se desvaneció. Cuando terminó, noté un agradable cosquilleo en la cara.

—Hala —exclamó Hugh—. Ha sido precioso.

—La verdad es que sí —concedió Enoch.

—Alguien podría haberlo visto —gruñó Emma. Por suerte, los diez o doce pasajeros que viajaban en el autocar tenían los ojos clavados en el móvil o miraban por la ventanilla y nadie se había fijado.

—No te pongas celosa —la chinchó Enoch—. No te pega.

—¿Qué? No., no estoy. —balbuceó, frunciendo el ceño—. Ay, cállate.

Se levantó para cambiarse de asiento.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Enoch—. Le cuesta mucho dejar el pasado atrás. Se pasó medio siglo lloriqueando por Abe.

—Déjame ver el mapa ese de los bucles —le pedí a Hugh, ansioso por cambiar de tema.

Me trasladé al asiento de mis dos amigos y, apretujados, abrimos el mapa sobre nuestros regazos. Muy pronto estábamos absortos en ese despliegue de singularidad.

Había visto mapas de bucles escritos con letras de oro y en atlas con encuadernación de piel que pesaban un quintal. Los había visto garabateados en mantelillos de restaurantes, trazados sobre otros mapas, con las rutas dibujadas usando chinchetas y lana. Pero nunca había visto uno como ese. Era un mapa de verdad, y moderno, igual a cualquiera que comprarías en una gasolinera durante un viaje por carretera. Lo más extraño de todo es que había publicidad en los bordes. Anuncios de bucles que parecían destinados a camioneros: gasolineras, restaurantes y fondas con incentivos para peculiares.

Comida caliente a cualquier hora, rezaba uno. Alojamiento tipo hotel.

Otro presumía: ¡Un día sin catástrofes! Clima perfecto, normales pacíficos. ¡Ven a conocernos!

Y otro: Pacificadores armados garantizan una estancia tranquila.

Un anuncio llegaba al extremo de incluir un cupón: ¡Vale por un 10 % de descuento!

—¿Qué país de locos es este? —preguntó Hugh.

—Uno sin ymbrynes —respondió Enoch.

El mundo peculiar podía ser muchas cosas, pero nunca me había parecido particularmente capitalista. La sociedad peculiar de los Estados Unidos no tenía nada que ver con la que yo había conocido en Europa. Me lo habían demostrado de cien maneras distintas desde que conocí a H unos meses atrás, pero cada nueva evidencia me pillaba por sorpresa.

—Un bucle tipo hotel —dijo Enoch en tono adormilado—. Qué maravilla.

—No te hagas demasiadas ilusiones —le advertí—. Dudo mucho que esos wights estén pensando en comodidades ahora mismo.

—Bueno, en alguna parte tendrán que parar a descansar —arguyó él—. La chica secuestrada es bucle dependiente. Envejecerá si no lo hacen.

—Estás dando por supuesto que la necesitan con vida —objetó Hugh.

—Se tomaron muchas molestias para capturarla —razonó Enoch—. Dudo que su intención fuera dejar que languideciera hasta convertirse en un montón

de huesos polvorientos.

Seguíamos avanzando. El sol empezaba a ponerse. Los chicos se divirtieron un rato a costa de los otros pasajeros con una de las abejas de Hugh. Notaba que Enoch hacía lo posible por animar a su amigo y me cayó un poquitín mejor por eso. Tenía buen corazón a pesar de sus esfuerzos por portarse como un idiota todo el tiempo.

Volví a mi asiento y eché una cabezada usando como almohada uno de los jerséis de Horace doblado entre mi cabeza y la ventanilla. Dormí mal, atosigado por sueños inquietantes que no pude recordar.

\* \* \*

Desperté de sopetón. Había alguien sentado a mi lado.

Era Emma.

Tenía las manos entrelazadas en el regazo, la expresión tensa. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Enoch y Hugh no estuvieran escuchando. Cuando comprobó que dormían, empezó a hablar.

—Tenemos una conversación pendiente. Sobre lo que pasó entre nosotros.

Eso me despabiló al instante.

—Ah —dije, y me froté la cara—. Vale. Yo pensaba que medio habíamos.

Acordado no hablar de ello.

—He intentado no pensar en el tema —continuó—. He procurado no hacer caso, fingir que no está ahí. Simular que solo fuimos amigos. Pero no funciona.

—Eso es evidente —asentí.

Cada vez que alguien menciona a Noor, te pones de mal humor.

—Necesito disculparme una vez más. Pedirte perdón por lo que hice. No debería haberlo llamado.

Una marea de emociones complicadas se apoderó de mi pecho. Dicho así, parecía tan insignificante. Decidí romper con ella por una llamada. En parte todavía me preguntaba si habría exagerado. Si le había partido el corazón por algo sin importancia.

—¿Lo hacías a menudo? —le pregunté—. ¿Llamar a Abe?

—No. Únicamente lo hice aquella vez, en la carretera. Y solo para despedirme de él.

No sabía si creerla. Ni si me importaba. De súbito, los sentimientos que me asaltaron aquel día me arrollaron de nuevo: la triste certeza de que nunca me había querido, de que jamás lo haría. Que solo me había engañado a mí mismo porque me encantaba la idea de que alguien como Emma pudiera amarme.

—En cierto sentido, me alegro de que lo hicieras —confesé—. Me obligó a afrontar algo que no quería reconocer.

—¿El qué? —preguntó con timidez.

—Tú misma lo dijiste hace unos días. No soy Abe y nunca lo seré.

—Ay, Jacob. Siento haber dicho eso. Estaba enfadada.

—Ya lo sé. Y por eso te permitiste ser sincera. Porque la verdad es que todavía lo amas.

Guardó silencio. Ahí tenía mi respuesta.

Estaba todo dicho.

Emma se había fijado en mí porque le recordaba mucho a él. Y yo no le había roto el corazón porque en realidad nunca fue mío.

—No quiero que me odies —dijo.

Agachó la cabeza. En ese momento, con esa luz, parecía muy joven. Me dio pena verla tan triste.

—No podría odiarte.

Me apoyó la cabeza en el hombro y la dejó ahí.

En el exterior estaba oscureciendo. Observé como un último rastro de sol, de un rojo encendido, se escondía tras las montañas del fondo. La tierra que nos rodeaba se fundió en el azul triste del anochecer.

—Y ¿qué te dijo Abe? —pregunté—. ¿De qué hablasteis cuando lo llamaste?

—No dijo nada, en realidad —suspiró—. Se enfadó. Dijo que no debería haber llamado.

—No pudiste evitarlo.

Con voz tan queda que apenas alcanzaba a oírla, confesó:

—Me dijo que le había interrumpido la cena. Y me colgó. —Cuando alzó la vista, había lágrimas en sus ojos—. Me sentí una idiota. Y luego tuve que volver al coche, donde tú me estabas esperando, fingiendo que no había pasado nada.

Un dolor agudo me traspasó el pecho y un pensamiento inesperado cruzó mi mente: ¿Tan imbécil era mi abuelo?

Le rodeé los hombros con el brazo diciendo:

—Lo siento mucho, Em.

—No lo sientas —me respondió—. Necesitaba oírlo. Pasar página, por

fin.

Por fin. Aunque demasiado tarde para nosotros dos.

—Ya sé que las cosas no volverán a ser como antes —afirmó—. Pero también éramos amigos y eso era real, e importante.

—Y lo sigue siendo —le aseguré. Se desmoronó. Ahora le temblaban los hombros.

Yo hablaba muy en serio.

Todavía pensaba que todas las cosas maravillosas que ella me inspiraba eran reales. Solo que ya no se traducían en amor, no la clase de amor que sentía antes.

—Gracias —dijo. Todavía estaba llorando—. Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Así —respondí, al tiempo que la envolvía en un abrazo completo—. Y ahora deberíamos dormir un poco.

\* \* \*

Noté un roce en el brazo. Emma susurró:

—Hemos parado.

Parpadeé. Había anochecido por completo y estábamos en una estación de Iowa.

—Tú primero —me dijo Enoch mientras me empujaba con suavidad en dirección a la puerta.

Bajé a buscar residuos de huecos por los alrededores. Nada. No habían parado allí.

Volvimos al aparcamiento, que contaba con un pequeño restaurante de los que abren toda la noche. Enoch y Hugh compraron perritos calientes un tanto resecos. Emma pidió un burrito de alubias con queso. El tiempo pasaba ahora para ellos, día a día. Eran adolescentes en cuerpos que estaban creciendo por primera vez en casi un siglo, de modo que siempre tenían hambre. Pero mi estómago estaba cerrado y la mera idea de comer algo me provocaba náuseas. Qué raro, pensé, que en ocasiones viera a mis amigos tan mayores, mientras que otras veces yo me sentía más adulto que ellos.

Regresamos al autobús para proseguir el viaje.

Llevaba unas horas entrando y saliendo de un sueño inquieto cuando, en algún momento antes del alba, Emma me despertó.

Estábamos parados en mitad de la autopista, atrapados en un largo atasco. Allí delante, a lo lejos, parpadeaban las luces de varios vehículos de emergencia.

Me invadió un mal presentimiento.

La vía de tres carriles quedó reducida a uno. Despacio, la escena se fue desplegando ante nosotros: se había producido un accidente, grave. Había coches de policía, ambulancias, un camión de bombero, balizas. Guardias dirigiendo el tráfico. Un despliegue de actividad funesta. Confusas marcas de neumáticos atraparon mi mirada. Se prolongaban junto al desfile de luces de emergencia hasta la parte trasera de un autocar destrozado.

—Dios mío —susurró Emma, con el rostro bañado en un fulgor intermitente, rojo y anaranjado.

—¿Será el mismo autocar? —preguntó Hugh—. ¿El que han cogido ellos?

—Será mejor que lo averigüemos —propuse.

Enoch guardó silencio, pero estaba asintiendo.

El tráfico se había detenido de nuevo. Bajé de nuestro autocar seguido de mis amigos, a pesar de las protestas que farfulló el conductor.

—La policía no nos dejará husmear por la escena de un crimen, ni por asomo —dije.

—Te sorprendería descubrir las cosas que te dejan hacer si te comportas con naturalidad —rebatió Emma.

Si bien todavía quedaban unos cuantos sanitarios en la zona del siniestro, el accidente se había producido unas horas atrás, por lo que parecía, y hacía rato que se habían llevado a los heridos.

El autocar yacía de lado como un gigante caído. Su chasis retorcido aparecía y desaparecía entre el derroche de luces. Todo indicaba que había abandonado la carretera antes de volcar abriendo un gran boquete en la tierra de camino al linde de algún bosque. No había ningún otro vehículo espachurrado a la vista. El autocar había perdido el control y se había estrellado por sí solo.

No tardé demasiado en dar con los rastros del hueco. Vi porquería escampada alrededor del autocar. La estela conducía hacia los árboles. Allí no había policía ni técnicos de emergencias. Nada salvo árboles oscuros.

Seguí las marcas, acompañado de mis amigos. Cuando nos habíamos internado cosa de diez metros en el bosque, Emma prendió una llama en la palma de su mano para iluminar el camino.

Pasamos junto a un montón de basura. Una maraña de maleza espinosa. Y entonces la encontramos, tendida sobre un montón de hojas.

Una chica. Ellery.

Agonizaba. Sangraba por una herida de la cabeza y tenía la pierna torcida en un ángulo extraño debajo del cuerpo.

Corrimos hacia ella.

—¡Necesitamos ayuda! —gritó Emma, y Hugh salió corriendo hacia los equipos de emergencia.

Era una chica delgada y pálida, con un solo ojo. El parche que solía tapar el segundo había desaparecido. En su lugar había un boquete negro y arrugado.

Mientras esperábamos a que llegara la asistencia, intentamos averiguar qué había sucedido. Pero Ellery estaba desorientaba y perdía la conciencia por momentos.

—Me pedían que llorase —decía—. Los hombres de los ojos blancos. Querían obligarme a llorar.

Mientras hablaba, un minúsculo gusano blanco salió reptando de su cuenca ocular. Resbaló por su cara hasta caer al suelo, donde encontré un centenar de gusanitos idénticos, retorciéndose entre las hojas.

Me entraron ganas de vomitar. Emma y Enoch ni se inmutaron.

—Se la han llevado —dijo, ahora llorando—. Me la han arrebatado.

—¿A quién? —preguntó Emma.

—A Maderwurm —susurró con voz trémula—. Se morirá. No puede vivir fuera.

Emma, Enoch y yo levantamos la vista. Intercambiamos una mirada aterrada.

—¿Dónde están ahora esos hombres? —la azucé.

—Se han ido —respondió—. ¿Los mataréis?

—Ya lo creo que sí —le aseguró Enoch.

—Pero no matéis a la chica. No quiere hacer lo que hace. La obligan.

—¿Qué chica? —pregunté.

—Ha sido ella. Ella ha parado el autocar.

—¿Cómo?

—Con sus cuerdas. Y me ha regalado unas flores preciosas.

Empezó a sufrir convulsiones en el instante en que llegaron los sanitarios. Lo iluminaron todo con sus luces de emergencia antes de pedirnos que nos marcháramos para poder atenderla.

Ellery se retorcía, gemía y algo más le estaba sucediendo, pero los técnicos nos la tapaban y no alcanzábamos a verla. Uno lanzó una maldición y todo el grupo reculó. Alguien dijo:

—¿Qué diantre pasa aquí?

Y entonces, de súbito, volví a verla.

Ellery sufría una convulsión violenta. Mientras tanto, a su alrededor, brotaban finas hebras de seda que parecían envolverla como un capullo.

—Ay, madre —exclamó Enoch—. ¡Está envejeciendo!

Era pelo, que surgía de su cuero cabelludo a gran velocidad. Cambiaba de castaño a plateado y luego a un blanco marfil, todo ello a ojos vistas.

Un viento repentino dobló las ramas de los árboles, desprendiendo hojas a nuestro alrededor. Cuando nos volvimos a mirar, vimos un helicóptero que aterrizaba al borde del bosque. Nos agachamos, sin saber qué hacer. Varias personas saltaron del interior y corrieron hacia nosotros.

Eran los americanos. LaMothe y su guardaespaldas, que ahora se apresuraban por los bosques gritando el nombre de Ellery. Miss Peregrine, miss Wren y miss Cuco corrieron tras ellos sin volverse siquiera a mirarnos cuando pasaron por nuestro lado. Quitaron a los sanitarios de en medio —que estaban horrorizados, a punto de salir huyendo— y, según los americanos se inclinaban sobre Ellery, las ymbrynes vertieron el contenido de una ampolla de cristal en la boca inerte de la chica.

Estaba claro que intentaban salvarla, pero ella seguía envejeciendo. La recogieron y, mientras se la llevaban, alcancé a atisbarla. En menos de treinta segundos su piel se había tornado casi translúcida y su único ojo había adquirido un tono lechoso.

Las ymbrynes no podían hacer nada más por ella. Los americanos se alejaron cargados con la chica y miss Peregrine se acercó a nosotros, que nos habíamos agrupado junto a un árbol.

—¡Miss! —gritó Emma, y la abrazó—. ¿De dónde ha salido?

—Ya les he dicho que no andaría lejos —fue su respuesta. El viento que levantaban las aspas del helicóptero le azotaba el cabello—. Menos mal que.

—¿Se morirá? —gritó Enoch.

—Le hemos administrado un suero de emergencia para revertir lo peor del envejecimiento, pero es posible que no salga adelante. ¿Dónde está Hugh?

—Ha ido a buscar ayuda —dijo Emma—. Todavía no ha vuelto.

Una expresión de preocupación asomó a la cara de la ymbryne.

Corrimos a buscar a Hugh y lo avistamos junto al autocar accidentado, que estaba volcado de lado y hecho un amasijo, rodeado de luces de emergencia y cinta de seguridad. Los policías que hacían guardia en la zona

del accidente se habían marchado a investigar la presencia del helicóptero, así que, de momento, nadie nos impedía correr directamente al chasis retorcido.

Al acercarnos descubrimos que las ruedas estaban pinchadas. Los ejes, rotos. Plantado junto a las ruedas, Hugh estiraba lo que parecía una soga. Las cuerdas se habían enredado con los ejes y habían obstruido los huecos.

—Ellery ha dicho algo de unas cuerdas —recordó Emma mientras nos apresurábamos hacia Hugh—. Dice que había otra chica y que ha usado cuerdas para detener el autocar.

—Usted tenía razón —le dije a miss Peregrine—. Había otra persona. Una niña.

Sin embargo, al acercarnos, descubrimos que Hugh no tenía en la mano una cuerda, sino el tallo de una planta trepadora.

Los tallos se enredaban con los ejes y rodeaban las ruedas.

—¿Qué narices...? —exclamó Emma, levantando una enredadera. Era verde, cubierta de espinas y salpicada de delicadas flores de un tono rosa intenso.

—Ellery ha dicho algo de unas flores —señalé—. Que la chica le había dado flores.

Enoch levantó una de flor del suelo.

—Las conozco. Crecían alrededor de nuestra casa en Cairnholm.

Hugh todavía no había articulado palabra. Le arrebató el brote a Enoch para sostenerlo a la luz chillona y cambiante de una baliza.

—¿Miss? —preguntó. Una expresión como de trance se extendió por sus rasgos infantiles—. Es una rosa silvestre.

Miss Peregrine se volvió hacia él. Lo miró a los ojos y asintió con gravedad.

—Sí, Hugh.

—No entiendo nada —intervine. Pero los demás, por lo visto, sí lo entendían.

—Era la flor de Fiona —me explicó Emma en tono quedo—. Surgían a su alrededor, aunque no quisiera. A veces brotaban tras ella cuando caminaba.

De repente me faltaba el aire. Todo me daba vueltas.

—¿Estás diciendo que??

Enoch miró las enredaderas.

—Solo Fee podría haber hecho algo así.

—No es posible —sollozó Hugh. Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Está viva.

Emma lo abrazó y el chico se recostó contra ella. Estaba feliz y destrozado al mismo tiempo.

—La han capturado. La han capturado. No es posible. Fiona.

—La rescataremos, Hugh —prometió miss Peregrine—. No lo dude ni por un segundo.

OCHO

P ronto despegaríamos en el helicóptero de los americanos. Era lo bastante

grande para transportarnos a todos y el medio más rápido para salir de allí. Esperamos mientras el vehículo se preparaba para despegar. Estábamos agotados a más no poder, dando un reposo a nuestros destrozados cuerpos entre los vehículos de emergencia. Miss Wren se las arregló para mantener a raya a la policía, sospecho que improvisando alguna historia absurda o con unos cuantos borrados de memoria bien calculados. LaMothe, el único que seguía de pie, se paseaba con aire nervioso mientras miss Cuco y miss Peregrine atendían a Ellery. Le aplicaban ungüento en la frente y algo que debían de ser gotas medicinales en el único ojo. La cuenca que antes tapaba el parche estaba ahora medio oculta detrás del larguísimo pelo. Un gusano blancuzco asomó la cabeza entre las hebras plateadas. Aparté la vista con un estremecimiento, pero el cambio de escenario no evitó que se me revolvieran las tripas.

Hugh, advertí, estaba al borde de un ataque de nervios. Si bien Emma y Enoch intentaban tranquilizarlo, él seguía demasiado aturdido como para que pudieran razonar con él. Lo que es peor: estaba llorando otra vez. Me levanté para acercarme al chico, pero Emma lo atrajo hacia sí y se acurrucaron juntos mientras ella le susurraba algo en tono apremiante. Cuando avancé otro paso, ella me detuvo con la mirada. Entornando los ojos por encima del hombro, articuló con los labios: Déjame a mí.

Así que les concedí su espacio.

Me quedé un momento a solas, sintiéndome inútil y pese a todo aliviado de que nadie me necesitase. El cansancio de tantas horas cayó sobre mí de repente y me nubló la mente a pesar de mis grandes esfuerzos por permanecer alerta. Recostándome contra un coche patrulla que había por allí, apoyé los codos, que resbalaban hacia abajo con cada segundo que pasaba, mientras observaba el deambular de miss Cuco por las inmediaciones de la carretera. Con aire indiferente efectuaba borrados de memoria a cualquier normal atrapado en el atasco que demostrase excesivo interés en lo que estábamos haciendo. Yo me estaba mareando.

Y entonces, de sopetón, oí una voz.

Qué agradable volver a verte.

Se me erizó el vello de la nuca y erguí el cuerpo, crispado. La voz hablaba en un tono cantarín, burlón, amable pero venenoso. y vagamente familiar. Me volví a mirar y no vi a ningún extraño por allí cerca.

Oí la voz una vez más.

¿Y qué? ¿Estás emocionado?

Parecía surgir de alguna región de mi mente, casi como si me la estuviera imaginando. Me notaba tan cansado que dudé si estaría soñando despierto. Aunque más que un sueño parecía una pesadilla.

Unos ruiditos desagradables —chasquidos de labios, vocales que se alargaban— inundaron mi cabeza. Eran interjecciones de suma satisfacción, como de alguien que se acurruca entre sábanas limpias tras un largo día.

Mmm, sí... —susurró la voz—. Esto está mejor. Podría volver a acostumbrarme...

—¿Quién anda ahí? —pregunté, girando el cuerpo a toda prisa.

—Jacob, ¿te pasa algo? —Emma me miraba con atención.

Parpadeé, sorprendido. Por un momento había olvidado dónde estaba.

—No —dije—. Perdona, no me pasa nada. Es que. me he quedado dormido. —Fruncí el ceño, sobresaltado por mi propia mentira—. Debería caminar un poco. Tomar el aire. Despejarme.

Emma asintió con aire distraído. Enoch y ella estaban demasiado concentrados en sus asuntos —tranquilizar a Hugh— como para prestar atención a mi extraño comportamiento. Así que eché a andar. No me alejé tanto como para correr peligro, pero sí lo suficiente para dejar de oír la voz de mi cabeza y convencerme de mis propias patrañas: aquello no estaba pasando. No había oído nada.

Con pasos largos y decididos caminé sin rumbo, serpenteando entre el laberinto de vehículos de emergencia. El aire nocturno azotaba mi cuerpo, una brisa antes agradable que se tornaba agresiva por momentos. Una ráfaga repentina rodeó mis piernas con tanta violencia que me habría caído de lado si no me hubiera apoyado en las portezuelas traseras de una ambulancia.

La voz habló nuevamente.

Un nuevo mundo se avecina —susurró—, y será hermoso.

—¿Quién eres? —cuchicheé hacia la oscuridad.

Un viejo amigo, nada más.

—¿Y eso qué significa? —pregunté mientras volvía la cabeza a un lado y a otro con el corazón desbocado.

La voz rio con ganas. Era un sonido lúgubre, ronco, áspero. Y, a continuación, escuché unas palabras que conocía bien:

Hasta el último rincón de la Tierra se hundirá, una triste podredumbre a sus anchas campará, hombres y bestias impregnados de su hedor, la vegetación calcinada se empapará de dolor.

Una cerradura traqueteó.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron tan inesperadamente que estuvieron a punto de derribarme. Ahora estaba muerto de miedo y, sin embargo, por alguna razón, me sorprendí a mí mismo asomándome a la oscuridad de la parte trasera. No supe por qué lo hacía. Ni siquiera supe lo que estaba buscando hasta que lo vi, hasta que se tornó evidente lo que iba a encontrar allí dentro.

Un cadáver. Inmóvil bajo una sábana.

El instinto me gritaba que saliera por piernas, que pidiera ayuda, que me subiera a un avión de vuelta a mi aburrida y predecible vida en Florida.

Lo mandé callar. Envié a mi instinto a paseo.

Haciendo de tripas corazón, subí a la ambulancia. Con el pulso desbocado, levanté una esquina de la sábana. Vi la cara de un chico joven, muerto, con media cabeza hundida.

Dios mío.

—Un viejo amigo, nada más —dijo la voz, y ahora surgía del cadáver, de la boca ensangrentada del joven—. Pero pronto volveré.

Dejé caer la sábana. Ahora estaba temblando sin control.

Empezó a sonar una canción en el vehículo, a todo volumen. Era With a little help from my friends, «Con un poco de ayuda de mis amigos».

Los escalofríos subían y bajaban por mi espalda. Tenía la sensación de haber enloquecido. Salí a toda prisa de la ambulancia y me topé con Enoch. Me agarró con fuerza, los ojos como platos.

—¿A dónde vas? —gritó por encima de un estruendo en el que no había reparado hasta ahora. Era el motor del helicóptero—. Vamos —ordenó—. ¡Nos marchamos!

Y me arrastró hacia el vehículo que nos estaba esperando.

\* \* \*

Dos minutos más tarde estábamos en el aire, con los cinturones atados y los auriculares encasquetados para protegernos los oídos del ruido. Ellery viajaba

tumbada sobre los regazos de LaMothe y su guardaespaldas en la parte delantera, los demás íbamos apretujados detrás. Miss Wren y miss Cuco habían tenido que transformarse en pájaro para que cupiéramos todos. Encaramadas junto al piloto, escudriñaban un firmamento en el que ya se perfilaban las primeras luces del alba. Las ymbrynes habían hecho todo lo posible por estabilizar a Ellery, pero su única oportunidad de evitar la muerte residía en llegar a un bucle cuanto antes. De modo que nos encaminábamos al más cercano, en un pueblo llamado Locust Gap.

Yo seguía impresionado por lo que había pasado en tierra hacía un rato. ¿Fue una visión? ¿Una alucinación?

Había oído la voz de Caul.

La voz de Caul citando las partes más apocalípticas de la profecía. Y eso significaba. ¿qué?

Significaba que estaba perdiendo la chaveta, seguramente. O eso o que Caul andaba buscando maneras nuevas y creativas de atormentarme.

Hugh estaba sufriendo una crisis nerviosa. A pesar de los esfuerzos de Emma y Enoch, su estado empeoraba por momentos.

—Hay que encontrar a Fiona ahora mismo —repetía a través del micro, para que todos lo oyeran—. Cuanto más tardemos, más difícil será rescatarla. Tenemos que inspeccionar cada bucle en trescientos., no, quinientos kilómetros a la redonda. Y cuanto antes.

Emma le posó una mano en el brazo.

—Hugh, eso no es posible.

—¡Pues claro que sí! ¡Tenemos un helicóptero!

LaMothe se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Este helicóptero es mío y no irá a ninguna parte que no sea al bucle más cercano, para que podamos salvar la vida de esta chica. —Desplazó el ceño hacia miss Peregrine—. Controle a su pupilo.

—Por favor, Hugh, tiene que tranquilizarse —le pidió la ymbryne—. Hay que calcular los pasos siguientes con cuidado. Todos estamos disgustados. Y preocupados por miss Frauenfeld. Pero este momento crítico es el menos apropiado para dar bandazos a ciegas, sin un plan.

—Fiona también es bucle dependiente —musitó Hugh—. Envejecerá.

—Oh, no —exclamó Emma, palideciendo—. Se me había olvidado.

Igual que a mí. Como Fiona no estaba en la Biblioteca de Almas con nosotros cuando se desplomó, su reloj interno no se había reiniciado, a diferencia de lo que les había sucedido a los demás. Y eso significaba que envejecería de golpe, igual que Ellery.

—Es probable que apresaran a Fiona después de que se desplomara el bucle de miss Wren, hace varios meses —observó miss Peregrine—. La vieron saltar del precipicio. Es de suponer que sobrevivió a la caída y alguien la recogió en los bosques de debajo.

Hugh cerró los ojos mientras lo visualizaba.

—¿Qué han estado haciendo con ella? ¿Por qué la retienen?

—Todavía no lo sabemos —reconoció miss Peregrine—, pero puede estar seguro de que no la han mantenido con vida todo este tiempo solo para dejar que envejezca a toda prisa en mitad de —echó un vistazo por la ventanilla— Iowa.

—Sí —dijo Hugh con expresión compungida—. Supongo que sí.

—En cuanto lleguemos a nuestro primer destino —prometió miss Peregrine— volveremos al Acre del Diablo, reuniremos a toda nuestra gente y servicios de inteligencia y trazaremos un plan como debe ser. Y la rescataremos.

Hugh asintió.

—Si usted lo dice, miss.

\* \* \*

Nos posamos en un prado que se extendía junto a un viejo granero. En los alrededores, los árboles y los arbustos se inclinaban como azotados por un vendaval. Las ymbrynes y los americanos saltaron a tierra sin esperar siquiera a que los rotores redujeran la velocidad. Miss Wren y miss Cuco volaron hacia el granero en su forma de pájaro y, antes de que los demás nos hubiéramos reunido con ellas, ya habían recuperado su aspecto humano y se habían vestido de la cabeza a los pies, todo ello sin despeinarse ni un cabello.

Ayudamos a LaMothe y a su lugarteniente a transportar a Ellery escaleras arriba hasta el altillo del granero, donde estaba la entrada al bucle. Tras una rápida transición que me puso las entrañas del revés, la volvimos a bajar para salir a una mañana cálida y neblinosa.

—¡No se muevan! —gritó alguien. Un hombre nos apuntaba con un arma.

Estaba sentado tranquilamente en una silla de madera, cubierto con un sombrero y una máscara muy rara, con un mostacho incorporado.

—¡Nombre y afiliación! —rugió.

—¿No sabes quién soy? —atronó LaMothe en respuesta.

—Me da igual siempre y cuando no seas un yanqui y tengas cincuenta pavos para la cuota de entrada. —En ese momento inclinó la cabeza, se echó hacia delante y musitó—: Un momento. Si es el puñetero.

—Exacto —dijo el lugarteniente de LaMothe—. Este es Antoine LaMothe. Y si no quieres acabar delante de un pelotón de fusilamiento.

Al instante, el hombre tiró el arma y se arrodilló.

—Perdone, míster LaMothe, no le he reconocido, o sea, no le esperaba.

Miss Wren dio un paso adelante y obligó al hombre a levantarse.

—Necesitamos una cama para esta pobre chica —dijo—. Un sitio donde pueda estar cómoda mientras le aplicamos unas cataplasmas.

—Claro, cómo no —respondió el hombre entre risas nerviosas—. Hay una posada aquí cerca, muy acogedora, y no me cabe duda de que harán un buen precio a unos invitados tan distinguidos como ustedes.

Seguimos al hombre, que nos guiaba sin dejar de hacer reverencias y pedir disculpas, hacia un grupo de las típicas casas forradas de listones de madera. La más grande contaba con una marquesina que anunciaba: «restourant», tal cual. Había tres personas holgazaneando en la entrada: un camarero enfundado en una chaqueta blanca y dos cocineros con delantales a juego. El enmascarado les gritó que preparasen una habitación y los tres desaparecieron en el interior, súbitamente despabilados.

Las ymbrynes nos pidieron que esperásemos fuera.

—No tardaremos —prometió miss Peregrine—. En cuanto hayamos estabilizado a la joven, nos marcharemos.

Hugh no podía estar quieto. Hacía esfuerzos por contener su nerviosismo, tan palpable que le temblaba una vena en la sien. El amor de su vida estaba en manos de los más infames lacayos de Caul y sabe Dios qué sería de ella o qué habría sido ya.

Por desgracia, no podíamos hacer nada en ese momento, así que eché un vistazo al desolado pueblucho en busca de algo con lo que distraerlo.

—¿Queréis saber por qué Karl lleva máscara? Seguro que sí —canturreó una vocecilla. Una niña pequeña apareció por detrás de una esquina del restaurante. No tendría más de seis años. Iba vestida con sencillez y tenía el pelo castaño, con flequillo recto y un corte en forma de casquete.

—¿Por qué? —preguntó Enoch en tono aburrido—. ¿Es adicto a la ambrosía?

—Es por el «anonimonimato» —dijo, haciéndose un lío con la palabra. Intentó pronunciarla bien varias veces, sin conseguirlo—. La persona que vigila la entrada siempre lleva máscara. Por si tiene que matar a alguien, ¿no? Así la gente no puede vengarse.

—No me digas —replicó Enoch, ahora más interesado.

—Me llamo Elsie y vosotros sois nuevos aquí. ¿Habéis venido con esas semiymbrynes para cambiar los engranajes del bucle? Últimamente se están atascando y nos causan problemas.

Hablaba con un sonsonete rápido y su rostro derrochaba curiosidad.

—No son semiymbrynes —la corrigió Emma—. Son auténticas.

—¡Ja! —rio la niña—. Qué graciosos sois.

—No bromeamos —le dije.

—Y el tío de las pieles que las acompaña es el jefe del clan del norte — añadió Enoch.

—¿En serio? —preguntó Elsie, agrandando los ojos—. ¿Y qué hacéis aquí?

—No te lo podemos decir —respondió Enoch—. Es máximo secreto.

—Y no nos quedaremos mucho rato —insinuó Hugh. Acto seguido, enarcó las cejas—. A no ser. No habrán pasado hoy por aquí cuatro hombres con una chica, ¿verdad?

—No. Hace meses que nadie nos visita.

El semblante de Hugh se entristeció.

—Excepto ese ahorcado de ahí. —Señaló el cadáver reseco que pendía de una soga al otro lado de la calle—. Era un bandido que quería robarnos, ¿no? Así que le pegamos un tiro y lo colgamos como advertencia. Vemos el robo con muy malos ojos desde que se llevaron la piedra fogosa del compadre Ted. —Nos miró esperanzada—. No habréis venido por eso, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó Enoch.

—Por la piedra del compadre Ted. He pensado que si unas personas tan importantes se han dejado caer por este pueblo perdido sería porque habían capturado al tipo que la robó y venían a devolverla.

—Pues no, lo siento —dijo Emma, con un matiz de tristeza genuina en la voz—. No sabemos nada de eso.

—Ah. —La inagotable vitalidad de la niña decayó una pizca—. ¿Queréis conocer al compadre Ted de todas formas? Seguro que se animará. Después del robo no ha vuelto a ser el mismo.

—Mejor que no —decidió Emma.

Elsie agachó la cabeza.

—Claro, ya lo entiendo —dijo, antes de volverse a mirar una casita que asomaba a poca distancia—. Aunque vive allí mismo.

—¿Por qué no? —propuse yo—. Si está tan cerca.

Busqué los ojos de Emma y señalé a Hugh con la cabeza. Ella captó el mensaje.

—Vale, vamos a conocerlo —asintió al mismo tiempo que se colgaba del brazo de nuestro amigo.

—¡Tonto el último! —gritó la niña.

Hugh echó a andar de mala gana y todos nos acercamos a la casita mientras Elsie parloteaba a toda pastilla.

—Esto está muerto últimamente, no nos visita nadie ni por casualidad. Solo algún vendedor y el guardián del bucle. Pronto vendrá un maestro a darme clase. Por lo demás, la vida aquí es un rollo patatero. ¿De dónde sois?

—De Londres —respondió Emma.

—Ah. Siempre he querido viajar a una ciudad grande como esa. ¿Es bonita?

Enoch soltó una carcajada.

—No mucho.

—Da igual. De todas formas, quiero conocerla. ¿De qué época sois? O sea, ¿cuándo nacisteis?

—Haces muchas preguntas —observó Hugh.

—Ya lo sé, todo el mundo lo dice. El compadre Ted me llama «interrogatrix». ¿Me llevaréis con vosotros cuando volváis a casa?

Emma la miró con sorpresa.

—¿No te gusta vivir aquí?

—Es que quiero visitar algún otro sitio aparte de Locust Gap. Nací en Cincinnati, por cierto. Llevo aquí desde que tenía cuatro años.

—No es mucho tiempo —dije.

Asintió.

—Ya, supongo que no. Solo tengo cuarenta y cuatro.

Entramos en la casita.

Fue igual que entrar en un horno. Nos recibió una enorme chimenea en la que rugía un gran fuego. Delante de las altas llamas se apilaba un montón de gruesas mantas.

—Hola, compadre —dijo Elsie, y la montaña de mantas se volvió apenas hacia nosotros. Había un niño allí dentro, envuelto en toda aquella lana.

—¡Pájaros benditos! —se horrorizó Hugh—. ¡Se asará vivo!

—No lo toquéis —advirtió Elsie—. Os congelaréis. Su temperatura es de cincuenta bajo cero.

—Ho-ho-hola —nos saludó el chico, tiritando. Tenía la piel azul, los ojos inyectados en sangre.

—Pobrecito —susurró Emma.

Al momento empecé a transpirar, pero, al acercarme al chico, las intensas oleadas de frío que emanaban de él disiparon tanto el calor como el sudor.

Me volví a mirar a Elsie.

—Y dices que alguien le robó su. ¿qué?

—Su piedra fogosa —respondió ella, y le dedicó al niño una sonrisa apenada—. Te lo contaría él, si no fuera porque se le duerme la lengua del frío y le cuesta hablar.

—Es posible que pueda ayudarlo —se ofreció Emma—, aunque solo sea un ratito.

Prendió llamas en sus manos, las avivó hasta que ardieron con fuerza y se las acercó al chico.

—Qué a-a-a-gradable —tiritó él—. Gra-gra-gracias, se-señora.

La temperatura se estaba tornando insoportable. Cuanto más calor hacía, más notaba un tufo raro, sulfuroso. Como si alguien estuviera cocinando basura. Intenté olvidarme del pestazo y concentrarme en la situación. El chico empezaba a entrar en calor lo suficiente como para articular algunas frases.

—Tengo un pro-problema —explicó Ted. Ahora el azul de su piel se había suavizado un par de tonos—. Lo único que me permitía llevar una vida más o menos normal era la piedra fogosa. Una pequeña piedra verde que siempre estaba encendida y nunca se apagaba. Me la dio nuestra ymbryne hace tiempo —hablaba con tristeza y nostalgia—, cuando aún teníamos ymbrynes. La trajo de muy lejos, por lo que me dijo, del otro lado del océano. Me aseguró que llevarla en la barriga me ayudaría a conservar el calor. Y lo hizo durante mucho, mucho tiempo.

El tufo empezaba a resultar más insoportable que las altas temperaturas. Me tapé la nariz para no tener que olerlo. No entendía por qué nadie más se quejaba.

—Y entonces un hombre vino al pueblo —prosiguió el niño, que ahora hablaba con más fluidez—. Dijo que era médico. Yo siempre tenía frío, no demasiado, pero no podía salir sin llevar puestos un jersey y un abrigo. Él me prometió solucionar la hipotermia, si expulsaba la piedra fogosa para que pudiera manipularla.

Yo escuchaba con tanta atención que solamente me di cuenta de que me estaba alejando hacia una esquina de la habitación cuando ya había andado la mitad del camino. Algo me atraía hacia allí. El tufo. Y una sensación de ansiedad.

—Me la robó —continuó Ted—. Y, cuando intenté correr tras él para recuperarla, algo me lo impidió. Un ser muy fuerte, pero invisible. —Sacudió la cabeza para contener las lágrimas—. Me sujetó contra la pared. Me tapó la boca para que no pudiera gritar. Y me desmayé.

Allí, en el rincón, había una mancha en el suelo que debió de ser negra en algún momento. El origen del pestazo.

—Jacob —intervino Emma a toda prisa—, por lo que dice, parece.

—Un hueco —asentí—. Y hay una gota de residuo aquí mismo.

El chico asintió.

—Fue allí donde me retuvo.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunté.

—Cinco o seis meses —respondió Elsie.

—¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Normal —recordó Ted, parpadeando—. Igual a. cualquiera.

—Llevaba gafas, ¿verdad, Ted? —apuntó Elsie—. Gafas oscuras y nunca se las quitaba.

Alguien llamó a la puerta con fuerza antes de abrirla sin esperar respuesta. Miss Peregrine entró en la habitación. Al instante reprimió una exclamación, abrumada por el calor.

—Nos vamos —anunció.

Tras despedirse a toda prisa, Hugh y Enoch salieron corriendo detrás de la ymbryne.

Elsie me miró con aire suplicante.

—¿No puedes ayudarlo? Conoces a gente importante.

—Tenemos muchas cosas que resolver ahora mismo —le expliqué—, pero no nos olvidaremos de vosotros.

La niña asintió. Se mordió el labio.

—Gracias —dijo Ted—. Siempre es agradable ver caras amigas. No abundan por aquí.

—Cuánto lo siento —se disculpó Emma—. Ojalá pudiéramos quedarnos más rato.

—No pasa nada —suspiró él antes de devolver la mirada a la chimenea.

Elsie lo imitó. Durante un momento, a la fuerte luz del hogar, creí ver a una persona joven y anciana al mismo tiempo, y perdida.

Emma cerró las manos despacio. Parecía tan afligida. Apenas conocíamos a esas personas, pero ella tenía un corazón inmenso, como yo bien sabía.

Antes de que llegáramos a la puerta el niño ya había empezado a ponerse azul de nuevo.

Dejamos a Ellery en Locust Gap con el guardaespaldas de LaMothe. Me

habría gustado saber cómo se encontraba, pero las ymbrynes insistieron en que necesitaba descanso y tranquilidad, no visitas. Nuestra rápida actuación le había salvado la vida, aunque todavía estaba por ver en qué condiciones; había envejecido casi una vida entera en el transcurso de una sola noche y las consecuencias en el cerebro a menudo resultaban devastadoras. Pese a todo, LaMothe parecía agradecido por lo que habíamos hecho. Si bien no lo expresó en voz alta, se le notaba. Estuvo callado durante el viaje en helicóptero a Marrowbone, menos propenso a soltar exabruptos y a gruñir, y sus mapaches por fin dejaron de retorcerse y enseñar los dientes.

Los demás tampoco dijimos gran cosa. Enoch se quedó dormido. Emma se pasó casi todo el trayecto hablando con Hugh en voz baja y masajeándole los puños para que abriera las manos.

Yo pensé en Noor. Me acordaba mucho de ella últimamente, cuando no me distraía alguien menos interesante o algún asunto de vida o muerte. En los momentos de tranquilidad, me bastaba con visualizar su cara y al momento me sentía un diez o un veinte por ciento menos estresado. La tensión que me oprimía el pecho casi todo el tiempo se aflojaba y, de vez en cuando, si me imaginaba que la tenía cerca o que la besaba, esa tensión se transformaba en otra cosa, en una sensación de deseo y atracción.

Si soy sincero, nunca había experimentado nada parecido con Emma. Lo que había entre nosotros era sumamente casto, prácticamente victoriano. Por Noor sentía algo distinto. Más físico. Más visceral.

Sin embargo, había ternura también.

Era tan nueva en este mundo. Me pregunté cómo se sentiría, si se estaría adaptando. ¿Estaba bien? ¿Habrían avanzado con los mapas de Millard, estarían más cerca de localizar el bucle de V? ¿Qué pasaría sí?, ¿no, qué pasaría cuando Noor la encontrara?

Y eso me suscitó otra pregunta: ¿qué íbamos a hacer para dar con Fiona?

Como Ellery y el guardaespaldas de LaMothe ya no viajaban con nosotros, miss Wren y miss Cuco tenían espacio para conservar la forma

humana. Pasaron buena parte del viaje hablando con miss Peregrine en tono quedo y grave. Confiaba en que estuvieran discurriendo dónde podrían haber llevado los wights a Fiona —por el bien de ella y por el de Hugh—, pero no estaba seguro. Antes de los últimos acontecimientos, Hugh había empezado a disfrutar momentos de paz, diversión y distracción. Ahora la herida se había reabierto y era doblemente profunda. Lo conocía lo suficiente como para saber que no descansaría hasta que su amiga volviera a estar entre nosotros sana y salva. Y sabía, Dios no lo quisiera, que si a Fiona le pasara algo no podría superarlo.

Desterré ese pensamiento. En su lugar asomó a mi mente una pregunta que me moría por formularle a miss Peregrine. No obstante, no podía hacerlo a través del intercomunicador. No quería que LaMothe nos oyera.

Parecía estar dormido, con la calva espachurrada contra la ventanilla, pero prefería no arriesgarme.

Por otro lado, no podía esperar.

—Necesito saber una cosa. —Cuando me incliné hacia su asiento, miss Peregrine desvió la atención de su conversación con las ymbrynes para atender a mis susurros—. En el campamento de Marrowbone, cuando encontramos el rastro del hueco, las huellas de los zapatos no fueron la única pista, ¿verdad?

Miss Peregrine negó con la cabeza.

—No.

Hugh escuchaba ahora con atención.

—Encontré esto en el exterior de la tienda, entre los árboles.

Rescató del interior de su blusa una flor prensada. Una rosa silvestre.

Hugh alargó la mano para cogerla y le dio la vuelta entre los dedos.

—¿Estaba allí?

—Sí. Y los wights no la acompañaban. —Miss Peregrine hablaba en un tono tan quedo que casi tenía que leerle los labios—. Fue Fiona quien le llevó la chica al hueco, que esperaba escondido a una distancia prudente del campamento de los norteños.

—No lo entiendo. —Hugh tenía la frente arrugada. Su mirada saltaba de un lado a otro—. ¿Ayudó a los wights?

—No voluntariamente. Lo he comentado con miss Wren y miss Cuco y creemos que estaba sometida a un yugo mental. Es probable que todavía lo esté. El accidente de autocar debió de ocurrir porque los wights perdieron el control un instante. Fiona trató de escapar. Quizá incluso de matar a sus captores.

Emma contuvo un grito. Hugh no dijo nada; apretaba tanto los dientes que temí por la salud de su dentadura.

—Porras, ahora querrán matarla —murmuró Enoch, que al momento se tapó la boca con la mano. Emma le envió una mirada asesina.

—No —respondió miss Peregrine—. Los wights son demasiado prácticos, van directos al grano. Si la han mantenido vida y se han tomado la molestia de traerla hasta aquí desde Gales, habrá sido por una razón de peso. Sea cual sea el motivo, aún no han conseguido sus objetivos. No la matarán.

—Todavía no —apostilló Hugh—. Hasta que ya no les sirva para nada.

LaMothe empezaba a despertarse. La conversación había llegado a su fin.

Viajamos el resto del camino al poblado del Oeste sumidos en un silencio tenso.

\* \* \*

Estábamos parados en una calle del Marrowbone actual, junto al portal ubicado en el museo de la mina, cuando un turista se detuvo para hacernos una foto. LaMothe le ordenó que circulara y el turista se largó a toda prisa.

Miss Peregrine esbozó una sonrisa apurada.

—No podremos asistir a la conferencia hasta dentro de unos días, como poco —se disculpó—. Tenemos asuntos más urgentes que atender.

LaMothe asintió.

—Espero que encuentren a su chica —le deseó, y nos dejó de piedra cuando alargó la mano para estrechar la de miss Peregrine.

—Gracias —respondió la ymbryne—. Haremos cuanto podamos por Ellery una vez que se haya recuperado lo suficiente para viajar. Tenemos un sanador maravilloso en el Acre del Diablo, si nos la confían un tiempo.

Él asintió, agradecido, antes de volverse para dirigirse a mí personalmente por primera vez.

—Disculpa por haber dudado de ti, muchacho. Posees un talento muy especial.

Y me propinó una palmada tan fuerte en la espalda que por poco me tira al suelo.

Se dispuso a marcharse, pero miss Wren lo retuvo por la cola de un mapache.

—Si fuera tan amable de no declarar una guerra durante nuestra ausencia. —pidió.

—Si acaso estalla una, no seremos nosotros los primeros en apretar el gatillo.

Saludó con la chistera y se alejó.

\* \* \*

Pasados unos minutos llegábamos al desván de Bentham a través del panbucleticón. Cuando la puerta del ascensor se abrió, nos recibió un extraño estrépito: una salva de aplausos.

El desván estaba lleno de gente —ymbrynes, amigos, funcionarios del ministerio, peculiares que solamente conocía de vista—, todos aplaudiendo, emocionados y sonrientes. Me aplaudían a mí.

Noté un toque amistoso en la espalda cuando miss Peregrine me animó a salir del ascensor.

—Saben lo que ha hecho —me susurró—. Y están muy orgullosos de usted.

Allí estaba Horace, sonriendo de oreja a oreja y gritando mi nombre. Bronwyn, que llevaba a Olive y a Claire a hombros para que pudieran vernos por encima de la multitud, las tres vitoreándome. También miss Blackbird y miss Babax acudieron a felicitarme e incluso Sharon se acercó para obsequiarme con unas palmaditas en la espalda. Me invadió una sensación extraña al verlos allí reunidos, tantas caras radiantes vueltas hacia mí. Me sorprendió. Me provocó una felicidad infinita. Me sentía flotar, inundado de dopamina. Y recordé cuál era mi objetivo, la razón por la que luchaba.

La tenía delante.

Mis verdaderos amigos, mi verdadero hogar.

Amaba a mi familia peculiar y sabía que lucharía a su lado —y por ellos — durante el resto de mi vida.

Noté la mano de miss Peregrine en el hombro. Cuando me volví a mirarla, la sorprendí en uno de sus escasos momentos de ternura, con los ojos brillantes de la emoción.

—Ha hecho un buen trabajo, míster Portman —me felicitó con dulzura—. Un trabajo magnífico.

Me quedé allí plantado, sonriendo como un idiota, intentando abrazar a todos mis amigos uno por uno cuando, de golpe y porrazo, tuve la sensación de que se hacía el silencio entre el gentío. En cuanto la vi, todo lo demás se desvaneció. Los susurros, las preguntas, las miradas de curiosidad, nada

importaba. Mi mente se había paralizado. Porque allí mismo, abriéndose paso entre los forzudos primos de Sharon, estaba ella. Sin aliento y corriendo todo lo deprisa que podía, con una expresión desesperada y radiante de felicidad al mismo tiempo.

Noor.

—Jacob —me llamó entre jadeos, mientras se abría paso entre la multitud, aparentemente ajena al foco que la iluminaba de pleno—. Has vuelto. Acabo de enterarme. Estaba en la biblioteca con Millard. Me tenías tan preocupada.

Creando una cuña con las manos separé la marea de gente para salvar el espacio que nos separaba. Ni siquiera la saludé; la besé sin más, delante de todo el mundo. Su sorpresa cedió y desapareció cuando su cuerpo se pegó al mío. El resto del mundo se sumió en el silencio mientras una explosión de chispas se propagaba por mi pecho y mi cabeza.

Al final nos separamos, si bien solamente lo hicimos porque nos percatamos de la quietud que se había adueñado de la habitación. Y de que todo el mundo nos estaba observando.

Además, caí en la cuenta de que necesitaba respirar.

—Hola —le dije sonriendo como un bobo. Me ardía la cara y seguramente la tenía colorada como un tomate.

—Hola —respondió ella, igual de sonriente que yo.

Y nos partimos de risa. Reímos con ganas mientras el alivio, la alegría y el nerviosismo inundaban nuestros cuerpos. Al parecer, ambos habíamos comprendido que habíamos cruzado una línea sin retorno, que acabábamos de precipitarnos de cabeza a un nuevo territorio. Más allá de la amistad. Directos a.

Todavía no lo teníamos claro.

No obstante, me faltaba el aliento solo con pensarlo, únicamente con plantearme lo que pudiera ser. Y luego me sorprendí. Estaba sorprendido de mi capacidad de sentir tantas emociones —alegría, terror, miedo, pena— al mismo tiempo. Mi sonrisa se esfumó, el mundo real regresó a toda prisa y la habitación volvió definirse con un estremecimiento abrupto que me despejó. A pesar de todo, los duros contornos de la realidad se dibujaban ahora con más suavidad. Un extraño milagro acababa de producirse.

La voz de miss Peregrine llegó a mis oídos. Allí cerca, le relataba a alguien en tono sombrío las novedades sobre Fiona. Sharon se encaminaba ahora hacia nosotros. Noor y yo todavía estábamos juntos, aunque ya no nos tocábamos y ni siquiera nos mirábamos. En ese momento alguien me dio un

toque en el hombro y me volví enfurruñado, dispuesto a decirle a Sharon que me dejara tranquilo, que no quería hablar de la libertad del bucle ahora mismo. Sin embargo, era Horace.

—Jacob —me dijo nervioso—. Ya sé que acabas de llegar, pero tenemos muchas cosas que comentar. Noor, Millard y yo hemos hecho unos descubrimientos sorprendentes en tu ausencia.

Miré a Noor. Ella se mordió el labio.

—Sí, no he tenido ocasión de mencionártelo —alegó con timidez—. Horace tiene razón. Tenemos mucho de lo que hablar. Esto ha sido de locos.

—¿Habéis descubierto alguna cosa? —pregunté, y una sensación de esperanza que conocía bien empezó a inundarme el pecho.

—La verdad es que sí —respondió ella entre risas—. ¿Te acuerdas de la señal que recordaba haber visto enfrente de nuestra casa? Resulta que era el anuncio de una tienda que solo tiene sucursales en Ohio y Pensilvania. ¡Hemos reducido la búsqueda a dos estados nada más!

—Es genial —me alegré—. ¡Ya casi lo tenéis!

—Todavía no. Millard dice que podríamos tardar semanas en dar con un bucle secreto en un territorio tan amplio. Y hoy nos hemos retrasado porque ha estado trabajando en otro asunto.

—¿Otro asunto? —Fruncí el ceño—. ¿Qué puede ser más importante que eso?

Noor se encogió de hombros.

Miré a Horace.

Horace hizo un gesto ambiguo y se puso a juguetear con su chalina con aire distraído.

—Vete a saber. Es difícil arrinconarlo el rato suficiente para preguntarle —escurrió el bulto—. Sobre todo, cuando insiste en andar por ahí desnudo como un animal incivilizado.

—Algunos animales se visten —argüí pensando en Addison.

—He dicho animales incivilizados.

Estaba a punto de reencauzar la conversación cuando Enoch avanzó hacia nosotros rebotando como una bola de pinball y aferró a Horace por el hombro.

—¿Te has enterado de lo de Fiona? —exclamó, emocionado—. ¡Anda por ahí, colega! ¡Sobrevivió, ya lo creo que sí!

Horace pegó un brinco como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—¿Qué?

No, era evidente que no se había enterado. Ninguno de ellos.

—¿Qué decís de Fiona? —gritó Bronwyn, que empujó a Ulysses Critchley para abrirse paso hasta nosotros—. ¿Está viva?

—¡Madre mía! —exclamó Olive, tan emocionada que salió flotando del hombro de Bronwyn y se quedó atascada entre las vigas.

—Es., es. —tartamudeó Claire antes de desmayarse y caer en los brazos de Bronwyn, que ya estaban preparados—. Increíble —gimió por fin.

—Bueno, ¿y dónde está? —preguntó Bronwyn, girando la cabeza a un lado y a otro—. ¡Esto hay que celebrarlo!

—Los wights la capturaron —explicó Emma a la vez que le lanzaba una cuerda a Olive. Nos miró a Noor y a mí un momento de nada antes de apartar la vista a toda prisa.

—No. —se lamentó Horace afligido—. Porras.

—¡Tenemos que ir a buscarla! —decidió Bronwyn, cuyo ánimo nunca decaía—. Organizaremos un equipo de rescate hoy mismo. ¡Ahora mismo! ¿Dónde la retienen?

—No lo sabemos —dije—. Ese es el problema.

—Qué chasco —resopló Bronwyn hundiendo los hombros.

Me volví a mirar a Hugh. Seguía junto a los ascensores, enfrascado en una grave conversación con miss Blackbird y miss Peregrine.

—No entiendo por qué miss Peregrine se empeñó en que nos acompañara —comentó Enoch— sabiendo que, aun si encontrábamos a Fiona, tal vez estuviera fatal. Como mínimo, sometida a control mental. Quizá incluso. — se mordió la lengua para no decirlo en voz alta. Muerta—. Eso lo habría hundido.

—Santo cielo, Enoch —le dijo Horace—, ¿desde cuándo tienes corazón?

El otro lo fulminó con la mirada.

—Es que me parece un tanto cruel, nada más.

—No —replicó Emma con firmeza—. Dejarlo al margen no le habría hecho ningún bien. Si hubiéramos encontrado a Fiona en su ausencia y más tarde hubiese descubierto que miss Peregrine estaba sobre su pista, nunca se lo habría perdonado —razonó—. Merecía estar allí, pasara lo que pasase.

—¿Cómo lo lleva?

—Como cabría esperar —fue la respuesta de Emma—. Es fuerte. Pero está furioso, y preocupado.

—Todos lo estamos —asentí yo. Me volví a mirar a Noor y Horace—. Bueno. Tenéis noticias.

—Prefiero no pregonarlas a los cuatro vientos —dijo Horace—. Es mejor que vayamos a algún sitio donde podamos hablar sin gritar. Y donde

disfrutemos de cierta intimidad.

—Mientras haya comida. —sugirió Enoch—. Me muero de hambre.

\* \* \*

Faltaban algunas horas para el toque de queda. El sol seguía alto en el pútrido cielo del Acre y el pub Cabeza Reducida todavía no estaba demasiado concurrido.

—Por lo general no apruebo las visitas a locales públicos —dijo miss Peregrine mientras contemplaba con escepticismo la cabeza oscura y arrugada que colgaba sobre la puerta de la taberna—, pero hoy, como tenemos la despensa vacía y estos días han sido tan complicados, haré una excepción.

—¡Vete al infierno, bruja pomposa! —graznó la cabeza en respuesta. Miss Peregrine no la oyó o quizá no quiso darle la satisfacción de darse por aludida.

Encontramos dos mesas libres en un rinconcito del fondo y las juntamos para crear una zona más o menos privada. Todos mis amigos estaban allí excepto Millard, que nos había dado la bienvenida a nuestra llegada al panbucleticón y al momento se había marchado a toda prisa para atender lo que sea que tuviera entre manos sin despedirse siquiera.

Yo tomé asiento junto a Noor. Horace se sentó a mi otro lado. Miss Peregrine, Enoch y Emma ocuparon el frente contrario de las astilladas mesas de madera, que llevaban grabadas iniciales e inscripciones de todo tipo, y Bronwyn se acomodó a un extremo con Olive y Claire.

Me moría por escuchar las noticias de los demás, sobre todo después de que Horace se hubiera mostrado tan misterioso, pero Noor y él pidieron que les contáramos todo lo sucedido. Emma, Enoch y yo nos turnamos en el relato mientras Hugh, sentado a un extremo, ahogaba sus penas en una gran jarra de cerveza turbia. El campamento, el accidente, Ellery y sus gusanos-lágrima, compadre Ted y su piedra robada. Cuando terminamos caí en la cuenta de la cantidad de hechos extraños que convergían en una misma pregunta: ¿qué tramaban los wights?

—Pues resulta —empezó Horace, arrimando su silla a la mía— que tenemos una teoría al respecto.

Y en ese preciso instante llegó la comida. Cómo no.

Nos repartieron tazones de sopa de pescado y patata. No nos atrevimos a preguntar qué clase de pescado era y el camarero no se molestó en

especificarlo.

—Miss Avocet y su equipo han estado profundizando en el estudio del Apocryfón —empezó Horace—. Francesca, por su parte, ha dedicado horas extraordinarias a traducir una parte de la profecía que antes no entendíamos.

Todos nos inclinamos hacia él.

—¿Y? —lo apremió Emma.

—La profecía tiene más miga de lo que pensábamos.

Miss Peregrine plantó la cuchara de madera en la mesa.

—Deberían habérmelo dicho en cuanto hemos llegado —le reprochó—. ¿De qué se trata?

—En un pie de página que acabamos de descubrir —continuó Horace—, antes de la parte que habla del advenimiento de la oscuridad y todo eso, la profecía habla del ascenso de un grupo al que denomina «los traidores», a los que describe como «hombres despiadados que intentaron pervertir el alma de la naturaleza y que sufren una maldición a consecuencia de sus actos».

—Parece estar describiendo a los wights —observó Emma. Bronwyn y Olive asintieron con gravedad.

—Eso pensó miss Avocet —convino Horace—. Luego viene una parte todavía más rara. Y peor. Por lo que parece, menciona al propio Caul. Y la Biblioteca de Almas.

Se me anudó la garganta.

—Es la primera vez que me encuentro con una profecía que haga referencia a otra, pero esa parte parece ser una cita de la Biblia, concretamente del Apocalipsis: «Y tienen por rey sobre ellos el ángel del abismo, que se llama Abadón». Continúa diciendo que los traidores lo resucitarán para sacarlo de ese abismo.

Enoch estuvo a punto de atragantarse con la sopa.

—¡Resucitarlo!

—Y, cuando vuelva, lo hará imbuido de un poder terrible.

—¿Qué poder? —quiso saber Bronwyn, que ahora estaba muy rígida en la silla. La vista se me estaba nublando y tenía frío en todo el cuerpo. El cadáver debajo de la sábana. La voz de Caul, repitiéndome la profecía.

—El poder de los antiguos espíritus del abismo —dije, con una voz tan maquinal que a mí mismo me sorprendió—. Que no puede ser nada más que la Biblioteca de Almas.

Noor me observaba preocupada, pero yo no podía devolverle la mirada. No quería que los demás notaran el miedo que sentía, todavía no, así que hice lo que acostumbro cuando estoy asustado: mirar a miss Peregrine. Nuestra

ymbryne, sin embargo, exhibía una expresión pétrea; todavía estaba asimilando lo que acababa de escuchar. Todos parecían aterrados, incluso Horace, que bebía un sorbo tras otro de agua como si abrir la caja de los horrores le hubiera secado la boca.

Solamente Enoch permanecía impertérrito.

—Qué pandilla de pringados —dijo, y sorbió la sopa haciendo ruido.

—Esto no tiene gracia, Enoch —le reprochó Emma a la vez que le lanzaba una mirada asesina.

—Pues claro que sí. Ahora lo entiendo todo: para qué querían a Fiona. Y el Maderwurm de la americana.

Sacudió la cabeza y soltó una risita.

—¿De qué hablas? —le espeté. La ira empezaba a sustituir al horror en

mí.

—Está más claro que el agua —respondió—. Los wights están reuniendo los ingredientes de una receta. —Golpeó la cuchara contra el cuenco, como si tocara una campana—. Preparan una sopa de resurrección, como en un aquelarre. ¡Alas de murciélago, ojos de sapo!

En el tono que emplearía para dirigirse a un niño, Bronwyn le dijo:

—Eso es horrible, Enoch.

Él suspiró. Dejó la cuchara en el cuenco.

—¿Acaso soy el único que escucha a miss Peregrine? Caul está preso en un bucle colapsado. Para siempre. No se puede volver de la nada.

—A menos que sí se pueda —alegó Olive.

—Millard también dijo que está atrapado —intervino Claire.

Enoch negaba con la cabeza.

—Es obvio que los wights están desesperados. Se agarran a un clavo ardiendo. Lo mejor que podrían hacer sería sumirse para siempre en las sombras y aceptar la derrota con un mínimo de elegancia, algo que no se ajusta demasiado a su manera de ser. Así que están dando palos de ciego porque es lo único que se les ha ocurrido en estas circunstancias. Pero no tienen nada que hacer. —Apuntó a miss Peregrine con su cuchara goteante—. ¡Usted misma lo dijo!

Cuanto más hablaba, más desesperado parecía por obtener confirmación.

Nos volvimos hacia la ymbryne. Todas nuestras esperanzas dependían de sus siguientes palabras. Ella se había quedado pensativa.

—Eso dije, supongo.

Algo en el tono de miss Peregrine hizo que Enoch dejara de comer. La cuchara quedó suspendida en el aire camino de su boca.

—¿Lo supone?

—Es posible que sencillamente estén desesperados, como dice Enoch, y dispuestos a intentar cualquier cosa. No obstante, no sería propio de ellos invertir tanto esfuerzo en una misión imposible; particularmente, no de Murnau. Sospecho que están recibiendo órdenes directas del propio Caul, a través de los sueños. —Me lanzó una mirada elocuente—. Míster Portman ha tenido unos cuantos. Al igual que yo.

Horace soltó una exclamación de apuro:

—Glups.

Me volví a mirarlo a toda prisa.

—¿Qué significa «glups»? —preguntó Enoch.

—¿La sopa no está a su gusto? —preguntó el camarero por encima de mi hombro—. ¿Necesita más anguila en polvo?

—¡AHORA NO! —le gritó Enoch. Una vez que el hombre se hubo marchado con el rabo entre las piernas, insistió—: ¿Qué significa «glups»?

—Yo también he soñado con él —confesó Horace, con la vista clavada en el vaso vacío.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Os acordáis de las pesadillas que tuve cuando Jacob llegó a nuestra casa por primera vez? ¿Con mares de sangre hirvientes y lluvias de fuego? ¿De cuando me despertaba gritando? ¿Sí? —Esperó a que el grupo se lo confirmara con la mirada. A continuación, asintió y tragó saliva con dificultad —. Bueno, pues anoche tuve otra. Y esta vez Caul estaba allí.

—¿Y por qué no dijiste nada? —le reprochó Bronwyn—. Siempre acudes a mí cuando tienes esas pesadillas.

—La achaqué a mis propios miedos, más que considerarla un sueño profético —respondió Horace, inquieto—. Ahora bien, si Caul está visitando también a Jacob y a miss Peregrine en sueños. —Se frotó la cara con una mano trémula, respiró hondo y añadió—: Caul nunca se me había aparecido en sueños, ni proféticos ni de los otros. Pero lo vi con absoluta claridad, flotando en el cielo y dirigiendo el apocalipsis como un maestro de orquesta. —Alzó la vista hacia mí—. Creo que él y su resurrección provocarán la era de oscuridad y destrucción de la que habla la profecía.

—A la que yo debería poner fin, de algún modo —intervino Noor en tono apurado—. Y liberar al mundo peculiar. Junto con otros seis peculiares.

—Un momento —los interrumpí—. Nos estamos precipitando. Vayamos por partes. ¿Por qué piensan los wights que pueden resucitar a Caul? ¿Quizá

porque han leído la profecía? ¿Acaso suponen que se refiere a ellos, y a Caul, igual que hemos hecho nosotros?

—Es que habla de ellos y de Caul —arguyó Horace.

Miss Peregrine levantó las manos para pedirnos calma.

—Supongamos, y solo es una hipótesis, que Horace está en lo cierto y la profecía se refiere a ellos. ¿Cómo lo harán? Si se han propuesto preparar una «sopa de resurrección», como la llaman ustedes, ¿quién ha creado la receta? ¿Qué contiene? ¿Y de dónde la han sacado? Yo pienso.

—De su hermano, miss. De Myron Bentham.

Era Millard. Llegaba sin aliento y acababa de plantarse junto a miss Peregrine a la cabecera de la mesa. La directora, que no estaba acostumbrada a formular preguntas cuya respuesta no conociese de antemano, se quedó de piedra.

—Acabo de estar en el despacho secreto de Bentham —dijo Millard—, y será mejor que todos me acompañéis allí ahora mismo.

\* \* \*

El despacho secreto de Bentham estaba justo encima de su zona de trabajo normal, accesible a través de una escalera oculta en el techo. La escala se encontraba escondida tras un gran retrato del propio Bentham, uno de los muchos que cubrían el techo (pero no, por raro que parezca, las paredes). En lo alto de la misma descubrimos una celda que parecía propia de un monje asceta: había estanterías atestadas de libros, un secreter y una única silla de respaldo recto.

El antiguo criado de Bentham, Nim, aguardaba nervioso en una esquina mientras nosotros, uno detrás de otro, trepábamos al refugio.

—Es la primera vez que veo esta estancia —comentó miss Peregrine a la vez que giraba sobre sí misma para echar un vistazo—. Pájaros benditos, les pedí a miss Blackbird y a su equipo que inspeccionaran hasta el último centímetro de la casa.

—Nim conocía su existencia —dijo Millard, mientras el extraño hombrecillo asentía—. Al igual que los wights, por lo visto.

—Míster Bentham lo usaba para guardar sus documentos y libros más delicados a salvo de curiosos y ladrones —informó Nim—, pero confiaba en el viejo Nim, ya lo creo que sí. —El criado se retorcía las manos y se

arrancaba padrastros alrededor de las uñas sin dejar de mirar a todas partes—. Nim estaba encargado de quitar el polvo, ordenar, alfabetizar, cataloguizar.

—¿Podríamos, por favor, avanzar hasta la parte en la que los wights deciden resucitar a Caul? —pidió Emma.

—¿Y qué tiene esto que ver con Fiona? —gruñó Hugh.

Millard carraspeó.

—Claro. Entendido. Todo el mundo ha dicho siempre que es imposible escapar de un bucle colapsado. Y los especialistas en el asunto coinciden: o bien mueres transformado en hueco y todo queda arrasado en cientos de kilómetros a la redonda (como sucedió en el bólido de Tunguska de 1908) o si casualmente has logrado apoderarte de una de las poderosas almas de los antiguos, como hizo Caul justo antes de que destruyésemos la Biblioteca de Almas, quedas atrapado por siempre en el fenómeno que conocemos como «secuestro esotérico».

—Vaya al grano, míster Nullings —pidió miss Peregrine.

—Todos coinciden en que es imposible. O casi todos. Ahora bien, por lo visto, Bentham no estaba de acuerdo. —Millard señaló a Nim con un gesto—. Adelante. Cuénteselo.

Nim avanzó unos pasos sin dejar de toquetearse las manos.

—Míster Bentham no quería hacerlo. Pero míster Caul lo obligó.

—¿Lo obligó a qué? —se desesperó miss Peregrine.

—A buscar la manera de escapar de un bucle colapsado. —Alzó la vista asustado, como si esperara recibir un sopapo, antes de volver a bajarla—. Míster Caul acosó a míster Bentham con el tema durante años y años. Me acuerdo. Oigo cosas. Nim siempre estaba escuchando. Yo soy Nim.

—¿Y lo hizo? —pregunté—. ¿Encontró la manera?

—¡Claro que sí! Míster Bentham era un genio. Y le mintió a míster Caul. Le dijo que no era posible. Pero escribió la fórmula secreta que había encontrado y la guardó en un libro, porque «es un gran descubrimiento», dijo. Me lo dio para que el viejo Nim lo escondiera. No tenía que decirle a nadie dónde lo había ocultado, ni siquiera a él, para que no le pudieran arrancar la fórmula mediante tortura, si se daba el caso.

—A ver si lo adivino —intervino Enoch—. La guardó usted en un escondite penoso.

—No, señor, no fue así., aunque lo encontraron de todos modos.

Millard intervino:

—Después de escaparse de la cárcel y antes de abandonar el Acre del Diablo, los wights pasaron por aquí, por esta sala, y robaron un solo libro. El

que contenía la fórmula de Bentham.

Nim señaló el hueco de un estante.

—Cochinos ladrones.

Emma levantó las manos, horrorizada.

—Qué desastre. Es horrible. Pero nada de esto nos va a servir para detenerlos.

—Ni para encontrar a Fiona —añadió Hugh, que parecía a punto de tirarse de los pelos.

Miss Peregrine, que había guardado un extraño silencio en el transcurso de la conversación, se acercó despacio a Nim para posarle las manos en los hombros, con suavidad. El criado dio un respingo.

—Nim —le dijo sonriendo como si hablara con un niño—, ¿por casualidad hizo usted una copia de la fórmula de Bentham?

El hombre miró la mano de la ymbryne en su hombro y luego a ella.

—La hizo míster Bentham, sí —respondió—. Me pidió que escondiera las dos.

La sonrisa de la ymbryne se ensanchó.

—¿Y todavía tiene usted la copia?

—Claro que sí, señora. —Nim parpadeó, desconcertado—. ¿Quiere?? ¿Quiere verla?

—Sí, Nim, me encantaría.

El criado se acercó al secreter y lo desbloqueó. Estaba lleno de papelotes. Mientras revolvía entre el desorden, Noor levantó la mano para intervenir. En un tono que parecía calculado para no ofender a nadie, preguntó:

—¿Puedo hacer una pregunta?

Todos volvimos la vista hacia ella.

—¿Por qué estáis tan seguros de que esa fórmula sirve para algo? El hecho de que los wights estén tan desesperados como para intentar algo no significa que vaya a funcionar. ¿Acaso ese hombre era, no sé, un brujo o algo parecido?

Enoch puso los ojos en blanco.

—Los brujos no existen.

Noor parecía a punto de llevarle la contraria cuando Millard intervino.

—Es una pregunta muy lógica —dijo—. Y comprensible, además, teniendo en cuenta que no lo conociste.

—Bentham era algo así como. un arquitecto —expliqué. Noor me miró con perplejidad.

—Estaba especializado en bucles temporales —aclaró Millard—. Él diseñó el panbucleticón, por poner un ejemplo. Y fue el responsable, por lo que ahora sabemos, del desplome que transformó a Caul y a sus seguidores en espíritus huecos. Y se encerró a sí mismo junto con Caul en la Biblioteca de Almas.

—Vale, ya lo pillo —asintió Noor, parándole los pies con un gesto—. Sabía lo que se traía entre manos.

—Exacto —respondió miss Peregrine, que se estaba poniendo de todos los colores mientras observaba las maniobras de Nim.

El criado extrajo una hoja de papel arrugado del escritorio y lo agitó en el aire.

—¡Lo tengo, lo tengo!

Miss Peregrine se lo arrebató para leerlo. Frunció el ceño casi al instante.

—¿Es una broma?

Horace echó un vistazo.

—Huevos de codorniz, anguilas en gelatina, repollo.

—No, no, eso es una lista de la compra —aclaró Nim, agitando las manos. Cogió el papel y le dio la vuelta en las manos de la ymbryne—. Por el otro lado.

Ella procedió a leerlo. Su expresión se tornó impenetrable.

Bronwyn se volvió hacia Millard y le susurró:

—Qué sitio tan raro para anotar algo tan importante.

Él chistó para hacerla callar.

Miss Peregrine no despegaba los ojos del papel. Se habría oído la caída de un alfiler.

Por fin, suspiró. Su cara había perdido el color.

—Sí —dijo con voz queda—. Esto explica muchas cosas, en efecto.

Y cayó desmayada.

Todo el mundo corrió a ayudarla: Bronwyn cogió a miss Peregrine en brazos, Millard la abanicó con un libro, Emma prendió una pequeña llama ante sus ojos y Horace corrió a traerle un vaso de agua. Pasados unos segundos estaba volviendo en sí y hablando otra vez, preguntando qué hora era y si ya estaba preparado el té. Cuando cayó en la cuenta de lo que había pasado, nos ordenó avergonzada que la dejáramos en el suelo de inmediato. En cuanto lo hicimos, estuvo a punto de desmayarse otra vez.

—Es culpa de la comida —se justificó mientras Bronwyn y Noor la sostenían—. Esa horrible sopa no me ha sentado nada bien.

Nadie la creyó, ni siquiera Claire.

Había demostrado que estaba asustada y ahora intentaba quitarle hierro a su reacción, porque su miedo nos había aterrado a todos.

Después de tomar un vaso de agua y descansar un ratito para recuperar la compostura, se sentó al escritorio de Bentham. Nos moríamos por conocer las palabras escritas al otro lado de la lista de la compra. Miss Peregrine alisó el papel —estaba arrugado y manchado de algo que parecía café— antes de decir:

—No quiero tenerles en ascuas., así que siéntense y escuchen.

Tomamos asiento formando un corro en el suelo a su alrededor, como niños de parvulario que se disponen a escuchar el cuento más inquietante del mundo. Cuando Noor se acomodó a mi lado, me sentí reconfortado, aunque abría y cerraba los puños en el aire con ademán nervioso, atrapando y soltando la luz que tenía delante.

—La primera línea está escrita en latín —empezó miss Peregrine. Y la leyó. en latín. Noor y yo intercambiamos una mirada, pero nadie más pestañeó.

Levanté la mano antes de que miss P continuara.

Me miró.

—Ejem. —Carraspeé—. ¿Podría traducirlo, por favor?

Incluso en un momento tan delicado, miss Peregrine encontró fuerzas para lanzarme una mirada decepcionada.

—Sinceramente, míster Portman —suspiró, sacudiendo la cabeza. Continuó—. Dice así: «Para invocar un alma de las profundidades del abismo, hacen falta, bueno, unas cuantas cosas».

—Su hermano no era un poeta, que digamos —comentó Millard.

—Y la lista empieza sin más. —Me censuró con la mirada—. En inglés. Solo consta de seis ingredientes.

Lo que leyó a continuación no se diferenciaba demasiado de la lista de la compra escrita en el reverso, solo que estos artículos eran más esotéricos y perturbadores.

—Uno: excrementos de supergusano.

—Supergusano. —Volví la cabeza hacia Emma y Enoch, que ya me estaban mirando—. ¿Qué dijo Ellery que le habían quitado?

—Su Maderwurm —respondió Enoch—. Que debe de ser.

—Un gusano grande y asqueroso —terminó Emma.

Bronwyn resopló con fuerza.

—Vaya, pues ese ingrediente ya lo tienen.

—¿Puedo continuar? —nos interrumpió miss Peregrine—. Dos: lengua de brotasimiente, recién cosechada.

—¿Qué es un brotasimiente? —preguntó Olive.

Miss Peregrine adoptó una expresión apenada.

—Fiona —respondió—. Es una denominación arcaica para los peculiares como ella.

Hugh se tapó la cara con las manos.

—Recién cosechada —repitió Millard—. Debe de ser por eso que la mantienen con vida.

—Millard, por favor —lo regañó miss Peregrine—. Lo siento, Hugh.

—Adelante, siga leyendo —dijo él. Se destapó la cara y todos vimos sus ojos enrojecidos. Bronwyn le rodeó los hombros con el brazo y no lo retiró.

—Tres: una llama indestructible.

Intercambiamos murmullos según tratábamos de entender a qué se refería.

—¿Podría estar hablando de Emma?

Enoch ahogó una exclamación.

—Si yo fuera inmortal, tal vez. —Emma negó con la cabeza—. Pero no soy indestructible. ¿Por qué iba a serlo mi llama?

En ese momento se me encendió una bombilla.

—El niño de las mantas, en Locust Gap.

Emma me miró animada.

—¡Sí! Sufría hipotermia y antes usaba un objeto para entrar calor., una piedra incandescente en el estómago.

—La piedra fogosa —dijo miss Peregrine, volviéndose hacia Emma con curiosidad—. Es única en todo el mundo.

—Y unos wights se la robaron hace meses —concluyó Emma.

No le habíamos hablado a la ymbryne del chico, pero ató cabos de inmediato y asintió con resignación.

—Pues ya tienen tres ingredientes. —Devolvió la atención a la lista—. Cuatro: escarabajos muertos de los hititas subterráneos.

Nim se llevó las manos a la boca.

—Ay.

Todos los ojos se posaron en él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Millard con brusquedad.

El criado se había ruborizado.

—Estaban en la vitrina de míster Bentham, con su colección de insectos. Hasta la noche pasada.

—Cuando Murnau y sus secuaces los robaron —adiviné.

—Bueno, hum, considerando el momento de la desaparición —balbuceó el criado—, sí, sí, me temo que sí.

Se alzó un coro de gemidos y murmullos. Enoch lanzó una maldición. Noor se había quedado muy quieta y callada. Millard musitaba para sí que el asunto era peor, mucho peor de lo que imaginaba y miss Peregrine se pellizcaba el puente de la nariz con los ojos cerrados, como si tratara de librarse de una migraña.

—Dios mío —exclamó Horace. El pánico se estaba apoderando de su voz —. ¡Han reunido casi todos los artículos de la lista! ¿Qué queda?

—Por favor, niños, no nos pongamos nerviosos —pidió miss Peregrine—. Aún restan dos ingredientes.

Se hizo un silencio. Volvió a alisar el papel contra la superficie del escritorio mientras lo escudriñaba frunciendo el ceño, como si le costara entender la letra de Bentham.

A continuación, leyó:

—Cinco: la calavera alfa del Pozo de la Esperanza (triturada, de cinco a diez miligramos).

Todos nos quedamos petrificados, mirándonos los unos a los otros. Esperando la mala noticia. Aguardando a que alguien anunciara que los wights ya tenían la calavera alfa o que las calaveras alfas eran tan corrientes que prácticamente crecían en los árboles o que vendían calavera alfa (triturada, de cinco a diez miligramos) a granel en el supermercado de la esquina y que tan solo una tarjeta de cliente se interponía entre los wights y la resurrección de Caul.

Por suerte, nadie dijo nada.

—¿Qué es el Pozo de la Esperanza? —se atrevió a preguntar Noor finalmente.

Miramos a miss Peregrine.

—No tengo ni idea. —Se volvió hacia Enoch—. Míster Connor, usted es nuestro experto en asuntos tanáticos. ¿Alguna vez ha oído nombrar la calavera alfa?

Enoch negó con la cabeza, con aire perplejo.

Miss Peregrine se encogió de hombros.

—Solo queda uno, pues. Seis: el corazón latiente de la madre pájaro. — Todos contuvimos la respiración. Ella levantó la vista a toda prisa—. Y antes de que os apresuréis a sacar.

—¡Se refiere a usted, miss! —exclamó Claire.

—¡Van a ir a por usted! —gimió Horace.

—Horace, Claire. ¡Basta! —les espetó miss Peregrine—. Si bien el ingrediente parece hacer referencia a una ymbryne, no soy la mayor, ni siquiera la principal figura materna de entre nosotras. En todo caso, esa sería miss Avocet.

—Pero es usted nuestra madre o lo más parecido que tenemos —objetó Emma.

—Y de Fiona —añadió Hugh—. Y ella también está en la lista.

—Y la hermana de Caul —señaló Millard—. Sangre de su sangre. Es horriblemente lógico que Caul la necesite para regresar.

Esperé a que lo negara. A que le espetara a Millard hasta qué punto se equivocaba. Sin embargo, la ymbryne guardó silencio. Su mirada se perdió en una pared blanca. Y por fin dijo:

—Sí. Sí, supongo que tiene lógica.

Durante unos instantes, largos y pesados, tuvimos la sensación de asomarnos al borde de un precipicio. A punto de rendirnos, de ceder al miedo.

Hasta que Hugh tomó la palabra.

—No importa —declaró—. No permitiremos que la capturen.

Y lo dijo con tal convencimiento, en un tono tan valiente y decidido que nos apartó a todos del abismo.

—¡Bien dicho! —exclamó Olive.

—¡Ni por asomo! —asintió Bronwyn.

—Y, si todavía no han venido a buscarla —discurrió Millard—, se debe a que usted representa la parte más complicada. Por eso la están dejando para el final. Y, por lo que sabemos, tampoco tienen todavía ese otro ingrediente: la calavera alfa.

—Sea lo que sea —añadió Enoch.

Miss Peregrine se levantó, ahora firme sobre sus pies.

—Averiguaremos de qué diantre de trata —prometió— e impediremos que los wights se la apropien.

—Y traeremos a Fiona de vuelta —añadió Bronwyn.

—Y decoraremos el Acre del Diablo con sus cabezas —gritó Hugh, provocando una ovación general.

Por primera vez en varios días, lo vi esbozar una sonrisa insegura.

Ahora nos encontrábamos en la frustrante situación de tener un objetivo

claro —encontrar la calavera de marras y el Pozo de la Esperanza antes que los wights— al tiempo que carecíamos de una estrategia clara para alcanzarlo. Seguir la pista de los wights recurriendo a los residuos de los huecos ya no sería posible, por cuanto habían huido de la escena del accidente en coche, cabía suponer, y no teníamos manera de averiguar qué rumbo habían tomado. Nadie había oído hablar ni de la calavera ni del pozo y, hasta que supiéramos algo de la ubicación de uno de ambos, como mínimo, estábamos atados de pies y manos. Como de costumbre, miss Peregrine quiso que las ymbrynes se ocupasen del asunto. Nos ordenó volver a casa y no movernos hasta que lo hubiera comentado con ellas.

—Tienen ustedes que descansar —dijo—. Se avecina una batalla y los necesito en plena forma.

Con un revuelo de plumas, adoptó su aspecto de pájaro y salió volando.

Descansar, y una porra.

La mera idea era impensable, en cualquier caso, con todo lo que se nos venía encima, de modo que nos separamos para empezar a trabajar.

Millard salió pitando hacia el archivo de mapas para buscar en los atlas de bucles estadounidenses alguna mención al Pozo de la Esperanza. Horace, cuyo trabajo a menudo equivalía a dormir, volvió a casa a descansar. Tenía pensado trincarse un chupito de «remedio para conciliar el sueño» y entrar en una especie de trance que le permitiese soñar la respuesta que necesitábamos. Hugh llevaba un rato mascullando sus intenciones de interrogar a los wights que seguían presos —«Seguro que saben algo», decía— y amenazando con arrancarles la información a picotazos de abeja si se negaban a hablar. Pero le hicimos entrar en razón arguyendo que su estrategia no solo implicaría saltarse una buena cantidad de leyes ymbrynes, sino que revelar algo de lo que sabíamos a los wights encarcelados podía dar al traste con nuestros planes.

Claire decidió pedir ayuda a unos peculiares del Departamento de Fauna Arcana que habían vivido tiempo atrás en los Estados Unidos y salió

corriendo para preguntarles si habían oído hablar de una calavera alfa o de un pozo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de algo evidente.

—Si pensamos que los objetos están en los Estados Unidos —propuse—, ¿por qué no les preguntamos a los americanos? LaMothe me debe un favor.

De modo que nos acercamos al desván de Bentham, donde estaba la entrada al bucle de Marrowbone. Y nos recibió una implacable fila de funcionarios de Asuntos Temporales, todos vestidos de negro, plantados delante del ascensor.

—Ah, no, ni hablar —dijo Ulysses Critchley. Levantó la palma de la mano como si fuera un guardia urbano—. Miss Peregrine acaba de marcharse dejando instrucciones muy estrictas de que no les permitiéramos el paso, ni a ustedes ni a nadie. Miss Wren y miss Cuco han sido informadas de la situación y están con los americanos en este mismo instante.

Estaba a punto de ponerme a discutir cuando Olive me avisó de que Hugh y Enoch se habían marchado. Nos volvimos a mirar y descubrimos que tenía razón.

Emma se enfadó tanto que por poco prendió fuego a su propia blusa.

—Sé muy bien adónde han ido —gruñó—. Vamos, Bronwyn, hay que detenerlos antes de que cometan una estupidez como una casa.

Tras lo cual me quedé a solas con Noor y Olive. Estaba claro que no íbamos a poder entrar en Marrowbone y, de todos modos, dos ymbrynes se bastaban y se sobraban para conseguir de los americanos la información necesaria, si acaso había información que conseguir. Pasamos una hora deambulando por el Acre, abrumados por la impotencia.

Estábamos tan cerca y, sin embargo.

Pasado un rato, decidimos volver a casa. Nadie aportó novedades que pudieran ser de utilidad. Millard no había encontrado nada en los mapas de bucles estadounidenses que poseían las ymbrynes; y estaba muy familiarizado con ellos, tras haber dedicado varios días a buscar el de V. Horace, a pesar de sus esfuerzos por conseguir una revelación, confesó avergonzado que solo había soñado con pizza. No sabíamos por dónde continuar. Para colmo de males, miss Peregrine seguía ausente.

Éramos el desánimo personificado.

Observé los demacrados semblantes de mis amigos —la desolación de Hugh, el cansancio de Emma, el nerviosismo de Noor, incluso la apatía de Enoch— y tomé una decisión.

De todos modos, ninguno iba a pegar ojo esta noche.

—Muy bien. —Di una palmada—. Lo hemos intentado, ¿vale? Hemos hecho lo posible por obtener más información sin saltarnos las reglas, ¿no? Nos hemos esforzado al máximo, ¿a qué sí? —Nadie contestó y yo asentí de todos modos, para mí mismo más que nada—. Bueno, pues la noche es joven. Hay tiempo de sobras para intentar una última cosa, creo yo.

Uno a uno, mis amigos alzaron la vista para mirarme, cada vez más desconcertados.

—No te entiendo —dijo Claire a la vez que bostezaba con las dos bocas.

—Ni yo —coincidió Olive, bostezando a su vez.

—Yo sí —manifestó Hugh, enderezándose—. Te entiendo perfectamente, Jacob, y me parece que coincido contigo.

—Y yo. —Sonrió Noor. Su sonrisa me atravesó el corazón y me derritió por dentro. Fue maravilloso.

Le devolví la sonrisa. La mía fue grande. Bobalicona.

Y entonces, volviendo en mí, sonreí a los demás también.

Bronwyn me miraba con los ojos entornados. Saltaba a la vista que había puesto la cabeza a funcionar. De súbito, se volvió a mirar atrás.

—Olive —dijo por encima del hombro—, ¿me harías el favor de llevar a Claire a la cama, guapa? Ya tendríais que estar acostadas. Sabes que a miss Peregrine le gusta que estéis durmiendo a las ocho en punto y ni un minuto más.

—Muy bien —accedió Olive, reprimiendo otro bostezo—. Vamos, Claire —dijo, cogiéndola de la mano.

Estaban a medio camino cuando se dejó oír la vocecita de Claire, que resonó en la escalera entre los pisotones metálicos de Olive:

—Pero ese ya lo leímos la última vez —decía—. Me prometiste que esta noche leeríamos El horrible cuento del oso torvo y los nueve normales chismosos. O, ya sé, podemos leer La bruja que no ardía en la hoguera, es mi favorito.

Solo cuando las más pequeñas estuvieron en la seguridad de sus camas, los demás volvieron hacia mí sus ojos expectantes. Enoch, Bronwyn, Emma, Horace, Hugh, Noor. Millard.

Seis pares de ojos que me observaban de hito en hito. Un séptimo par, invisible.

—Vale, genial —dije—. ¿Quién quiere colarse en el bucle de Marrowbone?

Seis manos se alzaron al instante.

—¡Yo también he levantado la mano! —gritó Millard.

Sonreí con tantas ganas que me dolió la cara.

\* \* \*

Ya hacía un buen rato que el sol se había hundido bajo el contaminado horizonte y, en ausencia de la luz, el Acre del Diablo ofrecía un aspecto aún más horripilante si cabe. No sentíamos un interés juvenil por romper el toque de queda para deambular por las calles a esas horas, simplemente no teníamos elección. Si queríamos recorrer el camino de vuelta al desván de Bentham y al portal de Marrowbone, y reducir las posibilidades de que la guardia ciudadana nos descubriera, teníamos que atravesar la zona más peligrosa de la ciudad, lo que implicaba tratar con gentuza de la peor calaña: los adictos a la ambrosía, los ladrones más taimados y toda clase de horrores inconcebibles que acechaban entre el lodo. Emma encendió una pequeña llama para que no nos internáramos demasiado en los barrizales, pero Millard puso el grito en el cielo, por miedo a que nos descubrieran las autoridades.

—Al margen de las cuantiosas multas —le espetó con un susurro que más parecía un berrido—, no me apetece nada tener que dormir desnudo en el frío suelo de una celda, muchas gracias.

—En ese caso deberías acostumbrarte a ir por ahí vestido —le soltó Horace con malicia—. Me he ofrecido montones de veces a prestarte algo y tú.

Millard gimió.

—Callaos de una vez —ordenó Emma—. Tenemos que estar muy atentos y, si os pasáis el rato discutiendo, no hay manera.

Bronwyn suspiró.

—El trayecto a la casa de Bentham parece mucho más largo en la oscuridad, ¿verdad? ¿Estáis seguros de que no la hemos dejado atrás?

—Ya falta poco —le aseguró Hugh en voz baja. Oía el zumbido de sus abejas, que nos ayudaban a orientarnos entre las tinieblas—. Tenemos que girar a la izquierda al llegar a aquella farola. La mansión está en esa calle, un poco más adelante.

Como solamente había una farola encendida, todos supimos a qué casa se refería. Por desgracia, estaba a más de trescientos metros de distancia. Trescientos metros de noche espeluznante y traicionera.

De hecho, creímos oír un siseo a lo lejos.

Apuramos el paso, ahora en silencio, los siete rodeados por un manto de oscuridad. Y de miedo. Sobre todo, de miedo.

En ese preciso instante noté una brisa extraña y cálida contra la mano.

Bajé la vista, sobresaltado, y descubrí que un único punto de luz me iluminaba los dedos. Me detuve y levanté la palma hacia arriba para inspeccionar el minúsculo resplandor. Y, cuando estaba a punto de comentarles algo a los demás, Noor llegó a mi altura. Supe que era ella con tanta certeza como si la viera. Las chispas de mi cabeza revelaban su cercanía.

—Estaba intentando dar contigo —me dijo en voz baja mientras me cogía la mano para acercarse a mí. El fulgor desapareció entre nuestros dedos entrelazados. A continuación, susurró—: Espero no haberte asustado.

Descargas eléctricas me recorrían la espalda.

Negué con la cabeza, sin caer en la cuenta de que seguramente no me veía. Pero es que estaba medio mareado. No sé por qué esta situación me parecía distinta, fuera de lo normal. Según mi experiencia, que no era mucha, darle la mano a una chica nunca había sido nada del otro mundo. Esa noche, en cambio, tenía los nervios a flor de piel. No veía nada salvo la borrosa luz de gas zumbando a lo lejos y, privado de un sentido, los otros se habían agudizado.

El contacto con Noor me hizo perder la noción de todo lo demás. Quería decirle que me soltara, que me devolviera mi mente.

Quería aferrarme a su mano para siempre.

Respiré una bocanada de aire trémulo para despejarme cuando tres cosas sucedieron a un tiempo:

Millard dijo:

—¡Ya casi estamos!

Hugh —no, Horace— gritó.

Y Emma se incendió.

Lo último apenas duró un segundo, pero Emma se moría de vergüenza porque no conseguía apagar el fuego. Apurada, protestaba diciendo que Horace la había asustado y preguntaba por qué narices había gritado, si no pasaba nada, mientras las llamas le saltaban del brazo a la pierna y del pie a la coronilla y, por fin, a la punta de los dedos, diez velas de cumpleaños que no querían extinguirse.

Seguía sacudiendo las manos —con vigorosos movimientos que solamente servían para empeorar las cosas— cuando Horace se explicó.

—¡Es que acabo de acordarme! —dijo—. ¡Ahora mismo!

—¿De qué? —le espetó Emma, molesta, al tiempo que sofocaba por fin sus pequeños incendios.

—La farola. La estaba mirando y me he acordado de un detalle que había pasado por alto en un sueño. ¿Os acordáis de que os conté que veía a Caul flotando en el cielo, dirigiendo el apocalipsis??

—Como un director de orquesta, sí, nos acordamos —musitó Millard en tono aburrido.

—No le hagas ni caso, Horace —dijo Hugh—. Continúa.

—Vale, pues Caul flotaba en el cielo sobre un monte. Brillaba un sol abrasador (la farola me ha despertado ese recuerdo) y había tumbas por allí cerca. Y las lápidas tenían inscripciones. Las estoy viendo. Con absoluta claridad. El nombre de una ciudad estadounidense. Algo nuevo.

—¿Una ciudad nueva, quieres decir? —Era Millard nuevamente—. Pero ¿nuevo comparado con qué? Cualquier cosa puede parecer nueva en función del contexto histórico.

—Bien pensado —dijo Enoch, que parecía irritado. A continuación, bostezó sonoramente—. ¿Podemos continuar? Tengo frío y hambre, y pensaba que a estas alturas nos estaríamos divirtiendo.

—Te muestras descortés para ocultar que tienes miedo —le soltó Bronwyn—. Y eso no es justo para los demás. Todos estamos asustados, ¿sabes?

—Yo no estoy asustado —replicó Enoch de malos modos.

—Esperad —intervino Noor—. Esperad, esperad. —Y noté el ceño de su frente cuando dijo—. Has dicho que era una ciudad «nueva». ¿Te refieres a «nueva» como en Nueva York?

Horace dio un respingo.

—Sí —respondieron dos personas al mismo tiempo.

La primera era Horace, eufórico.

Y la segunda.

Emma prendió una nueva llama, cuya luz reveló tanto su terror como la ira de nuestra ymbryne.

Miss Peregrine.

Y no iba sola. Una bandada de ymbrynes había descendido sobre nosotros: miss Peregrine, miss Wren, miss Cuco, miss Blackbird.

Las ymbrynes acababan de llegar procedentes de Marrowbone.

—A la cama, todos —ordenó miss P enfadada—. Ahora mismo. Sin rechistar.

—Pero, miss, solo estábamos.

—Basta —dijo, respirando con dificultad—. ¿Cómo se les ocurre romper el toque de queda? ¿Desobedecer mis órdenes con toda desfachatez? Estoy más que sorprendida, miss Bruntley, y decepcionada en grado sumo. Ahora den media vuelta y vuelvan a casa de inmediato.

—Pero, miss —protestó Hugh—. ¿Tiene?? ¿Hay novedades?

Un instante de silencio.

—Sí.

—¿Guardan relación con Nueva York? —quiso confirmar Horace.

Miss Peregrine suspiró. Perdió fuelle repentinamente.

—Muy bien —se rindió—. Hablaremos cuando lleguemos a casa. Perdonen, niños, no tendría que haberles gritado. Ha sido una noche muy larga.

—No pasa nada, miss —la consoló Emma—. Tiene muchas cosas entre manos ahora mismo. Volveremos a casa y Horace le preparará una buena taza de chocolate caliente. ¿Verdad, Horace?

—¡Será un placer!

—Pelotas —masculló Enoch.

—¿Qué ha dicho, míster Connor?

—Nada, miss.

—Eso me parecía. —Miss P respiró profundamente—. ¿Ymbrynes? ¿Nos reunimos en mi casa?

Un furioso revoloteo de alas respondió a su pregunta.

\* \* \*

Estábamos todos —niños e ymbrynes— sentados en el salón, con tazas de chocolate entre las manos, cuando miss Peregrine por fin nos relató las novedades. Bueno, más bien miss Peregrine invitó a miss Wren a relatar las novedades.

Sea como sea, estábamos en ascuas.

Miss Wren dio un paso al frente.

—Los americanos por fin nos han proporcionado cierta información que podría ser útil. Existe, en la parte superior del estado de Nueva York, un pueblo llamado Hopewell. Y ese pueblo alberga un bucle de reanimadores.

—¡Nueva York! —gritó Horace—. ¡Es el nombre que vi en la lápida de mi sueño!

Noor y él entrechocaron los cinco, con torpeza, pero también con entusiasmo.

—¡Y Hopewell! —exclamó Bronwyn—. ¡Eso significa «el pozo de la esperanza»!

—¿Y por qué Bentham no lo escribió tal cual en su lista? —se extrañó Emma.

—A mi hermano le encantaban los acertijos —explicó miss Peregrine—. Y estoy segura de que quiso embrollar un poco los ingredientes para burlar a Caul, por si acaso daba con la lista.

—¿Y la calavera alfa? —preguntó Millard.

—Si estamos buscando una calavera especial, un bucle de reanimadores no es mal sitio para empezar —arguyó Enoch—. ¿Qué saben de ellos?

—No demasiado —fue la respuesta de miss Cuco—. Solo que viven muy aislados y no les gusta recibir visitas.

—Entonces son de los míos.

Hugh estampó la mano sobre la mesa.

—Tenemos que reclutar un ejército e invadir el pueblo. ¡Disparar a diestro y siniestro!

—No tan deprisa —objetó miss Peregrine—. Entiendo que todos estamos exaltados, pero no sabemos lo que vamos a encontrar en ese bucle. Ignoramos si los wights ya han estado allí. O con qué tipo de peculiares tendremos que lidiar. Debemos proceder con cautela., y estar preparados para un conflicto.

—Los wights podrían estar esperándonos con todo un ejército —señaló Bronwyn.

—No tienen un ejército —resopló Enoch con desdén—. Solo son un puñado de fugitivos.

—Y un hueco —apuntó Olive.

—Puede que más de uno —añadí yo.

—No sería inteligente subestimarlos —prosiguió miss Peregrine—. De ahí que ya estemos reuniendo un equipo de élite para esta misión. Reclutaremos a nuestros mejores peculiares.

Emma se cruzó de brazos, enfurruñada.

—¿Y quiénes son?

Miss Peregrine sonrió.

—Ustedes, naturalmente.

—Ustedes liberaron el Acre del Diablo —dijo miss Wren—. No conocemos a nadie con más experiencia ni mejor preparación.

Ahora todos estábamos sonriendo. Resplandecíamos de orgullo.

—Contarán ustedes con refuerzos, claro está —se apresuró a añadir miss Peregrine—. Un equipo de apoyo.

—Nosotras —aclaró miss Cuco—. Y un grupo de peculiares especialmente escogidos por sus habilidades.

—Mis osos torvos, que están deseando hacer un poco de ejercicio — informó miss Wren—. Y tengo un pelotón de guardias que ya se están preparando.

—Pero ustedes avanzarán en primera línea —dijo miss Peregrine.

—Si están de acuerdo, por supuesto —añadió miss Cuco.

—¿Lo dice en serio? —exclamó Bronwyn—. Habríamos ido, aunque nos lo hubieran prohibido.

—Y aunque nos hubieran encerrado en una mazmorra, encadenados — añadió Hugh.

—Ya lo sé —declaró miss Peregrine satisfecha—. Bueno, tenemos mucho trabajo por delante, ¿no les parece?

—¡Vamos a matar wights! —gritó Hugh, y la sala estalló en aplausos.

—Sí, sí, pero antes. A dormir. —Miss Peregrine se levantó—. A la cama, niños. Y no olviden cepillarse los dientes.

Se alzó un gemido generalizado.

\* \* \*

Por la mañana, la casa era un hervidero de actividad. Todos corríamos de acá para allá, nos apretujábamos al cruzarnos por las escaleras, reuníamos aquellos objetos que considerábamos necesarios para una misión tan peligrosa. Comida. Mudas de ropa. Una navaja favorita. Lo que sea que cupiera en un bolsillo o en una mochila pequeña. De todos modos, no teníamos muchas cosas.

Yo estaba revisando el armario del cuarto de los chicos en busca de calcetines limpios. Noor fue a lavarse la cara.

—Daría cualquier cosa por otra ducha —suspiró—. En fin, no se puede tener todo.

Corrí tras ella.

—Oye —le dije—, ¿podemos hablar un momento?

Terminó de secarse la cara y me miró frunciendo el ceño.

—Ya sé lo que vas a decir —me soltó—. Y la respuesta es: olvídalo.

—¿Qué iba a decir?

Me arrastró a una habitación vacía.

—Que no me sienta obligada a acompañaros. Que quizá debería quedarme aquí, donde no corro peligro. Ni hablar. Sé cuidar de mí misma.

—Pues claro que sabes. Pero esta no es tu guerra. O no tiene por qué serlo.

Negaba con la cabeza, a punto de enfadarse.

—Si prefieres dedicarte a buscar a V —insistí—, lo entenderé.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que soy una de vosotros? —me reprochó—. ¿O lo decías para quedar bien?

—Pues claro que eres una de nosotros.

—En ese caso, esto me concierne tanto como a cualquiera. Más, en realidad, porque si no les paramos los pies a esos caracoles antes de que resuciten a su malvado rey o lo que sea, me va a tocar a mí lidiar con el jaleo que se va a armar. Prefiero resolver el problema antes de que organicen el apocalipsis.

—Vale —asentí—. Tienes razón.

—Ya buscaré a V cuando esto termine. Ahora mismo, esta es mi guerra. Y no pienso escaquearme. Así que no vuelvas a venirme con el rollo ese de «a mí me parece bien si te cruzas de brazos mientras nosotros nos jugamos la vida», ¿vale? Estamos juntos en esto.

—Vale —respondí—. Somos un equipo.

Resplandeció.

—Somos un equipo.

—Sí. Aunque te digo una cosa. Si de verdad llegase el apocalipsis, ni de broma te dejaría lidiar con el jaleo a ti sola.

Sonrió de oreja a oreja.

—De acuerdo. Pero intentemos evitarlo.

—Claro —reí.

Enoch se asomó.

—Venga, tortolitos. Nos vamos.

ONCE

Una hora más tarde recorríamos una autopista de los Estados Unidos en un

pequeño convoy de todoterrenos ligeros. Había caído la noche y estaba lloviendo. Un tipo fortachón de Asuntos Temporales conducía nuestro vehículo. A su lado, en el asiento del copiloto, miss Peregrine tejía algo en el regazo. Noor, Millard y yo ocupábamos el asiento central, mientras que Enoch, Emma y Bronwyn iban en el trasero. El resto del grupo y las demás ymbrynes viajaban en el segundo vehículo y había aún un tercero con el equipo de apoyo que nos habían prometido. Además de eso, en alguna parte del intenso aguacero, los americanos nos seguían en otro coche.

Fueron ellos los que nos prestaron los vehículos. Habíamos cruzado el portal del panbucleticón que conducía a Nueva York, donde Leo nos prometió vía libre. Las ymbrynes le explicaron que ahora Noor vivía con nosotros, después de que yo la encontrara, si bien dejaron creer al jefe de los Cinco Distritos que había sido un wight, con ayuda de un hueco, el que le había arrebatado a la chica y no H. Por raro que parezca, Leo accedió a olvidarse del asunto y, como parte del trato que los americanos habían firmado con las ymbrynes, se comprometió a no volver a perseguir a Noor nunca más. No nos lo podíamos creer. Miss Wren se negó a decirnos qué le habían prometido las ymbrynes a cambio de ese compromiso, pero tuvo que ser algo bueno.

A medida que avanzábamos por la carretera, la animación nerviosa de mis amigos fue cediendo el paso a un silencio tenso. Llevábamos varios minutos sin pronunciar palabra. Noor me había apoyado la mano izquierda en la rodilla, sus dedos entrelazados con los míos. Con la derecha, jugaba con las luces de los coches que pasaban, atrapando un haz y dejándolo escapar entre los dedos como arena, recogiendo y soltando. El gesto se me antojó hipnótico y tranquilizador.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Emma, y pegué un brinco ante la súbita interrupción del silencio.

—¿Qué? —quiso saber Noor.

—¿Por qué a Caul le obsesionaba encontrar la manera de escapar de un bucle colapsado?

—Hum. —musitó Millard. Siempre murmuraba así cuando meditaba.

—¿Acaso se imaginaba que algún día quedaría atrapado en uno?

—Nadie se imagina que quedará atrapado en un bucle colapsado — rebatió Bronwyn—. Quizá lo hacía solo por precaución.

—En ese caso, fue una precaución muy específica —observó Millard.

—Está claro que algo sabía de la profecía —dijo Noor, doblando un rayo de luz entre los dedos—. Si pensaba que esa historia del ángel del abismo se refería a él, quizá supuso que algún día quedaría atrapado.

—¿Y si todo formaba parte de un plan? —Millard estaba sopesando una teoría—. Ser enterrado en la Biblioteca de Almas.

—Es absurdo —objeté—. No quería. Estaba furioso.

—Puede que solo intentara hacernos creer que lo estaba.

—Venga ya —gruñó Enoch—. Os estáis pasando de listos.

—Pensadlo. —Millard hablaba con un tono serio e intenso—. Siempre estaba hablando de los poderosos que eran los peculiares antiguos, que si constituían la más pura expresión de la peculiaridad y todo eso. Para eso quería la Biblioteca, para apropiarse de esas capacidades. Y quizá la única manera de lograrlo fuera ser sepultado en ella. Y resucitar con todo ese poder al alcance de la mano.

—Renacido —recitó Emma en un susurro audible—. Como un dios.

Noté un escalofrío.

Miss Peregrine entrechocó con fuerza las agujas de punto.

—Mi hermano era un loco ambicioso con el alma envenenada. Pero no era un dios y nunca lo será.

—Pues se está preparando para serlo —arguyó Emma—. Y lo están ayudando.

—Aun si fuera el caso, todavía no ha regresado y no le vamos a permitir que vuelva. Así que no hay ninguna necesidad de enzarzarse en horribles especulaciones que solo sirven para asustaros.

—Sí, señora.

—Swenson, ¿por qué no pone la radio?

El conductor conectó el aparato. Empezó a sonar una canción pop. Hablaba de una ruptura. Oí a Emma suspirar.

Acercándose los dedos a los labios, Noor exhaló una luz fantasmal contra la ventanilla, donde se escampó como bruma, evanescente, antes de disolverse en el aire.

Hopewell debió de ser una localidad importante en sus tiempos, pero actualmente apenas si se podía considerar un pueblo. Pasamos junto a las ruinas de una planta industrial y recorrimos calle tras calle de almacenes vacíos y casas que se caían a pedazos. La población formaba parte de lo que se conoce como el «cinturón del óxido», pueblos que murieron junto con la industria que los levantó. Debía de haber un centenar de localidades parecidas a un día de distancia.

Agucé los sentidos a la presencia de huecos y todos abrimos bien los ojos por si veíamos señales de wights. Tal vez algún coche que pudieran haber usado para viajar hasta Hopewell y abandonado en un escondrijo antes de entrar en el bucle o cualquier cosa rara, la que fuera. No sabíamos si los wights andaban por el pueblo, si habían llegado y se habían marchado o si el soplo de los americanos sobre este lugar no valía un comino. De momento no habíamos encontrado nada, solo montones de chatarra, basura y maleza espesa; escondrijos ideales para un vehículo y demasiado abundantes como para ponernos a investigar.

Descubrí sorprendido que el portal al bucle de los reanimadores no estaba en un cementerio ni en una funeraria como cabría esperar. Estaba en un pequeño parque situado en mitad del pueblo, la única zona cuidada y bien iluminada que habíamos visto. Había un obelisco de piedra en el centro. Detrás de una puerta oculta en la base estaba el portal.

La lluvia amainó. El convoy de todoterrenos aparcó en las inmediaciones del parque y todos esperamos sin hacer nada mientras las ymbrynes deliberaban.

Decidieron que entráramos juntos para evitar que algo pudiera separarnos.

Corrimos en grupo hacia el obelisco, sobre la tierra mojada. Bronwyn forzó la puerta. Reinaba la oscuridad en el interior. Inscritas en la piedra del obelisco había filas y filas de nombres.

QUE VUESTRO RECUERDO PERMANEZCA SIEMPRE

No esperábamos encontrar una entrada tan estrecha. Únicamente cabían dos personas.

Yo entré el primero, para asegurarme de que no hubiera espíritus huecos. Noor me acompañó.

—Cuando lleguen al otro lado, no se muevan —nos instruyó miss Peregrine—. Nos reuniremos con vosotros pasados treinta segundos.

La puerta se cerró. La oscuridad nos engulló y al momento notamos una leve aceleración. Cuando salimos, el mundo había cambiado por completo. Ahora brillaba el sol; hacía una preciosa mañana de verano. Las calles, antes decrépitas, estaban trufadas de casitas dispuestas en pequeños terrenos y el obelisco de piedra que habíamos usado para entrar ya no era tal. En vez de eso, la puerta que cruzamos, bordeada de flores, pertenecía a una de las casas.

—Qué sorpresa —comentó Noor mientras contemplaba el bonito paraje.

Esperamos echando un vistazo al entorno. El jardín estaba decorado con pequeñas banderas americanas y habían adornado las casas de enfrente con guirnaldas de banderines rojos, blancos y azules. Por lo que parecía, el pueblo se estaba preparando para el desfile del Cuatro de Julio. O lo estaba haciendo el día que el bucle se creó. Había coches de los años cuarenta y cincuenta aparcados en las entradas y pegados a las aceras. Un perro salió trotando de una caseta roja y nos ladró.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Noor, oteando la calle.

Aparte del perro ruidoso, reinaba un silencio inquietante. El lugar contaba con toda la parafernalia de una población habitada y bulliciosa, pero parecía como si todos los habitantes hubieran sido secuestrados de la noche a la mañana.

Pasaron treinta segundos. Luego, un minuto.

Nadie más cruzó el portal.

—Qué raro —dije. Intenté disimular el hecho de que estaba cada vez más preocupado.

Noor trató de abrir la puerta. Estaba cerrada.

Me asomé a la mirilla de cristal. Dentro reinaba una oscuridad total.

—Esperemos un minuto más —propuso Noor con tranquilidad deliberada. Pero era evidente que nos estábamos poniendo nerviosos.

¿Qué más podíamos hacer? Aguardamos otro minuto a que nuestros amigos accedieran al bucle. Noor empezó a tararear, con voz muy queda. La misma canción, la misma melodía que le había oído canturrear otras veces.

Nadie salió.

—Esto tiene mala pinta —reconocí finalmente—. Muy mala pinta, la verdad.

Rodeamos la casa hacia la parte trasera. No había otras puertas, ni ventanas. Solamente paredes lisas, como si fuera un arcón.

Yo empezaba a estar muy asustado.

—Se habrán quedado fuera, sin poder entrar.

—O nosotros dentro, sin poder salir —dijo Noor.

Intercambiamos una mirada ansiosa.

Me estaba mareando.

No, no era mareo. El cosquilleo que notaba en la barriga se debía a otra causa.

En este bucle, en alguna parte, había un hueco.

\* \* \*

—Ya suponía que no estábamos solos —respondió Noor cuando le conté el asunto del hueco. No parecía asustada. Las cosas que a mí me aterraban tendían a centrarla—. ¿Notas por dónde anda?

—Todavía no, por desgracia —reconocí—. Mi sentido no está tan desarrollado.

O eso o algo interfería con la percepción direccional que por lo general me señalaba dónde estaban los huecos. Parecía como si estuviera bloqueada, girando sin ton ni son igual que la aguja de una brújula en contacto con un imán.

Noor y yo decidimos que no podíamos quedarnos allí esperando a que el portal se abriera. Éramos como patitos en un puesto de tiro al blanco. Y cuanto antes encontráramos al hueco, antes daríamos con los wights.

Y, con un poco de suerte, también con Fiona.

Caminamos hasta el final de la manzana y doblamos una esquina. Seguíamos sin ver a nadie, ni siquiera a los normales atrapados en el bucle. Atisbamos una colina a lo lejos, medio oculta por los árboles, y creímos percibir un chirrido industrial, agudo y distante, procedente de aquella zona. Subió y bajó de volumen antes de silenciarse por completo.

—Debe de ser alguna de las fábricas antiguas que hemos dejado atrás al entrar en el pueblo —deduje.

Llevábamos recorrida media manzana más cuando oímos voces procedentes de una casa cercana: un hombre y una mujer que mantenían una conversación animada.

Corrimos hacia la vivienda y llamamos a la puerta.

Nadie respondió.

A esas alturas ya no estábamos para cortesías.

Intenté abrir la puerta. No estaba cerrada con llave y giró sobre unos goznes bien engrasados.

Gritando un saludo, accedí al típico chalé de mediados del siglo pasado. Al instante me quedó claro el origen de las voces: un aparato de televisión. Estaban echando alguna película antigua. El televisor descansaba sobre un aparador, entre un árbol de Navidad artificial que chocaba por lo extemporáneo y una mecedora con un paño de ganchillo colgando del respaldo. La escena transpiraba algo lúgubre y fantasmagórico, como si fueran el hombre y la mujer de la televisión los habitantes de la casa, atrapados para siempre en el mundo en blanco y negro de la pantalla.

Pulsé el botón del televisor para apagarlo y se hizo un súbito silencio. Noor cruzó el pasillo de puntillas para inspeccionar la parte trasera de la vivienda.

Se detuvo delante de una puerta abierta.

—¿Hola? —dijo, y se volvió a mirarme—. ¡Jacob, aquí hay alguien!

Me apresuré por el pasillo. Había una adolescente dormida en una cama, tapada hasta la barbilla. Las paredes estaban forradas con fotografías de revistas.

—¿Hola? —dije—. Perdona.

No se movió. Avancé unos pasos por la habitación. Eché otro vistazo a las paredes. Todas y cada una de las fotos eran retratos de Elvis Presley.

Noor entró, apoyó la mano en el borde de la cama y la agitó un poquitín.

Nos inclinamos sobre la chica.

—¿Respira? —pregunté mientras intentaba distinguir si su pecho subía y bajaba debajo de la sábana.

Se dejó oír un rumor en la puerta principal. Nos quedamos paralizados.

—Alguien ha abierto la puerta —susurré.

De haber sido un hueco, lo habría notado en la barriga. Sin embargo, tan solo percibía el leve cosquilleo de antes, que no parecía proceder de ninguna parte.

Salimos del dormitorio y regresamos por el pasillo.

—¡Estamos aquí! —grité, para no sobresaltar a nadie.

Un niño rubio vestido con unos pantalones altos por la cintura sujetos con tirantes se había quedado parado en la puerta principal. Nos miró con frío desinterés.

—Si lleváis armas, dejadlas ahora mismo —ordenó en tono tranquilo, aunque firme.

—No vamos a hacerte daño —le aseguré—. Solo queremos hablar contigo.

Oímos pasos a nuestra espalda. Me volví a mirar.

La chica se había levantado.

Tenía los ojos abiertos pero vidriosos, desenfocados. Llevaba puesto un camisón y empuñaba un cuchillo de carnicero.

—No digáis nada —ordenó el chaval—. Venid conmigo.

—Por favor —pidió Noor—, escucha lo que.

—¡SILENCIO! —aulló el niño.

Emitió dos chasquidos con la lengua.

Alguien abrió la puerta desde el porche. En el exterior, vi un pequeño grupo de gente reunido sobre el césped. Estaban muy quietos y nos miraban atentos.

Todos iban armados con cuchillos de carnicero.

—Venid conmigo —repitió—. Nada de movimientos bruscos.

Esta vez no intentamos discutir.

\* \* \*

Estábamos rodeados de habitantes de una antigua zona industrial, inexpresivos a más no poder y armados con grandes cuchillos. Nos custodiaban en silencio calle abajo, guiados por el extraño niño de los tirantes. Cada vez que él hacía chasquear la lengua, los adultos giraban a derecha o a izquierda. Si intentábamos hablar, blandían las hojas. Si nos movíamos de un modo que no les gustaba, gruñían como animales.

El chirrido de la montaña volvió a empezar. Al poco oímos una explosión fuerte pero distante.

Nadie reaccionó.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Un hombre de aspecto paternal enfundado en un pijama enarboló su cuchillo entre gruñidos.

Pasados unos minutos llegamos a una gran casa victoriana, más antigua y majestuosa que nada de lo que hubiéramos visto en el pueblo hasta ese momento. Incluso tenía una torre, un torreón y un porche con barandillas decorativas que rodeaba toda la construcción. Me recordó al hogar de miss

Peregrine y, a pesar de las terroríficas circunstancias, sentí una punzada de nostalgia por el refugio perdido.

Nos obligaron a quedarnos plantados en mitad del jardín. Los adultos en pijama nos rodearon mientras el niño de los tirantes se acercaba a la casa. La puerta principal se abrió unos centímetros y el chico mantuvo una conversación con la persona del otro lado. Hablaban en un tono demasiado quedo como para que pudiéramos oírlos.

Varias caras se asomaron a observarnos desde las ventanas del caserón. Todas pertenecían a niños.

La puerta se desplazó unos centímetros más. Una persona joven gritó por la rendija:

—¿Cómo os llamáis?

Se lo dijimos.

—¿Con quién estáis?

—Con las ymbrynes de Londres —respondí a voz en cuello.

No quise gritarle que las ymbrynes nos esperaban al otro lado del portal ni que habíamos ido con la intención de pararles los pies a los wights, por si acaso había alguno por allí escuchando a hurtadillas.

El niño de los tirantes regresó a la zona de césped. Dijo algo que no entendí. Los portacuchillos de los pijamas se tumbaron sobre la hierba.

—Podéis entrar —dijo—. Josep quiere hablar con vosotros.

Noor y yo intercambiamos una mirada.

Por fin estábamos haciendo progresos.

El niño encabezó la marcha hasta el porche y luego al interior, donde otro chaval nos recibió. Su edad física no debía de superar los ocho años y vestía un abrigo cruzado con una gorra a juego. Parecía el típico niño que hace las delicias de las abuelas, uno de esos a los que se refieren como «un hombrecito». Avanzó hacia nosotros con cierta desconfianza, el semblante instalado en lo que parecía un descontento permanente.

—Me llamo Josep. Estoy al mando aquí. ¿Qué hacéis fisgando por nuestro bucle?

Tenía la voz más grave y adulta de lo que cabría esperar en una persona de su tamaño y, por un momento breve y disociado, tuve la sensación de que otra persona le ponía la voz.

—Estamos buscando a unas personas muy peligrosas —dijo Noor—. Wights. Pensamos que andan por aquí.

—Y llevan un espíritu hueco con ellos —añadí yo—. Es un monstruo letal.

—Sí —replicó con aire digno—. Ya sé lo que es un hueco.

—Los veo —añadí—. Y puedo rastrearlos.

Josep enarcó las cejas una pizca, aunque no tuve claro si lo hizo por escepticismo o por admiración.

—Los wights buscan una calavera. Una calavera muy especial —continuó Noor—. ¿Vosotros tenéis algo parecido por aquí?

Arqueó las cejas todavía más.

—Somos reanimadores. Tenemos montones de calaveras.

Seguí hablando:

—Vale, pues hemos venido con un equipo de gente que está esperando al otro lado del portal. Amigos e ymbrynes. Hemos lidiado otras veces con esos wights y sabemos cómo detenerlos.

—Solo tienes que dejar entrar a nuestros compañeros —explicó Noor—. Antes de que los wights encuentren la. la calavera. La calavera alfa.

Josep tosió para aclararse la garganta.

—Ayer por la noche, un grupo de extraños muy violentos irrumpió en el bucle planteando exigencias y profiriendo amenazas. Trajeron consigo un monstruo, que está sembrando el terror en nuestras apacibles calles. Y ahora venís vosotros a contarnos historias raras acompañados de un ejército que, por lo que decís, os está esperando en el portal. Estaría loco si los dejara entrar. De haber seguido el protocolo, ya estaríais los dos muertos.

Lanzó una mirada al niño de los tirantes, como si lo estuviera considerando.

—Pero será mejor que antes tomemos una limonada.

\* \* \*

Josep nos guio por el interior de la casa con andares cansinos. Era una vivienda de techos bajos, sombras pesadas, voces murmurantes, maderas oscuras. En todas las habitaciones había plantas de aspecto alienígena que florecían en una oscuridad casi total. Y parados por los rincones, hombres y mujeres adultos, todos inmóviles, silenciosos como gatos.

—Los extraños empezaron a cruzar el portal ayer por la noche —relató Josep—. Enviamos a nuestros soldados resucitados a matarlos, pero su monstruo los destrozó. Se encaminaron directamente a Gravehill y pensamos que tras eso nos dejarían en paz. En vez de eso volvieron y secuestraron a Saadi, nuestro alumno más brillante, para llevarlo al monte con ellos.

Más y más niños se estaban congregando detrás de nosotros. Nos seguían a distancia segura, sin dejar de susurrar.

—Entonces empezaron los ruidos —decía Josep—. Chirridos, explosiones. Están excavando tumbas.

—La calavera alfa —volví a intentar—. ¿Significa algo para ti?

—Sí. Gravehill es lo que indica su nombre, un monte de antiguas tumbas. Mucho antes de que llegáramos, antes incluso de que los europeos se asentaran en los Estados Unidos, esta zona ya albergaba una colonia de peculiares. Enterraron a sus líderes más importantes en las entrañas del

monte, incluido un famoso jefe tribal. Si hay huesos ahí arriba imbuidos de poder peculiar, son los suyos. Ahora bien, los sepulcros son antiguos y no están señalizados, de modo que dar con un cráneo en concreto resultaría muy complicado.

—Seguro que es eso lo que están haciendo —dije—. Lo están buscando.

Pasamos junto a una alacena que contenía tarros de cristal con órganos conservados en formaldehído. El tufo bastaba para aturdirte y me recordó al antiguo sótano de Enoch, que albergaba su laboratorio. Accedimos a una sala con una serie de ventanas que daban a una calle en pendiente. Estábamos en la falda de la montaña.

Josep permaneció de pie, aunque había sillas por todas partes. El grupo de niños se quedó fuera, supongo que por respeto a su cabecilla.

El semblante de Josep empezaba a expresar preocupación, si bien todavía no había decidido qué hacer con nosotros. Yo estaba pensando en nuestros amigos, que seguían esperando en la entrada del bucle, y en los wights de la montaña, pero me pareció mejor no presionarlo.

Josep hizo chasquear los dedos.

—Hombre, tráenos limonada.

El criado que estaba plantado en la esquina, en el que no había reparado hasta ese momento, se despabiló y salió de la sala arrastrando los pies.

—¿Los controlas mentalmente? —preguntó Noor.

—No, no. Están muertos.

Por la cara que puso Noor, creo que se sintió descompuesta. Me parece que yo también.

—Todos los adultos del bucle son cadáveres —explicó Josep—. Solo los niños están vivos.

Nos quedamos de piedra.

Pareció que le molestaba nuestra reacción.

—¿Nunca habéis oído hablar de Hopewell? —preguntó, ahora con la barbilla una pizca más alta—. Esto es un conservatorio para los reanimadores más brillantes. Los jóvenes acuden aquí a perfeccionar sus habilidades y practicar la reanimación de muertos más arcana y sofisticada que existe, no para organizar sesiones de espiritismo ni ponerse a disposición de cualquier pariente bobalicón que desea preguntarle al difunto tío Harry dónde escondió el oro de la familia.

Mientras hablaba, el criado reanimado renqueó al interior de la sala llevando una bandeja con vasos de cristal. Josep miró una mesa auxiliar, hizo un gesto con la cara —bien podría haber sido un tic involuntario— y el hombre giró hacia la mesa, dobló la cintura y dejó la bandeja.

—La mayoría imagina a los reanimados como zombis putrefactos. Pero ese no es nuestro caso. Aquí los muertos huelen bien y visten con elegancia. Con las instrucciones adecuadas pueden hacer prácticamente lo mismo que un ser vivo.

En ese momento el criado trastabilló. Una sombra de irritación cruzó el semblante de Josep. El chico tomó dos vasos de la bandeja y nos los ofreció.

—¿Limonada?

Aceptamos la bebida, aunque no teníamos ninguna intención de probarla. Fuera como fuese, tenía cada vez más claro que Josep intentaba impresionarnos, de manera que le seguí la corriente.

—Esto que cuentas es alucinante —le dije—. ¿Y cómo los mantenéis frescos? ¿Duermen en neveras?

Miré a Noor y solté una risa falsa. Ella captó la idea y fingió una risita a su vez.

—Ja, ja. No, qué va. —El humor de Josep estaba mejorando—. Forman parte del bucle, así que sus cuerpos se reinician junto con todo lo demás. Murieron en paz mientras dormían. El bucle se creó al día siguiente.

—¿Todos? —me extrañé—. ¿Cómo?

—Hubo un accidente en la planta química. Escapó una sustancia letal y la población al completo se asfixió en sueños. Los adultos, al menos. Casi todos

los niños estaban de acampada.

—Ay, Dios mío —me horroricé. Juraría que palidecí.

—Una tragedia, sin duda —dijo—. Sin embargo, gracias a una ymbryne espabilada y a un resucitador con espíritu emprendedor, nació un maravilloso laboratorio de aprendizaje. Los habitantes del pueblo no solo nos brindaban infinitas oportunidades de practicar nuestro arte, sino que les damos utilidad de otras maneras, como podéis comprobar. Los usamos como sirvientes. Cocinan, limpian, nos hacen de guardaespaldas. —Sonrió por primera vez desde que habíamos entrado—. Vaya, me he dejado llevar por el entusiasmo. No recibimos muchas visitas, aparte de los nuestros, y reconozco que estoy orgulloso de lo que hemos creado aquí. Esto es el futuro, tal como yo lo veo. Los muertos del mundo superan holgadamente en número a los vivos. ¿Por qué no darles uso?

—Tienes motivos de sobra para estar orgulloso. —Dejé mi limonada intacta sobre la mesa—. Has trabajado duro para crear este sitio. Pero los wights lo destruirán si no haces nada por evitarlo.

Josep suspiró. Estaba a punto de decir algo cuando una niña pequeña asomó la cabeza por la puerta.

—Disculpa, Josep.

Al volver la cabeza, vimos que dos niños más entraban en la sala: una niña muy mona de unos diez años, envuelta en un delantal manchado de sangre y calzada con botas de agua, y un niño en silla de ruedas más o menos de la misma edad. Una mujer en bata, con la boca laxa y los ojos en blanco, empujaba la silla.

Josep los miró con mala cara.

—Eugenia, Lyle, os he dicho que os quedarais en la habitación hasta que esto hubiera terminado.

—¿De verdad han venido a expulsar a los extraños? —preguntó el pequeño, esperanzado.

—Sí —respondió Noor.

—¿Y a su monstruo? —añadió la niña con lágrimas en los ojos—. Ayer estuvo rondando la puerta de mi habitación. Me parece que me estaba olisqueando.

Josep estaba a punto de soltarles un grito cuando su expresión cambió. Se volvió a mirarme.

—No pienso permitir que nadie destruya este sitio —declaró—. Pero tampoco voy a dejar que entren más descocidos solo porque tú lo digas.

—Me parece muy bien —respondí—. ¿Qué puedo hacer para demostrarte que digo la verdad?

—Los extraños trajeron a dos huecos con ellos. Uno está en Gravehill, para protegerlos mientras trabajan. La otra patrulla por el pueblo, con el fin de que no los molestemos. —Avanzó un paso hacia mí. Su mirada se tornó más intensa—. Permitiré la entrada a tu equipo con una condición.

—Lo que tú digas —respondí. Noté un aleteo de miedo en la barriga.

—Demuéstrame que eres quien dices ser. —Sus ojos se posaron un momento en la niña—. Si de verdad tienes un don para cazar a esos monstruos, acaba con este. Si lo haces, abriré el portal a tu gente.

Me recorrió una descarga de terror, pero noté asimismo una chispa de esperanza. Esperanza de ser tal vez más fuerte de lo que pensaba. Mejor. Más valiente.

Noor me aferró la mano.

—Puedes hacerlo —me susurró.

Dije:

—Llévame al lugar donde lo visteis por última vez.

\* \* \*

Reunimos a treinta y dos muertos de Hopewell en el jardín delantero, con la intención de crear la ilusión —para un hueco, al menos— de que se celebraba una especie de fiesta en el jardín. Josep, que había accedido a echarnos una mano, controlaba a los cadáveres con ayuda de otros tres reanimadores. Lyle y Eugenia los dirigían asomados a las ventanas del caserón victoriano; el niño de los tirantes y el propio Josep, desde la casita de enfrente. Noor y yo nos habíamos escondido calle abajo, agachados en el asiento delantero del coche más grande que pude encontrar, un Dodge Deluxe del mil novecientos cuarenta y pico con un morro parecido a un ariete.

El hueco que patrullaba el pueblo hacía rondas regulares, nos explicó Josep, y los abundantes residuos que encontré en la calle, a la altura del caserón, me confirmaron que había pasado varias veces por la manzana. Deduje igualmente que si mi brújula interior andaba desorientada se debía a que pululaban dos huecos por este bucle: a uno ya lo conocía, mientras que el otro era nuevo. Cuando los imaginaba como dos entes separados me resultaba más fácil distinguir cada una de las señales. Si estos wights eran los mismos que habían huido del Acre del Diablo, seguramente seguirían viajando con el

hueco que rescataron del sótano del panbucleticón. Esa, suponía, debía de ser la señal conocida. Estaba lejos. Seguramente en lo alto de Gravehill, con los wights. El hueco que patrullaba por el pueblo andaba cerca, cada vez más.

Como cabía esperar, no pude convencer a Noor de que me dejara enfrentarme al monstruo a solas y, a decir verdad, tampoco me apetecía hacerlo sin ella. Así que no me empeñé en disuadirla.

Nos sentamos juntos en el Dodge, agachados a la altura suficiente como para poder asomarnos por encima de ese volante que parecía el timón de un yate, con los ojos fijos en el final de la calle. Esperando. Los muertos, deambulando por el jardín, trastabillaban en círculos apáticos.

De vez en cuando oíamos otra explosión lejana, mientras los wights proseguían sus excavaciones.

Yo notaba un nudo enorme en el estómago.

—Deben de estar frenéticos ahí fuera —comentó Noor—. Nuestros amigos, quiero decir.

Había arrancado un rayo de luz del aire y ahora lo estrujaba entre los puños.

Empezó a tararear. La misma melodía de siempre.

—¿Tiene letra? —le pregunté.

Asintió.

—Es una canción que aprendí de niña —me explicó. Y entonces alzó la vista, levemente sorprendida, como si acabara de caer en la cuenta de algo—. Me la enseñó mi madre.

—¿De verdad?

—«Cántala cuando estés en apuros» —citó—. «Te ayudará a sentirte mejor». —Me miró—. Casi siempre funciona.

Y entonces, apenas un momento antes de verlo, lo sentí. Me puse tenso y me incliné hacia delante hasta apoyar la barbilla contra el volante.

Noor dejó de canturrear.

—¿Lo ves?

Lo avisté en ese preciso instante. Apareció por detrás de una casa hasta perfilarse ante mí, hacia el final de la manzana.

—Está allí. ¿Ves la sombra? Maldita sea, es de los feos.

Decir que era feo no bastaba para describirlo. Tenía delante al hueco más enorme y repugnante en el que había puesto los ojos, de casi tres metros de altura, incluido el abismo de su boca negra, de medio metro. Sus afilados dientes eran tan grandes que los distinguía a pesar de la distancia y sus tres lenguas, gruesas como pitones, azotaban el aire a su alrededor. Y este hueco,

a diferencia de los otros que había visto, tenía pelo, largo, correoso, negro, colgando de su cabeza encostrada en grandes mechones apelmazados. Parecía un caos andante, un ser de pesadilla. Y era lógico, por cuanto estaba allí para aterrorizar y acobardar a los reanimadores. Si bien no lo veían como yo, la inconfundible y devastadora sombra que proyectaba, mezcla de monstruo marino y gorila, ofrecía una estampa tan horrible como el propio ser.

Zigzagueó de lado a lado de la calle bajo mi atenta mirada, arrancó un buzón de cuajo con las lenguas y lo arrojó al interior de una casa por la ventana.

—¿Qué hace? —preguntó Noor.

—Viene hacia nosotros. Intenta dar miedo.

—¿Y lo consigue?

Se me erizó el vello de los brazos.

—Sí. Lo hace muy bien.

Giré la llave de contacto que había encontrado debajo del visor. El coche arrancó con un rugido. El hueco se quedó paralizado en mitad de la calzada antes de apretar el paso proyectando las lenguas hacia mí como tres periscopios.

Puse la primera marcha, con el pie clavado en el freno.

El hueco estaba ahora a tres casas del festival zombi del jardín y acelerando, usando sus lenguas para impulsarse más y más rápidamente.

Directo hacia nosotros.

Dos casas.

Toqué el claxon tres veces. En el interior de las viviendas, los reanimadores estarían mascullando, susurrando y haciendo chasquear las lenguas, tal como habíamos acordado.

Los muertos dejaron de deambular por el césped, preparados para encaminarse a la calle. Todos a una, se doblaron por la cintura y se inclinaron hacia la hierba para recoger cuchillos y machetes. Un tipo, todavía calzado con zapatillas de felpa, agarró una azada. Durante unos segundos se bambolearon sobre sus pies muertos. Luego, al momento, se apresuraron en riadas hacia la calzada para interceptar al hueco.

No esperaba que lo mataran. Los zombis solo eran el primer asalto.

El hueco intentó barrer a los muertos con sus lenguas, pero había demasiados.

Abalanzándose sobre él con las armas en ristre, les asestaban a ciegas machetazos y cortes. El hueco gritó, aunque parecía más molesto que malherido, y procedió a librarse de sus atacantes de uno en uno o por parejas.

A uno lo cortó por la mitad de un mordisco, a otro le partió el cuello, un tercero salió volando y acabó empalado en una cerca.

—Dios mío —exclamó Noor, presa de una risa nerviosa—. Los está machacando.

—Ahora me toca a mí —dije. Levanté el pie del freno y pisé el acelerador a fondo. Las ruedas chirriaron cuando el coche patinó, luego se agarraron al asfalto y salimos disparados. El impulso nos empujó contra el asiento. El camino estaba sembrado de cadáveres y vísceras ensangrentadas, pero el hueco seguía trastabillando de acá para allá según intentaba librarse de los pocos muertos que todavía llevaba encima.

—¡Agárrate fuerte! —grité.

Nos preparamos para el impacto.

El golpe fue sonoro y húmedo, un crujido por muchos frentes. Uno de los muertos rebotó en el parabrisas y lo resquebrajó, dos más salieron volando. El hueco rugió de dolor y sorpresa —lo habíamos golpeado cuando estaba de espaldas— y cayó de bruces sobre la calzada. Al cabo de un momento quedó atrapado bajo el guardabarros del vehículo, su horrible cuerpo arrastrado por el suelo.

El neumático delantero se pinchó. Pisé el freno. El coche patinó enloquecido, viró en redondo y el parabrisas trasero estalló antes de que nos detuviéramos.

Noor se volvió a mirarme, asustada.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras sus ojos me examinaban en busca de cortes y magulladuras.

Asentí, inspeccionándola a mi vez.

—¿Tú?

—¿Crees que está??

Un golpe repentino meció el coche. El morro del Dodge se despegó del suelo y volvió a caer con una terrible sacudida.

—¡Hay que salir! —grité. Abrimos las portezuelas a la vez y salimos como centellas al asfalto mientras el vehículo se elevaba antes de estamparse contra la calzada por segunda vez. El espíritu hueco, atascado debajo de las ruedas traseras, se retorcía y forcejeaba tratando de liberarse. Le grité a Noor que se alejara de las lenguas y, gracias al cielo, me hizo caso por una vez y retrocedió hacia la acera.

Yo me quedé plantado en mitad de la calle, mirando al engendro con suma atención.

No te muevas, intenté decirle en la lengua de los huecos.

El resultado fue un batiburrillo, ni del todo hueco ni del todo inglés. El monstruo no me hizo ni caso.

Basta, probé de nuevo. No te muevas.

Mejor; solo hueco esta vez. Sin embargo, el monstruo estaba demasiado ocupado levantando a pulso el Dodge con sus lenguas. Ni siquiera se había molestado en quitarse de encima al último lugareño muerto que seguía aferrado a él, un hombre desarmado y enfundado en un pijama empapado de sangre que lo arañaba con las manos desnudas sin causarle el menor daño.

Repetí las mismas palabras unas cuantas veces más mientras caminaba despacio hacia él.

—¡Por favor, lleva cuidado! —me gritó alguien. Eugenia, desde la ventana de la casa de enfrente.

El hueco consiguió por fin levantar el coche, que se estampó sobre el techo con un crujido inmenso de metal y cristal.

Túmbate, intenté. Túmbate.

Se sentó.

No te muevas.

El hueco se arrancó el hombre muerto del cuerpo y lo clavó de cabeza en un poste telefónico. A continuación, se levantó. Tenía una pierna destrozada, la dentadura rota y rezumaba una sangre negra por infinidad de pequeños cortes, todo lo cual solo servía para enfurecerlo. Únicamente le quedaban dos lenguas con las que luchar —usaba la tercera como muleta de su pierna mutilada—, pero eso era el doble de lo que necesitaba para matarme y me tenía a su merced.

Lamenté con toda mi alma no tener delante al hueco que conocía y al que ya controlaba, el del panbucleticón y las peleas sangrientas. De haber sido ese, me habría bastado chasquear los dedos para que me obedeciese en todo. Pero no, claro que no. Las cosas nunca son tan fáciles.

Basta. Siéntate. Ahora, recité.

Noté un atisbo de vacilación en su lenguaje corporal, nada más. Proyectó una lengua hacia mí que me rodeó la cintura y el pecho con dos vueltas hasta cortarme la respiración.

—¡Jacob! —gritó Noor.

—¡Atrás! —intenté advertirle sin conseguirlo. La lengua me estaba dejando sin aliento. Ahora Noor se acercaba a mí, al igual que dos de los reanimadores que habían salido de sus casas seguidos de más cadáveres.

—¡No! —quise gritar, aunque solo conseguí toser—. ¡No os acerquéis!

El hueco me atraía hacia sí arrastrando mis pies por el suelo contra mi voluntad. ¿Acaso este engendro era distinto a los que había dominado en el pasado? Más grande, más fuerte, con una mente blindada. ¿Habrían tomado nota los wights tras nuestros enfrentamientos en el Acre del Diablo y, no sé, actualizado de algún modo los programas de los cerebros huecos?

—¡Suéltalo, desgraciado! —rugió Noor.

Eso captó la atención del monstruo. Se detuvo, dio media vuelta y fue entonces cuando vi lo que Noor acababa de hacer: un remolino de oscuridad que abarcaba toda la calle a lo ancho en mitad de un día soleado. Su voz surgía del centro de esa negrura. Era una mancha tan grande como para crear un escudo visual y tan extraña que el hueco se quedó desconcertado.

Cuando proyectó su lengua libre hacia la oscuridad, buscando el origen de la voz, por poco me estalla el corazón. Por fortuna, la lengua volvió a salir de vacío.

—¡Ni te has acercado! —se burló Noor, cuya voz sonaba ahora a la derecha.

El hueco atacó nuevamente, otra vez sin resultado.

—¡Has vuelto a fallar! ¡Qué torpe eres!

El monstruo estaba tan enfadado y distraído que aflojó una pizca la presión en mi cuerpo. En cuanto fui capaz de hablar, empecé a susurrarle en hueco.

Suéltame, siéntate, para.

El espíritu hueco asestó otro golpe, esta vez desplazando la lengua en horizontal a través de la oscuridad, como si empuñara un bate de béisbol, y de nuevo me invadió el miedo por la vida de Noor, pero ella debía de haberse tirado al suelo.

La oí gritar:

—¡A ver si aprendes a batear, patoso!

Atacó al momento, con rabia, y en esta ocasión escuché un nauseabundo impacto junto con una exclamación femenina: Ughhh.

Con el corazón en un puño, grité «¡BASTA!» en inglés. No sirvió de nada. El hueco rescató su captura de las sombras.

No era Noor.

Era la adolescente muerta de la casa —la fan de Elvis Presley—, que, mientras el monstruo la izaba para verla mejor, empezó a cantar un tema antiguo del rey del rock con una voz chirriante y desafinada.

Cuando el hueco rugió enfadado, la chica, sin inmutarse, sacó el cuchillo que ocultaba en el bolsillo y se lo clavó en el ojo derecho.

El chillido fue tan intenso que reverberó en el aire de la calle. Acto seguido, el monstruo le arrancó la cabeza a la zombi y lanzó su cuerpo convulso a un tejado.

Suéltame, grité en el silencio estupefacto que se hizo a continuación. El lomo del hueco se tensó. Giró la cabeza hacia mí como un perro que escucha el silbido de su amo.

Suéltame, repetí. Y esta vez me dejó en el suelo y desenrolló la lengua de mi cintura.

Gracias a Dios.

Por lo visto, el cuchillo clavado en el ojo lo había debilitado, tanto física como mentalmente. Yo no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Cierra la boca.

Devolvió las tres lenguas a la boca y cerró las fauces. Privado de su muleta, empezó a bambolearse hasta caer sentado.

La oscuridad se esfumó al instante y vi que Noor se levantaba del suelo, donde se había tumbado boca abajo. Me inundó el alivio.

—Nos hemos librado por los pelos —dijo, buscando mis ojos—. Madre mía, ¿te encuentras bien? ¿Puedes respirar?

—Podré —respondí entre toses—. No te acerques.

No lo hizo.

Llévate las manos a la cabeza.

El hueco obedeció.

—¿Puedes pedirle que haga la croqueta y pida un premio? —preguntó Lyle mientras cruzaba la puerta de la casa con cautela, en su silla de ruedas.

—Me parece que ya ha tenido premios de sobra —respondió Eugenia.

Noté que el cuerpo del hueco se relajaba. Había dejado de oponer resistencia.

—Ya es seguro —anuncié—. Ahora está bajo mi control.

Noor corrió calle abajo, saltando por encima de los cadáveres escampados, para echarme los brazos al cuello.

—He flipado contigo —me dijo—. Ha sido una pasada.

—Yo sí que he flipado contigo —le susurré—. Si no hubieras hecho eso del torbellino.

—Ni me he parado a pensarlo. Me ha salido.

—Aunque he pasado un miedo horrible. Por favor, no te burles de los huecos. —Casi, casi se me escapó la risa—. Les revienta.

Los niños reanimadores habían salido de las casas para acercarse a nosotros, si bien todavía permanecían a una distancia prudencial.

Y también había más resucitadores asomados a las ventanas de las casas cercanas, aunque solo aquellos que ya nos conocían se atrevían a salir a la calle.

Josep se aventuró a caminar entre la matanza. Parecía profundamente impresionado ante la hazaña.

—Había oído decir que ya no quedaban cazadores de huecos. Por eso cuando has afirmado que tú eras uno he supuesto que mentías. Pero lo eres de los pies a la cabeza.

—¿Ahora dejarás entrar a los demás? —pregunté.

—Ya he retirado la protección de la puerta.

Y en la calle que discurría a nuestra espalda se dejó oír el sonido más dulce del mundo. Mi nombre, pronunciado a gritos por Bronwyn Bruntley.

DOCE

Nuestra reunión, aunque alegre, fue breve y en parte estuvo ensombrecida

por la siniestra escena que ofrecían los cadáveres desparramados por la calle, cuya presencia traté de explicar a toda prisa. Las ymbrynes habían pasado largo rato tratando de forzar el sello del portal, que los reanimadores habían bloqueado tras la invasión de los wights y que Noor y yo habíamos burlado por pura chiripa. Pasada una hora, miss Peregrine y miss Wren estaban a punto de darse por vencidas y salir volando en busca de algún otro método, más extremo, de abrirse paso, cuando la puerta cedió por sí sola. La espera había sumido a mis amigos en la preocupación y en la desesperación, mientras Hugh temblaba de pura rabia. Todo el mundo estaba furioso con los reanimadores. De momento, sin embargo, había asuntos más importantes que atender.

Por ejemplo, los wights de la colina. Sí, estaban allí arriba. La presencia de los huecos me lo había confirmado aún antes de que los reanimadores nos contaran su historia. Y sí, los wights habían venido para hacerse con la calavera de la lista de Bentham. Teniendo en cuenta que llevaban inspeccionando Gravehill desde la noche anterior, no tardarían demasiado en encontrarla. Con cada mala noticia que recibían, las caras de mis amigos se desencajaban un poco más.

—¿Iba una chica con ellos cuando llegaron? —le preguntó Hugh a Lyle, haciendo un gran esfuerzo para no estrangularlo. Se la describió.

—Yo vi a una chica con ese aspecto —dijo Eugenia—. Llevaba grilletes en los pies.

Hugh se quedó lívido y Bronwyn tuvo que sujetarlo para evitar que saliera corriendo hacia la colina en ese mismo instante.

Todos estábamos deseando pasar al ataque. Pero antes teníamos que discurrir un plan.

—¿Sabrán que estamos aquí? ¿Tú qué crees? —me preguntó Emma con la mirada perdida en el monte.

—Si aún no lo saben, pronto lo descubrirán —opinó miss Peregrine—. Estarán esperando a que el hueco del pueblo les pase el parte y cuando vean

que no aparece. —Miró al monstruo herido. Como estaba cubierto de sangre humana, se adivinaban sus contornos—. Si queremos aprovechar el factor sorpresa, suponiendo que todavía contemos con él, tenemos que ponernos en marcha cuanto antes.

—Disculpe, miss —intervino Millard, cuya voz parecía surgir del aire—. Pero usted no puede acompañarnos.

—¡Pues claro que sí! —exclamó la ymbryne con voz cascada. Sus rasgos empezaban a reflejar un tremendo cansancio.

—Es usted el último ingrediente —objetó Horace—. Si encuentran la calavera alfa y la apresan.

Miss Peregrine se dispuso a discutir. Por suerte, miss Cuco y miss Wren intervinieron. Miss Wren le propinó unas palmaditas en el brazo.

—Tienen razón, Alma. Todas somos madres de nuestros pupilos, pero tú eres además la hermana de Caul. Si esa lista infernal hace referencia a alguna de nosotras, no me cabe duda de que es a ti.

—Debes quedarte en la retaguardia —asintió miss Cuco—, por mucho que te duela.

Miss Peregrine accedió a regañadientes.

—Iré en la retaguardia, pero no pienso quedarme aquí.

Tendríamos que conformarnos con eso.

Estábamos en el jardín de los reanimadores, detrás de una valla blanca que nos separaba de la carnicería, mientras planeábamos lo que quizá fuera otra matanza. Remontaríamos juntos la colina, ocultos tanto tiempo como pudiéramos, e intentaríamos estar preparados para cualquier cosa. Hugh llevaba varios días reuniendo abejas y ahora los nuevos insectos zumbaban sonoramente en su estómago. Emma precalentó las manos. Cuando las extendió, el aire se onduló a su alrededor. Claire se había afilado los dientes de la boca trasera y los hacía rechinar para probarlos. Enoch había llenado una mochila entera de corazones en conserva y ya los estaba instalando en los cadáveres caídos.

—Puedo preparar más muertos —le dijo a Josep— si tienes alguno a mano.

—Recuerden que los wights tienen pistolas —dijo miss Cuco—. Es mejor no correr directamente hacia ellos, a menos que se encuentren ustedes muy cerca.

—Y Hugh. —empezó miss Peregrine con delicadeza, uniendo las manos como si rezara—. Si encontramos a Fiona, recuerde, por favor, que tal vez esté todavía bajo su yugo. Así que acérquese con precaución.

Él sacudió la cabeza despacio, con la mirada perdida. A continuación, con un hilo de voz casi inaudible, dijo:

—Muy bien.

Había llegado el momento de ponerse en camino.

Josep nos indicó por dónde acceder a un sendero escondido que conducía casi hasta la cima del monte. Tras una serie de instrucciones confusas repletas de revueltas y puntos de referencia, desdeñó el asunto con un gesto de la mano y dijo:

—Da igual, yo mismo os enseñaré el camino.

—¿Estás seguro? —le preguntó Eugenia—. Podría ser peligroso.

—Estas personas están dispuestas a arriesgar la vida para liberar nuestro hogar —dijo—. Lo menos que puedo hacer es arriesgar la mía para ayudarlas.

\* \* \*

Me planteé si dejar en el pueblo al espíritu hueco, pero, si no lo llevaba conmigo, mi influencia se iría desvaneciendo y tendría que domesticarlo de nuevo. Sabía que contar con un hueco nos vendría bien, por más que estuviera herido, pues íbamos a enfrentarnos a otro. Así que remontamos la colina acompañados de un monstruo enorme y renqueante. Y, si bien ahora mismo era manso como un corderito, me aseguré de que avanzara a cierta distancia de nosotros.

Aunque había algunas casas en la falda del monte, la montaña se fue convirtiendo en un enorme cementerio a medida que el terreno se tornó más abrupto.

—Igual que en mi sueño —dijo Horace, que miraba a todas partes con asombro.

Tomamos una carretera asfaltada que serpenteaba hasta la mitad del camino. A partir de allí enfilamos por un sendero umbrío, más o menos escondido bajo los árboles.

Miss Peregrine permaneció en la retaguardia —tal como había prometido, acompañada por miss Wren—, pero cada vez me preocupaba más que fuera una presa fácil si se regazaba demasiado. Tal vez habría sido mejor que no hubiera subido.

Otra explosión sacudió la tierra.

—Cada vez son más fuertes —se inquietó Bronwyn.

Ahora oíamos a los wights, aunque todavía no los veíamos. Esperaba que ellos tampoco pudieran vernos a nosotros. Por suerte, parecían confiar plenamente en que el horripilante hueco impediría que alguien se acercara a la cima. Emma nos había advertido a todos de que tal vez hubiera un par de patrullas vigilando la ladera, pero de momento no nos habíamos topado con nadie.

—¡A lo mejor sí que conseguimos pillarlos por sorpresa! —exclamó Horace en tono alegre.

Mi amigo Horace, que acudía a la batalla con chalina. Horace, que se había pasado toda la noche remendando los jerséis de lana de oveja peculiar, los mismos que varios de nosotros llevábamos puestos debajo de la ropa como cotas de malla, a pesar del calor. Cuando todo esto terminase, le diría lo mucho que lo quería.

Unos cuantos de los zombis doblemente reanimados de Enoch, con un aspecto todavía más espeluznante que antes, nos seguían arrastrando los pies. Yo dudaba de que nos sirvieran para nada; bastaría un soplo de viento para derribarlos.

Tras un ascenso largo y suave, el terreno se aplanó. Pensé que habíamos llegado a la cumbre, pero, cuando superamos la zona de árboles, vimos una segunda colina, escarpada y casi redonda, que asomaba en el centro de la meseta. Estaba salpicada de lápidas y monumentos por todas las vertientes.

Nos detuvimos cerca de la orilla del bosque. Más allá de ese punto, no tendríamos donde escondernos. Noor oscureció una pizca la zona en la que estábamos arrodillados.

—No tanto como para llamar la atención —explicó—. Solo lo suficiente para que no nos vean si miran hacia aquí.

Nos ocultamos detrás de la pantalla que había creado y alzamos la vista. Josep dijo que había una segunda meseta en lo alto del monte, de unos cien metros de anchura. La parte más antigua del cementerio. Yo notaba la presencia del segundo hueco allí arriba.

Una nueva explosión hizo temblar el monte y, al momento, una lluvia de tierra pulverizada se precipitó sobre nosotros.

—¿No destruirán la tumba que intentan excavar? —preguntó Olive.

—Hace tiempo había un peculiar en el Acre del Diablo que vivía en madrigueras —nos explicó miss Cuco—. Podía excavar túneles como si fuera un topo y provocar fuertes explosiones en la tierra. Me pregunto si lo habrán tomado como rehén.

—Conocí a ese tipo —dijo Enoch—. Era adicto a la ambrosía. Ni siquiera tendrán que someterle la mente.

—¡Allí! —cuchicheó Emma—. ¡Mirad!

Dos figuras se perfilaban ahora contra la ladera.

—Centinelas —dedujo miss Peregrine—. Que nadie se mueva.

—Espero que no nos hayan visto —dijo Bronwyn.

Los escudriñé a través de una fina pantalla de ramas. Estábamos demasiado lejos para distinguirles la cara. De habernos encontrado más cerca, me parece que habríamos reconocido a uno, o a los dos, por las fotografías de las fichas policiales. Las figuras se dieron la vuelta despacio. Nada en su lenguaje corporal revelaba nerviosismo ni sugería que conocieran nuestra presencia. Al cabo de un rato echaron a andar y desaparecieron.

—Tenemos que llegar a lo alto de la colina —señaló Hugh. Ahora enfocaba su ira con la precisión de un rayo láser—. Primera regla de estrategia bélica: nunca ataques al enemigo desde un nivel inferior. Le darías una gran ventaja.

Coincidimos en que sería imposible ascender todos juntos sin ser vistos, ni siquiera valiéndonos del talento de Noor para devorar la luz, así que nos dividimos en dos grupos. Uno se desviaría por la derecha, el otro subiría por la izquierda y, con un poco de suerte, podríamos rodear a los wights sin que nos detectasen. Puede que de hacerlo así —y cuando advirtieran que habíamos capturado a su hueco— se rindieran sin efectuar un solo disparo.

Mi cerebro, como de costumbre, era una fábrica de esperanzas.

Bronwyn correteaba de acá para allá propinando palmaditas en la espalda y masajeando hombros.

—No te detengas hasta llegar arriba —instruyó a Horace—. Y, si alguien

se te acerca, ataca sin piedad —aconsejó a Claire.

Les recordé que los wights también tenían un hueco. Y que este percibiría nuestros poderes si los empleábamos.

—Procurad no usar vuestras peculiaridades hasta que estemos muy cerca.

—Hasta que podáis mirarlos a los ojos —añadió Enoch, que se mosqueó cuando nadie le rio el chiste.

—Acordaos de los jerséis —nos advirtió Horace. Se retiró la chalina para mostrar el suyo—. Si tenéis que recibir un balazo, procurad que sea por

debajo del cuello y por encima de la cintura.

—Y ya que estáis en ello, intentad por todos los medios que no os disparen —añadió Noor—. Acabo de conoceros, chicos. Prohibido morir, ¿vale?

—Vale, señorita Noor —respondió Olive, y le abrazó las caderas (la máxima altura a la que podía abrazar una niña tan menuda como Olive a una chica alta como Noor).

Nos separamos.

Nuestro grupo estaba compuesto por Noor, Hugh, Bronwyn y yo, mientras que el otro lo formaban Horace, Millard, Emma, Enoch y Claire. Ordené al hueco que nos siguiera de lejos, lo bastante rezagado como para que, si se caía, gruñía o pisoteaba las hojas con demasiado ímpetu, el ruido no delatara nuestra posición. Enoch había dejado en los bosques a su deteriorado batallón de muertos. Se refirió a ellos como «nuestra ofensiva de emergencia» y alguien soltó una risita. Millard, que se había despojado de la ropa, haría de mensajero entre ambos grupos, de ser necesario, y Olive se había dejado convencer por miss Peregrine para quedarse atrás con ella, miss Cuco y Josep.

Miss Peregrine no subiría con nosotros. Antes de marcharnos, nos reunió para una despedida rápida.

—No hay tiempo para discursos y aunque lo hubiera dudo que fuera capaz de expresar el profundo e infinito afecto que me inspiran ustedes. Estamos a punto de afrontar peligros inconmensurables. Ninguno de nosotros sabe si caerá en la batalla o si tendremos la oportunidad de volver a reunirnos como familia unida y completa. Por eso quiero que sepan cuánto lamento cada uno de los días en que algún asunto importante me ha impedido prestarles atención plena, y si estas conversaciones o la reconstrucción de nuestros bucles me han obligado a dejar de lado mis responsabilidades para con ustedes, lo siento mucho. Ante todo, soy su tutora y su sierva. Significan para mí más que todos los pájaros del cielo y los firmamentos que los albergan. Si yo a ustedes les inspiro cariño, espero haber sido merecedora se ese afecto. — Se enjugó los ojos a toda prisa—. Gracias.

Miss Peregrine no era la única que estaba al borde de las lágrimas. Yo notaba un intenso ahogo en el pecho. Levantó la mano para despedirse en silencio y nos pusimos en marcha con un peso en el corazón.

\* \* \*

Mi grupo se desvió a la derecha y el otro fue por la izquierda. No empecé a ponerme nervioso de verdad hasta que perdí de vista a mis amigos tras la curva del monte.

Usando las tumbas como escudos, correteamos entre lápidas y monumentos lo bastante grandes como para escondernos a los cuatro. Afortunadamente, la colina estaba sembrada de sepulcros y, después de avanzar un rato en horizontal, empezamos a ascender.

Llegamos a la mitad del camino en un periquete. Empecé a preguntarme dónde se habrían metido los centinelas. Estábamos atentos por si aparecían, pero no habían vuelto a dar señales de vida desde la primera vez. ¿Qué estaban haciendo?

Me preocupé pensando si sabrían que estábamos allí y simplemente esperaban a que nos acercásemos lo suficiente para aplastarnos con facilidad.

Cruzamos a la carrera un tramo desprotegido y nos agachamos detrás de un mausoleo salpicado de moho.

—Oídme, puede que nos estén dejando acercarnos —dije. Apenas había terminado la frase cuando escuchamos una ráfaga de disparos.

Nos detuvimos en seco. Esperamos. Unos cuantos tiros más se dejaron oír en rápida sucesión.

No iban dirigidos a nosotros. Estaban atacando a nuestros amigos, al otro lado del monte.

—¡Esperad! —cuchicheé, y antes de que los demás pudieran detenerme salí corriendo por donde habíamos venido para averiguar qué sucedía.

Me detuve a descansar detrás de una cruz de piedra. Distinguía a duras penas al segundo grupo a lo lejos, al otro lado del cementerio en pendiente. Estaban acurrucados detrás de un enorme ángel de mármol. Veía las esquirlas saltando de las alas con el impacto de cada bala.

Oí unos pasos que se acercaban, pero no vi a nadie. Caí en la cuenta de que no llevaba ningún arma. En ese momento Millard estuvo a punto de tirarme al suelo.

—Iba a buscarte para decirte que no vinieras —jadeó—. ¡Emma dice que sigáis avanzando!

—¡Si los tienen acorralados! —protesté.

—Están bien protegidos y es la ocasión perfecta para tomar el otro lado del monte.

—Vale —dije—, pero enviaré a mi hueco allí arriba.

—¡No! ¡Lo vas a necesitar!

Sin embargo, yo ya lo había convocado y le estaba gruñendo órdenes en la lengua de los huecos. Tenía bien sujeto su cerebro de mosquito y confiaba en que fuera capaz de funcionar en piloto automático, al menos en parte.

Mata wights, le dije. No peculiares.

Se acuclilló como un corredor antes de la señal de salida y salió disparado por el cementerio, galopando con una pierna y tres lenguas como una especie de caballo esperpéntico.

—¡Ve! —me dijo Millard a la vez que me empujaba físicamente. Y antes de dar media vuelta vi que Emma se asomaba por detrás del ángel de mármol para lanzar una bola de fuego cuesta arriba, hacia los wights.

Cuando me reuní con mi grupo, Noor y Bronwyn me agarraron y me arrastraron a un sitio seguro.

—¡Ese no era el plan! —me reprochó Noor, roja de rabia y de miedo—. ¡No puedes salir corriendo sin más!

Pedí perdón y les conté lo que había visto. El mensaje que Millard me había transmitido. A continuación, miré alrededor y pregunté:

—¿Dónde está Hugh?

Noor y Bronwyn dieron media vuelta de un salto.

—¡Estaba aquí hace un momento! —dijo Bronwyn.

Pues ya no estaba.

—¡Ay, Dios mío! —musitó Noor, señalando algo en el suelo, a pocos metros de distancia—. Mirad.

Era un rastro de flores rosas que serpenteaba entre las lápidas.

Porras, Hugh. Serás idiota.

Corrimos siguiendo la estela de flores, ahora sin molestarnos siquiera en escondernos detrás de los sepulcros.

El tallo rodeaba un monumento a los soldados de la Guerra Civil, pasaba junto a una tumba decorada con jarrones vacíos y seguía hasta un círculo de sepulturas.

Allí, en el centro, se erguía Fiona enfundada en un vaporoso vestido blanco y cercada por profusas enredaderas en flor de un rosa intenso. Estaba de espaldas y Hugh se acercaba con tiento por detrás, repitiendo su nombre con una mano tendida.

—¡Hugh! —gritó Bronwyn—. ¡No!

Fiona se dio la vuelta. Tenía los ojos en blanco. Por alguna razón, Hugh se detuvo en seco. Bajó la vista, miró de nuevo a Fiona y le oí decir:

—Amor mío, no.

Y entonces algo me rodeó los tobillos, perdí el equilibrio y caí mientras Noor y Bronwyn se precipitaban al suelo también. La alfombra de ramas que había a nuestros pies había cobrado vida y nos envolvía tan rápidamente que pronto no podríamos mover ni un músculo.

Forcejeamos para liberarnos, pero a los pocos segundos nos habían inmovilizado por completo.

Estábamos a merced del enemigo.

Y entonces percibí la proximidad del segundo hueco.

Mascullé como pude una advertencia a los demás en el preciso instante en que el monstruo se perfilaba en lo alto del monte. Al momento llamé a mi hueco, el gigante al que había sometido un rato antes.

Emma y los demás tendrían que apañárselas sin protección durante un ratito.

—¡Fiona! —gritó Hugh—. ¡Por favor, amor mío, no lo hagas!

Las ramas nos ciñeron con más fuerza.

El segundo hueco venía directo hacia mí. Cuando notó que el otro se acercaba, se detuvo en seco, desconcertado por un momento, y cambió de postura para adoptar una de lucha.

Justo antes de que se produjera el encuentro, dos wights asomaron en lo alto del monte para investigar en qué andaban metidos los engendros.

Los dos monstruos se abalanzaron el uno contra el otro por el terreno en pendiente, saltando las tumbas como caballos de competición. Chocaron con un golpe limpio, el impacto tan intenso que salieron volando por los aires. Al momento se enzarzaron en el suelo, forcejeando y restallando las lenguas con tanta furia que no atinaba a distinguir a quién pertenecía cuál. Intenté darle órdenes a mi hueco gigante —¡Ahoga! ¡Muerde! ¡Araña! —, pero no hacía ninguna falta, por cuanto ya peleaba con todas sus fuerzas.

Ahora el ser no solo luchaba por mí, sino por su propia vida.

Era igual que contemplar una batalla entre dos ruidosos monstruos marinos. Advertí que la pierna rota del hueco no le suponía demasiada desventaja. A una distancia tan corta, los afilados dientes y las lenguas prensiles decidirían la victoria. Nunca pensé que llegaría a ver algo parecido, sinceramente. El espectáculo era hipnótico.

Noor se debatía para liberarse sin resultado.

—¿Qué está pasando? —me preguntaba.

Intenté retransmitírselo, pero sucedía tan deprisa que no me daba tiempo.

El hueco de los wights sujetó al mío por el cuello con dos brazos y la única lengua que le quedaba. Pronto percibí cómo el que yo controlaba perdía fuerza vital. Ahora estaban entrelazados y ninguno de los dos podía moverse; el hueco de los wights no se atrevía a soltar al mío por miedo a que sus afiladas mandíbulas le cortaran la última lengua. Súbitamente, el segundo

hueco alargó un brazo hacia atrás, arrancó una lápida del suelo y se la estampó al otro en la cabeza.

Noté como se apagaba su conciencia.

Había muerto.

Y nosotros moriríamos muy pronto, seguro.

Los dos wights descendieron hacia nosotros junto con el hueco superviviente.

Empecé a susurrarle al monstruo, el mismo que había controlado en el antro de los deportes sangrientos y en la cámara del panbucleticón. No reaccionó. Tendría que estar más cerca y hablar más alto para restablecer la conexión. ¿Cómo hacerlo, si los tallos de Fiona me sujetaban al suelo?

Los wights vestían un atuendo informal, escogido para ayudarlos a pasar desapercibidos en el mundo moderno. Los reconocí por los retratos de las ymbrynes. Uno era pecoso y con el cuello grueso: Murnau. Portaba una mochila de piel a la espalda. El otro era delgado y llevaba unas gafas redondas en la punta de su nariz aquilina. Había un tercer hombre tras él, cuyo rostro era un amasijo de carne informe.

Los disparos todavía se dejaban oír al otro lado de la colina. Nuestros amigos seguían luchando. Así pues, había esperanza.

Los wights estaban ahora entre nosotros. Arrogantes, afectados. Detrás de ellos, el hueco supuraba por varias heridas lanzando pequeños gemidos de dolor. El hombre de la cara arruinada le susurró algo a Fiona. Murnau se dirigió a mí.

—Un intento loable, chico. Estoy impresionado. Si no malgastaras tu talento con los pájaros, podríamos hacer estragos juntos. Vaya, vaya.

—A lo mejor todavía podemos entendernos —dije.

—Has tenido numerosas oportunidades de unirte a nosotros y siempre te has negado. Es demasiado tarde. E igualmente llegas demasiado tarde para detener esto. —Hundió la mano en la bolsa y sacó un cráneo, oscuro por el paso del tiempo y sin mandíbula—. A menos que hayas venido por otra razón. ¿De excursión por las montañas de Catskill?

Volvió a guardar la calavera mientras murmuraba algo así como «el maestro estará encantado conmigo», pero yo no le escuchaba. En vez de eso intentaba desesperadamente, entre dientes, recuperar cierto control sobre el hueco de Murnau.

En ese momento sonó un zumbido intenso. Todos nos volvimos a mirar a Hugh. Tenía la boca abierta para dejar salir a sus abejas.

Murnau le gritó unas palabras al hombre de la cara destrozada, que se volvió a su vez para chillarle algo a Fiona. Ella dio un respingo y, al momento, un tallo serpenteante le tapó la boca a Hugh.

Él abrió unos ojos como platos, horrorizado.

—¡Mmmmmf!

Tan solo unas pocas abejas habían escapado de su interior. El wight delgado propinó un sopapo al aire y mató una.

Comprendí que el tipo del rostro deforme controlaba la mente de Fiona. No era un wight, sino un adicto a la ambrosía, la mayoría de los cuales se habían aliado tiempo atrás con nuestros enemigos. El control mental debía de ser su habilidad peculiar.

Yo seguía tratando de dominar la mente del hueco, pero el monstruo se resistía.

—Dejadnos marchar —dijo Bronwyn— y os perdonaremos la vida cuando esto haya terminado.

Murnau soltó una carcajada.

—En cuanto a ti. —dijo, arrodillándose junto a Noor—. ¿Cómo va la búsqueda de mamá? ¿Piensas que se muere por volver a verte? ¿Por eso te abandonó, porque quería mucho a su niñita?

Noor miraba a otra parte, con la mandíbula tensa.

—Muérete, imbécil —le escupí.

—El chico salta en defensa de su amada. Qué romántico —suspiró—. Bueno, ya está bien. Me estoy aburriendo. Y tenemos que coger un avión.

Se levantó y, hundiendo la mano en su chaqueta, extrajo una pistola.

—¿Quién quiere ser el primero en morir?

En ese momento oí un ruido parecido a una sábana al viento. Un pájaro lanzó un graznido agudo antes de estamparse contra la cabeza de Murnau.

Miss Peregrine.

Cuando Murnau cayó al suelo, el arma le resbaló de la mano. Trató de ahuyentar al pájaro con las manos desnudas, pero ella le desgarraba la cara sin dejar de agitar sus poderosas alas.

—¡¡¡Aghh!!! ¡Suéltame!

El wight delgado se unió a la refriega.

—¡Jacob! —Era Noor. Volvió la cabeza hacia mí para mostrarme la boca abierta. Una luz brilló en el fondo de su garganta—. Tenía esto guardado. Un solo disparo. ¿A quién apunto?

Miss Peregrine estaba encima de Murnau. Así que señalé al adicto a la ambrosía.

Ella emitió un sonido como si se hubiera atragantado, tosió y por fin escupió una esfera ardiente de pura luz hacia la hierba, justo por encima del suelo. La bola de luz envolvió las pantorrillas del adicto a la ambrosía, que chilló de dolor —la esfera debía de estar al rojo vivo— y se desplomó en la tierra.

Oí otro graznido. Era miss Peregrine. El hueco la había arrancado de la cara de Murnau y ahora agitaba el pájaro en el aire con la lengua.

La tenían. Y eso significaba que habían reunido todos los ingredientes. De súbito, la rabia y el miedo me cegaron. Tenía que hacer algo, y cuanto antes.

Murnau se estaba levantando.

Y entonces oí un fuerte resuello. Fiona. Noté que la planta trepadora aflojaba la presión a medida que su mirada empezaba a enfocarse. El control mental del adicto se había debilitado.

Murnau gritó algo ininteligible y corrió hacia él con una ampolla en la mano. Se arrojó encima del adicto para verterle en los ojos el contenido.

La trepadora cedía, aunque despacio. Lo suficiente para que yo pudiese extraer un brazo, una pierna. Y para que Hugh soltara sus abejas. Brotaron a raudales, directas hacia sus objetivos: los wights, el hueco.

Dos rayos de luz surgieron de los ojos del adicto. El hombre gritó mientras se daba la vuelta para levantarse. Murnau, haciendo caso omiso de los picotazos de las abejas —ya tenía la cara ensangrentada por los arañazos de miss Peregrine—, empujó al adicto para colocarlo de cara a Fiona.

De nuevo, la chica se puso rígida. Las plantas empezaron a tensarse.

Liberé la pierna de un tirón antes de que la presión me impidiera moverla. Bronwyn y Noor seguían capturadas.

Pero Murnau no se había percatado de mi maniobra. todavía.

Corrí hacia el hueco, que sostenía a la ymbryne sobre su boca abierta como si fuera un bombón, a punto de devorarla.

Estampé el cuerpo contra el monstruo y me abracé a su cuello. Noté su conmoción, la sorpresa que sentía al ser atacado por un ser tan débil, y eso me concedió un segundo de ventaja.

Le agarré la cara con los brazos.

ESCÚCHAME, grité mientras pegaba mi frente a la suya. Clavé la mirada en sus ojos negros y llorosos. Eres mío, mío, mío.

Y funcionó.

Hola, viejo amigo.

Suéltala.

Soltó a miss Peregrine. En ese momento noté un dolor agudo en la espalda. El wight escuálido me había golpeado con algo.

Me aferré al hueco. No pensaba despegarme de él.

Mata.

El hueco proyectó la única lengua que le quedaba. El wight murió al instante.

Oí gritar a Noor. Y a Bronwyn.

Date la vuelta.

El monstruo se dio la vuelta. Ahora el adicto a la ambrosía le gritaba algo a Fiona. Le brotaba humo de los ojos y la carne de la cara se le derretía, mientras los tallos de la planta se movían como nidos de serpientes. Las chicas y Hugh hacían esfuerzos por escapar de la enredadera, que los constreñía cada vez más.

Mata. Mata. Mata.

La lengua del hueco le arrancó la cabeza al adicto. Las luces de sus ojos dieron vueltas por la pendiente cuando su cráneo rodó colina abajo.

Los tallos se desenrollaron por fin, cayeron inertes al suelo. Mis amigos se desplomaron sobre la tierra, incapaces de respirar. Cuando Fiona vio lo que había hecho, gimió horrorizada.

Date la vuelta.

Miss Peregrine estaba viva —gracias a Dios— y recuperando su forma humana. Así pues, no estaba malherida.

Miré a Murnau, que estaba escapando a la carrera. Le ordené al hueco que lo persiguiera, pero apenas había avanzado diez pasos cuando una ráfaga de balas punteó la tierra y las piedras a mi alrededor. Alguien estaba cubriendo la huida del wight. Un disparo alcanzó al hueco en la pierna, que se tambaleó.

—¡No lo persiga! —me gritó miss Peregrine—. ¡Coja a los demás y pónganse a salvo!

Rodeamos a Fiona. Hugh la levantó en brazos y ella se dejó transportar, desfallecida. No quiso que lo ayudáramos y cargó con la chica él solo, con la cara tensa del esfuerzo y surcada de lágrimas de dolor.

Obligué a miss Peregrine a acompañarnos, aunque sabía que el instinto la impulsaba a perseguir a Murnau. Eso era seguramente lo que él habría querido.

Corrimos al otro lado del monte justo a tiempo para presenciar algo alucinante. Mis amigos ya no estaban escondidos detrás del ángel de piedra, sino que se abalanzaban colina arriba contra el resto de los wights, que huían despavoridos. En la retaguardia avanzaba un batallón sumamente ecléctico:

miss Wren montada en un oso torvo, una docena de los enclenques muertos de Enoch y un número sorprendente de americanos. Una norteña que remontaba la cuesta con un árbol mediano debajo del brazo, con ramas y todo. Un californio que hacía rodar un peñasco ante sí. Un niño que echaba chispas por las manos. Y varios tipos con pinta de vaqueros que, armados con escopetas, disparaban una cortina de balas para despejar el camino.

Tomaron el monte al completo y en un periquete nuestro ejército había matado o capturado a seis wights y a varios de los adictos tránsfugas.

Murnau había logrado escapar y se había llevado consigo la bolsa con los ingredientes de Bentham. Las ymbrynes organizaron una patrulla de búsqueda, aunque sin muchas esperanzas de dar con él.

A pesar de todo, miss Peregrine estaba a salvo y habíamos rescatado a Fiona.

Fiona.

Caray, qué alegría volver a verla. Nos reunimos entre las excavaciones de la cima de Gravehill —un terreno destrozado, sembrado de hoyos, huesos y tierra amontonada— para evaluar la situación.

Hugh no había soltado a Fiona ni un momento desde que la enredadera lo había dejado marchar, pero finalmente accedió a que las ymbrynes la examinasen.

Inquietos, nos acercamos. Hablándole con suavidad, las ymbrynes le hacían preguntas. Si bien Fiona parecía confusa, ya no estaba hipnotizada. Sus ojos, aunque enrojecidos e hinchados, habían vuelto a la normalidad. Tenía hematomas en los brazos y la cara.

—¿Se los hizo en el accidente de autocar? —le preguntó miss Peregrine.

Fiona asintió.

—¿La lastimaron de algún otro modo?

Parpadeó varias veces y agachó la cara.

—¿Cariño? —le dijo Hugh, a la vez que le tomaba la mano—. ¿Te hicieron daño?

Ella cerró los ojos.

—Por favor, cuéntamelo —le suplicó él—. Dime qué te hicieron.

Fiona abrió los ojos. Miró a Hugh y asintió despacio.

Abrió la boca. La sangre brotó entre sus labios, le corrió por la barbilla y manchó su vestido blanco.

Lengua de brotasimiente, recién cosechada.

Murnau había cogido lo que necesitaba, a fin de cuentas.

TRECE

Llevamos a Fiona al Acre del Diablo, directamente a Rafael, el

remiendahuesos, que inició enseguida el tratamiento. Hugh no se separaba de su lado, como tampoco los demás. Nos apiñábamos en su habitación para hablar con ella, contarle lo que había sucedido en su ausencia y hacerle compañía con la esperanza de que se sintiera de nuevo en casa, aunque el hogar que había dejado atrás —el de miss Peregrine— había desaparecido para siempre.

Pensábamos que unas dosis de alegría fingida la animarían.

Enoch le arrancó la primera sonrisa cuando le contó que se había caído al canal y, cuando salió, llevaba una de las cabezas arrugadas del puente aferrada con los dientes a la pernera del pantalón. Y pronto nuestra alegría de pega adquirió un cariz más auténtico.

Estaba viva.

Fiona estaba viva y de nuevo entre nosotros. Sí, estaba malherida. Y, sí, Murnau seguía ahí fuera, en alguna parte, con la lengua de Fiona, la calavera alfa y el resto de los ingredientes de la diabólica lista de Bentham. Pero no había capturado a miss Peregrine y nunca lo haría.

Intentábamos convencernos de que le habíamos vencido. Y además les habíamos dado una lección a los wights. Todos menos uno estaba muertos o presos, así como sus huecos. Yo me llevé el último al Acre para dejarlo donde lo controlé por primera vez, en el viejo recinto donde antes se celebraban las peleas con osos torvos. Solo Murnau había escapado, por lo que sabíamos, y si de verdad era importante que la lengua de Fiona estuviera «recién cosechada», bueno, el tiempo corría en su contra.

Todo indicaba que habíamos vencido.

Los wights que capturamos en el bucle de los reanimadores emanaban un aire melancólico y derrotado nunca visto. Noor y yo nos cruzamos con ellos en el Acre al día siguiente de nuestro regreso, cuando los llevaban encadenados y cabizbajos a una sala de interrogatorios en casa de Bentham. Yo no pensaba acercarme, pero Noor pegó un bote en cuanto los vio y dijo:

—Ay, Dios mío.

Y antes de que me diera cuenta me estaba arrastrando para que nos acercáramos a ellos.

Un soldado de la guardia ciudadana nos impidió aproximarnos demasiado.

—Son ellos —dijo con voz temblorosa. Levantó el brazo y señaló a dos de los wights: un hombre y una mujer que me sonaban de algo—. Son las personas que me vigilaban en el colegio.

Perdí el aliento un momento cuando até cabos. Eran los jefes de estudio. Los profes que estuvieron acosando a Noor y a los que volvimos a ver justo antes de que atacaran su escondrijo en la obra abandonada.

Los mismos que H había tomado por normales, alguna clase de sociedad secreta empeñada en controlarnos.

—Ay, mierda —musité, y le cogí la mano.

Los dos se volvieron a mirarnos y un destello de odio brilló en su mirada. A continuación, los arrastraron a través de una puerta y desaparecieron.

Más tarde, miss Peregrine lo confirmó: las ymbrynes desconocían su existencia. Hacía años que estaban en los Estados Unidos y no constaban en el registro que ellas llevaban de los wights más buscados.

Habían engañado a H. Habían enredado también a Abe —durante años— para que pensase que algún otro grupo era responsable de buena parte de los crímenes cometidos por los wights.

Me juré que nunca dejaría que uno de esos miserables volviera a engañarme.

Las ymbrynes, después de pasar un tiempo con nosotros en el Acre para asegurarse de que todo estuviera en orden, regresaron a Marrowbone con el fin de supervisar el final de las negociaciones. LaMothe y Parkins habían acudido a Hopewell en persona con sus pistoleros y, después de lo que presenciaron, decidieron sumarse a la causa ymbryne. Leo ya había accedido a hacer borrón y cuenta nueva, dijo miss Peregrine, y ahora tan solo quedaban unos pocos cabos sueltos por atar antes de que se alcanzara y firmara un sólido acuerdo de paz.

\* \* \*

Seguíamos trabajando en la búsqueda de V, si bien la investigación ya no entrañaba tanta urgencia como antes. Nuestras vidas y seguridad no dependían tanto de que la encontráramos y yo empezaba a dudar de los motivos de H. Me preguntaba si su insistencia en que diéramos con la

cazahuecos no estaría más motivada por su desconfianza hacia las ymbrynes que por el hecho de que V fuera la clave de algo crucial. No lo sabía. Sí sabía, en cambio, que para Noor era importante encontrarla. V era lo más parecido a una madre que había tenido: el último vínculo con su infancia perdida.

Millard, Noor y yo pasábamos buena parte del tiempo investigando y los demás nos ayudaban siempre que podían. Millard pensaba que estábamos muy cerca de llegar a alguna parte. Una noche, mientras cenábamos, Noor recuperó otro pequeño recuerdo de infancia, algo sobre una montaña excavada a cielo abierto, un detalle que indujo a Millard a descartar Ohio como posible ubicación del bucle de V. Así pues, únicamente quedaba Pensilvania. Por lo que parecía, solo era cuestión de tiempo.

Noor y yo pasábamos juntos casi cada minuto del día. Emma, por su parte, nos ignoraba en gran medida. Pero sin duda estaba lidiando con algo interno y no era nada con lo que yo pudiera ayudarla. Así que la dejaba en paz mientras cruzaba los dedos para que, de verdad, pudiéramos ser amigos un día.

Todo iba bien, en apariencia.

Genial, incluso.

\* \* \*

Noor y yo estábamos dando cuenta de unos bocadillos de carne en el Cabeza Reducida, después de dar por concluida una sesión maratoniana con Millard en la sala de los mapas. Habíamos revisado un montón de atlas nuevos que los americanos nos habían prestado, en busca de algo que recordase a la topografía consignada en el mapa de H. Por desgracia, después de cinco horas de trabajo, el montón apenas disminuyó e incluso el entusiasmo de Millard, por lo general inagotable, empezaba a decaer.

Di un mordisco a mi bocadillo, arrugué la cara y escupí en la mano una bolita de metal.

—Disculpa —me dijo un camarero que pasaba—. A veces no extraen todos los perdigones del animal.

Aparté el plato.

—Casi mejor me trae un café.

Se marchó a preparar mi pedido y me fijé en que Noor miraba por el cristal empañado de la ventana hacia la cabeza del puente, que gritaba groserías a los transeúntes.

—Eh —le dije con suavidad—. ¿En qué estás pensando?

—Falta poquísimo para encontrarla. Tengo la sensación de que estamos a un paso de distancia.

—Es muy emocionante —asentí. Y luego—: ¿No?

—Sí —me respondió bajito—, pero volverla a ver implica hablar con ella. Significa afrontar todo esto y desenterrar sentimientos que enterré hace tiempo.

—No te sientes preparada.

—Puede que no —suspiró—. No lo sé.

—¿Sabes qué pienso?

Levantó la mirada.

—Me parece que te mereces un descanso. —En ese momento llegó mi café. El golpecito repentino contra la mesa de madera me sobresaltó—. Podríamos hacer una excursión los dos. Hemos vivido situaciones muy intensas, regresado al trabajo de inmediato y no has tenido tiempo de procesar lo sucedido. Ni tú ni nadie.

Noor se animó una pizca, casi con timidez.

—Un ratito nada más, ¿eh? Sería agradable volver a Nueva York a recoger unas cuantas cosas. Ropa, zapatos. Mi mochila. —Se encogió de hombros.

—Me parece una idea genial —asentí.

—O sea, si de verdad voy a., no sé, vivir aquí.

—Hagámoslo —dije.

—¿De verdad? —Titubeó—. Podríamos estar de vuelta en un par de horas, ¿no? Usar el panbucleticón.

—Sí. —Arrastré la silla para levantarme—. No tardaremos nada.

\* \* \*

Llegamos en menos de una hora. Usamos el portal del panbucleticón que llevaba a la ciudad de Nueva York (a estas alturas, Noor y yo teníamos vía libre para utilizar el transportador a nuestro antojo) y cogimos el metro a Brooklyn.

El tren traqueteaba por la vía subterránea. Noor viajaba sentada a mi lado, mis manos y las suyas amontonadas en su regazo mientras conversábamos sobre nuestros planes para el futuro. Ella quería terminar los estudios. Hablaba de viajar cada día del Acre del Diablo al Bar Collage de Nueva

York, donde la habían aceptado en un programa intensivo de humanidades para estudiantes de bachillerato. Le encantaba la historia del arte y la música, aunque tampoco se le daban mal la tecnología y las ciencias. Estaba dividida. Le dije que tal vez pudiera hacer ambas cosas.

Todo indicaba que habíamos vencido la profecía, esquivado el peor desenlace, y ahora algo parecido a un futuro parecía posible. Para ella. Y para nosotros.

—A lo mejor podría matricularme en ese curso contigo —consideré—. Si todo se normaliza, a mí también me gustaría terminar los estudios.

—Tener un pie en el mundo peculiar y otro en el normal —asintió.

—Exacto.

Mis otros amigos peculiares habían renunciado tiempo atrás a llevar una vida normal. Yo había estado a punto de hacerlo también. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo mucho que la añoraba.

Tal vez Noor y yo, juntos, pudiéramos aprender a ser normales y peculiares al mismo tiempo, chicos de diecisiete años entre amigos centenarios y una joven cuyo nacimiento fue profetizado o el nieto de una leyenda y —por apuro que me diera en ocasiones— alguien que empezaba a convertirse en una leyenda él mismo. Teníamos delante un territorio por explorar los dos.

Bajamos en la estación de Noor, remontamos las escaleras hacia el soleado día y recorrimos diez manzanas por calles arboladas, de la mano. Durante unos minutos tuve la sensación de que nada iba mal en el mundo y siempre sería así. Por fin llegamos a nuestro destino y Noor dijo:

—Es aquí.

No había nostalgia ni añoranza en su voz.

Tecleó una contraseña para entrar. Subimos tres tramos de escaleras hasta el piso de sus padres de acogida. No estaban en casa, pero sí la hija, Ambir, que miraba la tele en una habitación oscura.

Ambir apenas alzó la vista cuando Noor entró.

—Pensaba que te habías escapado —dijo—. ¿Quién es ese?

—Soy Jacob —me presenté.

La chica me miró con una ceja enarcada.

Noor avanzaba ya por el pasillo.

—¿Dónde están mis cosas? —gritó desde una habitación.

—En el armario —vociferó Amber—. Ocupé tu parte de la habitación al ver que no volvías. Papá dice que me la puedo quedar.

Encontramos la ropa de Noor, los zapatos, unos cuantos libros y su mochila amontonados de cualquier manera en el fondo del armario. Ella procedió a sacar las cosas. De golpe y porrazo se incorporó con algo en la mano.

Una postal.

—¿De dónde ha salido? —aulló por el pasillo—. La postal.

—Pues. ¿del correo?

Noor le dio la vuelta y luego otra vez. Le temblaba la mano.

—¿Qué dice? —pregunté.

Me la tendió. En el anverso había una foto de un tornado. Debajo se leía el nombre de un pueblo:

WAYNOKA, PENSILVANIA.

En el reverso estaban el nombre de Noor y su dirección. Debajo, en una pulcra caligrafía inclinada:

Te envío saludos, cariño. Perdona que haya dejado pasar tanto tiempo. Me he enterado de la noticia; estoy muy orgullosa de ti. Esta es la última dirección que tengo tuya... Espero que te llegue la postal y que vengas a visitarme.

La firmaba, Con amor, tu mamá, V.

Y a continuación aparecía una dirección.

—Dios mío —susurró Noor.

La miré estupefacto.

—Se ha enterado de lo que has hecho. ¡Sabe que conoces su existencia!

—¿Crees que es auténtica? ¿Piensas que de verdad la ha escrito ella?

La miré de hito en hito. La posibilidad de que la postal no fuera auténtica ni se me había pasado por la cabeza. Por otro lado, es verdad que habíamos superado pruebas muy duras estas últimas semanas. Entendía cómo se sentía Noor: le costaba fiarse de nada.

A mí, sin embargo, me reventaba esa manía nuestra. Estaba harto de ella. Quería recordar cómo era emocionarse por las cosas sin más. Quería recordar cómo te sentías cuando albergabas esperanzas.

De manera que suspiré.

—Sí, yo pienso que es auténtica. O sea, lo que viene a decirte es que ahora puedes ir a verla sin correr peligro. Que antes no era seguro, pero ahora, gracias a lo que hemos hecho, podéis recuperar el contacto.

—Sí —convino Noor con un hilo de voz.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Se sorbió la nariz. No me miró.

Intentó sonreír.

—Tienes razón. Es posible que me haya acostumbrado a dudar de las cosas buenas que me pasan.

—Lo entiendo —asentí en tono quedo. Y la atraje hacia mí. Ella recostó la cabeza contra mi pecho.

Por fin, se enderezó. Tenía los ojos enrojecidos, pero secos.

—Bueno, pues. Waynoka, Pensilvania, ¿no?

Escribí la dirección en el teléfono. La localidad estaba a pocas horas de distancia.

Noor me miró con asombro y una alegría apenas contenida.

—¿Te apetece hacerle una visita a mi madre?

\* \* \*

Waynoka, Pensilvania, estaba a dos horas y media de distancia, para ser exactos, y Noor decidió que lo más rápido sería coger el coche de su hermana (sin preguntarle exactamente qué opinaba al respecto). Ella se había apropiado del espacio de Noor sin pedir permiso, así que estaban empatadas. Y en cualquier caso se lo devolveríamos. Seguramente.

No habría sido mala idea volver al Acre del Diablo y contarles a nuestros amigos nuestras intenciones. En otras circunstancias habría invitado a unos cuantos a acompañarnos. Deberíamos haberlo hecho, es verdad, pero habría implicado perder una hora de ida y otra de vuelta, y mis amigos tenían ahora otras preocupaciones (Fiona, ante todo, a la que acabábamos de recuperar). Además, en cierto sentido, este viaje nos incumbía solamente a nosotros. A Noor y a mí. Nosotros dos habíamos iniciado la búsqueda de V y era lógico que terminara del mismo modo.

Waynoka no era gran cosa. Circulamos por una carretera llana y recta entre praderas, granjas y casas solitarias que se erguían al final de largos caminos. Pasamos junto a unos cuantos cazadores vestidos de camuflaje estacionados en la cuneta, donde ataban un ciervo muerto al capó de la camioneta. Dejamos atrás el tocón de un árbol gigantesco alcanzado por un rayo tiempo atrás. Parecía una población perdida en el tiempo. Maldita.

Noor llevaba un ratito con la vista clavada en el retrovisor.

—Tengo la extraña sensación de haber vivido esto antes.

—¿Como si ya hubieras estado aquí?

Parecía incómoda.

—Sí, aunque. no creo que conozca este sitio.

Llegamos a una zona comercial poco poblada. Un bazar, una oficina de créditos rápidos. Era una versión decadente del típico pueblo norteamericano. Dejando atrás la carretera principal, tomamos unos cuantos desvíos hasta llegar a la dirección indicada: un viejo almacén de obra vista. En la fachada, un cartel anunciaba: «trasteros big mo». Se erguía junto a la orilla de un río lodoso y pensé que debía de haber sido una fábrica en su día. Ahora solo era un almacén para guardar trastos.

Observé la fachada del edificio mientras aparcábamos en una zona de estacionamiento casi desierta con el fin de trazar un rápido plano mental: una entrada principal, una gran persiana para carga y descarga, viejas ventanas industriales con parteluz en hileras que ascendían hasta cinco pisos de altura y un tejado que no alcanzaba a ver, sin salida de incendios ni vía de escape rápido que saltara a la vista.

Tornado, cedida por Jack Mord / The Thanatos Archive

—Si fueras un portal en un viejo almacén —le pregunté—, ¿dónde te esconderías?

—¿En el tejado? —respondió Noor, con los ojos clavados en la parte más alta del edificio.

Aparqué el coche y apagué el motor. Cuando me disponía a salir, advertí que Noor no se movía. Estaba jugando con la luz que tenía entre las rodillas.

Me volví en el asiento a mirarla.

—¿Todo bien?

—Durante once años esta mujer ha vivido en mi memoria. No era más que un recuerdo, doloroso, pero bueno. En cambio, en cuanto entremos ahí, será real. —Dejó que la luz le resbalara entre los dedos y me miró—. ¿Y si al final es una persona horrible? ¿O está loca? ¿O no se parece en nada a lo que yo recuerdo?

—Pues nos marcharemos y nos olvidaremos de ella. Ahora bien, si prefieres no entrar, nada nos obliga a hacerlo. Puede que te baste con saber que está aquí.

Noor estuvo un ratito mirando el edificio.

—No. —Abrió la portezuela del coche—. Tengo que verla. Quiero que me cuente qué pasó aquella noche.

La noche que fingió haber muerto.

Yo también me apeé.

—Ya sabes qué pasó —le dije con suavidad por encima del techo del vehículo.

—Necesito que ella me lo cuente.

\* \* \*

En un despacho iluminado con luz fluorescente, un hípster barbudo enfundado en una camisa de estilo leñador trasteaba al teclado de un ordenador.

—¿Os puedo ayudar? —parecía colocado.

Le pregunté:

—¿Cuál es el camino más rápido para llegar al tejado?

—Está prohibido subir al tejado.

—Vale —asintió Noor—. Pero ¿por dónde se llega?

—Esto... No se llega. Está prohibido subir. —Se retrepó en la silla, ahora con actitud recelosa—. ¿Tenéis una unidad aquí?

—Cuatrocientos cuatro —repliqué, soltando un número al azar, y empujé a Noor hacia la puerta interior.

El hípster nos llamó a gritos, pero no nos detuvimos y él no se molestó en perseguirnos.

Accedimos a la zona de almacenamiento de Trasteros Big Mo, en otro tiempo una enorme nave convertida en un claustrofóbico laberinto de jaulas de metal. Filas y más filas de trasteros que se perdían en la penumbra, quebradas cada poco metro por cuadrados de luz procedentes de las ventanas. La temperatura era gélida y flotaba un tufillo rancio en el ambiente.

—Esto parece una tumba —susurró Noor. Creí oír el castañeteo de sus dientes.

Su voz, a pesar del tono quedo, resonó como una moneda arrojada a un pozo.

De camino hacia aquí había imaginado que nos esperaba algo más acogedor; quizá una bonita cañada en el bosque, salpicada de luz. Algo parecido a los portales mágicos que ves en los cuentos infantiles. Esta entrada, sin embargo, producía una sensación opresiva y hostil. Como aún tenía que recordarme de vez en cuando, esa era precisamente la intención de los portales: ahuyentar a los curiosos.

Ahora que nuestros ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, empezamos a buscar escaleras o un ascensor. En cuanto avanzamos un paso, un panel fluorescente se encendió sobre nuestras cabezas.

—Pero ¿qué.? —exclamó Noor, y los dos dimos un respingo.

Miré las estridentes luces y luego volví la vista hacia el pasillo de unidades de almacenaje. Había cientos de paneles, todos apagados.

—Hay un sensor de movimiento —dije.

Avancé otro paso. Un segundo panel se prendió con un parpadeo.

Tuve una sensación extraña, como si nos estuvieran mirando.

Nos apresuramos entre las filas de trasteros, acompañados de las luces que se encendían a nuestro paso, hasta que llegamos a una escalera y empezamos a subir. Los tramos llegaban hasta el cuarto piso. El terrado estaba en el quinto. Debía de haber otra escalera por alguna parte y empezamos a buscar.

Este piso era idéntico al primero, largos pasajes de jaulas rebosantes de trastos: cajas de cartón amontonadas, muebles cubiertos con sábanas, pilas de cosas en bolsas de basura, viejo equipamiento deportivo. De súbito, Noor

levantó el brazo para detenerme, se llevó un dedo a los labios y ladeó la cabeza. Nos paramos a escuchar.

Durante un momento reinó el silencio, pero al poco se me disparó el corazón, cuando un fuerte golpe se dejó oír más adelante seguido del roce de metal contra hormigón. Al momento escuchamos a alguien que gruñía y maldecía. Seguimos andando hasta dar con el pasillo del que procedía el ruido para echar un vistazo. En un recuadro de luz azul rodeado de oscuridad, un anciano intentaba introducir un horno descomunal en una de las celdas, resollando del esfuerzo.

Llevaba un brazo escayolado.

Noor negó con la cabeza.

—Ya sé que no deberíamos parar, pero.

El anciano se inclinó para volver a probar. Plantó el hombro bueno y las dos manos contra el horno y empujó. Al cabo de un momento cayó al suelo apoyado sobre los dos brazos, el bueno y el malo.

Rodó hasta quedar de costado y empezó a gemir.

Nos daba la espalda. Todavía no nos había visto.

Noor suspiró.

—Hay que ayudarlo. No podemos quedarnos mirando.

Echamos a andar hacia él por el pasillo. Las luces se encendían en lo alto según avanzábamos, como una flecha que se dibujara hacia el hombre.

Él se sentó y, cuando nos oyó, se volvió a toda prisa.

—¡Ah! —exclamó, sobresaltado.

—Parece que necesita ayuda —comentó Noor.

—Me vendría bien, Dios os bendiga.

El hombre hablaba con el acento gangoso del sur y exhibía una barba de varios días. Tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. El yeso de su brazo estaba sucio y había manchas de aceite o de grasa en su abrigo tipo parka, al igual que en los pantalones.

Le tendí la mano para ayudarlo a levantarse. Mientras él murmuraba una letanía de agradecimientos, procedimos a empujar el viejo horno al interior del trastero, que ya estaba lleno a reventar de toda clase de electrodomésticos, equipo de acampada y cajas abiertas de comida deshidratada. En uno de los pocos espacios despejados que quedaban vi un saco de dormir enrollado y comprendí que seguramente vivía allí.

—Estoy en el negocio de la chatarra, ya sabéis —dijo. Siguió desvariando mientras empujábamos el horno—, y cuando algún haragán. Tenemos muchos haraganes en este pueblo que no pagan las deudas. Cuando no

pagan y pierden la unidad, el encargado. Él y yo tenemos un acuerdo. El encargado me deja escoger las mejores piezas, porque sé dónde venderlas para conseguir un buen precio y no es internet. —Con el brazo bueno señaló un espacio libre al fondo de la unidad sorprendentemente grande en la que estábamos—. Allí, en el rincón, eso es.

Acabábamos de encajar el horno en la esquina cuando atisbé un espacio distinto al fondo, una negrura antinatural en forma de puerta.

Dejé de empujar para mirar al anciano boquiabierto.

Él nos observaba ahora con una mirada más afilada y algo en su rostro se endureció.

—Podéis cruzar si queréis —dijo—, pero no es buena idea.

—¿De qué habla? —preguntó Noor con brusquedad.

El hombre señaló la oscuridad con un gesto. Bajó la voz.

—De ese portal de ahí.

Nos quedamos de piedra.

—¿Qué sabe usted de eso? —preguntó Noor.

—Vigilo la entrada por cuenta de miss V.

—¿Conoce a V? —quise confirmar, patidifuso.

—Claro. Aunque hace años que no la veo. Ya nunca sale. A decir verdad, creo que no le vendría mal un poco de compañía.

—Nosotros pensábamos entrar —le informó Noor.

—Vosotros mismos. Pero os advierto: es un poquitín peligroso.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hay un clima complicado —respondió, críptico—. Pero vosotros parecéis espabilados. No creo que os pase nada.

Desde luego, no pensábamos dar media vuelta ahora mismo, de manera que echamos a andar hacia el portal.

—¿Viene? —le preguntó Noor por encima del hombro.

El hombre nos dedicó una sonrisa de medio lado.

—Ni muerto.

Caía y seguía cayendo, ingrávido, envuelto en un vacío aterciopelado. Intenté llevar la cuenta de los segundos, pero me perdía.

Uno, dos

tres

cuatro

cinco

cuatro

Soñé que estaba de pie entre la maleza de los bosques de Florida, en plena noche, bajo un chaparrón de verano.

Soñé que veía a mi abuelo envuelto en su albornoz y sosteniendo una linterna. Yo le gritaba que se detuviera, que volviera a casa, que estaba en peligro. Pero pronunciaba las palabras en la lengua de los huecos y cuando me oía él parecía asustado, luego enfadado y por fin me atacaba con un abrecartas que blandía como un cuchillo.

Yo corría gritando: «Para, soy Jacob, tu nieto.».

Y soñé que él me chillaba: «DETENTE, TIENES QUE DETENERTE».

Y me hundía el abrecartas en el hombro.

Noté una explosión de dolor y salí disparado por el aire dibujando un arco amplio y lánguido. El luminoso firmamento y la tierra parda intercambiaron su lugar mientras yo trazaba mi recorrido hasta que por fin aterricé en un charco de barro blando y líquido. Intenté sentarme, pero estaba demasiado mareado como para lograrlo al primer intento y volví a caer en el charco.

Algo pesado se estrelló a mi lado con un sonoro chapoteo y una ola de barro me salpicó.

Era Noor. Estábamos desorientados y cubiertos de porquería, pero milagrosamente ilesos.

¿Desde dónde habíamos caído? ¿Cuánta distancia habíamos recorrido?

Nunca había visto un portal como este.

Eché un vistazo al entorno: cobertizo, granero, silo, campos. El cielo estaba teñido de un gris amarillento, amenazador. En algún lugar distante se dejó oír el largo silbido de un tren.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Noor, mirando alrededor.

—Espero que V nos lo diga.

Si la encontramos, pensé. Si todo el bucle era tan raro como el portal de entrada, lo teníamos complicado.

Nos ayudamos mutuamente a levantarnos e intentamos limpiarnos el barro como pudimos. Ninguno de los dos quería presentarse ante la madre adoptiva de Noor o lo que fuera con esa pinta. De súbito Noor se quedó quieta e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué es eso?

Era el mismo tren de antes, pero ahora el silbido sonaba más alto y se le había sumado un nuevo sonido que me recordó a las velas desgarradas de un barco en plena tempestad.

Miré al cielo.

Allí arriba, justo sobre nuestras cabezas, había un objeto pequeño y oscuro que aumentaba de tamaño por momentos.

—¿Qué es? —se extrañó Noor.

—Yo diría que parece una casa —respondí.

La imagen era tan surrealista que tardamos un momento en asimilar que, en efecto, era una casa lo que estábamos viendo.

Y al momento empecé a gritar: «UNA CASA, UNA CASA, UNA CAAAAAAASA», mientras intentábamos escapar de ese barro hondo y pegajoso. Aferré a Noor con fuerza y tiré de ella hacia delante. Volvimos a tropezar y entonces fue Noor la que me ayudó. Éramos una cadena humana de dos eslabones luchando por encontrar un punto de apoyo. Por fin Noor me empujó, pisé tierra firme y salimos disparados mientras el silbido del tren y el rugido de las velas rasgadas se tornaban ensordecedores.

Notamos como si se abriera la misma tierra y un mar de barro nos arrolló por detrás. En ese mismo instante algo me golpeó con tanta fuerza que caí de bruces.

A mi espalda había un pomo abollado.

Me puse de pie como pude y me volví hacia Noor.

—¿Estás bien?

Lo estaba, al igual que yo. Y entonces se quedó mirando la vivienda con una expresión extraña, como traspuesta.

—Me parece que yo vivía aquí —dijo—. En esta casa. Cuando era muy pequeña.

Era una ruina que se caía a pedazos, claro, aunque de algún modo se las había arreglado para aterrizar de pie.

Yo no sabía qué decir. Ella cerró los ojos y empezó a tararear la melodía que usaba para tranquilizarse. La abracé.

Creo que los dos éramos víctimas de un estupor paralizante.

Pasado un momento, otro ruido nos despabiló. Fue como si el mismo Dios carraspeara; un rumor largo y profundo procedente del pesado manto de nubes.

Detrás de nosotros, buscando el suelo despacio como la trompa de un gigantesco elefante, giraba el embudo de un tornado.

—El gran viento —constaté atónito.

—Hay dos —dijo Noor, señalando en dirección contraria.

Dos. Había dos tornados.

Apenas hacían ruido salvo por un murmullo lejano, un zumbido casi infrasónico que obligaba a la totalidad del entorno, incluido el suelo a nuestros pies, a vibrar en armonía. Pasado un instante los dos tornados tocaron tierra, primero uno y luego el otro, como truenos en estéreo. No obstante, a diferencia del trueno, el retumbo que emitían no se apagaba. Seguía y seguía. No los teníamos encima, pero estábamos atrapados entre los dos y, por lo que parecía, tendían a converger.

No teníamos adónde huir. Desde luego, no a la derruida casa de Noor. Solo podíamos correr hacia delante, pero ¿en qué dirección?

Frenético, empecé a tirar de ella.

—Tenemos que encontrar.

Me interrumpió una boca de incendios que atravesó el tejado de la casa provocando un estallido de tejas y astillas.

El impacto arrancó a Noor de esa especie de trance en que se había sumido.

—Hay que buscar refugio —dijo—. Un sótano o una cámara acorazada quizá.

Por desgracia, no había refugios a la vista en la zona en la que habíamos aterrizado, solo campos llanos y silos de grano que los tornados ya habían arrasado y podían volver a arrasar, sus caminos marcados por árboles arrancados de cuajo, zanjas excavadas por el viento en los cultivos de maíz y algún que otro camión volcado sobre el techo.

Nos apresuramos hacia la carretera. Al fondo asomaba el pequeño centro de la ciudad, con unas cuantas tiendas.

Salimos corriendo hacia allí.

Empezó a llover, una tromba de gotas gruesas, duras como piedras.

—¿Recuerdas algo más de este sitio? —grité—. ¿Algo que nos pueda servir de ayuda?

—Me estoy estrujando los sesos —dijo—, pero está todo borroso.

Me volví a mirar por encima del hombro. Uno de los tornados se encaminaba directamente hacia nosotros. Estaría a cosa de un kilómetro de distancia y zigzagueaba adelante y atrás por la carretera. Nunca había visto uno desde tan cerca ni con tanta claridad, ni siquiera en un vídeo, y la imagen me dejó sin aliento. Era una gran nube giratoria en espiral que conectaba la tierra con el cielo como un cordón umbilical kilométrico, y allí donde el extremo tocaba el suelo se creaba un vórtice de polvo y escombros más grande que un campo de fútbol.

Se acercaba directo hacia nosotros. Nos perseguía.

—¡Que viene! —grité, aunque Noor ya lo había visto, o lo había notado, por cuanto las ondas de presión descendente restallaban en el aire. Corrimos como flechas, forzando las extremidades hasta que nos ardieron los pulmones y nos dolieron las piernas, y llegamos a la pequeña población.

O lo que quedaba de ella, al menos.

Resollando, paramos a descansar en una plaza rodeada de edificios arrasados. Solamente unos cuantos seguían en pie. Un averío de gallinas sin plumas pasó corriendo ante nosotros, extrañas de tan desnudas y cloqueando con un terror perplejo.

Al otro extremo del pueblo rugía el segundo tornado. Parecía como si estuviera decidiendo si destrozarnos, mezclarse con su hermano o seguir sembrando el caos por su cuenta.

Buscamos refugio a toda prisa. Entramos en una de las casas de la plaza, luego Noor escogió otra, pero las fuimos abandonando al comprobar que ninguna tenía sótano. Apenas nos habíamos alejado treinta metros de la segunda vivienda cuando empezó a traquetear con violencia. Al momento el tejado salió volando y rodó por el campo contiguo antes de estallar en mil pedazos.

Vamos a morir.

Las palabras cruzaron mi pensamiento antes de que pudiera acallarlas.

Corriendo para ponernos a cubierto, cruzamos la plaza de nuevo para tendernos detrás de un terraplén. Nos protegimos la cabeza cuando una nube

de metralla pasó por encima. Me quedé allí temblando al lado de Noor y esperando a que las furiosas ráfagas amainaran.

—Perdona —me dijo—. Lo siento mucho, Jacob. No tendría que haberte traído aquí.

—No podías saberlo. —Mi mano buscó la suya sobre la tierra mojada—. Estamos juntos en esto, ¿te acuerdas?

Otra explosión inmensa se dejó oír muy cerca y un penacho de fuego ascendió hacia el cielo. Una gasolinera, pensé.

Ella se puso a canturrear otra vez. Y el tarareo se convirtió en canto y por primera vez oí la letra de la canción de Noor.

«Uno, dos, tres, sale la anciana miss Bes.».

En ese preciso instante, una mujer de edad —la primera persona que veíamos— recorrió la carretera a toda prisa cargada con un gato.

Un ligero estremecimiento recorrió mi cuerpo. ¿Sería posible que??

—¡Sigue cantando! —le pedí.

—Dos, tres, cuatro, corre al supermercado.

La anciana subió a toda prisa los peldaños de un pequeño autoservicio, empujó la puerta y desapareció en el interior.

Miré a Noor. Ella me devolvió la mirada con los ojos abiertos de par en

par.

—¿Qué dice el siguiente verso?

—Tres, cuatro, cinco, para vivir pega un brinco.

Le aferré la mano.

—Tenemos que.

—¡Ir a la tienda! —terminó por mí.

Nos pusimos de pie de un salto, cruzamos la calle como soldados que atraviesan las líneas enemigas y pegamos un empujón a la puerta batiente. Miss Bes, o quienquiera que fuese, se había agachado detrás de la caja registradora. Dos tenderos con delantal asomaron de una trampilla en el suelo, tal vez un almacén ubicado en el sótano.

Noor seguía cantando.

—Cuatro, cinco y seis, clavo y canela vendéis.

Les grité a los vendedores:

—¿Dónde tienen las especias?

—¡Pasillo nueve! —chilló uno. Estaba conmocionado y respondió automáticamente.

—¡Por aquí! —gritó el segundo tendero, haciéndonos señas para que acudiéramos a la trampilla—. No estáis.

El resto de la frase desapareció en un rugido apocalíptico. Noor y yo nos tiramos al suelo. Un chirrido metálico me taladró los oídos y cerré los ojos con fuerza mientras suplicaba que mi muerte fuera rápida. El ruido se tornó más tenue y más intenso al mismo tiempo, lo que solo podía significar que el tornado había arrancado el tejado. Cuando las paredes desaparecieron también, o eso me pareció, se hizo el silencio. La quietud significaba seguramente que estaba muerto.

Pero no lo estaba. Me despegué las manos de la cabeza y abrí los ojos.

Los dos habíamos sobrevivido.

Estábamos ilesos. El pasillo al completo seguía en pie. Intacto, de hecho. Con los delicados frascos de las especias en el lugar correspondiente.

El resto de la tienda había salido volando, incluida miss Bes.

—Tu canción —observé maravillado. Apenas me oía la voz de lo mucho que me pitaban los oídos.

—Mi madre me la enseñó. Y ahora sé por qué. —Se puso de pie, todavía temblando—. Sirve para dar con ella.

El primer tornado se alejaba a calle abajo. El segundo, en cambio, se estaba acercando y el estruendo sonaba igual que un monstruo masticando cristal.

—¿Qué dice la siguiente estrofa?

Noor se puso a canturrear para sí. Intentaba recordar. Frunció el ceño.

—Esta parte siempre se me olvida.

Esperé en un silencio angustiado mientras ella cantaba en voz baja, mirando el suelo. El furibundo tornado se acercaba cada vez más.

Noor no tenía la culpa. V no le había mencionado que su vida pudiera depender un día de que recordara a la perfección una retahíla infantil.

Yo no entendía nada. ¿Por qué este bucle era tan letal? ¿Y por qué V había invitado a Noor a visitarla sin advertirla del peligro que corría?

Es un poquitín peligroso, nos había dicho el vigilante de la entrada. Menudo imbécil.

Noor empezó la canción desde el principio.

—Cuatro, cinco y seis, clavo y canela vendéis.

Movía la cabeza al ritmo de la tonadilla mientras murmuraba para sí. Por fin dio una palmada y gritó.

—¡Cinco, seis y siete, corre y atrapa el billete!

Se volvió hacia mí de sopetón para aferrarme los brazos.

—¡Dinero! ¡Un banco!

Salimos a la carrera. Un hombre con aspecto de granjero se apresuraba en dirección contraria al tornado.

—¿Dónde está el banco? —le grité.

Señaló una calle situada a nuestra espalda.

—¡A la vuelta de la esquina!

Nos miró como si nos hubiéramos vuelto locos. Parecía a punto de añadir algo más cuando un objeto impactó contra él. Trastabilló hacia atrás y bajó la vista, estupefacto, hacia la mazorca de maíz que le asomaba del pecho.

Cuando se desplomó, salimos corriendo hacia el banco. Al doblar la esquina descubrimos que ya estaba destruido. Las lenguas de fuego asomaban por las ventanas, mientras que las paredes y el techo empezaban a desplomarse.

Pues vaya con la canción de Noor. Sin embargo, no teníamos otro sitio al que correr ni más remedio que seguir adelante, así que nos apresuramos calle abajo con la vana esperanza de que apareciera algún refugio.

Acabábamos de dejar atrás el banco destruido cuando se perfiló ante nuestros ojos una imagen extraña: el revoloteo de algo que a primera vista parecía nieve.

No. Era papel.

No. Eran billetes. Billetes del banco devastado, que caían revoloteando del cielo como una ventisca.

—Cinco, seis, siete —entonó Noor entre resuellos frenéticos—, corre y atrapa el billete. Seis, siete ocho, para a comer un bizcocho.

Redoblando el esfuerzo, salió disparada delante de mí.

—¡Por aquí! —gritó—. ¡Ven!

Nos desviamos hacia la lluvia de billetes y, cuando estuvimos justo debajo, nos quedamos allí parados.

Y esperamos.

Un tornado se acercaba directo hacia nosotros, pero no nos movimos, por más que las estructuras a nuestro alrededor estuvieran destruidas o a punto de saltar en pedazos. Habíamos aprendido a confiar en la canción. De modo que permanecimos en el centro de la ventisca de dinero, con los billetes ondeando a nuestro alrededor, los cuerpos clavados al suelo mientras el estrepitoso tornado se nos aproximaba. Y entonces, justo antes de que llegara a la calle donde estábamos plantados, se detuvo y tuvimos la sensación de que nos miraba un instante antes de dar media vuelta y destrozar un cobertizo.

El rugido se desvaneció. Una vez más, nos habíamos librado por los pelos.

—¡La estrofa siguiente! —grité entre el aleteo de miles y miles de billetes.

—¡Siete, ocho, nueve, el pino canta y se mueve!

No muy lejos de allí, despuntando sobre los tejados de la calle siguiente, asomaba un árbol muy alto que se agitaba con el temporal. Corrimos hacia él, atajando por un jardín trasero sembrado de peces que todavía coleteaban, seguramente absorbidos de algún lago cercano, y dejando atrás un caballo que relinchaba en el tejado de un granero.

El pino se erguía en una parcela boscosa que había en la intersección entre dos calles, rodeado de árboles más pequeños ahora arrancados y empujados por el viento, los troncos convertidos en tocones de madera astillada. El único árbol que quedaba era viejo y enorme, con un tronco de seis metros de ancho, y el viento que azotaba las ramas creaba un sonido agudo y cortante —un silbido, casi una canción—, cuyo tono variaba con cada cambio del viento.

Nos quedamos mirando la copa del inmenso pino, buscando una casa del árbol o quizá una puerta escondida, la entrada al búnker de V que tanto ansiábamos encontrar.

No había nada.

—¿Ahora qué? —grité—. ¿Trepamos?

Con el ceño fruncido, pensando, Noor negó con la cabeza. De sopetón volvió a cantar.

—¡Ocho, nueve diez, eres más sabio que un juez!

Ninguno de los dos sabía qué podía significar esa estrofa y no teníamos demasiado tiempo para averiguarlo. ¿Sería una pista en clave? ¿Una metáfora? Los otros versos de la canción hacían referencia a personas o lugares reales, pero ¿un sabio? ¿Un juez? No había nadie por allí. Todos los normales del bucle estaban muertos o escondidos.

Otro árbol se estrelló en mitad de la calle, a menos de diez metros, y una lluvia de afiladas agujas de pino y minúsculas piedras de granizo se precipitó sobre nosotros. Nos tapamos la cara.

Cuando nos aventuramos a mirar, me fijé en un letrero que temblaba con el vendaval. Era el cartel de una calle en el que no había reparado antes.

WISEMAN STREET

«calle del sabio». Noor estalló en carcajadas y aplaudió. Echamos a correr hacia allí, juntos.

Los números de las casas estaban pintados en la acera y empezaban en el veinte, pero en Diseñan Street únicamente quedaba una casa en pie.

El número tres.

Era una casita tipo cabaña, bonita, aunque modesta. De una sola planta y pintada de azul turquesa, no tenía nada especial salvo el hecho de haber escapado de la destrucción. Las cuerdas de tender se agitaban en los postes y había ropa ondeando al viento. El buzón temblaba, si bien seguía en su sitio. La veleta del tejado giraba, pero no se había desprendido.

Y allí, en el porche, sentada en una mecedora, había una mujer que solo podía ser V. Ahora su pelo era gris y lo llevaba corto, pero de todos modos reconocí el rostro anguloso de la foto. Llevaba un viejo jersey de lana encima de un vestido y estaba sentada con una escopeta en el regazo. Columpiándose con suavidad, observaba el tornado igual que otras personas contemplarían el ocaso.

Cuando nos vio, su cuerpo se crispó y se puso de pie sin perder un momento.

A continuación, nos apuntó con la escopeta.

\* \* \*

—¡No dispare! —grité paralizado, mientras agitábamos las manos en alto—. ¡Venimos en son de paz!

V se acercó con aire amenazador, los ojos como ascuas.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —bramó.

—¡Soy yo! —dijo Noor.

V la apuntó con la escopeta. Al principio la miró sorprendida, luego desconcertada y triste por un instante mientras escudriñaba la cara de la chica. Por fin, sus cejas gruesas como orugas se unieron en un ceño furioso.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —gritó.

No era la bienvenida que esperábamos.

—¡He venido a verte! —declaró Noor, y noté que hacía un gran esfuerzo por dominar la voz.

—Sí —replicó V, impaciente—, pero ¿cómo me has encontrado?

Noor me miró con unos ojos como platos. ¿Te lo puedes creer?

—¡Me diste tu dirección! —dijo.

—¡En la postal! —añadí yo.

V nos miró desconcertada. Al momento se quedó blanca como el papel. —Yo no te he enviado ninguna postal.

Noor miró a V como si no la hubiera oído bien.

—¿Qué? —exclamé yo.

Los ojos de V saltaban de uno a otro.

—¿Os han seguido?

En ese preciso instante, la cuerda de tender se soltó de los postes y salió volando por encima de nuestras cabezas. Nos agachamos para evitar que nos decapitara.

—Entrad antes de que muramos todos —dijo V. Se colocó la escopeta debajo del brazo y nos arrastró a los dos, uno con cada mano.

Corrimos al interior de la casa. V cerró de un portazo y pasó varios cerrojos de seguridad. A continuación, comprobó las ventanas a toda velocidad, protegiendo cada una con pesadas contraventanas de metal.

—Hemos estado a punto de morir cinco veces —la informé—. ¿Por qué vive en un sitio tan peligroso?

La vivienda parecía una mezcla entre la casa de una anciana y un museo de armas. Junto a una mesita con tazas de té, descansando sobre un soporte, había tres escopetas de mira telescópica. En un sofá de terciopelo verde, colgando del reposabrazos, vi también una cartuchera. Aquel sitio me recordaba al hogar de mi abuelo.

—Porque así fue como creé este bucle —respondió, y estiró de un cordel para hacer descender un periscopio del techo—. Lo diseñé para que fuera impenetrable. Repite la catástrofe natural más terrible que ha sufrido esta zona cada media hora. —Miró a través del periscopio—. ¿Alguno de los dos sabe disparar un arma?

Por poco me caigo de la impresión.

—Un momento. ¿Lo creó así?

Apartó la cara del aparato y me miró.

—Soy una ymbryne. Y claro que sabes disparar. Eres el nieto de Abe Portman. —Se volvió a mirar a Noor, que parecía demasiado aturdida para hablar. La expresión de la mujer se suavizó—. En teoría, no debíamos volver a vernos, cariño. Y conste que lo he deseado miles de veces.

—El bucle no es impenetrable —observó Noor—. La canción.

Yo estaba a su lado, pero en ese momento parecía infinitamente sola.

V despegó las manos del periscopio.

—No pensaba que la recordarías, después de tantos años.

—Pues claro que sí —respondió Noor con una voz apenas audible contra el aullido del viento que soplaba fuera—. Tú querías que viniera.

Sonriendo, V cruzó la sala para acercarse a nosotros. Pensé que rodearía a Noor con los brazos. En vez de eso, se detuvo a pocos pasos de ella.

—Un error sentimental. —Su sonrisa empezaba a vacilar—. Ya sabía yo que no debía encariñarme contigo, pero eras una niña tan preciosa. Era consciente de que, antes o después, tendría que separarme de ti por tu propio bien y pese a todo quería creer que tal vez algún día tú y yo podríamos. —V bajó la vista. Inspiró hondo—. No debería habértela enseñado. Y solo debías usarla en caso de máxima urgencia. —Levantó los ojos de nuevo. Ahora parecía asustada—. Y únicamente si era yo la primera en contactar contigo.

—Y no lo hiciste.

—No.

—No lo entiendo —dije—. Si usted no envió esa postal, ¿quién lo hizo?

—Supongo que fui yo —respondió una voz vivaracha detrás de nosotros. Los tres nos volvimos a mirar al hombre que estaba parado en la puerta de la cocina. Era el anciano del trastero. La escayola había desaparecido y ahora nos apuntaba con una pistola—. Envié varias postales, a decir verdad, a distintas direcciones. Ya sé que el correo postal está muy anticuado hoy día. Sin embargo, Velya tiene gustos anticuados, ¿verdad?

—Murnau —gruñó V.

Con una carcajada sardónica, el hombre enderezó la postura, irguió los hombros y esbozó esa sonrisa arrogante que yo conocía bien. Y de golpe y porrazo lo vi con absoluta claridad, a través de la barba y el maquillaje: Murnau. Llevaba una bolsa de piel cruzada en la espalda.

—¿Interrumpo una reunión familiar? Llego, como siempre, en el momento más oportuno. —Avanzó un paso hacia nosotros. Su arma, así como su atención estaban enfocadas en V—. Muy bien, queridos míos. ¿Dónde lo hacemos? ¿En el suelo de la cocina? ¿En el baño, para no ensuciar la moqueta? Aunque ¿qué importa? Nada de esto seguirá aquí dentro de unas horas.

—¡Déjala en paz! —rugió Noor—. Si tienes algún problema con ella, arréglalo conmigo.

—No, gracias. Tú ya has cumplido tu cometido. Pero, si intentas jugármela, me aseguraré de que tu mamá sufra más de lo necesario. —Volvió la mirada hacia mí—. Y lo mismo vale para tu novio.

—Ya sé lo que andas buscando —le espeté— y aquí no hay nada para ti.

No me hizo ni caso.

—¿Sabías que llevamos años intentando entrar en este bucle? He perdido muchos hombres valiosos y nunca hemos conseguido descifrarlo. Hasta hoy. —Le dirigió una sonrisa a Noor—. Olvidaste cerrar la puerta trasera, Velya.

Y, sin previo aviso, le descerrajó un tiro.

Antes de que el disparo dejara de resonar, antes de que V alcanzara el suelo, antes de que yo pudiera reaccionar de ningún modo, Noor se abalanzó contra Murnau. No tenía ningún arma ni luz almacenada en su interior, tan solo dos manos y el poder de su odio. No obstante, él estaba preparado. Dio un paso a un lado, echó hacia atrás el musculoso brazo y la tiró al suelo. Y entonces yo arremetí contra él —dispuesto a hacerlo pedazos—, pero, en el tiempo que tardé en salvar la distancia que nos separaba, extrajo otra pistola del cinto, apuntó y me disparó.

La explosión fue suave, hueca. Noté un dolor agudo en el costado y, mientras me desplomaba en el suelo, oí un segundo disparo.

Este iba dirigido a Noor.

No podía levantarme.

Me sujeté el costado. Palpé algo que sobresalía.

Un dardo tranquilizador.

Me invadió un dolor ardiente y todo se oscureció.

A continuación, pasado un momento o un buen rato —no sé cuánto tiempo—, noté gotas de lluvia en la cara.

Nos había arrastrado al exterior.

Abrí los ojos con esfuerzo. Me obligué a enfocarlos. Estaba esposado a la barandilla del porche y a mi lado Murnau esposaba a Noor. Ella estaba inerte, con los ojos entrecerrados.

V yacía de bruces en el jardín, sobre el césped. El cielo rugía.

Me las arreglé para farfullar unas palabras.

—¿No vas? a matarnos?

—Por desgracia, no tendré ese placer. Órdenes del jefe. —Terminó de esposar a Noor y echó un vistazo a V por encima del hombro—. Quiere que mires. Y que sepas lo que se siente cuando un bucle se desploma contigo dentro.

—No., no podrás —dije despacio—. Ni siquiera tienes. todos los. in. gre. dientes.

Me miró como si acabara de recordar algo.

—Ah, sí. Todavía pensáis que.

Rio con ganas. En ese momento oí una especie de tañido. Murnau hizo una mueca antes de doblarse sobre sí mismo. La asta de una flecha le

sobresalía del muslo.

Gruñó y se volvió en redondo para mirar a V.

Estaba apoyada sobre un codo, cubierta de sangre, sosteniendo una recia ballesta que había logrado ocultar de algún modo.

V volvió a disparar. La segunda flecha se clavó en el hombro de Murnau.

El wight resopló. Levantó la pistola y le descerrajó otro tiro.

Ella soltó la ballesta y se desplomó.

Noor gimió.

Murnau se volvió a mirarnos.

—Como iba diciendo —hizo una mueca, tratando de sonreír, pero parecía distraído por el dolor—, Bentham pensó que podría enredarnos con una mala traducción. Bah, adivinamos su treta a la primera de cambio. El texto original del Apocryfón no menciona una madre de los pájaros. No existe tal cosa. Requiere, en cambio, el corazón latiente de la madre de las tormentas.

Guardó el revólver. Se descolgó la bolsa del hombro y extrajo un largo cuchillo.

—Hablando de lo cual, será mejor que ponga manos a la obra.

Renqueó hacia V, que seguía tendida en la hierba.

El cielo era un caos de nubes arremolinadas.

Intenté gritar, llamar a Noor, volver la cabeza y mirarla, pero no podía.

Mi visión se oscureció. Todo me daba vueltas.

Cuando la negrura se despejó un instante, vi a Murnau agachado sobre el cuerpo tendido de V. Su brazo se desplazaba arriba y abajo.

De nuevo la oscuridad, hasta que algo me azotó la cara. Hojas, grava. Y oí lo que parecía un tren de mercancías. Haciendo un gran esfuerzo, levanté los párpados.

El tornado estaba devorando un árbol gigantesco al otro lado de la calle, cuyas ramas se agitaban como poseídas por un demonio. Las raíces surgían de la tierra igual que brazos. y Murnau se encaminaba directamente hacia allí. Llevaba la bolsa colgada del hombro y sostenía algo pequeño y oscuro en la mano, que levantaba con ademán victorioso.

Justo antes de que el viento lo barriera, se detuvo para volverse a mirarnos y juro que lo vi sonreír.

Al momento fue arrastrado por el vendaval y desapareció.

Es posible que me desmayara de nuevo. Lo que recuerdo a continuación es un torbellino de nubes amarillas que convergían hacia el embudo del tornado creando una manga cónica que se alargaba hasta el cielo. El viento

había arrancado el árbol de cuajo y ahora flotaba ahí arriba, girando con suavidad a treinta metros del suelo, en el centro del embudo.

Oí un gemido, cada vez más alto, tan estridente que por poco me explota la cabeza. Sonaba como un discurso humano ralentizado, una voz dentro del viento que hablase con vocales incomprensibles, sonidos que subían y bajaban en ondas largas. El cono amarillo se espesó hasta tapar el árbol flotante. Y entonces las nubes dibujaron una forma vívida, holográfica.

Era una cara.

Un rostro que yo conocía.

Abrió la boca y, con un trueno lento y persistente, el cielo pronunció mi nombre.

La niña dormía como un tronco cuando Pensevus empezó a susurrarle. Ella

no sabía cuánto rato llevaba así, pero, cuando abrió los ojos, tenía la mente inundada de pesadillas.

Sabía perfectamente lo que debía hacer.

La niña se puso de pie y cruzó la habitación.

Pensevus seguía susurrando. (Casi nunca dejaba de susurrar). Lo llevó consigo colgando de una mano. (Lo llevaba consigo a todas partes).

Solo había usado el teléfono una vez, así que Pensevus le dijo lo que tenía que hacer.

Siempre se lo decía.

Arrastró una silla del rincón y, colocándola debajo del aparato, se encaramó al asiento para alcanzar el receptor.

Hizo seis llamadas, una detrás de la otra. Ni siquiera había terminado cuando la primera ymbryne se posó en el alféizar de la ventana abierta.

Cada vez que respondían al otro lado, decía solamente una frase.

—Ha regresado.

Acerca de las fotografías

Las imágenes que aparecen en este libro son fotografías de época auténticas

que, con la excepción de unas pocas que han sufrido un mínimo tratamiento digital, no han sido alteradas. Fueron minuciosamente recopiladas en el transcurso de varios años, descubiertas en mercadillos, en ferias de antigüedades y en los archivos de coleccionistas de fotos más expertos que yo y que tuvieron la amabilidad de compartir algunos de sus tesoros más peculiares para colaborar en la creación de este libro.

Las fotografías siguientes han sido amablemente cedidas por sus propietarios:

Hattie - Jack Mord / The Thanatos Archive

Breedlove - John Van Noate

Coche fúnebre - John Van Noate

LaMothe - Jack Mord / The Thanatos Archive

Ellery - John Van Noate

Elsie - Billy Parrott

Josep - Billy Parrott

Tornado - Jack Mord / The Thanatos Archive Niña al teléfono - Billy Parrott

RANSOM RIGGS. Nacido en Maryland en 1980, es un escritor estadounidense especializado en literatura para jóvenes. Estudió Filología inglesa en Kenyon College y Cine en la Universidad del Sur de California.

El hogar de miss Peregrine para niños peculiares fue su primera novela. Con esta saga, ha cosechado un gran éxito de crítica y público, figurando en la lista de los libros más vendidos de The New York Times durante meses.